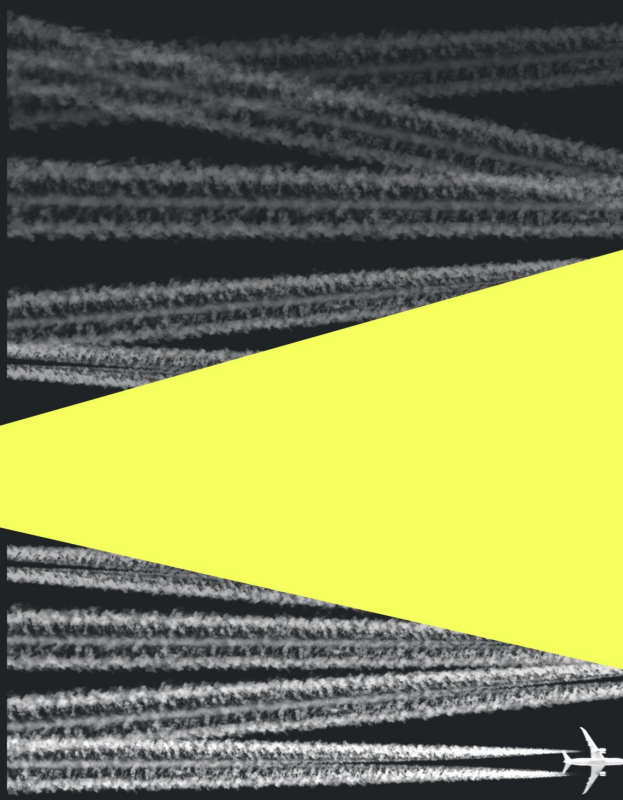
PERSECUCIÓN

TONI SALA



TRADUCCIÓN DE CARLOS MAYOR

EL AUTOR

Toni Sala Isern nació en 1969 en Sant Feliu de Guíxols, Girona. Hijo de hosteleros, Toni optó por un camino inaudito en su familia: el de las letras. Y lo recorrió. Ganó el Premio Documenta con su libro de relatos *Entomologia* (1997). Su primera novela fue *Pere Marín* (1998) y con *Cercanías* (2004) ganó el Premi Sant Joan y el Nacional de Literatura. Ha abordado tanto el ensayo —*Notes sobre literatura* (2012) y *El cas Pujol* (2014)—, como la autobiografía —*Crónica de un profesor en secundaria* (2019), *Quatre dies a l'Àfrica* (2005) y *Una família* (2021)—. Con *Los chicos* (Piteas 8) dio un giro trascendental en su obra, giro que llevaría aún más lejos con PERSECUCIÓN, ganadora del Premi Creixells del Ateneu Barcelonès.

EL TRADUCTOR

Carlos Mayor es traductor, periodista y profesor. Ha ganado los premios de traducción Esther Benítez y Astrid Lindgren, y está especializado en narrativa, ensayo de arte, novela gráfica y libros ilustrados. Desde 1989 ha traducido más de cuatrocientos títulos solo o en colaboración: desde clásicos como Carlo Collodi, Thomas Hardy, Vita Sackville-West, Emilio Salgari, Edith Wharton u Oscar Wilde hasta obras de autores contemporáneos como Andrea Camilleri, Marjane Satrapi, Roberto Saviano o Tom Wolfe. También ha traducido a seis premios Nobel: Albert Camus, Grazia Deledda, Rudyard Kipling, Doris Lessing, Toni Morrison y John Steinbeck. Además, escribe sobre traducción para distintos medios, es profesor de la Escuela Cursiva del Grupo Penguin Random House e imparte conferencias y talleres sobre diferentes aspectos de la profesión.
Para Trotalibros Editorial ha traducido *Los chicos*, de Toni Sala (Piteas 8).

PERSECUCIÓN

Primera edición: enero de 2023
Título original: *Persecució*
© Toni Sala, 2019
© de la traducción: Carlos Mayor
© de la nota del editor: Jan Arimany
© de esta edición:
Trotalibros Editorial
C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª
AD500 Andorra la Vella, Andorra
hola@trotalibros.com
www.trotalibros.com
La traducción de esta obra ha dispuesto de una ayuda del Institut Ramon Llull.
ISBN: 978-99920-76-37-8
Depósito legal: AND.409-2022
Maquetación y diseño interior: Klapp
Corrección: Álex Herrero y Marisa Muñoz
Diseño de la colección y cubierta: Klapp
Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

TONI SALA

PERSECUCIÓN

TRADUCCIÓN DE
CARLOS MAYOR

PITEAS · 16

NOS HAREMOS COMPAÑÍA

1

Salí con un hombre durante un año, hasta que me enteré de que había matado a su mujer. Él mismo me lo dijo. Hacía diez años, con un cuchillo, y había pasado por la cárcel. No pude seguir escuchándolo. Lo acompañé hasta la puerta, le di su chaqueta, abrió y se marchó.

Me metí en la cama vestida. Por la mañana había cambiado las sábanas por él, la funda de la almohada olía a suavizante y me quedé como narcotizada con el perfume de las flores estampadas en las sábanas, de las flores de la camiseta y los pantalones que no me había quitado. El olor de las guirnaldas de la pantalla de la lámpara que había en la mesita, el olor de las cenefas de las paredes, de los ramos de flores de las cortinas, de las coronas de flores del mosaico. Me dormí en una nube de pétalos, como si la muerta fuera yo.

No puedo convertir el año que pasé con Albert Jordi en un año malo, no puedo volver atrás y revivirlo sabiendo lo que me escondía. Fue un año muy bueno. La inmobiliaria había remontado, nos venían clientes de todas partes y él estaba lleno de la energía de la novedad. Aún lo veo reír. Era como esas casas en las que, nada más entrar, ves que te mejorarían la existencia porque tienen el tamaño de tu momento, tu forma, como si tú misma hubieras dibujado los planos. Las casas son trajes, te van pequeñas cuando engordas y grandes cuando adelgazas, te aburren si llevas una vida aburrida, te angustian o te calman según cómo estés. Son cajas de resonancia, pueden ser una salida o pueden ser una cárcel, cambian a cada momento.

Tenía más de cuarenta años y tropecé con un hombre hecho a medida. Después de toda una vida sin pareja estable, había llegado mi turno. Estaba muy dispuesta, me merecía a Albert Jordi por el tiempo que lo había esperado, por mi manera de ser, por la suerte, y me pegué a él como una adolescente. Era diez años mayor que yo y trabajaba de jefe de ventas de una librería importante de Barcelona, Noumón. Leía mucho por trabajo, pero libros aparte sabía de todo. Detalles de la gente, recovecos de los recovecos. Tenía un conocimiento del mundo que me fascinaba. Estaba al tanto de los libros que salían, pero también de las revistas y los periódicos, de la política internacional y de las guerras. Decía que envidiaba que yo no supiera cómo se llamaba el presidente francés.

Con él aprendí mucho, mucho más que el nombre del presidente de Francia. Descubrí lo grande que era mi ignorancia, pero también mis posibilidades. Ninguna amiga habría podido imaginárselo, ningún familiar. De repente alguien encendió una luz en mi interior. Fue mi universidad privada. Nos llamábamos todos los días, nos veíamos como mínimo los fines de semana, salíamos, bebíamos, hablábamos, hacíamos excursiones. Se sabía los caminos, los nombres de los sitios y las plantas, los árboles, los pájaros y las familias de las mariposas. Yo veía dos árboles iguales y él tres distintos. Le

decía: ¿Cómo puedes saberlo? Se señalaba la cabeza. Un millón de gigas.

También tenía una muerta allí dentro de la cabeza, y era el secreto que le daba la energía para estar siempre alerta, siempre atento, siempre despierto, y yo me pasé un año entero chupando la sangre de ella.

Al día siguiente de la confesión, en el comedor, las dos sillas estaban colocadas muy juntas. En la mesa seguía la botella de burdeos que me había llevado. En la cocina, el pescado se había quedado fuera de la nevera, un kilo de merluza limpio para prepararlo. No parecía mi casa, parecía un piso cualquiera de la inmobiliaria. Hice pis, me puse el camisón y me volví a la cama.

El lunes me levanté como siempre. Me duché y me puse unas gotitas de perfume. El olor a flores y plantas tapó la peste a pescado que empezaba a salir de la cocina. No había bajado la persiana. La merluza se había pasado el sábado y el domingo fuera de la nevera. Saqué del armario un vestido corto, ideal para el día luminoso de finales de julio que me esperaba. Estrené unos zapatos muy abiertos y con un poco de tacón, como un premio para quien se fijara. Me recogí el pelo, me pinté los ojos y los labios, me extendí por toda la cara una ampolla flash para parecer más joven y me puse crema en las manos. Me había pasado cuarenta horas durmiendo.

Àlex me abrió la puerta de la agencia.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó—. ¡Tienes muy buen aspecto!

—Vente a cenar el viernes —le dije—. Tengo un burdeos.

Me caía muy bien. Treinta años, casado y con dos hijos. Hacía cinco que trabajaba con nosotras. Llegó de una cadena inmobiliaria en quiebra y con un niño recién nacido.

Tenía contabilidad por poner al día y un montón de asientos por pasar. Me esperaba una mañana entretenida. Era un gran consuelo. Los números siempre cuadran, sabes qué puedes esperar de ellos. Después me tocaba hacer consultas en el catastro y en el registro de la propiedad, fotocopiar planos y llamar a media docena de clientes, y por la tarde tenía una visita en el Poble Sec. El buen tiempo ayuda al negocio inmobiliario. Por la ventana vi que iba a hacer sol toda la semana.

A media mañana miré los horarios del cine que teníamos en la misma calle. Antes de conocer a Albert Jordi, iba al cine a menudo después de trabajar. Salía del trabajo por una puerta y entraba en el cine por la de al lado. Desde entonces no lo había vuelto a hacer. También quería volver esa misma noche a la aplicación de citas, mi bodega de hombres clasificados por edad y aficiones, con fotografías y vídeos en todas las fichas, mi Hollywood secreto. Los primeros momentos después de un accidente son decisivos, hay que actuar con rapidez, trataba de esquivar el disgusto de modo que, cuando llegara el dolor de verdad, me pillara acompañada.

En cada edad amas de una forma distinta. A los veinte años pasaba de un chico a otro sin darle vueltas. Los chicos no se acababan nunca y, por lo tanto, siempre habría uno mejor esperándome. Costaría más encontrarlos, pero también tendría más claro cómo buscarlos. Mi récord fueron dos años con el mismo, hasta que me pareció que ya no le gustaba. A los veinticinco estaba en contra de la pareja estable, en contra de la familia y en contra de la obligación de tener hijos. Me pasé seis años sin salir con nadie. Era cuando todo el mundo se endeudaba para comprar pisos, y tuve la oportunidad de

mi vida: montar una inmobiliaria. Entonces se separaban los caminos entre los que iban a salir adelante y los que no, y yo acerté. Me saqué el título, abrí la inmobiliaria y empecé a ganar dinero. No demasiado, con mucha prudencia, pero más de lo que habíamos visto nunca en casa. Con eso y mis tres o cuatro amigas tenía de sobra. Hacíamos viajes, salíamos los fines de semana y bailábamos en fin de año. Éramos como una secta, nos controlábamos unas a otras, nos protegíamos, funcionaba. ¿Para qué el sexo, si no quieres tener hijos? ¿Para consolar a algún infeliz? Entonces le detectaron un tumor a mi madre y me fui a vivir con ella. No tenía a nadie más. Le hice compañía los tres últimos años de su vida, que coincidieron con el peor momento de la crisis inmobiliaria. Desaparecí del mapa.

Volví a ver a mis amigas el día del entierro. Estaban más viejas que yo, tenían la cara arrugada y seca, como si se hubieran pasado aquellos tres años en el desierto. Como si, con su sufrimiento, mi madre hubiera asumido mi desgaste, mientras las madres de mis amigas vampirizaban la juventud de sus hijas. Qué raro se hacía volver de tan lejos. En tres años de hospitales aprendí a detectar con precisión el deterioro de las personas. Al lado de mis amigas era como si me hubieran criogenizado. Clara era maestra y parecía una muñeca gigante, con una voz falsa y almibarada. Ruth era funcionaria de Hacienda y me recordaba una columna de hormigón con un calendario colgado a la altura de la cara. Iolanda trabajaba en una tienda de ropa para señoras mayores e iba con pantalones y jerséis de punto. Últimamente había adoptado un perro, y las demás le lanzaban indirectas porque no podían ir a ningún lado por culpa del animal. El día del entierro lloraban como brujas y me molestó, porque era mi madre, no la suya. Me parece que se llevaron un disgusto al verme tan bien. Quizás hicieron un conjuro allí en el cementerio para que todo volviera a ser como antes, y quizás por eso, cuando al día siguiente me apunté a una aplicación de citas y los hombres empezaron a dejar su teléfono, de entrada no funcionó. Tenía tantos pretendientes como quería, pero todos eran iguales o peores que el último, al contrario de lo que me había imaginado de joven. Quedaba con uno y con otro, y a mis amigas las veía tan poco como antes. Hasta que una noche, al volver del cine, me encontré un mensaje con ese nombre doble, Albert Jordi, su foto con bigote, la americana, la corbata y las cuatro palabras de siempre: música, cine, viajar, compartir. Nada del otro jueves. Lo llamé, aunque fueran las doce de la noche, porque eso es como los pisos: el que no corre vuela. Le pregunté si había visto *Brooklyn* y quedamos al cabo de una hora.

Podía llamar a Clara para comer, pero me temblaban las piernas. Sales un año con un hombre, viene a cenar a casa como todos los viernes, se sienta y te confiesa que un día mató a su mujer con un cuchillo. ¿Cómo cuentas una putada así? Primero tienes que entenderla tú misma, pero te habla en un idioma que no conoces. Tendría que pasarte una desgracia igual o peor para tener perspectiva, para empezar a interpretar. Por ejemplo, mandar el burdeos a analizar y que encontraran veneno. O poner Albert Jordi García Samper en el buscador y descubrir que había matado a media docena más de mujeres. O que la muerta fuera amiga íntima de Clara, Ruth o Iolanda, o una compañera tuya del colegio, o que el hijo de puta hubiera dejado a cinco críos huérfanos de madre, además de convertirlos en hijos de un asesino.

«Desde principios de año, la violencia machista se ha incrementado ya un cuarenta por ciento», dicen en las noticias. En la pantalla sale una fotografía de él sacada de Facebook. A su lado aparezco yo con la cara pixelada. Han encontrado cadáveres de niños descuartizados en su casa, en bolsas metidas en el congelador. Manitas y deditos secos en los cajones. Entonces podría empezar a entender ese idioma. Podría explicármelo a mí misma y después a Clara.

Un código cifrado. ¿Cómo podía entender yo la palabra matar? ¿Qué quiere decir matar? Tantas películas, series y reportajes de asesinos, y no tenía ni idea.

Lo que me bloqueó fue la palabra. Matar. Matar a mi mujer. Se me taparon los oídos, se me hizo un nudo en la garganta y la lengua. Solo tenía los agujeros de los ojos. Por ahí respiraba. Él sudaba, pero yo no podía hablar. ¿Qué podía decirle? ¿Tranquilízate? ¿Sécate el sudor? Tranquilo, Albert Jordi, no pasa nada, ahora me lo cuentas, abrimos el burdeos, mientras tanto preparo el pescado y me lo explicas todo. No podía dejarme llevar por el miedo, la preocupación, la curiosidad, la distancia, la indulgencia, la empatía, ponerme a hacer preguntas, pedir explicaciones, compensaciones, justicia, no podía preguntar nada, no conocía el idioma.

Lo acompañé a la puerta y me fui a la cama. Dormí dos días y tres noches. Tuve muchas horas de paz. No soñé nada, pero el lunes la cabeza me iba a cien por hora, se me descontrolaba, apenas había pasado la mitad de la mañana y no podía parar de darle vueltas.

¿Cuánto tiempo transcurrió entre que salió de la cárcel y nos conocimos? ¿Tuvo otras parejas entretanto? ¿Le hizo daño a alguien mientras estábamos juntos? ¿Por qué a mí me trataba tan bien? ¿Quizás me trataba demasiado bien? ¿Por qué parecía imposible? Ahora que lo había echado de casa, ¿volvería a hacer daño? ¿Mandarlo a tomar viento había sido una irresponsabilidad? ¿Qué tenía que hacer? ¿Podía hacer algo? ¿Colgar anuncios en internet con su foto? ¿Vigilarlo de lejos y pasar avisos por debajo de la puerta de las señoras que fuera conociendo?

¿Por qué me lo dijo? Ninguna ley lo obligaba a contarme su vida. Había estado preso, había pagado.

Para empezar a entender aquel idioma solo tenía una desgracia que confrontar, y no era la muerte de mi madre. Mi madre murió de muerte natural, pasé una buena temporada preparándome y cuando llegó el momento nos separamos como la fruta cae del árbol. Murió relativamente joven, pero la víctima de Albert Jordi debía de tener la mitad de años.

Mi única desgracia igual de solitaria e incomprensible, hasta el punto de que solo por convención estoy más o menos segura de que para mí fue una desgracia importante, y de que toda la vida me ha servido para explicarme desgracias menores, como tardar en acertar en un trabajo, no haber tenido hijos o haberme enamorado precisamente de Albert Jordi, la única desgracia comparable que tenía era no haber llegado a conocer a mi padre.

Mi padre era pescador y tuvo un accidente a diez millas de Badalona. Se quedó atrapado en la red cuando la tiraban, corrieron a recogerla y ya no estaba. Se pasaron una semana buscándolo, salieron barcas, avionetas, helicópteros y buzos, pero no lo

encontraron.

Me lo contaron a los siete años. La abuela le cogió la mano a mi madre encima de la mesa y mi madre me lo dijo, igual que Albert Jordi se me confesaría más de treinta años después. Lo dieron por cerrado y nunca más volvieron a mencionarlo, supongo que para matar cualquier esperanza de que algún día encontraran a mi padre, vivo o muerto. Pero aquel silencio era tan sospechoso en la imaginación de una niña, me hacía tanta compañía pensar que mi padre pudiera estar vivo... Nos había abandonado, mi madre y la abuela me engañaban, se habían inventado el accidente para hacerme creer que había tenido un buen padre. Me protegían, no querían que me hiciera ilusiones. No volvería a verlo nunca más. Mi padre no quería saber nada de mí. Mejor quitarlo de en medio con la mentira del accidente.

En la cama, de pequeña, me imaginaba que se abría la puerta y mi padre entraba a abrazarme, con la ropa todavía húmeda de un accidente que no me creía.

Más adelante, ya de adolescente, se me ocurrió que se había suicidado. Era otra forma de dejarnos. Se suicidó, pero quiso proteger a su hija, tuvo miedo de empezar una estirpe de suicidas y fingió un accidente. Por mi culpa no había dejado ninguna nota y no se había despedido de mi madre. Era un secreto entre él y yo. Su herencia. Me lo imaginaba con un cinturón de plomos escondido debajo del jersey, con plomos atados a las muñecas y los tobillos, con plomos en los bolsillos y los zapatos para estar seguro de acabar en el fondo. Me lo imaginaba en la barca antes de saltar, todo el viaje moviéndose como un buzo por cubierta, fumando, sentándose para reposar, fingiendo que estaba mareado, hablando poco con los compañeros pescadores, concentrado en sí mismo.

Tiraban la red.

Saltaba a escondidas.

—¡Me he enganchado! ¡Se me lleva!

Gritaba por mí.

A diez millas de la costa.

—¡Auxilio!

Mentía por mí.

No dejó rastro. Era el último de una familia de pescadores. La mitad de la traína era suya, pero era demasiado vieja y el negocio se estaba hundiendo. Se lo comieron los peces. Fue el desquite por las montañas de pescado que habían cogido mis antepasados.

¿Por qué suicidarse? ¿Por la crisis de la pesca? ¿Estaba perdido? ¿Era infeliz con mi madre? ¿Tenía depresiones?

Depresión, suicidio. Más palabras incomprensibles. No puedes matarte siendo como los demás. Primero tienes que dejar el mundo y su idioma.

El cuerpo no salió, se quedó debajo del agua.

Si era un suicidio, pareció un accidente. Si fue un accidente, me pareció un suicidio. ¿Qué es peor, un accidente o un suicidio? ¿Era más o menos desgracia? ¿Me servía más o me servía menos para el diccionario de desgracias?

Mi madre quiso que el nombre de mi padre estuviera al lado del suyo en la lápida, con las fechas de nacimiento y de muerte o desaparición. Todavía hoy puedo hacerme a la idea de que está vivo o de que está en el nicho con mi madre, pero ni una cosa ni la

otra son verdad.

Después de enterrar a mi madre, busqué por las hemerotecas de los periódicos en internet hasta dar con la noticia. Salía la fotografía de unas barcas, con un huracán quieto de gaviotas alrededor, un día luminoso de mayo con el mar plano. Las iniciales del pescador que buscaban eran las de mi padre.

Con el piso heredé el álbum de fotos. En casa no teníamos ningún retrato de mi padre a la vista, el álbum solo lo habíamos abierto cuando era pequeña, y muy pocas veces, aunque yo siempre había sabido dónde lo guardábamos, en el fondo de un cajón lleno de papeles. Ahora podría hacer lo que quisiera con él. Reproducciones, ampliaciones, digitalizaciones. Había fotos de la boda y después salía yo en brazos de un hombre joven que sonreía y que tenía mi cara. Llevaba la camisa remangada y se le veía la piel curtida por el sol.

Desde pequeña me había relacionado con su sombra a partir de lo que intuía suyo en mí, que era todo lo que no me venía de mi madre. Lo conocía por eliminación. Los últimos años con mi madre, convertida por la enfermedad en un esqueleto, un esquema de la mujer resolutiva y fuerte que había sido antes, pude delimitar con precisión qué había heredado de aquella mujer que había enviudado tan joven, con una hija de meses, que había tenido que buscarse la vida planchando por las casas y aprovechar el resto del tiempo para clavar figuritas de bailarinas de tela en unos cartones que después en otra casa alguien tapaba con un cristal y enmarcaba para que acabasen vendiéndose como trabajos artesanales. Cuando tuve edad suficiente, empecé a ayudarla a recortar, hasta que un día dejó de haber montones de láminas encima de la mesa y mi madre entró a trabajar en un taller textil del Poble Nou. Yo ya estudiaba para administrativa y me ocupaba de los abuelos. Fue cuando vendimos la casa del mar. Más adelante, con las importaciones asiáticas, se quedó sin ese trabajo. Pero entonces ya estábamos solas ella y yo. Acabé los estudios y, como con los hombres, empecé a ir de trabajo en trabajo: pasé por no sé cuántas oficinas y despachos, trabajé de cajera en un supermercado, incluso me dediqué un verano a hacer de guía turística.

Con la fotografía de mi padre delante, me imaginaba la sorpresa de sentir que de repente te arrastran hacia las profundidades por un tobillo, de comprender que es la red y que no vas a tener forma de soltarte. Yo era la única que podía imaginarme el accidente tal y como lo había vivido mi padre, por lo que llevaba de él en mi interior, y lo hacía como una deuda, una responsabilidad de hija, lo hacía para acompañarlo y consolarlo mientras se moría. Por muchos años que hubieran pasado, en eso no entraba el tiempo, sino la vida, y la que estaba viva era yo. Consolándolo a él me consolaba a mí. Por un descuido se me llevaba la muerte en persona, y la vergüenza y la rabia y la culpa se mezclaban, el desdén y la piedad por mí misma, la comicidad y el terror, la angustia y la melancolía mientras me ahogaba, la certeza y la incredulidad hasta el último momento, cuando el agua dura como una roca me obturaba la tráquea. Me hundía abrazada con él, que dejaba a una mujer joven y a una hija de diez meses, mi relevo. Me lo imaginaba una vez y otra, como si a través de mi padre me matara a mí misma y lo salvara a él, y tenía que parar, porque si lo mantenía vivo entonces era mi padre el que nos mataba a mi madre y a mí, separado como estaba por siempre jamás de nosotras.

Esa obsesión se me disparó con la muerte de mi madre y Albert Jordi me sacó de ahí. Pasé un año sin pensar en eso. Ahora la muerte imaginada de mi padre me volvía como el recuerdo de lo que me había imaginado, el espejo en el que se reflejaba el asesinato también imaginario de Albert Jordi, como si apuñalara a mi padre y atara del pie a su pareja y la hiciera desaparecer en el mar.

Comí lejos de la inmobiliaria. No llamé a nadie. El sol de julio brillaba en los escaparates, los balcones y las ventanas, llenos de carteles que decían EN VENTA, EN ALQUILER, y el cielo se concentraba en una sola nube.

Trataba de buscar recuerdos alternativos, pero volvía a la noche del viernes.

Me pidió que me sentara delante de él, me cogió la mano.

—No podía decírtelo la primera noche y enseguida fue demasiado tarde. La única solución era esperar a que nos conociéramos lo suficiente.

Un año sin ninguna pista, ningún silencio sospechoso, ningún temblor en la voz, ninguna sombra de nada. Un año sin esquivar ningún tema de conversación. Quizás salía conmigo para esconderse de sí mismo. Yo entre él y su conciencia. Entonces, no entiendo por qué me lo confesó. Seguramente porque por mi cuenta nunca lo habría descubierto.

Necesitaba contárselo a alguien, llamar a Clara y proponerle vernos, pero solo habría podido hablarlo con un desconocido. Había información descontrolada que me afectaba. Decía mucho de mí haber pasado todo un año con él. Decía mucho de mí la determinación con la que lo había echado de casa. Después de un año juntos, de un año de encajar en todo... Y resultó que aquel año no servía, no valía para nada. ¿O precisamente por eso pude echarlo sin contemplaciones, porque lo quería?

¿Y si era mentira? ¿Y si se lo había inventado? Aún peor, ¿no?

Miraba a los hombres por la calle. Buscaba a alguien a quien contárselo. Me imaginaba un año con uno y un año con otro, un año sin consecuencias, un año en el que ni me hiciera vieja. Un año con tal americana oscura que pasaba por delante de una panadería, un año con tal cabellera pelirroja y tal barba de dos días, un año con el mono azul de un mecánico que empezaba a echar tripa, un año con el estudiante que podría ser mi hijo o con el conductor del Audi rojo parado en el semáforo que me daba un repaso al verme cruzar la calle, aguantándome la mirada porque tengo unos ojos preciosos y llevaba un poquito de tacón. Un año con el hombre que andaba agarrando a su pareja por la cintura.

En el restaurante tenía hambre, pero no podía comer. El camarero se llevó los platos medio llenos. El sol volvía de cristal a los hombres de la sala y los rodeaba con una aureola. Hombres con hombres dentro. Todos habrían visto venir a Albert Jordi.

—Puede que tenga buen aspecto, pero he pasado un mal fin de semana —tendría que haberle dicho a Àlex—. Vamos a comer juntos, por favor, quiero contártelo, llama a casa, tu jefa quiere hablar contigo.

El primer trabajador que contraté en la agencia fue una chica. Quería funcionar con mujeres en aquel negocio lleno de gorilas que marcan territorio y lo logré. Ellos construyen, compran y venden, nosotras hacemos de intermediarias. Los negocios inmobiliarios están llenos de mujeres, como los hospitales. Àlex llegó mucho después.

Ahora descubría que no sabía nada de los hombres, de su cuerpo diferente, sus hormonas y sus asesinatos. Me había pasado la vida evitándolos. No había hecho los deberes, no estaba preparada.

Quizás en aquel momento Albert Jordi ya les había enviado su teléfono a otras mujeres. Volvería a probar suerte, iría pasando de una a otra hasta encontrar a la que lo aceptase como era, la que le dijera: «Gracias por contármelo. Ya sé que no es fácil decirlo. Yo también maté a mi marido».

Los compradores y los inquilinos se movían como animales migratorios de unos barrios a otros, y nosotros los esperábamos con la red echada.

Aquella tarde tenía que enseñar un cuarto piso del Poble Sec a un cliente ruso. Cuando empezaron a llegar los ruskis, nos creímos que serían como los mustafás o las panchitas, que en el momento de la burbuja podías colocarles cualquier establo al precio de un palacio. Se lo quedaban todo, no tenían ni idea. Creíamos que los dimitris serían iguales, qué iban a saber ellos del mercado libre, y resultó que nos daban sopas con honda. Querían los pisos para enterrar el dinero negro. Los herederos de Stalin se entendían bien con los de Franco, decía Albert Jordi.

Me encontré al ruso esperándome en la calle. Subimos en el ascensor con una vecina mayor. No era el mejor día para enseñar un piso, y menos como iba vestida. Tendría que haberle pedido a Àlex que hiciera él la visita. Si entrar maquillada y con tacones en un piso vacío con un desconocido ya era mala idea de por sí, peor aún con un dimitri rubio, cachas, rapado y de sesenta años. Hablaba poco y tenía una sonrisa amenazante, iba con los pantalones y la camisa ajustados, y seguramente con un fajo de billetes en el bolsillo restregándole el paquete.

Dejé la puerta del rellano abierta de par en par. El piso nos venía de otra inmobiliaria, era la primera vez que entraba. Estaba decorado al estilo egipcio. No sé qué pasaba desde hacía unos años con lo egipcio. Abrías una puerta y te topabas con la tumba de Ramsés II. Solían ser pisos oscuros, con imitaciones de papiros y jeroglíficos colgadas en las paredes, sin enmarcar, y un montón de recuerdos de tienda de museo, bustos de plástico de Nefertiti, cómodas y cajitas en forma de pirámide. Quizás era por la moda de los cruceros. Miniaturas de sarcófagos encima de las mesas, muñecos con cabeza de perro entre una plaga de figuritas de gatos negros con las orejas puntiagudas. Podías encontrar cualquier locura en un piso, suelos y paredes de mármol, esculturas clásicas y jacuzzis con cenefas de prostíbulo, pero la fantasía egipcia era la más asequible y corriente. El mundo estaba lleno de infelices con delirios faraónicos, encerrados en un cuarto piso oscuro de sesenta metros del Poble Sec, esperando la reencarnación.

Pensar en esas vidas era la parte distraída del trabajo. Un piso nuevo o recién reformado tenía pocos alicientes, pero las casas habitadas estaban llenas de detalles. Un piso amueblado con trastos viejos solía ser una herencia que había que vender con rapidez para pagar los impuestos o porque los herederos necesitaban el dinero. Las cocinas decían tanto o más que las habitaciones. Por los fogones y la nevera sabías cuánta gente había vivido allí. Cada casa tenía su historia, solo tenías que saber interpretarla. Había entrado en pisos con las camas deshechas, de familias que habían tenido que irse deprisa y corriendo, cuando en Barcelona había una docena de

desahucios al día. En el piso de un viejo me encontré un buda gigante al lado de una cama redonda, todavía con las sábanas rojas de seda. Las paredes olían a incienso y los muebles eran nuevos, el pobre hombre no había aguantado mucho. Otra vez me topé con una pared de cocina cubierta por un espejo hecho de cuchillos de carnicería. Un perro muerto y seco en un armario, dentro de una bolsa de basura, una torre Eiffel de dos metros hecha con alambre y monedas. En otro piso había un cajón lleno de pistolas, de distintos modelos, engrasadas y cargadas. Llamamos a la policía. Y después estaban las habitaciones raras, como países al margen de la casa en la que se encontraban. Llevaba muchos años en el negocio. Una vez me encontré un cuarto lleno de maniquíes vestidos de *La guerra de las galaxias* sentados en torno a una mesa. Los pisos eran el meollo de la economía, una habitación vacía parecía un pecado y ellas mismas se buscaban su sentido: guardar colecciones de trofeos o trenes eléctricos, o recuerdos de una persona viva o muerta, servir de terrario o de capilla con velas dedicada al dios más pasado de vueltas que pudieras echarte a la cara, la cuestión era ocuparlas.

A los propietarios les daba pena desmontar esas habitaciones. Te topabas con vendedores que dejaban la casa con los muebles impecables y los cajones llenos, con cubertería, sábanas y bombillas de recambio, como casas de muñecas de tamaño natural, como si esperasen volver algún día. Dejaban la tumba llena, como los faraones. Tenías que ir con cuidado, dar un buen repaso mucho antes de enseñar un piso, redistribuir los muebles, vaciarlo, pintarlo, hacer pasar a una brigada de señoras de la limpieza.

Deducías la personalidad de quienes se marchaban por los cuadros o los carteles, por los libros, las películas y los discos amontonados para tirar. Pasabas por las habitaciones como por los archivos de un desconocido. Con internet e IKEA las casas cada vez se parecían más, por eso era importante preguntarles a los vendedores, nunca sabías qué podía ayudarte a vender, qué habitaciones eran las mejores y por qué, qué tiendas estaban más cerca y qué historias secretas escondía cada edificio. Así controlabas la información comprometida, balcones de los que se había caído alguien, pisos a la venta por un suicidio. Las supersticiones desmotivan más que un pub en los bajos, unos vecinos gritones o una grieta de un palmo. Aquí vivía un arquitecto, les decía a los clientes, y disimulaba las antenas de las azoteas, las vigas sospechosas, las humedades y los aislamientos precarios, los vecinos problemáticos. Concertaba visitas a las horas de más luz y menos tráfico, arrancaba la pegatina roja del prostíbulo del portero automático, esquivaba rumores de edificios enfermos y aluminosis. En algunos pisos parecía que las cédulas de habitabilidad se las dieran a los escarabajos y a las ratas.

El edificio de aquella tarde era bueno. El dimitri hacía fotos con el móvil, entraba y salía de las habitaciones y sacaba la nariz por las ventanas. Se había portado bien, era educado y hacía las preguntas lógicas, con su voz militar, sobre la comunidad de vecinos y los metros del comedor. Tenía toda la pinta de ir a meterse la mano en el bolsillo, sacar los billetes y darme una señal. Salió satisfecho del piso y entró decidido en el ascensor. Las puertas se cerraron y me sonrió mirándose en el espejo por encima de mi hombro, se acercó un poco, solo el cuerpo, sin mover los pies, y me preguntó adónde iba después de la visita, porque él estaba solo en Barcelona. Tenía los dientes demasiado blancos para

su edad, demasiado perfectos. Me quedé quieta con la espalda clavada en el espejo. Solo me faltabas tú, pensé, y fue como si el ascensor se hubiera llenado de agua fría y entre nosotros pasasen unos peces gigantes y peligrosos. Me cogió de un brazo y me estampó los labios en la boca.

Una vez en la calle, esperé a ver hacia dónde iba y eché a andar en dirección contraria. Me volví un momento para asegurarme de que no me siguiera y vi que se metía en un taxi.

Me imaginé un año con el ruso. El taxi se llevaba un año de torturas, de borracheras y de insultos, sus medallas y tácticas militares, camuflajes, traiciones, torturas y represalias. La necesidad de tranquilizarlo en la cama, los celos de los primeros meses, cuando me esperaba por sorpresa delante de la oficina, o la pelea a gritos que tuvimos cuando le dije que el día del ascensor estaba tan necesitada de compañía que me habría metido en la cama con cualquiera, pero que en cualquier otro momento habría perdido el negocio encantada de la vida, habría esperado a que se abriera el ascensor y habría salido disparada a la calle, y no me habría quedado a gusto hasta saber que no me seguía, hasta verlo subir a un taxi, y desde aquella discusión todos los días le había hablado de Albert Jordi, sin contarle por qué nos habíamos separado, y eso a él lo volvía inseguro y a mí fuerte. Cada día aguantaba menos su mentalidad primaria, su sudor aguado, la peste a viejo por mucha colonia que se pusiera, su cuerpo huesudo por horas que echara en el gimnasio, y aquel piso decorado como la tumba de un faraón ruso en Barcelona. Por mucho que lo intentara, no podía respetarme, por mucho que quisiera. Un lobo no puede respetar a un conejo, lo único que quería era que acabara de pasar el año y dejarlo de golpe, aunque me amenazara, aunque me jugara el pellejo, pero mientras tanto era mejor cuanto más difícil me lo ponía, cuanto más insoportable se mostraba, más violento y peligroso.

Albert Jordi nunca hablaba de su familia. A mí me parecía bien, acababa de perder a mi madre. Él tenía a la suya en un geriátrico, me dijo.

No era de extrañar, visto con la perspectiva del tiempo. La noticia te envejecía de repente.

—¿Cómo dice? ¿Mi hijo? ¿Albert Jordi? ¿Que mi hijo ha matado... a mi nuera? ¿La hija de Maria? ¿Mi Maria? No puede ser.

Imaginémonos que me hubiera adelantado. Que hubiera invitado a cenar por sorpresa a Albert Jordi unos días antes. Tenía más de cuarenta años, era ahora o nunca. Imaginémonos que llega a casa y le pido que se siente. Ha habido un descuido, quizás voluntario.

—Descorcha el burdeos —le digo—, tengo que contarte...

—Un momento —dice él—. Primero escúchame a mí. No puedo esperar más para decírtelo.

Quiere comprometerse conmigo. Lo ha intuido. Quiere tomar la delantera. Lo sabe. Los hombres lo notan. Cómo no va a notarlo. Me quiere. He mirado un piso, sé de un par de pisos, tres, esta misma noche elegiremos, pondré a la venta esta casa, tengo dinero, sé de dos o tres perfectas, es buen momento, los precios van a subir, se ha acabado estar sola, sé cuáles son los mejores barrios para los niños, los colegios, tres habitaciones y

terraza, menudo cambio de vida, nos haremos compañía, luego tendremos más hijos, quién me lo iba a decir, una familia, mis hijos tendrán padre.

—Tengo que decirte algo importante —le cojo las manos, están heladas, tiemblan.

—Mi noticia es más importante.

Ya lo sé, e incluye la mía. Pero pone mala cara.

—Es mala —dice.

—Ahora la mía ya no lo sé.

Si me hubiera quedado embarazada y hubiera hablado antes que él, quizás se habría guardado el secreto, y ahora tendría un hijo de padre asesino y nadie lo sabría nunca.

De camino a la oficina, ya no veía el mundo con mis ojos, sino con los de un pez, era mi persona como un pez por el aire, en el agua que me aislaba en el ascensor con el ruso, entre los hombres de la calle, a un dedo de rozarles el pelo de algas. Llegué no sé cómo, nadé por la oficina entre las mesas, ya bajaban la persiana.

Àlex se me acercó.

—¿Cómo ha ido?

—Un desastre.

Nos quedamos solos en la oficina. Me senté, no podía más.

—Con lo decidido que parecía aquí. Estuvimos mirando fotos.

—Muy desagradable.

—Lo siento. Podía haber ido yo.

—No quería hacerte acabar tarde, no sabía cuánto tardaríamos.

—Hoy precisamente no tengo prisa, estoy solo en casa. ¿Te apetece ir a tomar algo?

—Otro día. Quiero ir al cine.

Entré a media película. Fuera todavía era de día y dentro ya era de noche. Debía de haber poca gente, pero no veía nada y era como si el cine estuviera lleno, y con la música y el centelleo me sentía de gas, como un globo atado al dedo de un niño. Todo era pacífico, todo estaba previsto, la película ya había empezado, pero pasaría una y otra vez, con las mismas escenas, en todos los cines de Barcelona donde la ponían, siempre las mismas imágenes eternamente. Apoyé el brazo en el brazo de la butaca, cogí el puño con la mano, pero con el brazo y la mano no me bastaba, me habría abrazado al respaldo de la butaca de delante, me habría gustado tener un cojín, un muñeco de peluche. Me puse la chaqueta y el bolso encima. Tendría que haber permiso para abrazar, como cuando era pequeña y la abuela me llevaba a misa y la gente hacia el final se daba la paz. En el cine tendría que ser igual, y después cada oveja a su redil.

La misa era para las abuelas, el abuelo Salvador no iba, ni mi madre. El abuelo miraba el mundo con otra lógica, decía que el pescado se venga pudriéndose en los dedos, y entonces me acordé de la bolsa de pescado de la cocina, había hecho todo el camino para ir a parar al interior de la bolsa de pescado de la cocina, para confundirme con otros peces, para encarnarme en una merluza medio deshecha, entre espinas y vísceras si aquello aún era merluza y no un puré de pescado podrido para tirar, un litro de merluza en una bolsa de plástico, las espinas de unos y otros en una fosa común de líquidos. Aquel pescado se había pasado tres días al sol. Cuanto más se diluyera el perfume de las sábanas, más fuerte saldría el hedor de la cocina. Ya llegaba hasta el cine.

Todo un año saliendo con él. El secreto criando gusanos, fermentando, y aquella noche se presentó con la botella de vino caro para recordarme las borracheras del primer mes, su colección de whiskies dulces que nos pasábamos de boca a boca.

Yo estaba dentro de aquel pescado y por sus ojos veía el burdeos en la mesa, elegido con atención, porque de vinos entendía. ¿Bebía porque lo atormentaba lo que había hecho o bebía porque no lo atormentaba? ¿Para qué me llevó una botella de burdeos? ¿Para celebrar el secreto que íbamos a compartir? ¿Para conjurarnos? ¿Para brindar? ¿Cuántos años había vivido con ella, antes de matarla? ¿O fueron meses? Había dicho mujer, mi mujer, maté a mi mujer, como si la hubiera apuñalado allí mismo delante de mí, como si hubiera estado conteniéndose, como si aquello no hubiera sucedido hasta que me lo dijo.

Estaba mezclada con él allí, en el cine, pudriéndome con él, y también con ella. Criaba gusanos por debajo de la piel y se me comían, trataban de escaparse. Se me salían por los lagrimales y los oídos, y unos cuantos se me acurrucaron en el corazón. Toda yo estaba llena de galerías, los gusanos excavaban túneles, nadaban por los canales de las venas, yo estaba tan muerta como la otra, y como no sabía nada de ella tenía que imaginármela y la hacía parecida a mí, a él, como una hija de los dos, el resultado de un año juntos, un embarazo y algunos meses, pensé en ella como si le probara una corbata a él, una camisa, un peinado, qué le quedaría bien, le dibujaba los planos, qué casa le iría bien, qué chica le habría gustado, qué mujer lo habría excitado, cuál habría podido acercársele lo suficiente para que la matara, a quién habría sacrificado él... Salimos un año entero. Me parecía a ella, seguro que me parecía. Vio mi fotografía en la aplicación y me dejó un mensaje porque me parecía, nos ensartó con el mismo cuchillo, hizo de puente de una a otra, nos empalmó las venas.

Era imposible saber qué pasaba en la pantalla, qué hacían, seguir ningún argumento, la película era fragmentaria, había persecuciones de coches, jóvenes que se abrazaban, música y colores, pero me perdía, me absorbía mi propia película. Hay accidentes, pensé. Coges el coche para ir a una fiesta y vuelves a casa en silla de ruedas.

Una noche, de pequeña, oí al abuelo desde mi cuarto.

—Cayó en una corriente marina —decía—, estoy seguro, cayó en una corriente marina, por eso no lo encontraron. Delante de Badalona hay corrientes. Hay corrientes por todas partes, corrientes que arrastran otras corrientes. Hay una malla que se mueve debajo del agua, hecha de senderos y caminos, de carreteras y autopistas que nunca están allí mismo, unos circuitos que van moviéndose, cada uno a su ritmo, hacen órbitas en torno a planetas de agua. Cuando pasan por encima de una corriente, las barcas bailan y los palos se tumban como si pasara una ola por debajo de otra. La barca frena si va en dirección contraria, y si la corriente va a su favor se la lleva, y es ir a lomos de una ballena. Si tienes la red echada, se hincha como una vela y te toca enderezar el timón, y después, cuando la recoges, encuentras peces que no tocan. De allí no tendrían que salir brótolas, y las gambas están mucho más al fondo. Langosta en Badalona, sardina en la desembocadura del Ebro, atún en esta época... No puede ser. Cada corriente tiene su temperatura y su pescado, pero las corrientes también arrastran animales de tierra y trastos que han caído al mar no se sabe cómo, y que han acabado haciendo el circuito

como las manecillas de un reloj.

Yo también estaba atrapada en un circuito obsesivo. Quizás Albert Jordi alquiló una barca y tiró a la muerta al mar en un saco lleno de piedras para que se hundiera, como mi padre con el plomo, y ahora una misma corriente arrastraba a los dos muertos, a mi padre y a la pareja de Albert Jordi. Se habían conocido en el otro mundo y estaban haciendo un crucero submarino por el Mediterráneo. O habían caído en corrientes distintas, y en un punto del circuito coincidían, se encontraban periódicamente...

—Unos pescadores, una vez, sacaron una vaca con la red —decía el abuelo aquella noche. Puede que hablara con mi madre, o con la abuela, o solo, puede que hablara para mí—. Una vaca que hacía dos días todavía pastaba, si la hubieran ordeñado habría dado leche salada. A saber los kilómetros que habría hecho, de la granja a la costa y después dentro del agua. Estaba enferma y la tiraron al mar, o se cayó en el río un día de crecida... ¡No te jode! ¡Una vaca! Vuelta cabeza abajo en el fondo del mar como un árbol con el tronco enterrado, con las patas por ramas y los peces por hojas. Los peces querían zampársela y no podían romper el cuero. Y una vez unos buzos vieron caballos con caracoles y almejas en la crin. Las redes arrastran mucha mierda. Sacábamos perros y gatos tan llenos de agua que no sabíamos si eran cabras o conejos, jabalíes hinchados como botas, familias de jabalíes redondos como peces luna. Y he oído decir que en Formentera sacaron a un recién nacido con las costillas como espinas. Pero normalmente eran trastos hundidos enterrados cerca de la costa, motos, bicicletas, lavadoras, televisores y paraguas... De todo. Sillas, colchones, butacas, mesas, como unos grandes almacenes debajo del agua, supermercados y fruterías y verdulerías, latas, jamones, chocolate, una ciudad con bloques de pisos y autopistas, jardines, aparcamientos y vertederos y hogueras. Una vez sacamos un delfín muerto. Delfines vivos no cogerás ninguno, solo alguno pequeño, chillando como un crío de teta. Son muy mala cosa los delfines, malas bestias. Aquel nadaba muerto, arrastrado por la corriente. En cubierta, se quedó quieto entre los peces que coleaban en la red como escamas de un pez más grande, como un pajarote con plumas de espejo, y lo toqué, toqué el delfín con el dedo y se deshizo como un globo de agua.

Él y ella quizás acabaron en algún puerto, pues, enredados, quizás acabaron en latas de comida para perros. Puede que dentro de un pescado alguien se encontrara un pedazo de vestido, un pedazo de carne, una uña. Abro la merluza en lugar de tirarla, noto una piedra entre el líquido podrido, brilla, un anillo, la alianza con la fecha y las iniciales, como un cuento, A. J., era ella, todo coincide. O el anillo de mi padre con las iniciales de mi madre, lo vi en la foto, llevaba anillo, igual que lo llevó ella de por vida. Me habían vendido a mi padre al peso. No era extraño encontrar restos humanos en el mar, el Mediterráneo era entonces una sopa caníbal en la que morían los refugiados de la guerra de Siria, se ahogaban a cada momento.

Corrientes de ballenas. Corrientes de caballos. El zodiaco bajo el agua.

Yo también estaba en esa corriente, yo y todo el cine, las butacas, la pantalla, todo bajo el agua. Recorrí el Mediterráneo, pasé el estrecho, rodeé la península y me fui al mar del Norte. Vi submarinos como bancos de peces y aviones en la arena de debajo, como un aeropuerto. Me arrastraba la corriente en una barca volcada. Vi a mi padre,

nadé para atraparlo, mi padre daba vueltas y hacía su circuito. Aún estará allí, o lo que quede de él. Se va al fondo del mar en Ibiza, después flota un poco más arriba y en las costas de Córcega se lo comen las gaviotas, y sigue deshaciéndose, llega a Mesina y es un esqueleto vestido, vuelve a dar la misma vuelta y en mayo pasa otra vez por Badalona, y en junio ha llegado a Ibiza, en agosto las gaviotas se lanzan de cabeza desde el cielo para pellizcarlo, se llevan pedazos suyos volando, le limpian los huesos, y los peces también se acercan y se lo comen, le quedan jirones de carne, los peces pequeños nadan entre sus costillas, los grandes se quedan encerrados dentro como si fuera una nasa, le salen conchas en las cuencas de los ojos y tomates de mar en la boca, peces y cangrejos viven en su cráneo, lleva caracoles por pendientes, langostas que sacan las antenas por detrás de la clavícula, gambas en los tobillos, es un padre grotesco, un títere, con la pelvis llena de mejillones y erizos en lugar de pelo, la corriente lo arrastra con su traje de algas como un ángel verde y el esqueleto va separándose en piezas como el motor de un coche en el desguace, este fue mi padre, esto fue mi padre, los huesos que sostenían la carne que me engendró, deshaciéndose entre el plancton. Hay una línea regular de muertos, un desfile de huesos blancos que pasan por delante de la costa como delfines o atunes, todos los años la ambición y la desesperación de los hombres, a veces un velero coincide con ellos y al navegante le parece ver la espalda de una serpiente, y después se dice que es el reflejo del sol, no se imagina un cementerio itinerante, y son los huesos de mi padre mezclados con los demás muertos atrapados en el circuito, abrazados a la mujer de Albert Jordi.

Se encendió la luz y salí del cine con la riada de gente. Bajé al metro como un robot. En casa, cerré la puerta de la cocina y me eché en la cama. Ni me acordé de la intención de aquella mañana de volver a la aplicación de citas. Al contrario. Las sábanas estaban arrugadas, las flores marchitas y secas. Había estado mil veces en su casa, dormía allí a menudo y nunca noté nada. Debes de cambiar de casa, si en una matas a alguien. No sé qué pasa con la herencia de la víctima, no sé si se anula un testamento cuando el asesino es el beneficiario. No se puede saber qué habría querido ella, ya no se le puede preguntar. Cuando ya no estás, pierdes todos los derechos. Pierdes el derecho a perdonar. Puedes perdonar un robo, pero no puedes perdonar tu propio asesinato. Primero el asesino te quita la vida, después la justicia te remata. Cuando ya estás muerto, no debes de querer nada más que perdonar, pero, cuando estás vivo, ¿cómo puedes hacer una cosa así? ¿Quién eres tú para eso?

No puedo saber si la cama en la que dormíamos era la misma en la que había dormido con ella. Sí que sé que me tocó con las mismas manos que habían matado a su mujer, y que me miró con los mismos ojos que debieron de verla morir. Que le hablaba con la misma voz que a mí, pero que las palabras fueron cambiando de sentido mientras la apuñalaba. ¿Qué quería decir, en ese momento, la palabra adiós? ¿Qué significado tenían sus pensamientos? ¿Podía entenderlos ella misma? No cambió solo el idioma. Los muebles ya no eran los muebles, las paredes ya no eran las paredes, ella misma ya no era la misma mujer.

Puede que al día siguiente vaciara las botellas en el fregadero. Que tirase la comida de la nevera, el tubo de pasta de dientes que compartían. Todo estaba contaminado.

Debió de ir por la casa con una bolsa de basura vaciando los cajones, recogiendo los recuerdos, su ropa y sus pelos, debió de barrer y fregar, debió de ducharse, cortarse las uñas, ir a la peluquería, debió de comprarse una muda nueva. Todo lo que tocaba se convertía en veneno.

Hasta que llamó a la policía.

Albert Jordi no se habría dejado atrapar.

No sé si él mismo sabía que quería matarla. Ni cuánto tiempo hacía que lo sabía. Ni si se lo había dicho, ni cuántas veces. No sé si quería matarla. Quizás lo quiso después.

¿Cuánto tiempo estuvo con ganas de decírmelo? Sufriendo a diario y diciéndomelo al final, una noche. ¿O fue un pronto? ¿Creía que lo perdonaría? ¿Quién era yo para perdonar a un asesino? ¿O me lo dijo para que lo dejase? ¿Para involucrarme? ¿Porque me quería? ¿Me lo dijo en el momento en que estuvo seguro de que me quería? ¿En el momento en que dejó de quererme?

¿Y tú qué opinas, muerta?

Mírame a ver si mi padre está ahí, para saber si está muerto.

¿Cómo fue? ¿Y por qué? ¿Te enteraste?

¿Tenías hijos o querías tenerlos?

A lo mejor eras malvada y retorcida, estabas tan dedicada a hacerle la vida imposible que preferiste dejarte matar antes que dejar de atormentarlo y martirizarlo, una enemiga tan fuerte que acabó haciéndose matar para castigarlo. Te mató en defensa propia y al mismo tiempo para castigarse. Fue un crimen cargado de buenas intenciones. Yo no sé qué es un matrimonio, cómo es la relación profunda entre dos personas, qué pasa ahí dentro. Mis abuelos eran una unidad, mi madre se quedó viuda a los veinticinco y no quiso que hubiera más hombres, llevó siempre el anillo, hizo grabar el nombre de mi padre en su nicho como una defensa para el más allá, guardó su cuerpo para dejarlo pudrir con un fantasma. Pero la gente también se entierra con desconocidos, los cementerios están llenos de parejas malavenidas, de maltratadores y asesinos que acompañan por siempre jamás a sus víctimas. Hay más enemigos enterrados juntos que amigos, no sabemos qué pasa dentro de las tumbas, qué derrotas, qué victorias, qué humillaciones esconden.

En las tumbas de los asesinados no hay ningún distintivo. Llegó el momento culminante de su vida y tuvieron que dedicarlo a afrontar la sorpresa y la incredulidad, a sopesar qué pasaría con su cuerpo, pero también a redefinir la relación con su asesino y con la vida. En un mismo momento. A decidir si perdonaban o no. ¿Quién se quedaba la culpa? ¿Tu cuerpo o el del otro? ¿Qué te llevabas cuando la vista se enturbiaba por la muerte? ¿A tu asesino o tu herida?

Al final, ¿qué diferencia hay? ¿No son todas las muertes un asesinato?

El cuchillo entraba como un imán e iba directo al corazón, sin sangrado, como cuando las tijeras abren un pescado. No fue como en las películas, sábanas y paredes con flores de sangre, quizás fue un accidente y la cárcel una injusticia, y me había equivocado al echarlo, al culparlo con mi imaginación enferma. Los oídos no me dejaron acabar de escucharlo, quizás la llevó al hospital, muerto de miedo, y le pidió perdón mil veces llorando y cogiéndole la mano y mirándola a los ojos y ella lo perdonó, fue su

testamento, perdonarlo, y en cambio yo no había dudado en culparlo y tal vez era yo la culpable, tal vez en mi interior alguien agradecía en voz baja la muerte de aquella mujer, para que él pudiera dedicarse a mí, y tal vez era la voz de los hijos que podría tener con él, se pierde una vida pero se ganan dos, tres, media docena de hijos que no habrían nacido sin su sacrificio, y tal vez yo había flaqueado, tal vez yo era lo que él quería, que se le negara el perdón, me puso a prueba, quería de mí que se lo negara, porque la redención es un deseo y si se hace realidad no existe, como el amor, si se hace realidad no existe, como la muerte, si se hace realidad no existe. ¿Por eso me lo dijo? ¿Buscaba una cadena de mujeres que lo abandonaran? ¿Para eso las buscaba? ¿Para estar condenado?

Encendí la luz y eran las cinco.

Cogí el teléfono y lo llamé. No contestó. Insistí mil veces. Decidí ir a verlo al día siguiente a su casa y eso me tranquilizó y me dormí, y al cabo de tres horas ya volvía a estar en la oficina.

2

Me acuerdo de un cuento que leí una vez. Un hombre veía a unos policías apaleando a un detenido, se indignaba e iba a poner una denuncia. Resultaba que el detenido era un asesino. El comisario desengañaba al hombre:

—Los asesinos son gente normal —le decía.

Podría haber escrito un libro sobre mi «normalidad» las semanas que pasé en un pueblo al lado del aeropuerto de Girona, Riudellots, que quiere decir río de barro. Podría haberme puesto a escribir, no tenía nada mejor que hacer. *Mi diferencia*. *Confesiones de un asesino*. He leído lo suficiente para saber redactar. Mis padres tenían una papelería y he trabajado toda la vida en librerías. En la cárcel llevaba la biblioteca. Podría haber escrito perfectamente ese libro de haber creído que era posible. Pero es que una excepcionalidad comunicable sería una contradicción. Podría haberlo hecho por dinero, pero el dinero no me quitaba el sueño, tenía el móvil de unos amigos que se morían de ganas de echarle una mano a un emprendedor.

Ni siquiera abrí el procesador de textos. No quería obligarme a pensar, precisamente huía de eso. Los pensamientos primero parece que te ayudan, pero solo te dan coba, te consienten y después te traicionan y te abandonan. Piensa lo que quieras, que en medio minuto viene el pensamiento contrario y lo destroza. Los pensamientos son incompletos, por mucho que lo escondan. Si los dejas hablar, son como niños: tengo razón, tengo razón y tengo razón. Y la tienen, porque solo hablan de sí mismos. Por eso puedes escribir que los asesinos somos normales y quedarte tan ancho.

De ahí sale la diarrea internáutica. Es mejor no apuntar nada. Los pensamientos se embarran en la pantalla y en el papel se secan y se llenan de polvo, como ratas que se ahogan en las cloacas o que se pudren, muertas en la ratonera.

Hay torrentes de palabras igual que hay torrentes de silencios, momentos que se mezclan y se confunden unos con otros, y entonces hablar es la forma de callar y callar es la forma de hablar.

Los diez años que me cayeron en el juicio se quedaron en ocho con las reducciones y pasaron más deprisa de lo que esperaba. Los primeros días en la cárcel te desanimas y pierdes el sueño, piensas que no aguantarás, pero te adaptas. Si eres de una familia humilde como yo, un internado en el que no tienes que preocuparte de nada acaba teniendo su gracia, y entrar en otro mundo, salir durante un tiempo de ti mismo, no tiene precio.

Ingresé en prisión, me deprimí una o dos semanas, un mes entero, y me recuperé dedicándome a descubrir al personal y las normas, como si leyera un libro. Entré un febrero. Aquello era estrecho y angustioso, los pasillos, la celda, la ventanita. La calefacción cargaba el ambiente y me ahogaba. Estaba sucio y la comida no valía nada.

Pero una mañana, en el patio, me fijé en la luz en una pared, una luz limpia como si la hubieran lavado y planchado. Al cabo de unos días apagaron la calefacción y el aire empezó a correr por los pasillos y el interior de la celda. Ya no era para tanto. Seguía sabiendo qué cagaba mi vecino, pero circulaba el aire. Solo veía una parte del laberinto de celdas y pasillos. El laberinto seguía fuera de la cárcel. Puse velocidad de crucero. Era cuestión de esperar. Todo fue volviéndose cíclico y previsible. Los días, los meses y los años eran calcados. Solo había que vivir el primero, los demás no contaban. Me habría quedado una década más sin enterarme. Todo el tiempo del mundo estaba envasado allí dentro, no había ninguna prisa, tenía hasta derecho a un psicólogo. Era mejor retrasar cualquier intención para ayudar a que avanzara el tiempo. Daba la impresión de que allí no envejecías.

El primer amigo que hice tenía una llave. Era la llave de alguna puerta al mundo de fuera, no sé de dónde la había sacado. La cárcel a veces parecía un supermercado, con pasillos larguísimos y vacíos en los que acababas encontrando de todo, porque el laberinto se comunicaba con el exterior por túneles secretos. Tenías tiempo de buscar, de hacer magia. Mi compañero limaba la llave en el suelo para hacer un punzón. El punzón es el instrumento más útil de un preso. Te limpia las uñas y te defiende. Había ocupaciones así, todos tendíamos a afilar ideas en la cabeza con la misma obsesión. Cada recluso se dedicaba a su tema, que enseguida detectabas. Podía ser la rabia, el sueño, el remordimiento o el deseo, los coches, las mujeres, la comida o el fútbol. Como pasa fuera, pero más trabajado, con más punta. Las ideas iban girando en el torno del interior de la cabeza.

Yo había matado a una mujer. Podía dedicarme a eso, modelarlo, podía tratar el recuerdo como a un hijo, verlo crecer, educarlo, reconocerme en él, quererlo o discutir. Pero dejé que se estancara. Convivía con él como con un accidente, con una guerra o un atropello mortal. Ya estaba hecho, no había solución, la maté y renací con una tara, la única posibilidad es aceptarlo, no hay otro remedio. Dejar que se pudra, mirar cómo se descompone y se disuelve y va haciéndose pequeño y lejano.

Los asesinos no somos gente normal, pero si te meten en la cárcel te vuelves un poco más normal. Querían castigarme, rehabilitarme, prevenirme, hacerme normal. Se ocupaban de mí. Me consideraban una pieza catalogada y prevista. Se defendían asumiéndome.

Esteve era un preso que había matado a su padre. Tenía treinta y cinco años y ya parecía un viejo. La droga lo había dejado hecho un saco de huesos marcado de arriba abajo con tatuajes. Fui ganándome su confianza, había pocos reclusos a los que valiera la pena escuchar.

Me contó que había tenido un ataque al corazón por culpa de la cocaína. Como consecuencia de eso, mató a su padre. No dejaba de darle vueltas. El infarto le presentó a la muerte. Mira qué guapa, aquí la tienes, en la palma de la mano, es esta, la tuya, solo tienes una, la ves tú y nadie más, ¿te gusta? Un ataque al corazón a los veintinueve años. Sus padres eran demasiado egoístas para tenerlo en cuenta, me dijo, necesitaba la droga para salir de vez en cuando de la mierda de vida que le daban, y la droga lo llevó a estar muy cerca de la muerte.

—Querían que la diñara y los dejara en paz, en casa estorbaba. Sabían que pringaría porque mi abuelo ya petó por el corazón y un tío mío también. Pero el día que por poco no lo cuento tuve un flash, lo vi, y después me casqué las pulseras de oro de la vieja y me compré harina para meterme una raya bien larga, de aquí hasta el planeta Marte. ¡Menudo viaje! Tenía para ducharme y rebozarme y freírme como una croqueta. Me pasé una noche y un día en el bosque, dentro del coche, solo, allí dándole tientos, una raya tras otra, con la nariz como un pimiento. ¿Tú sabes lo que acojona saber que puedes palmarla? Y cada vez más. Pero da igual, no la palmé, al contrario, me devolvió aquí de una coz en los cojones y ya no había marcha atrás, me lo dijo una voz, a la puta mierda, vuelve a casa. Y volví a casa nevado hasta el culo y el viejo empezó a rayarme con lo de que le devolviera las joyas. Lo estrangulé en 3D como si nada, a mí me daba igual palmarla, pero no era justo que fuera antes que él.

Quería ser normal, enterrar a su padre como hacen los hijos: señal de que no lo era.

Unos años encerrado es una vida dentro de la vida. Antes de la cárcel, estaba siempre pendiente del horario, levantarme, entrar en la librería, controlar ventas, pedidos, prever reposiciones, recibir a comerciales, escribir correos, hojas de cálculo, la hora de comer, la hora de volver al trabajo, la hora de salir, la hora de las noticias, cenar con ella, apagar la luz, los fines de semana leyendo. Todo eso se acabó. Creía que en la cárcel no resistiría el tedio, porque allí el horario también está marcado, pero hay una diferencia: no lo han rellenado. No tenía el agobio de aumentar el rendimiento de la jornada. Allí aprovechar el tiempo era perderlo, y vigilaba, tenía miedo de despertar a una bestia. Si la despertaba no podría escapar, estaba encerrado entre rejas.

Pasaba de puntillas por el tiempo, tenía sensaciones de pionero, de astrónomo, tenía un universo de tiempo y más valía no explorarlo. Mi reloj era la contención. Vivía un tiempo simplificado, igual que había pasado de una casa llena de muebles y rincones a una celda pelada con una cama, un armario, una mesa y un baño anclados al suelo que antes que yo habían utilizado otros presos clavados a mí. Me habían vestido, me habían puesto un número y me habían almacenado. Bajaba por el río en un ferri. La luz cruzaba todos los días la celda y el patio como un animal silencioso.

El tiempo fue la experiencia y la lección del presidio. No era que el sol se moviera por el cielo de fuera, era la celda pegada al planeta la que se movía, conmigo encapsulado. El tiempo no pasaba por mí, sino yo por él, navegaba por él y lo habitaba. Yo dentro del tiempo, yo el embarazo del tiempo. Ocho años a cambio de aprender eso fue un buen negocio. Cambié la forma de ver la muerte, todo se fosilizó y se dispersó por el universo.

Andrés y Mercury acabaron la condena antes que yo, y el día que salí me esperaban en la puerta. Los que salen antes no te dejan solo cuando no tienes ni parientes ni amigos que te esperen fuera. Con el tiempo es fácil acabar perdiendo el trato con la familia, y no digamos con los amigos. ¿Qué amigos? Había muchos divorcios a través de las rejas, igual que había perdones o al menos aceptaciones por parte de los familiares, y en esos casos el preso, al salir, tenía que esperar una temporada antes de volver a ponerse en contacto con los amigos de la cárcel. Yo salí solo, mi padre se murió a media condena de un mal que seguramente tenía que ver con el disgusto que le había dado.

Para el entierro podía pedir un permiso, pero después del juicio no había vuelto a saber nada ni de él ni de mi madre, los muertos están muertos y sacar la nariz de la cárcel unas horas para ir a la misa solo habría servido para disgustar a mi madre y para romper la velocidad de crucero que había tomado mi travesía del tiempo. Después supe que mi madre había vendido el piso y con el dinero se había encerrado en una residencia a seguir su propia travesía.

No puedo culpar a mis padres de nada, ni tengo hijos ni voy a tenerlos, no sé cómo reaccionas a sus aventuras morales, no sé qué responsabilidad tienen los padres sobre sus conductas ni cuál los hijos sobre los padres. No sé qué hay nuestro en sus decisiones.

Después de la cárcel, conocí a Èlia. Esperé un año para decírselo. No sé si deshacerse de mí fue cobardía o valor por su parte, lo mismo que en el caso de mi madre. La retirada del mundo es muy tentadora. Mi padre fue radical.

Dejé la cárcel duchado y con ropa nueva. Andrés y Mercury me metieron en el coche y me llevaron a un prostíbulo. Igual que me había acostumbrado a la cárcel, ahora me tocaba acostumbrarme al exterior. Tanto espacio me mareaba. Tenemos que desintoxicarte, me dijeron. En Brians no había alcohol ni mujeres. Había hombres y anfetas y coca, pero ni alcohol ni mujeres, si no se cuentan alguna que otra botella metida de milagro o la visita mensual de la pareja, los que la tuvieran, lo cual evidentemente no era mi caso.

Ahora la vida era más amplia y más limpia que antes. Ya no me atormentaba por el trato con los demás. Al margen de matarlos, poco daño podía hacerles. No digo que la cárcel justificase el asesinato, pero me ayudaba a entenderlo. Pasé unos días con Andrés y Mercury, dos tortolitos enamorados, unidos por la delincuencia y la facilidad con la que se les daba, y precisamente mi distancia de sus motivos me descubrió que no podría volver atrás, había llegado demasiado lejos y eso también fue un descanso.

Es como la mirada. Abrimos los ojos dentro de la barriga de nuestra madre. Después nacemos y solo vemos sombras en blanco y negro. Hacia los tres meses empezamos a delimitar los contornos. A partir del medio año distinguimos los colores, y no tenemos una visión completa hasta el año entero de vida. Entonces empezamos a precisar la mirada, estamos ávidos de capturar el mundo, la mirada va concentrándose y afinándose, primero como un ave de presa y después como un microscopio con la lente cada vez más gruesa, nos dedicamos a inspeccionar y a controlar. Nos acostumbramos a un mundo cada día más grande de lo que realmente es, miles de veces por encima de su tamaño, millones, nuestro mundo es esa pulga y ya no vemos nada más, el resto nos parece extraño y opaco, invisible como una galaxia sin estrellas. Cuanto más mayores, más perdidos, más abstraídos en el intento de controlar nuestra propia galaxia.

Ahora que has salido quieres volver a mátrix, me dijo Mercury, pero no era verdad, en aquel momento tenía un pie en cada lado y no quería saltar de un mundo a otro, quería mantener las ventajas de los dos. Me senté delante del ordenador de Mercury y me pasé unos días en el comedor de su piso buscando trabajo para volver a la vida de antes. Encontrar trabajo otra vez en una librería parecía imposible, pero tuve un golpe de suerte. Las librerías pequeñas estaban cerrando y una multinacional aprovechaba para abrir en Barcelona una gigante que iba a llamarse Noumón.

Me arreglé y me presenté a una entrevista. Por experiencia y por idiomas que tuviera, habría sido un milagro que me cogieran. No podían ni imaginarse de dónde venía, pero había demasiada competencia y no volví a saber de ellos.

Sin embargo, al cabo de unos meses, el día de la inauguración, mis amigos se presentaron en la librería y preguntaron por el jefe de ventas. Después hicieron un par de llamadas para interesarse por él. Lo siguieron un día. Mercury dio instrucciones precisas, primero al jefe de ventas y después a su familia, para ayudarlo a decidirse. La cosa fue como fue, pero la librería salió ganando con el cambio.

Asustar es fácil, sobre todo en el negocio de los libros. Ya lo sabía de antes. Los clientes se hacían castillos de libros, se encerraban dentro y planeaban sus guerras de papel contra el mundo de una forma mucho más sistemática y elaborada que en el Facebook, más subterránea y convencida. Contemplaban el mundo desde su torre, pero los tiempos habían cambiado, el mundo de los libros se hundía, cada día vendíamos menos y ellos no lo veían, no veían los montones más bajos, no conocían los números, no se daban cuenta de que se reunían en aquella gran librería para sentirse juntos, los pocos que quedaban, como al final de un asedio, con el antifaz del libro delante de los ojos. Fuera de su mundo cada vez más reducido, la escritura se había vuelto oral y la oralidad se había vuelto escrita. Con internet, los programas y las respuestas robot, las fake news a la carta, la desinformación y el caos, la certeza volvía a inclinarse hacia la corporalidad y la sangre. ¡Qué esfuerzos tenían que hacer para contenerse! No veían que no les serviría de nada, el conocimiento había cambiado de dueño, su plantilla dibujaba un mundo diferente. Todo lo que entraba en internet pasaba a otro mundo. ¿Cómo lo diría? Estalló una bomba en la biblioteca y se derrumbaron las paredes y las estanterías, y volaron por los aires las páginas de los libros como pájaros asustados. Los de mi generación no sabíamos vivir en fragmentos y en archivos. Yo tenía un archivo con la muerte de Sara, otro con las reflexiones y las conclusiones que saqué, otro con mi paso por la cárcel, otro con todo el software del trabajo. Antes los límites entre una sección y otra de la vida y el universo estaban desdibujados, pero eso se había acabado. Ahora teníamos la información completa, recortada aunque completa. Triturada aunque completa. ¡Y qué valor se necesitaba para acercar la mirada al abismo que hacía las veces de límite entre un archivo y otro! Habíamos encapsulado el mundo en porciones pequeñas y delimitadas, desligadas pero completas en sí mismas. El espacio metafísico podíamos tenerlo aislado fuera. Cada archivo, cada célula, cada bit tenía una muralla a su alrededor. El mundo era un puzle de piezas muy bien definidas, las piezas inasumibles y con el desorden de siempre, pero más concreto y acotado. Muchos más libros, de acuerdo, pero infinitos. La sintaxis se había acortado, los pensamientos eran más elementales y evasivos, los matabas como escarabajos. Los clientes de la librería cada vez eran más viejos. Los libros complicados ya no se vendían. Lo que mi generación entendía por buenos libros ya no lo eran. Solo había que saber aprovechar esa fragmentación. El asesinato me ofrecía un mirador que poca gente tiene.

¿Cómo podía yo ser «normal»? ¿Cómo podía imaginarse un mundo de una sola especie? Hasta Brians no conocía a ningún otro asesino más que a mí mismo. Nadie me enseñó a serlo, nadie me incitó, aprendí solo. Clavé el cuchillo y me fui al comedor. Si

hubiera pensado que era capaz de asesinar, a saber si lo habría hecho.

La moralidad quedó suspendida, se volvió sexual. Cerré los ojos y me dejé llevar. Cerrar los ojos servía para crear y destruir, tenemos prohibido ver el antes y el después de una vida. Me dejé llevar como todas las noches nos dejamos caer en el vacío y que sea lo que Dios quiera. La violencia se toca con la pasividad, ahora lo sé.

Ahora miro por debajo de mí y hay un pantano oscuro. Pero antes ya estaba, aunque no lo viera, y no me da miedo.

Fui saliendo cada vez menos con Andrés y Mercury, empecé a quedar con clientas de la librería. A mis dos amigos les daba más miedo entrar en una librería que robar en una tienda de electrodomésticos. Dejé pasar un mes sin verlos, me presenté en su casa con una botella de Balblair de treinta años y les dije que me había enamorado.

No los engañaba del todo, porque ya había conocido a Èlia, harto de clientas pegadas a la página como vacas al pasto. Se miraban en un espejito que les decía que eran especiales, más especiales que un asesino. El asesino era una persona normal, según sus libros. Si ellas supieran. Al cabo de una semana de salir con ellas ya estaban desasosegadas e inseguras, no me entendían, se hacían un lío, querían aprender de mí, pero también querían darme lecciones.

Èlia me echó de su casa, pero al cabo de tres días me llamó, de madrugada, y no se lo cogí. Era demasiado tarde.

Al día siguiente de la confesión ya no volví al trabajo. Cogí la mejor ropa que tenía e hice la maleta. Compré un billete de avión para esa misma tarde, había una oferta para volar a Cracovia. Una temporada en Cracovia, pensé, lejos de todo. Como cuando fui a la cárcel, después de llamar yo mismo a la policía. Había ahorrado durante meses, la librería me pagaba bien. Agarré la primera ropa que pillé por banda y el portátil, y me fui a la estación del Nord. Qué liberación. Irme como si fuera para un fin de semana, pero sin saber cuánto tardará en ser lunes.

La gente sudaba, los turistas estaban sentados encima de las maletas de colores. El autocar del aeropuerto de Girona salía al cabo de una hora. Había autobuses que te llevaban a países pobres, marroquíes con paquetes de cartón atados con cordeles, bolsas de basura llenas de ropa. Estuve tentado de olvidarme del autocar y del vuelo y meterme en un bar, pero era más fácil dejarse llevar. En el móvil iban acumulándose llamadas de la librería y Èlia no decía nada.

El traqueteo del autocar me adormilaba. Tenía el Montseny a la izquierda, vaporoso como un volcán. Cerré los ojos un rato y me desperté con los recuerdos del día antes, como recién soñado. La tarde antes de confesarme había estado hojeando las novedades de la librería, había leído un ensayo sobre el cambio climático y media novela, y al día siguiente estuve mirando periódicos y artículos por internet.

En Cracovia me esperaban una comida distinta, una lengua que no entendería, una cama nueva, otros amigos y otras mujeres. El autocar iba lleno, los mismos pasajeros seguirían el viaje en el avión conmigo. Tenía delante a una pareja de veinteañeros extranjeros, enamorados, los veía entre los asientos, cerraban los ojos y se empujaban el uno al otro con la boca, como animales sin cuernos. Pensé: Si no os espera una historia peor que la mía es porque las desgracias peores nos están reservadas.

Llevábamos una vida corriente en la mesa y en la cama. No sabíamos si el otro estaba o no al tanto de la intensidad del odio que nos teníamos. La cárcel de verdad era la parte incomprensible de ese odio. Entendía el resto del mundo por contraposición a ese núcleo de odio disfrazado de celos. No podía mirar el odio directamente a los ojos. Me parecía que sin el punto ciego del odio me calmaría. A veces pienso que la maté en defensa propia. A veces pienso que no la maté yo. El odio y los celos son los guantes que utilizó el asesino de verdad para no dejar pistas.

Era un pecado prescrito, cometido una década antes, otro verano caluroso, teníamos las ventanas abiertas y nos arrastrábamos por casa medio desnudos, yo daba vueltas a un nombre que había encontrado en su móvil, no había dicho nada, esperaba, y entré en la cocina, ella estaba allí lavando los platos. Vi el cuchillo del pan y el de la carne, cogí el de la carne y aferré el mango, solo un cortecito en el cuello, la cocina era un buen sitio para limpiar, después tenía la tarde libre. No volveríamos a vernos nunca más, no podría echármelo en cara, ya no existiría, y cuando dejara de existir sería como si no hubiera existido nunca. Con la muerte no desaparece solo el futuro, también desaparece el pasado. Lo que iba a hacer no tenía ninguna importancia y el beneficio sería muy grande, volver a mí mismo, descargarme de aquel odio y su disfraz de celos, quitarme de encima toda aquella maldad, toda aquella suciedad, el beneficio sería tan grande que era como una obligación de ella conmigo, casi habría tenido que ayudarme, dejarse matar, compensarme por lo que entonces me parecían décadas y décadas de odio. Simplemente la dejaría pasar por delante de mí hacia la muerte, le cedería el paso, le avanzaría la fecha, normalizaría nuestra situación y al menos se salvaría uno de los dos. Para que yo pudiera matarla, ella tenía que morir, eso era todo. Yo también moriría algún día. Todos morimos. Visto en perspectiva, lo de pasar antes no era tan grave.

La decisión más importante de su vida la habría tomado yo. Nada más. Una cosa menos.

No pude. Pero por la noche me llevé el cuchillo a la habitación y, mientras dormía, lo cogí y le abrí el cuello. Le clavé la punta en la yugular, lo hundí y allí lo dejé.

Hacía tanto calor como ahora, cuando había dejado atrás Barcelona. Desde el interior del autocar refrigerado veía los campos de trigo con las balas redondas como rebanadas de una barra de pan gigante. Con el cambio climático acabaríamos todos asados. La tierra, una costra, un tigre a punto de saltar.

El autocar dejó la autopista. La carretera cruzaba los campos hasta el aeropuerto. Al final solo había aparcamientos de coches y camiones relacionados con la logística del aeropuerto, coches de alquiler y transportes de mensajería. Lo demás eran campos de trigo y dos hoteles, uno impersonal y otro que tenía delante de la entrada, a modo de escultura, una avioneta antigua pintada de rojo con un nombre escrito en blanco: Hotel Avions.

Bajé con el resto pasajeros, eché un vistazo a la pareja y de un estirón saqué la maleta del vientre del autocar. No entré en el aeropuerto. A la mierda Cracovia. Como en aquel cuento de un hombre que se iba de casa, cruzaba la calle y se pasaba años viviendo escondido en la acera de enfrente. Cracovia, ¿para qué? Recorrí los dos kilómetros hasta el hotel arrastrando la maleta por el arcén de la carretera. Tenía dos

plantas y parecía una nave industrial, con banderas de países en la fachada, algún coche aparcado y la avioneta roja. Estaba forrado de placas de cobre que desprendían tanto calor como el asfalto de detrás de mí. Un hotel a medida de un aeropuerto secundario, pero un hotel de aeropuerto, de pasajeros, de esperas que recordaban la cárcel.

El aire acondicionado le confería una atmósfera de otro planeta. El vestíbulo brillaba con el vacío de los aeropuertos. El mostrador de la recepción estaba forrado de un mármol negro tan limpio que reflejaba la cuadrícula del suelo. Tenía el final redondeado de un morro de avión. Las manecillas del reloj de la pared de detrás también eran dos hélices.

No sabía cuántos días pensaba quedarme. La recepcionista me dio un impreso para que escribiera mis datos y después salió de detrás del mostrador para acompañarme hasta la escalera. Tenía mi edad y parecía una azafata de vuelo, con el uniforme ceñido que le marcaba los huesos, la cofia descolorida y el pelo recogido detrás. Llevaba tatuada en el cuello una avioneta como la de fuera, pequeñita, agrietada por las arrugas de la piel.

Me dio una habitación en el primer piso. En la pared de la escalera había nubes blancas pintadas sobre un fondo azul. El edificio rodeaba un gran patio con una piscina que tenía pintada en el fondo la avioneta de la carretera. Las ventanas de todas las habitaciones daban a ese lado.

Nadie se bañaba en la piscina porque hacía demasiado calor, el agua debía de quemar, la avioneta del fondo parecía estar al rojo vivo. Corrí las cortinas y me eché en la cama. Oía la carretera, los coches que pasaban uno a uno hacia Cracovia y el runrún de la autopista más lejos, como un río. De vez en cuando despegaba o aterrizaba algún avión, con menos estridencia de lo que me habría imaginado. Más esporádicamente oía el paso de otras máquinas, al final deduje que eran trenes.

Bajé a preguntar por la cena. La recepcionista me sirvió una cerveza. Había una puerta que daba a una sala pequeña con algunas butacas. Un hombre pálido y de pelo blanco seguía las noticias con una botella como la mía al lado. En la televisión hablaban de la independencia de Cataluña.

—No entiendo nada —dijo.

No contesté. Yo era tan independiente que no sabía ni qué iba a hacer los próximos días, cómo iba organizarme y hacia dónde. Me habría independizado de mí mismo. Habría avanzado mi vida un año, habría subido a la habitación, me habría tumbado en la cama y que pasara un año, y cuando volviera a abrir los ojos fuera el verano de 2018. Que alguien me explique la diferencia entre vivir y haber vivido. ¿Y por qué un año? Cinco, diez, treinta años. Subir a la habitación, tumbarme y despertarme justo antes de morirme, con el pasado ya hecho.

—Es la primera vez que duermo en un hotel de aeropuerto —le dije a la recepcionista.

—No es nada del otro jueves. Están las habitaciones y el comedor, la piscina y el gimnasio de debajo, como en todos los hoteles. Los clientes vienen por el aeropuerto, necesitan una noche de reposo o adaptarse al viaje. A veces duermen aquí cuando tienen que irse al día siguiente, aunque los primeros vuelos no salen muy temprano.

Tenemos parejas que buscan un hotel discreto... Nada especial. Firmamos un acuerdo con las compañías, por si hay algún problema con los vuelos, para que los clientes se alojen aquí. Pero nunca pasa nada. Hay clientes especiales que vienen directamente del aeropuerto, pasan unos días con nosotros y se vuelven a su país. Allí hay uno, un inglés que está viendo la tele. Viene a pasar cinco noches en el hotel y se vuelve a Mánchester. Cuatro o cinco veces al año. Me lo contó el taxista. Del aeropuerto hasta aquí y de aquí al aeropuerto.

Me fijaba en la avioneta que llevaba tatuada en el cuello la recepcionista, como una mosca de verano. No era una avioneta, eran decenas de avionetas tatuadas, un hormigueo de puntitos sobre un mapa.

—Ese traje —le pregunté— ¿no es un uniforme de azafata?

—Felicidades —contestó—. Nadie se fija. Trabajé de azafata muchos años. Pero para eso hay que ser joven. Es un oficio vocacional, como ser maestra o enfermera.

—O los libros —dije—, o la recepción.

—Sí —sonrió—, aquí a veces tampoco tocamos mucho con los pies en el suelo. Pero el cielo es mejor. Es adictivo, los aterrizajes, el despegue, estar por encima de las nubes. Volar sola en un avión sin los pasajeros, con los asientos vacíos, cuando hay que mover un avión de un aeropuerto a otro, solo los pilotos, a los que no ves, y tú y alguien más, y a tu alrededor kilómetros y kilómetros cúbicos de vacío. Y después lo contrario, todos los pasajeros metidos en una lata de sardinas, la emoción, las caras cuando hay sacudidas y tormentas. No saben que no puede pasar nada. Era cuando más me gustaba. Tú estás sentada de cara a ellos y te miran esperando que los tranquilices, es como tener un parvulario, se vuelven pequeños, te toca convencerlos con los ojos de que no pasa nada, los tienes tan fijados en ti que con la mirada puedes hacerlos temblar. He visto a gente rezar y hacer promesas, he oído a pasajeros confesar al vecino de asiento secretos escondidos toda la vida.

Me fui a dormir. Oí voces de otros clientes o de las películas que veían, como presos de una cárcel secreta, condenados por crímenes de una jurisprudencia desconocida.

Al día siguiente dormí hasta el mediodía, almorcé en el comedor con un matrimonio ruso con tres niños pequeños que tenía el vuelo por la tarde. No me encontré al inglés, quizás ya se había ido, quizás estaba sentado en el cielo en aquel momento. Volví a la habitación a esperar que bajase el sol.

Los primeros días en Riudellots esperaba que llegara el atardecer para salir a pasear. Desandaba el camino hasta el aeropuerto. La tierra estaba agotada por el día, los bosques, secos, los campos, rasurados, los cilindros de paja, dispersos por los campos. La plancha del cielo todavía calentaba y prensaba. Pasaba por debajo de los dos puentes de la autopista, uno por sentido. Los tráileres iban y venían de Europa volando por encima de mí. Salía a los campos de pan. Un kilómetro más bajo el sol y llegaba el puente de las vías del tren y las guías de las catenarias. Estaba en el último tramo de carretera antes del aeropuerto. Una rotonda distribuía los coches hacia la terminal o hacia los pueblos de los alrededores. Al fondo estaba el aeropuerto, con la torre de control y las pistas de aterrizaje, las escaleras con ruedas, los aviones que traían o se llevaban a los turistas de la temporada. Rent a boat, decía un anuncio. Aviones, autocares, trenes, barcas, coches

de alquiler.

Un día seguí a pie hacia Vilobí, que era el pueblo de al lado. Entré en una urbanización de casas grandes hechas en serie. Las paredes gruesas eran de ladrillos cocidos en el horno, auténticos búnkeres contra la radiación solar. Las familias se quedaban quietas dentro, como larvas, en tramas de calles aisladas entre los campos, jardines chamuscados y piscinas de agua hirviendo. Rondaba el perímetro del aeropuerto, la gran pista entre los campos. Seguía una carretera estrecha. Los claros de cultivos entre bosquecillos me dejaban ver de vez en cuando los aviones aparcados. Las recolectoras se habían llevado el pienso, pero quedaba algún campo con la paja todavía por embalar, montones de briznas largas, de una punta a otra del campo, surcos inversos dorados, gusanos muertos bajo tierra, largos y gruesos, un cementerio de serpientes. En otros campos, el rastrojo brillaba como un cepillo de púas bajo las balas de paja. Había campos ya arados, con la tierra removida y seca.

Recorría a pie el perímetro del aeropuerto siguiendo la carretera. Llegué al final de la pista de aterrizaje, separada con vallas de tela metálica. Entre dos pinares había unos campos segados y al final, como un campo más, estaba la pista con la torre de comunicaciones blanca, una cabina de cristal coronada de antenas pequeñas. Los altos postes eran focos para iluminar la pista de noche o con niebla. Me senté a descansar al lado de la carretera. Al fondo del aeropuerto había un gráfico de montañas azules. Los aviones levantaban el morro y se llevaban a los pasajeros. La cabina brillaba al virar, después la aleta de detrás centelleaba y el avión se empequeñecía poco a poco. Quedaba el sonido de estraza de los reactores. A mi espalda, al otro lado de la carreterita, había una granja de vacas. De vez en cuando llegaba un mugido o entraba un camión y, cuando el sol ya estaba muy bajo, a punto de ponerse, sacaron una docena de vacas a un cercado para que estirasen las patas. Un hombre las hacía correr azuzándolas con un bastón y ellas huían con esa cabeza desproporcionada que tienen.

Al día siguiente llamaría a mis dos amigos. Hacía meses que no sabía nada de ellos. Me ayudarían a encontrar un trabajo que no tuviera nada que ver con los libros. Me cambiaría de piso y no volvería a coincidir con Èlia.

Encendí el móvil, borré su número de teléfono y el del trabajo y los bloqueé. Pasaban camiones de cerdos como cárceles móviles que dejaban un rastro pestilente.

Asesino es una palabra traidora. No acepta la empatía, pero la exige.

Todo viene de las ganas de entender y de volver normal lo que no lo es.

El silencio quedaba enmarcado entre el trueno de los vuelos, que acababa fundiéndose con el detalle de las hojas removidas, los insectos del verano, el runrún de la nacional al fondo y la autopista. De vez en cuando también oía el traqueteo del tren. Hasta que de repente, a mi espalda, oí un frenazo. Me volví al instante y a medio kilómetro de mí vi en la carretera un camión de ganado que perdía el control, se salía del asfalto, hundía las ruedas en la tierra arada del campo y volcaba.

Había un negro tirado en el asfalto, al lado de una bicicleta roja. Corrí hacia él. Era un chico de unos veinte años que levantó la cabeza poco a poco. Se había arañado el pómulo. Llevaba pantalones cortos y tenía la pierna llena de sangre.

El camión estaba tirado en el campo, las ruedas todavía daban vueltas entre una

nube de polvo. Era un camión de cerdos, con su caja de jaulas. El motor paró. Hubo un momento de silencio y después empecé a oír los gruñidos y los chillidos, como si los cerdos pidieran ayuda, y me llegó una vaharada de peste recalentada.

El conductor trataba de levantar la puerta, pero pesaba demasiado. Un avión detenido en el cielo abrió el tren de aterrizaje y sacó las ruedas. El negro se levantó y cogió la bicicleta. Cojeaba, la sangre le brillaba en la pierna. Me acerqué al camión para tratar de abrir la cabina. Los coches pasaban sin detenerse, frenaban un poco y seguían, no debía de parecer grave, un camión volcado y dos hombres. La polvareda bajó, todo se quedó quieto, hasta los cerdos chillaban menos. Se habían calmado o quizás muerto, algunos gruñían como si nada.

Las trampillas del techo del camión se habían quedado abiertas. Por allí empezaron a saltar los cerdos en un goteo constante. Algunos llevaban marcadas en la piel las rejas del camión. No habían salido nunca al aire libre y apenas sabían moverse. No se sostenían en pie, las patas no los aguantaban. Estaban tan gordos que parecían de goma. Se topaban con la tierra removida del campo y se levantaban aturdidos sobre unas patas raquíticas y sucias de barro, de mierda y de sangre. Se habían pasado la vida comprimidos entre rejas, en pasillos de rejas, en comederos de rejas y en el camión con remolque de rejas que ahora los llevaba al matadero. Los desconcertaba la tierra removida, el contacto con la tierra blanda que hundían debajo de la pezuña como si plantaran sus huellas. Dejaban agujeros a su paso. Se descubrían músculos que no sabían que tenían. Notaban olores desconocidos, veían luces raras, los trastornaban ruidos inquietantes. Se movían como si les hubieran cambiado el cuerpo y los sentidos, e iban dispersándose desorientados, rozando la tierra con el morro y gruñendo.

El negro se subió a la bicicleta y empezó a pedalear. Se le cayó la cartera del bolsillo. Le pegué un grito pero no se volvió, al contrario, pedaleó más fuerte. Volví al asfalto y recogí la cartera. La rueda delantera de la bicicleta se había deformado con la caída y rozaba el guardabarros. El negro tuvo que bajar pero siguió a pie arrastrando la bicicleta, cada vez más deprisa y sin mirar atrás.

El camionero logró abrir la puerta y bajar de la cabina. Se sentó en el campo y se dejó caer de espaldas. Marqué el número de emergencias, dije dónde estábamos y fui a ver cómo se encontraba. Cuando llegué, se incorporó.

—Estoy mareado —dijo. Tenía sangre en la nariz, pero no parecía herido—. No he podido frenar, se me ha cruzado cuando iba a adelantarlo.

—Controlo los cerdos, que no salgan a la carretera —dije.

—¿Los cerdos? ¿Y el negro de la bicicleta? ¿Dónde está el negro?

Ya se oían a lo lejos las sirenas de la policía y la ambulancia.

—Mierda —dijo—. ¿Dónde está el puto negro?

Se levantó a cerrar las trampillas para que no se escaparan más cerdos.

—Lo has visto, ¿no? ¡Ha sido culpa suya! ¡Habría tenido que atropellarlo ¡Mierda! ¿Dónde está el puto negro?

Lo ayudé a cerrar trampillas. Vi cerdos aplastados dentro de las jaulas. Los que habían salido se movían por el campo desorientados, olisqueando y escarbando la tierra con el morro, quizás buscando agua.

El camionero no quiso subir a la ambulancia. En el atestado, declaré que el negro tenía unos treinta años y que llevaba una bicicleta negra. El camionero no se había fijado o necesitaba demasiado un culpable para contradecirme en los detalles.

Oí un tiro y después un grito:

—¡Diaana!

Un policía iba por el campo matando a los cerdos uno a uno. Se acercaba y les disparaba en la cabeza.

—¡Diaana!

Me quedé a ver cómo sacaban el camión. Había oscurecido y la grúa encendió unos potentes focos como los de las pistas de vuelo. Fajaron el camión y con la grúa lo enderezaron. Después la propia grúa sirvió para atar los cerdos muertos de las patas y e ir levantándolos con una cuerda para cargarlos en el camión por las trampillas superiores, entre los cerdos que no habían salido.

La grúa remolcó el vehículo para sacarlo del campo. Los cerdos habían empezado a chillar como perritos. Los vi dentro de las jaulas. Olían a los muertos. Metí las manos en los bolsillos, me despedí y me marché.

Anduve por la carretera hasta el primer pinar. Si el camión hubiera tenido el accidente allí, se habría empotrado contra un tronco, pero entonces seguramente el conductor no se habría planteado esquivar al negro y lo habría aplastado, y a los cerdos a esas alturas ya los habrían sacrificado en el matadero.

Me adentré en el bosquecillo y me senté apoyado en un tronco a esperar. Vi cómo acababan las maniobras. El camión empezó a avanzar poco a poco por la carretera, con la grúa siguiéndolo a poca distancia. Los dos vehículos tenían los intermitentes rojos encendidos y desaparecieron tras una curva. Los policías encendieron las luces azules y se alejaron en dirección contraria. La ambulancia ya se había ido en un primer momento.

Eran las doce de la noche y no pasaba ningún coche. El aeropuerto había cerrado. Muy de vez en cuando circulaba algún tren. Los perros de las masías y las urbanizaciones estaban callados. A cada tanto, las nubes destapaban la luna y el mundo parecía albino, como si mundo y luna se hubieran intercambiado los papeles y viera la tierra colgada en el cielo. Los pinares, los campos y el asfalto respiraban tranquilos después del día agotador. Los árboles se revolvían en sueños y se sacudían los olores del día. Oí el grito de un pájaro nocturno y empezaron a pasar camiones cargados de ganado, como contrabandistas, ahora que todo el mundo dormía.

Estaba claro que el negro volvería. Iba sin la bicicleta y aún cojeaba. Fue hasta el lugar del accidente y echó un vistazo por el suelo, pero no se entretuvo. Se quedó quieto en el asfalto delante de mí, hecho una sombra y mirando en mi dirección. A tanta distancia no podía distinguirme, pero me había visto entrar en el bosque.

Me levanté y me acerqué al árbol más próximo al asfalto.

—Tengo la cartera —dije.

Le brillaron los dientes. Se acercó y me alargó la mano. Todo él parecía de plata. Vi la sangre seca de la pierna y la de la herida en la cara. Tenía los brazos fuertes y todavía brillaba de lo sudado que estaba. Me llegaba el olor. No decía nada, pero me amenazaba.

Metí la mano en el bolsillo y le di la cartera. La tensión se desinfló. Volvió a reír, se echó a reír él solo, con aquellos dientes grandes y blancos, se guardó la cartera en el bolsillo, dio media vuelta y se marchó por donde había llegado.

—Sulaiman —dije.

—Vale. —Se detuvo—. Vale, muchas gracias.

Pero pensó: Ahora, ¿qué quiere? Pensó: ¿Una recompensa? ¿Qué quiere? ¿Denunciarme? ¿Qué hago? ¿Saco la navaja y degüello a este cerdo? Si no le ha dado mis papeles a la policía, tampoco les habrá dado mi nombre. ¿Por qué me amenaza? ¿Qué quiere? ¿Qué se cree que tengo? ¿El dinero que todavía no he ganado? ¿El dinero que todavía no he mandado? Estamos solos, es de noche, soy más joven. ¿No le doy miedo?

—Sulaiman Bekombo —dije.

Soy de Camerún, crucé Nigeria, Níger, Argelia y Marruecos, a pie y en autobús, anduve por el desierto días enteros, vi morir a siete compañeros, trabajé por el camino para pagarme el viaje a Tánger, estuve dos años durmiendo en la calle y comiendo mierda, haciendo de todo para embarcarme en un viaje por mar a vida o muerte que me costó los ahorros de cinco años, una travesía con delirios de sed y con agua salada por los cuatro costados, con cuarenta hombres más que no conocía de nada, que no tenían nada que ver conmigo, y nos la jugamos todos, la misma vida, todos juntos a cara o cruz, tres días en el mar y tres noches despiertos, temblando de miedo a cada ola, imaginando a cada momento cómo se habían ahogado allí mismo conocidos de toda la vida, familiares que también lo habían intentado, mirando al cielo muertos de miedo por si cambiaba el tiempo, primero tranquilizándonos unos a otros, después ya mudos, con la boca seca y muertos de sed, queriendo y temiendo un poco de lluvia. Todo eso para llegar a un centro de internamiento, y de allí a Sevilla, y de allí al norte como pudimos, hasta encontrar a los amigos de la ciudad de Salt. Tres años trabajando como un puto negro en un campo, después recogiendo chatarra, después de ayudante jardinero de tapadillo, chupándole la polla a diario al jardinero, durmiendo en una casa abandonada con enfermos de la cabeza, tres años hasta conseguir el permiso de residencia y, ahora que estoy con cinco más en un piso de Riudellots, doce horas al día abriendo cerdos y sacando tripas, arrancando pulmones y lenguas, vaciando de mierda miles de cerdos cada día, el cerdo que al final os comeréis tú y tu familia y tus amigos, no yo, que lo vomitaría, yo solo os lo mato, os hago el trabajo sucio, y ahora, por culpa de un camionero borracho o drogado, ¿vas a encerrarme en un CIE y a meterme en un avión como un cerdo de los que nos llevan al matadero y a mandarme a cualquier aeropuerto de África? Tengo familia, quiero volver a Camerún, pero ahora no. Ya me iré. Ten paciencia. ¿Qué quieres de mí, blanco de mierda?

De vez en cuando bajaba a ver a la recepcionista y charlábamos. O me tiraba de cabeza al agua y nadaba, un largo tras otro, pasando por encima de la avioneta del fondo.

Me gustaba comer en el hotel, con desconocidos solitarios y familias extranjeras. Dormía siestas largas y no pensaba en nada. Salía a pasear por los alrededores. Eran las vacaciones de mi vida. Me entretenía con el ordenador, navegaba buscando información, hablaba con clientes.

—¿Por qué no vienes a Mánchester? —me dijo el inglés—. Te iría bien cambiar de aires.

Me quedaba dinero para un par de meses. Tarde o temprano llamaría a mis amigos, ahora tenía una excusa: Sulaiman. Iba madurando mi plan. Les haría un regalo. Mientras tanto, no tenía prisa. Estaba preparado para una vida inactiva, me lo había enseñado la cárcel. Descubrí que lo echaba de menos, igual que en ocho años en la cárcel alguna vez había echado de menos la vida en la librería. Seguía paseando por los alrededores del aeropuerto y al final de la tarde, cuando cambiaban los turnos y se formaban las colas de coches de segunda o tercera mano que salían de las cárnicas de los polígonos, me sentaba al lado de la carretera y los miraba pasar. Veía a Sulaiman, con la herida en la cara, sentado en la parte de atrás de un Ibiza con cuatro negros más. Debía de haber vendido la bicicleta.

Había granjas de animales en torno al aeropuerto, largas y viejas, con los tubos verticales de los silos de grano, como campanarios contra la horizontalidad de los campos y de la pista del aeropuerto. Los animales llegaban a los polígonos desde todos los rincones del país, pero yo cada día me encontraba con una nueva granja en aquella llanura entre las Gavarres y las Guilleries, con los Pirineos al fondo. Algunos campos de maíz convertían la carretera en un pasillo entre paredes verdes y tiernas. Desaparecía en el paisaje. A mi alrededor todo eran campos de ondulaciones suaves. El flan mineral de un volcán pequeño se recortaba contra el cielo del fondo. Era un volcán accesible, decía un cartel al lado de una ermita, podías subir y pasearte por el cráter, por el pequeño valle fértil del interior del anillo. Era un volcán lleno de campos.

Los aviones subían como misiles al cielo. Pasaba Sulaiman, sentado en la parte de atrás del coche entre dos compañeros. Cada día tenía mejor cara, se había recuperado de la noche sin dormir, se le cerraba la herida, era joven, salía de trabajar, se había pasado el día descuartizando cerdos de la cabeza a la cola, serrando huesos con una radial, rasgando pieles, arrancando vísceras, separando las piezas, unos trozos de otros, limpiando y cortando, abriendo y seccionando, arrastrando el balde y fregando la sangre del suelo.

Me lo imaginaba con la bata blanca y los guantes. Abría el cerdo en canal y pensaba en mí. Dejaba para el control automático del cuerpo el trabajo mecánico, con todo el tiempo del mundo para pensar, horas y días delante de una cinta en la que tenía que separar unos cortes de carne de otros. Pasaba miedo por una posible denuncia mía, quizás en ese mismo instante la policía estaba yendo a buscarlo a su casa, yo conozco esa espera, quizás en ese mismo momento los Mossos estaban hablando con el encargado de la cárnica. Pero el miedo se desvanecía a medida que iban pasando los días, hasta que una tarde volvía a verme, desde dentro del coche, al salir de trabajar, todavía sucio y sudado. ¿Quién era ese blanco? ¿Qué hacía por allí? ¿Qué quería? Un montón de negros con bata blanca y guantes en torno a una mesa metálica, cada uno enfrentándose a los cadáveres con su cuchillo en un ritual africano, separando la grasa del músculo, partiendo costillas. Uno al lado del otro en la cinta, tirando tráqueas, apartando hígados, orejas y morros. Veían pasar por delante montañas de cadáveres y carne mezclada. Por no decir que era directamente él quien los mataba, quien aturdía a

los cerdos con una pistola eléctrica o los hacía pasar a la caja metálica en la que los gaseaban.

Lo veía pinchando maquinalmente el cuello de las Saras que iban presentándose, todo el día, una Sara tras otra. Nadaba pensando en ella, una piscina tras otra, revisaba la noche en la que la maté como si fueran mil noches, una tras otra, recuperaba detalles olvidados, qué había en la mesilla de noche, qué nos dijimos la última vez que hablamos, por qué la maté, qué mirada tenía mientras se llevaba las manos al cuello. No nadaba en una piscina de sangre, al contrario, la sangre la tenía concentrada en el fondo del agua, aislada de mí como un bidón radioactivo en el fondo de la piscina de una central nuclear, que estaba allí y no hacía sufrir.

Por la misma carretera circulaban camiones cargados de animales y autocares cargados de turistas. Unos iban al matadero y otros al cielo o a su casa. Eran la principal industria del país, unos y otros, y estaba bien que la carne humana y la carne animal se cruzasen sin verse. En el polígono se sacrificaban y troceaban cada día decenas de miles de animales, en un engranaje de muerte sin pausa. Envasaban la carne en bolsas de plástico al vacío o en cajas y la exportaban fría o congelada a las carnicerías, los supermercados y las fábricas de medio mundo. Ninguna señal, nada, en ningún lado. Del mismo modo se moría la gente, en secreto, en su casa, como Sara, y no quedaba ni rastro.

Si los animales tuvieran alma, aquellas tierras se habrían llenado de una niebla densa como en la llanura de Vic. Pero las toneladas y toneladas de carne, hueso, piel y pluma desaparecían con la misma trascendencia con la que habían vivido: ninguna. El paso del turista dejaba una lata en la arena de la playa, un candado en la barandilla de un monumento o de un puente con un corazón, unas iniciales y una fecha grabados, y el dinero que se gastaba iba a parar al bolsillo de alguien. Un animal solo dejaba su cuerpo, que se enviaba a trozos, como un rompecabezas, en bandejas de porexpán y plástico, aquí y allá en las neveras de los supermercados, las patas a Barcelona, las alas a China y los filetes a Puerto Rico, o reaparecía transformado en hamburguesas, pinchos, salchichas o fuets. Su sabor se fundía en la boca, la carne bajaba a la tripa, se sumaba a la nuestra, los restos acababan en las cloacas, los huesos en el vertedero, donde los quemaban. El berrido de un lechón, el salto de un corderito, el canto de un pollo, el placer procedente de una casualidad efímera, de un sueño, de un calor o una luz, el gruñido y la expresión de un cerdo mientras calmaba la sed o el hambre, la mirada de un ternero o el calor de un conejo se perdían, el matadero trituraba, igualaba cualquier matiz de individualidad.

Millones de bestias en granjas no valían, juntos, como una mujer muerta. Así de diferente era la muerte de los animales. Tampoco la vida de media docena de cameruneses jóvenes valía tanto como la del viejo de Mánchester. Podía calcularse más o menos. ¿Cuántos árboles, cuántos bosques valían la vida de un perro? ¿Cuántas moscas por una mariposa y cuántas hormigas por una araña? ¿Cuántos kilos de salmón muerto por una lagartija viva? En Cataluña había más cerdos que personas, se hacía esa broma, encerrados en granjas opacas y a punto para el sacrificio. ¿Cuántos pollos, cuántas gallinas eran, cuántos millones, la vida de una persona? ¿Cuántas granjas de cerdos,

cuántos kilómetros cuadrados de campos de patatas? Si tanto nos daba su vida, ¿por qué ocultaban esas muertes constantes y subterráneas?

¿Cuántas vidas de los demás valía la tuya, por el simple hecho de ser la tuya? ¿Cuántas podía soportar? La vida de Sara no pesaba. Ni la notaba. ¿Habría pesado más la de otro? El asesinato de Èlia ¿lo habría llevado igual de bien? Otra muerta ¿cambiaba algo? Muerta una, ¿las demás cada vez pesaban menos? ¿O pesaban más? ¿Cuántas eran, hasta no ser una excepción? ¿Cuál era el peso de la propia muerte en contraposición con la de los demás? ¿A partir de qué momento se convertía el asesino en un monstruo? ¿Existían los monstruos? ¿Eran solo animales?

¿En qué momento se daba una equivalencia, si se daba, entre una cantidad de muerte animal y la humana? ¿De verdad no había comparación entre las decenas de miles de muertes diarias de aquellos mataderos y la de una única persona? ¿Tan diferentes eran la muerte de una vaca y la de una mujer? ¿No había ninguna conexión entre su vida y la nuestra? Si no existía una gradación, ¿por qué era tan fácil exterminar un hormiguero y tan complicado matar a un perro? ¿Mil, diez mil, un millón de cerdos sacrificados no equivalían a una sola persona? ¿El doble? ¿Cien mil veces más?

Una mujer. Yo no era machista como debía de ser Sulaiman. Ni las mujeres ni los negros me daban ningún miedo, no veía el misterio, pero había diferencias entre nosotros, y donde hay diferencia también hay jerarquía.

¿El que no me dieran miedo era mi superioridad?

Menos que yo porque no eran yo, menos que un hombre porque no eran hombres.

Siempre había tenido los libros cerca para que me concentrasen, me concretasen en un mapa de letras, me encuadernasen y me alineasen. ¿Había algo más literario que un asesinato? Y no un asesinato fanático ni por dinero. Un crimen pasional que venía e iba hacia el pensamiento, que reclamaba una reducción a palabras, una simplificación para no volverse loco.

¿El suicidio compensaba el asesinato? Mi propio suicidio, en defensa propia, superarme a mí mismo.

¿Qué implicación tenía Sulaiman con aquellos trozos de carne envasados al vacío en bolsas de plástico, con la manipulación, el desguace, la selección, el troceado de animales muertos antes de que yo mismo me los comiera?

Seguí el coche de lejos, a pie, y lo vi aparcar delante de una gran nave pegada a la carretera que cruza Riudellots, al lado de las vías y de la estación, en la que quizás cargaban trenes enteros de carne.

Los camiones entraban y salían del aparcamiento exterior de una gran nave, con centenares de coches descoloridos de trabajadores como Sulaiman, negros procedentes de Salt, de su gueto inmigrante, tan lejos de mi vida como las fábricas de carne donde trabajaban, puestos en una dimensión invisible, con carriles indetectables por los que circulaban, entre el primer mundo y el mundo animal. Algunos no tenían papeles, como los animales, por eso no salían de su barrio, con su familia, sus costumbres, su idioma y sus misterios.

En un parterre de hierba entre la cárnica y la carretera había cuatro arbustos recortados en forma de cerdo. Eran cerdos hechos de ramas y hojas, regados todos los

días, que se estremecían cuando entraba en el aparcamiento un cargamento de cerdos por sacrificar. Pasaba el camión, movía el aire y los cerdos verdes temblaban.

La labor robótica de los trabajadores, vidas enteras pasadas cortando carne, ¿qué podía tener que ver eso con el mostrador impoluto de la librería, ese olor limpio y nuevo de los libros recién impresos, los clientes bien vestidos, con tiempo que dedicar, la calidad de las ediciones, la delicadeza de los pensamientos que guardaban?

Hay pensamientos tan intensos que la gente de al lado podría oírlos. Por eso tenía que estar solo, por eso no volvía a Barcelona y paseaba todas las tardes y recorría el perímetro del aeropuerto. Pasaba por el lado del campo donde se había producido el accidente, veía la silueta del camión estampada todavía en el terreno y buscaba aquí y allá por el campo la forma redondeada, impresa en el suelo, de los cerdos que se habían desplomado después de que el policía les disparase a bocajarro. Parecían hoyos superficiales, la marca dejada por cantos rodados muy grandes. Aún se distinguía el dibujo de los muslos y la cabeza del animal.

Eran moldes de cerdo, el animal más plausible para los trasplantes a seres humanos, había estado leyéndolo aquella tarde en internet, la genética y el tamaño de los órganos del cerdo los hacían más aptos que los de ningún otro animal para el cuerpo humano. Las válvulas coronarias de cerdo servían para los trasplantes cardiacos. Pronto se salvaría la incompatibilidad de las células porcinas y humanas. La carne que ahora nos comíamos no tardaría en servir para hacer trasplantes. Nos la comeríamos de otra forma, nos la incorporaríamos directamente. En granjas como las que tenía alrededor quizás ya se criaban cerdos con los órganos modificados, diseñados para los seres humanos. Habían empezado con el páncreas y ahora experimentaban con los cartílagos y los riñones. Llegaríamos a un cerdo cargado de hombre y al final a un hombre con el interior de animal. Del mismo modo que los cuatro arbustos en forma de cerdo no dejaban de ser arbustos, el hombre con hígado, piel y orejas de carne de cerdo no dejaría de ser humano. Seguiríamos comiendo salchichón sin ser caníbales.

Se habían trasplantado ya corazones enteros de cerdo a monos babuinos. Si las células de cerdo se adaptaban un día a las humanas, también podríamos adaptarlas a las vegetales, y entonces la carne saldría de la tierra, podríamos plantarla y ahorrarnos sacrificar la vida de unos animales cada vez más humanizados a cambio de alargar la nuestra, seguir como ahora, sin tener que agradecer la vida a la muerte de otro mamífero. Podríamos cultivar plantas con savia sanguínea, plantas con troncos de cuello y costillas y muslos por ramas y hojas, que hirieses si las cortabas, y de aquí comeríamos, también, e iríamos a buscar la carne a los árboles, que protegeríamos de los perros y los gatos y los pájaros. Ensaladas de carne, batidos de tripas, costillas un poco verdes, filetes madurados, carne de temporada.

Campos de trasplantes. Árboles con corazones entre las hojas que primero florecen y después empiezan a latir. Corazones de niño en las fresas. Bolsas de sangre en forma de sandías, melones y calabazas. Fruteros llenos de orejas y narices. De las ramas brotan lenguas e hígados. En septiembre se recogen carrilleras del manzano y en octubre riñones del peral. Regamos cerebros y plantamos vejigas, el nogal da criadillas. Los pulmones son tubérculos, se desentierran, las zanahorias salen de cinco en cinco y son

dedos. Los árboles son cartílagos y arterias y venas arraigadas. En el tallo del rosal crecen dientes, se despliegan arbustos de hueso blanco. Ojos que miran por todos lados entre las hojas del níspero. Pies, piernas, brazos, dedos, basta con ir al campo a recogerlos.

Había un palo pequeño y extraño que salía de la tierra, plantado justo al lado del asfalto. Me acerqué para verlo de cerca. Era la parte de abajo de una pata de cerdo, cortada por la rodilla y clavada con la pezuña hacia arriba, como una flor negra con dos pétalos. Busqué las otras tres patas, con miedo de encontrarme una plantación de pezuñas, una empalizada de cerdos enterrados con las patas hacia lo alto. Era una pata sola, con un papel encajado entre las uñas. Tiré de él. Era para mí. Estaba escrito con bolígrafo y en mayúsculas.

DEJAME EN PAS
SULAIMAN BEKOMBO

3

Albert Jordi no me cogía el móvil, el vacío se volvía pared. No me arrepentía de haberlo echado. Lo habría hecho otra vez. Fue para defenderme. En nombre de las mujeres muertas a manos de los hombres. Pero en su nombre también me dejaba arrastrar hacia él, para que pudieran hablar a través de mí, decir lo que no habían tenido tiempo de decir. Una pulsión más extraña que el sexo empezó a tirar de mí en el momento en que él desapareció, una fuerza que tenía que ver con la libertad, con la creación de mí misma, con la sangre, y no pensaba en nada más que en Albert Jordi.

Hacía cuatro días que no tenía noticias suyas. Al salir del trabajo fui a su casa, en Bruc con Diputació, pero no contestó al interfono.

Esperé a que oscureciera en el bar de la acera de enfrente. Había entrado más de una vez con él. Quizás el camarero sabría algo. Me tenía vista, pero no pregunté. Iba oscureciendo. No se encendió ninguna luz en el piso. Como si Albert Jordi nunca hubiera existido. Durante los primeros meses, nos escribíamos decenas de correos desde el trabajo y desde casa todos los días. Sabíamos qué hacía el otro minuto a minuto. Ahora, mientras esperaba verlo entrar en la escalera o que de repente se encendiera alguna luz en las ventanas, repasé en el móvil nuestros primeros correos. Estaban llenos de tópicos, engaños y chistes, no decían nada de nosotros, eran mensajes estándar, opacos y con la verdad caducada.

Al día siguiente fui a Noumón. Miré por el escaparate si lo veía dentro. Las primeras semanas, cuando empezamos a salir, iba a buscarlo allí al salir del trabajo, y a veces entraba. Quería ponerme al día, hojeaba las novedades, miraba las cubiertas, leía las contracubiertas. Compraba montones de libros para poder hablar de ellos con él, los libros que había visto en su casa. Trataba de atraparlo pero no podía, Albert Jordi leía como una máquina y después, cuando yo le hablaba de esos libros, no le interesaban en absoluto. Me ponía a comentar uno y él acababa el razonamiento por mí, me veía venir, me esperaba al final de mi discurso y me dejaba muda. No me desagradaba que me conociera tan bien, que me enseñara cosas de mí misma, al contrario, me hacía sentir acompañada, me hacía sentir que tenía razón, su versión siempre era más afinada, más ajustada a lo que iba a decirle, más razonada, una versión perfeccionada de mí, tenía que reconocerlo, era como si me ampliara. El problema es que al adelantarme me cortaba el paso y no me dejaba ver el final, que era lo mejor, el espejo empañado del fondo del libro, y al cabo de ocho o diez novelas me cansé y dejé las lecturas. Eran su territorio y quizás lo defendía. Tampoco es que las novelas hayan acabado de convencerme nunca, me interesan más el cine y la arquitectura.

Como no lo veía, acabé entrando y preguntándole por él a una dependienta. Cuando me dijo que en los últimos días no se había presentado y estaban intranquilos porque no

les cogía el teléfono, empecé a preocuparme. ¿Y si desaparecía como mi padre? Me había hablado de su madre, que estaba en una residencia: quizás había vuelto a casa y estaba con ella. Pero ¿y el trabajo?

¿Y si le había pasado algo? ¿Y si estaba muriéndose en su casa? No tenía amigos ni más familia que su madre, solo me tenía a mí. Salí pitando de la librería hacia su casa, otra vez. Estuve llamando mucho rato, clavé el dedo en el portero automático hasta que se me puso rojo.

—¿Quién es? —dijo al final una voz.

—¡Albert Jordi! —exclamé.

—No soy Albert Jordi. Soy su vecino. ¿No ve que no está?

—Perdone, soy amiga suya, no sé dónde encontrarlo.

—En su casa no está.

—No me contesta al móvil ni al fijo. ¿Puedo entrar, por favor?

Hubo un segundo largo de silencio hasta que se abrió la puerta. Subí los escalones de dos en dos. No había visto nunca al chico que me esperaba en el rellano. Iba en pijama y sin afeitar. Un gato de angora blanco y peludo me miraba desde sus pies, con la cola erguida como una antena. A su espalda, el piso estaba oscuro, pero se veía una luz azulada y se oían risas de televisión.

—Hace días que no está —dijo. Tenía una voz profunda, para su edad, y un acento raro que no identifiqué—. Desde el sábado al mediodía. Puedo decirte la hora exacta. Salgo poco de casa. No he vuelto a oírlo.

—¿Me conoces? —pregunté.

—Su amiga, me has dicho.

—Pareja. Siento haber molestado.

Di media vuelta para marcharme y él cerró la puerta. Seguro que tenía el ojo pegado a la mirilla, aunque me daba igual. Pegué la oreja a la madera de la puerta de al lado. Volví a oír el televisor, pero era el del otro piso. Salí a la calle, crucé y eché un vistazo a los balcones del edificio. Se podía saltar de uno a otro; aun así, me lo quité de la cabeza.

Recuerdo que aquella noche dormí poco, pero no lo necesitaba. Pensé en llamar a algunas inmobiliarias del barrio que conocía y preguntar por alguien como él, si se había presentado, aunque no tenía sentido, el vecino habría detectado una mudanza, me lo habría dicho. Y, además, ¿por qué mudarse? Era yo, en teoría, la que quería huir de él. Se me ocurrió ver si había algún piso en alquiler en el edificio y visitarlo. A cada hora que pasaba me sentía más lejos de él, y no quería.

Hacía quince años que en la agencia trabajábamos con el mismo cerrajero, que nos hacía los duplicados que necesitábamos.

Albert Jordi nunca cerraba con llave. ¿Un piso lleno de libros?, decía. Eso no es lo que buscan.

—Entonces será fácil —dijo el cerrajero—. Abro y me voy.

Fuimos llamando a todos los pisos, menos a los del segundo, hasta que nos abrió alguien. La gente estaba cenando, se notaba el olor. Subimos por la escalera en silencio. Señalé la puerta. El cerrajero sacó una tarjeta de crédito del bolsillo, la pasó por encima de la cerradura, entre la hoja de la puerta y el marco, y buscó el pasador. Lo encontró

enseguida. Hizo presión con la tarjeta y apoyando el hombro empujó la puerta como si nada. Tenía el pasillo delante de mí, con el comedor al fondo, en la penumbra rota por la luz que venía de la calle.

El cerrajero se había ido ya. Cerré la puerta sin hacer ruido y me descalcé. Podía estar dentro.

—¿Albert Jordi?

¿Y si estaba esperándome? Encendí la luz y bajé las persianas.

—¿Albert Jordi?

Decía su nombre mientras iba de una habitación a otra. Descorrí la cortina de la ducha, abrí los armarios y miré debajo de la cama como cuando era pequeña. Sudaba. Encendí el aire acondicionado y volví a la cocina, que era donde había más luz. Todo estaba limpio, no se había ido inesperadamente.

En la mesa de trabajo del comedor no estaba el portátil. Había quedado un libro a medio leer abierto encima de la butaca. Miré la impresora, la papelera, busqué alguna nota. Fui al dormitorio y la cama estaba hecha, no parecía que faltara ropa en los armarios. Oí pasos en el techo y el agua de un baño por los conductos. Por deformación profesional, veo los edificios como animales vivos. He entrado en centenares, quizás miles de casas, pero aquella noche era diferente, el animal todavía tenía a Albert Jordi dentro, me movía por su mundo, con su colección de whiskies en el comedor y sus maquinillas de afeitar en el baño, con la crema y la brocha, con el desodorante que conocía mezclado con su olor, con el frasquito del perfume que olía cuando se quitaba la camisa, con la camisa misma, las corbatas, las americanas, los calzoncillos, las camisetas y los zapatos de hombre.

Las camisas y las americanas planchadas me hicieron pensar en la asistenta. Quizás sabía dónde estaba, pero no encontraría el teléfono. Busqué la maleta, habíamos ido a Roma, habíamos hecho salidas de fin de semana, una maleta gris pequeña, no estaba. Por lo tanto, no había salido de casa y lo había atropellado un coche, por lo tanto no estaba en el hospital. Puedes coger la maleta para ir al hospital, pero si puedes coger la maleta también puedes llamar a la librería. Y, por lo tanto, no estaba ni en casa ni en el trabajo porque huía, y huía de mí, y que huyera de mí me daba fuerzas.

Me senté en la cama relajada, sensible a la intimidad de su piso a esa hora, como una piel, me sentía bien, quizás por el cansancio, me tumbé y me dormí en posición fetal.

Me desperté de madrugada. Podía ser cualquier hora. Me había dejado la luz encendida. El reloj de la mesilla de noche marcaba las dos. Me levanté y me puse a abrir y cerrar cajones por toda la casa, uno tras otro, sin dejarme ni uno. Había un orden impecable. Cajones de calcetines. Cajones de camisetas. Cajones de sábanas. Un cajón para los medicamentos, otro para las pilas y los cables. Un cajón para los bolígrafos y un cajón para el material de oficina, un cajón de documentos, un cajón de hojas de cálculo con listas de libros y números, un cajón con puntos de libro, un cajón con las declaraciones de la renta. Al fondo de un cajón de sastre, un muñeco viejo y una pelota de tenis gastada. En otro, una brújula que le había regalado por su cumpleaños. Sé por qué abría los cajones. Esperaba encontrar uno lleno de fotografías, al menos el retrato de

ella, la foto de ella de cuerpo entero, como si el cajón fuera un nicho.

En todo el piso no había ninguna foto, ni en las paredes ni en ningún lado. Ninguna foto nuestra, de las que nos hacíamos con el móvil. En un cajón encontré media docena de llaves, a saber de dónde eran, qué cerraban, qué abrían, las había pequeñas, del buzón o de algún candado, y llaves de puerta que fui probando una a una hasta que di con la que encajaba en la cerradura del piso. Iba con otra, que era la de la calle.

La nevera estaba llena, también ordenada, y me serví un vaso de leche. Después me desnudé, me di una ducha, me puse un pijama suyo y volví a tumbarme en su cama.

En cuanto me dormí otra vez empecé a soñar. Llamaban al timbre. Llamaban con los nudillos a la puerta. Quizás él había vuelto y no podía abrir porque yo me había dejado la llave en la cerradura. Me levantaba e iba hacia la puerta, consciente de que estaba soñando. Cuando sabes que estás soñando, no es sueño exactamente. Lo controlas, te ves a ti misma. La Èlia del sueño también se daba la vuelta de vez en cuando y me veía a mí en la cama, dormida. Ahora me necesitaba, porque ella solo era una sombra, no podía hacer girar la llave, no podía cogerla con los dedos.

El timbre no paraba y los golpes en la puerta eran cada vez más fuertes y violentos. Pensé: Como esto es un sueño, ¿qué te apuestas a que es ella? No la has encontrado en el cajón, pero mira las puertas, también son ataúdes. La puerta de la cocina, la puerta del comedor, la puerta del baño, la puerta de la escalera. Alguien llama porque quiere entrar y estoy soñando. Quiere entrar en mi sueño, solo puede ser ella.

Me levanté y fui a abrir. Di la vuelta a la llave. Era Albert Jordi. Me abrazó. Estaba preocupado, me dijo, estaba preocupado por si te había pasado algo, has tardado mucho en abrirme. Me cogía las manos y me daba besos en la boca. Lo abracé. Quería que me abrazara con fuerza, que llenara el vacío que me rodeaba, que derribase la pared. Yo también estaba preocupada, le dije, me he preocupado mucho, ¿dónde estabas? ¡Buscándote, buscándote, estábamos buscándonos el uno al otro y lo último que me habría esperado es que estuvieras en mi casa! ¡La llave no abría, he visto luz por debajo de la puerta y he pensado que había alguien dentro! Estaba a punto de llamar a la policía y, no sé cómo, he pensado que podías ser tú. ¿Cómo has conseguido entrar? ¡Pues claro que no te encontraba! ¡Qué bien que estés aquí, Èlia, te necesito tanto! Y nos dimos besos, y quería decirle: Pero ¿por qué no me llamabas, bobo? ¿Por qué no me cogías el teléfono? Pero no podía hablar, tenía la boca ocupada y Albert Jordi me empujaba hacia el dormitorio, hacia la cama, qué paz, ahora sexo, qué calma, qué compensación. Se detuvo y me dijo tengo sed, un momento, voy a buscar un vaso de agua, ahora vuelvo, y me soltó las manos y abrió la puerta de la cocina, y en el momento de entrar se cruzó con una mujer. Ahora sí que era ella. Clarísimo. Una chica más joven y más atractiva que yo, con el pelo largo hasta la cintura, aquí la tenemos, pensé, saliendo del ataúd. Soy su ex, me dijo, y me dio dos besos, y mientras me los daba me dijo bajito, al oído, ¿no te da miedo que ahora vuelva con un cuchillo? A mí me mató con un cuchillo de cocina, no sé si lo sabes, me lo clavó aquí en el cuello. ¿Y por qué iba a querer matarme?, dije yo. Ah, dijo ella, ¡si pudiera saberse yo aún estaría viva! ¡No seas tonta! ¡Vete! Pero entonces salió Albert Jordi con el vaso de agua y no llevaba ningún cuchillo, aunque podía tenerlo escondido en el bolsillo de atrás. ¿No querrás matarme?, le dije. Se rio. ¿Te gustaría?

Suerte que estaba soñando y no podía matarme, porque yo controlaba el sueño y, si me mataba, se acabaría. Pero quizás no, quizás me mataría y el sueño seguiría adelante. Entonces el sufrimiento que te ahorra la muerte tendría el campo libre, pensé, y la idea me asustó, porque no sabía si tenía suficiente confianza en mí misma, suficiente fe para ser capaz de detenerlo y no quedarme atrapada en un sueño que siguiera cuando ya estuviera despierta, que siguiera cuando ya estuviera muerta, qué miedo si el dolor superaba la muerte, la cruzaba como si la muerte fuera un río y después seguía libre, diseminándose por el desierto, sin parar jamás. ¿Cómo se sabía que las pesadillas no seguían después de la muerte y que, apuñalada, desangrada, incinerada o enterrada, secada, podrida, llena de gusanos y de escarabajos y de musgo, el sueño no seguiría, encerrado dentro del cráneo, dentro del ataúd, en el nicho, en el cementerio de una vida eterna? Albert Jordi seguía riendo, veo que ya os conocéis, dijo, los dos amores de mi vida, mis dos amigas del alma, ya sabía que os caeríais bien, qué suerte he tenido en la vida, y se puso entre nosotras dos y nos cogió con una mano por cada cintura, nos acercó y nos estrechamos en un abrazo a tres, os quiero tanto, si no fuera por vosotras, y nos llevó a la cama y nos sentamos en el colchón. La chica y él empezaron a desnudarse y yo también me apunté, y éramos cuatro, allí en la cama, ellos dos y yo, la soñada, y yo la que soñaba, y para mí era nuevo, no he tenido una vida sexual nada sofisticada, pero no se me hacía raro ni violento, al contrario, era acogedor, tanto abrazo era estimulante, todo aquel abrazar, toda aquella capacidad de abrazar y de ser abrazada, de abrazadas a dos, a tres y a cuatro, cuánto amor nos dábamos, y además era yo la que soñaba y dirigía en nombre de los cuatro. Era como si tuviera cuatro manos para mover cuatro marionetas, y una de las marionetas era yo misma, yo en mi interior moviéndome a mí misma en un círculo cerrado, yo con cuatro manos, cuatro brazos y dos bocas, me excitaba verlos a los dos y a mí misma mirándome, nunca había vivido algo así, tanta carne mezclada y sin dueño, tanto deseo corriendo por su cuenta de uno a otro, tanto combustible. Tocar a otro era tocarme a mí misma y tocarme a mí misma era tocar a otro. Nos reflejábamos y reíamos, nos revolvíamos tan abrazados que nos cambiábamos los huesos y nos mezclábamos la sangre, nos mordíamos y nos engullíamos con la boca de los demás, nos mirábamos con sus ojos, nos veíamos a mí soñando y a mí soñada, nos acariciábamos con las manos del otro, nos sentíamos salivar con las otras lenguas, reíamos con dientes distintos, entre sábanas de carne, compartíamos el mismo corazón, que latía y nos servía de almohada, un corazón metido en una funda de arterias y venas trenzadas sobre el colchón caliente, hinchado de sangre, las patas del somier estaban hundidas en una piscina llena de sangre, chupaban del charco del suelo, un estanque con unos peces como cuchillos que saltaban afuera y volvían adentro, como si cosieran.

Y mientras tanto la conciencia, sentada en un rincón del sueño, iba tomando nota. La voz del pecado y el perdón, tan pagada de sí misma. La miraba de reojo y ella me contestaba con la mirada y me decía: protesta todo lo que quieras, chata, quéjate de mí, pero ya me dirás para qué quieres un sueño si después vas a olvidarlo.

Me instalé en su casa como si fuera la mía, compraba el pan en la panadería de abajo, desayunaba en el bar de enfrente y volvía con bolsas llenas del supermercado de la esquina. Iba y venía del trabajo esperando llegar un día y encontrármelo sentado en la

butaca. Habría visto mi ropa, la nevera con comida mía, yo me disculparía y todo volvería a ser como antes.

Daba largas a mis amigas, y Àlex, en la oficina, cada día me incordiaba más. Siempre les pasa lo mismo a los hombres cuando ven a una mujer sola, sobre todo si está agobiada, ausente y con las defensas bajas.

Tu superior tiene problemas. Menuda oportunidad para acercarte a mirarla de cerca.

—No es nada —decía yo—, es este calor.

—Hace días que te veo mal, desde lo del ruso, y me siento culpable, tendría que haber ido yo. ¿Qué pasó? Confía en mí, por favor.

Me violó, Àlex. ¿Quieres oír eso para sentirte útil?

—Pues claro que confío en ti. Pero los problemas de los demás son los problemas de los demás.

Por la noche veía la tele u hojeaba los libros que había leído él. Tenía una buena biblioteca de libros nuevecitos. Algunos estaban subrayados y a veces me topaba con el arranque de alguna conversación que habíamos tenido. ¿Dónde debía de estar él? ¿Dónde debían de estar, ahora, los recuerdos de esos párrafos? ¿Para qué servirían? Y el año que habíamos pasado juntos ¿dónde lo había trasplantado? Un año tan lleno que valía por diez. ¿Para qué servía ahora de base? Yo no me había ido del territorio, era como si al quedarme en su casa vigilara nuestra memoria, el patrimonio, los beneficios del año que habíamos pasado juntos y de los que esperaba que pasáramos juntos. Ya no estaba preocupada, se había acabado el miedo del primer momento, miedo a que pudiera hacerle daño a alguien más, no, todo era más sencillo, cree en la vida, me decía a mí misma, cree en la vida, por la noche, cuando se iba el sol y el asfalto y las aceras de Barcelona iban desprendiéndose poco a poco del calor, cree en la vida, mandaban el calor hacia arriba como si te vistieran, qué agradable era bajar por la calle hasta el mar otra vez, como hacíamos juntos el verano pasado, hasta alguna terraza de la Barceloneta, a notar el olor a sal y petróleo quemado y el perfume de los turistas antes de acostarse. No era para tanto, todo estaba como tenía que estar, las historias de amor se acababan así, de la mía no podía quejarme, poca gente vivía una aventura tan fuerte, tan concentrada, ninguna de mis amigas podía ni imaginárselo, cada uno tiene lo que tiene y mi historia se había acabado de la misma forma que había empezado, por azar, y estaba apurando el final, pasaría unos días más en su casa, él no volvería, me daría quizás una semana más y él ya estaría tan lejos que no me importaría, dejaría su casa como la había encontrado, volvería a meter las llaves en el cajón y saldría y él se enteraría, la propia casa me habría expulsado, y al cabo de diez años ni me acordaría.

Una noche, al volver, me lo encontré todo limpio. Había pasado la asistenta y encima de la mesa me encontré una nota que decía: «Se ha olvidado de dejarme el dinero».

Dormía sola en la cama donde hacía un año había tenido la culminación de mi vida erótica, unas semanas de celo hasta que el propio cuerpo había ido calmándose, y ahora ya estaba, y ese desasosiego mío también se calmaría.

Volvieron a llamar a la puerta con los nudillos. Eran las diez de la noche y todavía

no me había acostado, así que no estaba soñando. No había metido la llave en la cerradura, de manera que si llegaba Albert Jordi pudiera abrir, entrar y encontrarme en su casa como si nada. Tendríamos una conversación tranquila como siempre, intentaría respetar el paréntesis y cerrarlo, aceptar la vida como es, y la vida era como él.

Llamaban con los nudillos. Por lo tanto, no era él. Fuera quien fuese, ¿por qué no llamaba al timbre? ¿Y por qué no había pedido que le abriera desde la calle? Fui hasta la puerta y me acerqué a la mirilla. El ojo de pez deformaba la cara del otro lado.

—Abre, Èlia, soy el vecino.

Abrí. El chico me miró y se rio. Había dejado claro que sabía cómo me llamaba. Debía de habérselo oído a Albert Jordi por la pared. Iba en pijama como el otro día, y en los pies tenía el gato de angora, que me pareció una hembra.

—Perdona —dijo—. No quería pararte en la escalera. No es asunto de nadie. Quería preguntarte... ¿Al final lo has encontrado...? ¿Ha pasado algo? ¿Cuándo vuelve?

—La semana que viene. Está en una feria de libros en Londres.

—Me llamo Carles —dijo.

Tenía aquel acento dulce, y una voz grave y profunda, como si resonasen los agujeros de los pulmones. Se me acercó y me dio dos besos. Me rozó con la barba de pocos días, ya sedosa y esponjada, muy seguro de sí mismo. Me humedeció las mejillas.

Entró en el recibidor y se quedó debajo de la lámpara del techo, que le hacía brillar el pelo negro. Un pelo limpio y joven en el que te veías reflejada. Veintipocos años. Ninguna arruga alrededor de los ojos. Con un pijama satinado de manga y pantalón corto. Debajo del pelo oscuro de los brazos tenía una piel blanca como la nata, fresca como la nieve.

—¿Quieres pasar? —le dije. Asomé la cabeza al rellano. La puerta de su piso estaba cerrada—. ¿Quieres avisar primero a tus padres?

—¿A mis padres?

—A tus amigos.

—No. Vivo solo.

Eran pisos pequeños de una habitación, habían dividido en dos un edificio antiguo, pero aun así el alquiler resultaba imposible para un chico tan joven en el Eixample. Cosas más raras he visto. Había herencias, quizás era huérfano. El misterio se quedaba pequeño al lado de la tensión que tenía conmigo misma. Me volvía a la cabeza el sueño de la otra noche, no en imágenes, sino con emociones difusamente eróticas, como si el piso y los recuerdos de Albert Jordi buscaran la forma de repetirse o al menos de perpetuarse y resistir. Tenía a aquel chico delante y no sabía qué decirle, el corazón me iba como si tuviera su edad y no la mía. Pensaba: Lo tiene todo por vivir, a su edad no puede ni imaginárselo, no tiene ni idea. Pero ¿y tú misma, Èlia? Siempre somos jóvenes con respecto a nosotros mismos. ¿Qué haces ahí plantada como un conejo asustado? ¿Desde cuándo te inquieta un chaval tan joven? Es una suerte estar sola de noche en un piso con un chico como este en pijama. Es como tener una fruta al alcance de la mano. Cuidado con lo que haces. Fíjate en ti misma. La vida se ha desatascado y ahora sale lo que te debe, que no es poco, el crédito bueno y el malo, todo lo que te ha escatimado, requisado, retenido. Y lo que le debes tú a ella. Ahí lo tienes. Estás en el mundo. Mira.

Podría ser tu hijo, pero no lo es y por eso te gusta, por el hijo que todavía debes. ¿De dónde sacarías a un hijo sano como este, la envidia de las demás madres? ¿De dónde lo sacarías, tan atractivo, más que de sí mismo? Ruth, Clara, Iolanda, ¿aún vais a decirme que la abstinencia vale la pena? ¿Que los hombres son una mierda? La juventud no era una cualidad de aquel chico, era su materia, su pelo, su carne, como la madera es la materia de la mesa y el cristal la del vaso. Los jóvenes vuelven nueva la ropa que llevan, por vieja y gastada que esté. Intensifican los colores. Por eso el recibidor parecía recién pintado. Era lógico que los sentidos se abrieran para dejar pasar aquella luz, la belleza en su cenit, tan concentrada en sí misma que nunca más volvería a ser tan perfecta. Más perfección ya sería imperfecta, tenía la vida intacta, sin ningún aviso de podredumbre, ningún rastro de verde. ¡Que entre, que pase, que se siente, que hable, que diga!

—Pasa, siéntate, ¿qué quieres tomar?

Se dirigió al comedor. Esperé a que diera dos pasos por delante de mí para que me cupiera entero en los ojos. Los talones sobre las alpargatas. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Un vaso de agua? ¿Una naranjada? ¿Un vaso de leche caliente?

En el comedor había una gran bandeja con la colección de whiskies de Albert Jordi. Escoceses, americanos, japoneses, irlandeses, canadienses, al lado de la butaca, con dos vasos preparados.

—¿Te parece bien? —le dije—. Elige tú.

Se rio y señaló una botella.

—Así que conoces a Albert Jordi —dije.

—Somos vecinos. No es la primera vez que entro aquí.

Se sentó en la butaca y la gata se le subió al regazo de un salto. Y se puso a acariciarla mientras yo servía dos vasos cargados. Lo mismo que había hecho mil veces con Albert Jordi antes de irnos al dormitorio. Pero no sabía dónde ponerme ni qué decir. No tenía nada que ver con quedar con hombres de mi edad. Se había presentado él y no estábamos en ningún bar, ni siquiera en mi casa. Me estudiaba a mí misma por encima de las drogas de la juventud y el alcohol, como si estudiara un insecto con dos microscopios. Podía ser mi hijo, pero sobre todo podía ser hijo de Albert Jordi. Por eso vivía en el piso de al lado, pared con pared. Por eso Albert Jordi no me había hablado nunca de su vecino. Por eso me desarmaba. Quítale la barba, es clavado. Y por lo tanto es hijo de ella. No sabes lo que te espera, Carles, no puedes ni imaginártelo, quizás no lo sepas nunca, y más vale así. Tenía ganas de coger aquella cabeza, aquella barba negra y corta, ponérmela en el regazo como él tenía a la gata o poner yo la cabeza en el lugar de la gata.

¿Cómo proteges a un hijo tuyo de ti? Quítale diez o doce años. Es un niño. Tu madre... Ha habido un accidente... Tenemos que decírtelo, está... Pero tu padre se encuentra bien, tu padre está en el hospital... No, en el extranjero, en una clínica especializada, volverá, está bien, no, no te preocupes, vuelve dentro de unos meses, el año que viene lo verás... No, al otro... Al otro... No, no se le puede llamar, no puede hablar, ya hablarás con él, si se muere de ganas... No... Ahora ya eres mayor, ya podemos decírtelo, y sus tíos se cogen de la mano por encima de la mesa y le dicen: Papá está en la cárcel... Perdió la cabeza con el accidente de mi madre, robó en la librería, mucho

dinero, sí, saldrá...

—Nunca me ha hablado de ti —le dije.

—Ni a mí de ti.

O sea, que estaba invitándome a hablar de mí misma. Me aferré a eso porque quería escucharlo a él después. Mi vida se resumía en dos minutos, al menos hasta la confesión de Albert Jordi, pero lo alargué mucho, hasta que se acabó el whisky.

Entonces empezó:

—Ya ves que no soy de Barcelona. No sé cómo deshacerme del acento. Vivo aquí porque estoy estudiando. En teoría preparo los exámenes de septiembre después de las, en teoría, malas notas que saqué el curso pasado, que, en teoría, me obligan a quedarme aquí y no en mi casa, en Vilafant, al lado de Figueres. En teoría tengo que ir a la biblioteca de la facultad, que es donde teóricamente están los libros que teóricamente necesito para aprobar los exámenes. Estudio Económicas. La economía de mis padres es de primera división, y por eso dijeron que estudiase Económicas. No es raro que me suspendan.

—Me parece que te entiendo —dije, y volví a llenarle el vaso. La rebeldía de los veinte años, nada de otro mundo, nadie había matado a su madre—. Sigue, me interesa.

Era verdad, me interesaba. En mi interior, el chico iba fundiéndose con Albert Jordi.

—O sea, que es una comedia. Ni papá ni el abuelo, que montaron el negocio, fueron a ninguna universidad, y como no fueron ahora tenemos la hormigonera más importante del Empordà, Cementosa, si fueras de allí te sonaría. Ochocientos trabajadores y siete millones de facturación llegó a tener. ¿Te acuerdas de los camiones de las franjas rojas que dejaban un reguero de hormigón fresco por las carreteras? Hace años que se acabó el gran negocio, no tenemos ni una quinta parte de los trabajadores, pero no nos hemos arruinado y todavía controlamos la zona. Es un mar seco, pero los edificios nuevos todavía son de cemento nuestro, y espera, que el negocio volverá. ¡Queda mucho por hormigonar! Si no haces casas, la gente no compra casas y entonces viene la crisis. ¿No nos ha bastado ya? Cuando ves la Costa Brava, con todos esos pinares en primera línea, es que no te lo crees. El cabo de Creus, reserva. Los marjales, reserva. Las calas, que no me las toquen. Egoístas. Ya me dirás qué beneficio sacan los árboles de las vistas al mar. Yo soy de cerca de la frontera y te puedo decir que hay una presión internacional por comprar, es una irresponsabilidad no aprovecharla, la gente tiene que poder ganarse la vida. Ya ves que tengo ideas, tengo argumentos, les doy mil vueltas en la universidad, eso se lleva en la sangre. Si pudiera enseñarse a ganar pasta, ¿tú crees que papá y el abuelo, sin carrera ni másteres, se habrían hecho los jefes en menos de quince años? Se pulieron a la competencia antes de que naciera. Mientras los demás estudiaban, mi papá y el abuelo controlaban las constructoras sobre el terreno, estaban donde tenían que estar. Los tontos que mientras tanto estudiaban Económicas acabaron trabajando para ellos. ¿Y ahora quieren que yo me saque la carrera? ¿Económicas? ¿Aquí? Dime un Nobel de Economía español. Mándame a Harvard, a Londres, a Chicago, no a Barcelona. Pero ¿ellos qué saben? Tener estudios, dice papá. Mentalidad de pobre, no te la quitas de encima fácilmente. Mira los consejos de administración de las empresas que cuentan, llenos de expolíticos. ¿Qué estudios de Económicas te parece que

tienen? ¿Másteres? ¿Premios? ¿Doctorados? No tienen ni la ESO, y es normal, no habrían llegado a ningún lado de haber perdido el tiempo en la universidad. Yo iré encantado a las reuniones, a supervisar y a firmar lo que me pidan. Me parece muy bien estar en el consejo de administración, estupendo, no me siento culpable de ser hijo de quien soy, no necesito una carrera que me justifique. El abuelo se dejó la piel, más que la piel, se dejó el alma, por la empresa. Según papá, ahora arde en el infierno por nosotros. No vamos a dejar que se achicharre para nada, ¿verdad? No eliges dónde naces. Todo el mundo tiene los mismos números. Lo he hablado con Albert Jordi. Albert Jordi es un crac. También tiene sus ideas sobre la universidad. Suerte de él, ya sabes cómo es, te ayuda en todo, te aconseja, es un coach. No es culpa mía ser quien soy, no pienso protestar. Lo que pasa es que no sé qué hago aquí. Con quince días del primer curso me bastó y ya estoy en tercero. Suerte que se acaba. Las clases están llenas de tías que no se pueden pagar una falda de Versace o unos zapatos de Fendi. Una con una camiseta de Valentino, otras con unos Armanis gastados, la pobre, la otra viene a clase con el bolso de Gucci y enseña los calcetinitos de Vuitton. Y venga pulseras y collares con el osito de Tous. A ver, hacen lo que pueden. Se lo compran en eBay o al top manta. Se operan con créditos al consumo. Es muy patético. Es como una feria de ganado. Sus padres pagan porque quieren colocarlas y los ricos sufrimos para no enamorarnos. A ver, idealizar a esas pobres chicas es fácil, sobre todo si en tu casa están forrados, no puedes hacer nada, es instintivo, es un suplicio, y para ir a clase a sufrir vale más no salir de casa. ¡Que no soy de piedra! ¡Si acaso de hormigón, pero es que no me dejan! Así conocí a Albert Jordi. Me encontró hace medio año sentado en la escalera, no sabía cómo quitarme de la cabeza a una tía, estaba hecho polvo, me daba rabia, estaba muy colgado, me invitó a entrar aquí mismo, me senté en esta misma butaca y se pone: A ver, ¿tú eres imbécil o qué? ¿Dónde te parece que hay más mierda en todos los sentidos, en tu casa o en la de esa chica? ¡A la mierda esa tía, lo único que quiere es sacarte la pasta! No a ti, a tus padres, a tu abuelo. Y no le dará pena, es ley de vida. Y te digo una cosa: si no la mandas a tomar viento ahora, luego te costará más. Y cuanto menos te guste la tía, más te costará. Juegan con la lástima. Y se pone: ¿Ves esos libros, te crees que los escriben los pobres? Total, que en casa se hicieron ricos sin ir a la universidad, pero a mí me hacen ir y no tienen ni idea de la mierda que es. En mi familia no hay tradición de ser ricos. Somos ricos de paso. El abuelo era hijo de un peón que llevaba cemento en carretilla, tardó veinte años en comprar la primera planta y el primer camión hormigonera. Veinte años. De los veintinueve a los cuarenta y nueve. Pasaban hambre por el puto camión. Hipotecó el piso para comprarse el segundo camión. Papá ha trabajado como un negro. Vale, a lo mejor tiene mérito. Pero ¿y qué? El dinero igual que se gana se pierde. En el fondo, a mis padres se la trae muy floja. Son workaholics, no lo hacen por la pasta, el abuelo no lo sé, pero mis padres no, se han encontrado con esto y en el fondo no valoran la pasta porque ya la tienen y no saben qué hacer con ella y les parece que no se la merecen. Y no se la merecen, si me tienen aquí. Pero ¿tengo yo la culpa? Albert Jordi te lo explicaría mejor. Les da pena, les da vergüenza, se lo esconden a sí mismos, me lo escondieron a mí, sin internet quizás ni sabría el negocio que tienen. Y me parece de puta madre, allá ellos con su sistema de vida y sus valores y su nostalgia de cuando el abuelo empezó el negocio,

sobre todo ahora, que ya no se acuerdan. Mi madre era la típica oficinista de veinte años que lo tuvo fácil con papá, y él con ella, tan pobre como las tías de la carrera, que a lo que van es a hacer la carrera, como decía el abuelo. Está muy bien poder ser romántico, pero ¿es que yo no tengo derecho a mis ambiciones? ¿Y mis hijos qué tendrán que hacer? ¿Ir a la universidad también? ¿Acabar como mis profes? Son unos colgados, unos muertos de hambre y unos farsantes, que te lo digo yo. Porque, si tanto entiendes de negocios, dedícate a hacer negocios en lugar de dar lecciones, ¿no? Pues ahí los tienes, todos los días detrás de la mesa de profe sintiéndose importantes mientras dura la clase, cincuenta minutos de gloria dos veces por semana como si fueran eminencias. Hay imbéciles que se tragan el anzuelo y los escuchan, pero son white trash, un montón de fracasados que se la chupan entre ellos, sí, con todos los aires que quieras, los tengo calados, sueltan cuatro teorías de manual y van pasando powerpoints con la clase a oscuras para no tener que vernos. No dejan de mirar el reloj para ver cuándo pasa la hora de clase. Es un zoo. De hecho, están en el zoo. Tenemos el zoo en la otra acera de la misma calle de la facultad, si ampliaran un poco las jaulas y nos metieran dentro podrían cobrar entrada. ¿No quieren enseñar a hacer negocios? Que la gente pague para ver los ositos de Tous, los caimanes de Lacoste, te lo juro, los leones de Boggi, los caballos de los llaveros de Ferrari, los jaguares de Jaguar y los burros de los profes muertos de envidia, que se vengan con risitas y bromitas infantiles para insultarnos. Me matan de aburrimiento. Están resentidos. Es normal, nosotros somos jóvenes, somos ricos y somos inteligentes, la inteligencia se hereda igual que el dinero. Ellos tienen unos sueldos de mierda, te miran con rabia porque no podrían pagarles tus estudios a sus hijos ni casarlos con esas princesas del porno con gafas de Prada. Por eso te hacen perder el tiempo con teorías idiotas que primero parecen incomprensibles y después ves que son incomprensibles, con tecnicismos y palabritas inglesas. Ese es el nivel. Profesores americanos, belgas, ingleses..., los colgados de medio mundo, los saldos de las universidades de todo el planeta vienen a Barcelona porque aquí hace buen tiempo y la gente es abierta y es friendly, es el Mediterráneo pero no acaba de ser África. ¿Y qué quieres que cuenten en sus países para justificar dónde han acabado? No es África, pero es España. El país de los monopolios, del AVE y de los aeropuertos sin aviones, las autopistas sin coches, los bancos privados pagados con dinero público, la amnistía fiscal, la mafia sistémica, el rey corrupto, la manzana podrida de Europa. ¿Qué voy a decirte yo a ti? En mi casa venden cemento y tú dices que llevas una inmobiliaria. La mitad de los días, los profes no se presentan a clase. Enfermedades, congresos, retrasos en el vuelo. Y una mierda. Pringados. Cursos enteros de cháchara que no entienden ni ellos, Ciencias Económicas y Empresariales, Dirección Financiera, Dirección Estratégica, Análisis de Datos, Fiscalidad, Econometría Aplicada y la polla frita con setas. ¡Y los exámenes! Están todos en internet, ya no hay ni que comprarlos. A ver, no se trata de hacerle la vida imposible al cliente. Mis padres pagan la matrícula. ¡Son Económicas, no Regaladas! Toda la carrera podrías tenerla en dos meses si quisieran, pero el negocio, las matrículas, los másteres, los posgrados, los estudiantes extranjeros que vienen a pasar el tercer trimestre aquí y a tomar el sol y a bañarse. ¿Por qué te crees que la facultad está a tres calles de la playa? Es el Lloret de las facultades, playa, guiris, terrazas y zoo. Los padres

llevan a los hijos a emparejarse y a tenernos unos años perdiendo el tiempo, después te mandan a una universidad americana o a Londres, para que te dé un poco el aire y aprendas inglés sin acento para cuando coincidas con los demás hijos de papá españoles o sudamericanos. Yo soy máster de Ricachonesville. ¿Tú? Yo de Chupamelapollatown. Aprender inglés para hacer shopping en New York sin que se te rían en la cara, para hablar con la tripulación del yate y sobre todo para ganar tiempo y esperar a que papá se haga viejo y te encargues tú de la empresa, de gestionar las acciones, o sea, de firmar lo que te diga el consejo de administración. Un día Albert Jordi y yo lo calculamos, abrimos este Macallan Rare Cask Black que traje yo. Me quedan siete u ocho años para que papá me diga: Hijo, esto es tuyo. Mientras tanto, al gimnasio y aquí en casa encerrado. Es absurdo. Pronto volverá a ser un momento de gran negocio, este país no tiene nada más que la depredación y es cíclico, ahora vuelve a tocar. Pero aquí me tienen. No me hago de la CUP de milagro. Imposible volver a Vilafant en verano. Papá merodeando todo el día, mi madre con su amiguito y mi hermana en la playa. Mejor estar aquí, en teoría sacándome las asignaturas del curso pasado. Ni me presenté a los exámenes.

Mientras hablaba y se llenaba otro vaso, yo iba secándome. El whisky me hacía la boca de madera y me volvía el recuerdo de Albert Jordi en el sueño, me había cansado de los problemas de aquel niño de casa bien, el atractivo se había apagado, me veía ridícula por haberlo deseado. La intensidad es efímera, pero ¿tanto? ¿Y tan intensamente? Me había engañado a mí misma porque el piso para mí era como un álbum de recuerdos, lleno de la energía erótica que había desencadenado Albert Jordi. Estaba disgustada con mi imaginación. Se paseaba a lomos de la realidad, había estado inflando labios y lustrando cabelleras, maquillando y vistiendo la realidad sin ningún respeto por mí. Era ridículo, un chavalín en pijama con una gata en el regazo. La imaginación acompaña al deseo, no sabes quién va primero y de repente, cuando menos te lo esperas, salta del caballo y te deja sola, y no hay nada más inútil y mortificante que el deseo desamparado por la imaginación.

Para las mujeres el erotismo es un gota a gota. Somos depósitos sexuales, basta con mirarme al espejo, de los ojos y los pómulos hasta las piernas, máquinas reproductoras, cojas el cuerpo por donde lo cojas, máquinas de parir. Mis amigas y yo teníamos una vida sexual de intensidad baja, un poco a distancia, asumíamos la persistencia pero nos conjurábamos contra las urgencias, y yo lo rompí cuando conocí a Albert Jordi. El chico había bebido mucho y se me acercaba cada vez más, ahora un palmo, ahora un dedo, y yo iba arrinconándome. Si Albert Jordi le hacía de padre, ¿qué estaba buscando con esas explicaciones? ¿A una madre? ¿Cómo distinguir entre amante y padre o amante y madre, si una cosa lleva a la otra? Pero el chico había bebido demasiado para ser peligroso y seguía hablando.

—No te lo vas a creer, pero en segundo mis padres me pusieron un espía. Me entraron en el móvil. Mira. Tiene gigas suficientes para instalar dentro un despacho de la CIA. Aquí hay más información sobre lo que hago y lo que dejo de hacer que la que yo mismo puedo controlar. Lo llevo a revisar todos los meses. Por eso sé que me entraron. Debieron de darle el número mis padres o el espía lo consiguió. Ahora mismo saben que estoy en el piso de al lado. Seguro que están escuchando. Pero si lo dejo en mi casa

pueden utilizar el tuyo o algún micro. ¡Hola! ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo va? Tengo un compañero que durante el curso pasa a verme todos los días, coge mi móvil y se lo lleva a clase. Eso ya lo sabéis, ¿eh? Claro que lo sabéis. Pasadles la grabación a mis padres, por favor. ¡Papá, te mando un consejo! ¡Llegan buenos tiempos para el negocio, espabila! ¡Invierte! ¡Prepárate! ¡Llegan cambios políticos y eso quiere decir que se podrá edificar por todas partes! ¡La gente necesita trabajo! ¡Los políticos también! ¡Ten los ojos bien abiertos, papá! ¡Y buenas noches! Todo es teatro, como en la carrera. Cada uno juega a su juego. Tenemos que facilitarnos la vida unos a otros. Cuando mi compañero sale de clase, sube a casa, me devuelve el móvil y todos contentos. Los espías saben que los toreo. Mis padres saben que los espías los torean. Todo es comedia y el que paga manda. Para entender eso no hace falta carrera. Lo hablo con Albert Jordi y siempre llego a la misma conclusión. Me tienen envidia. No hay nada que hacer. Me tienen envidia los profes, me tienen envidia mis padres, me tiene envidia todo Dios y es mejor quedarse en casa con la gata.

Ya me veía arrastrándolo a su piso, borracho. Se levantó como pudo y volvió a llenarse el vaso. Bebió un sorbo y abrió un cajón. Era un cajón que yo ya había abierto, el del muñeco y la pelota de tenis, pero lo que sacó fue una caja del tamaño de un libro que yo no había visto.

—Mira —dijo. Dentro había un cuchillo de cocina con el mango negro—. Es como si estuviéramos en familia. El primer día me enseñó esto. Me dijo que hay que saber cortar. Con aquella chica y con todo lo que te haga la vida imposible, por mucho que cueste y por miedo que tengas. Es lo que me toca hacer a mí con mis padres. Con aquella chica lo conseguí. Con mi familia tengo que saber esperar. No sufras por Albert Jordi. Ya volverá. Él nunca huye, ya lo verás. Me voy a dormir. Estoy que me caigo.

Lo acompañé a la puerta y devolví la caja a su sitio.

Yo también había bebido y lo confundía todo. Me dejé caer encima de la cama, reventada, y me dormí enseguida. Al cabo de media hora volvía a abrir los ojos completamente despierta. Tenía que irme de una vez. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Esperarlo para que me echara de su casa? Ahora el vecino podía volver cuando quisiera. Los veía a los dos apuñalándome.

No podía recuperar el sueño. Al día siguiente lo pagaría en el trabajo. Hacía mucho calor. Las sábanas se me enroscaban como serpientes pegajosas. La cama no se acababa nunca y olía a Albert Jordi. Decidí hacer la maleta y marcharme, pero estaba sucia por dentro de alcohol, sudaba y no tenía fuerzas para levantarme, y volví a dormirme.

Una mano me tocó las costillas, por encima de la cintura. Primero me pareció que eran mis músculos, agarrotados por el alcohol, que de repente se destensaron y traté de seguir durmiendo. Pero no podía cerrar los ojos. Veía la habitación en la penumbra. La cómoda. Sus muebles. Su presencia. La mano volvió a tocarme las costillas, cada vez más fuerte hasta que, con toda la fuerza, me empujaron dos manos que me tiraron al suelo.

Miré encima de la cama. No era él. Era ella.

La conciencia a pleno rendimiento se hace carne. La caída de la cama me había dejado un hematoma en la pierna. Como si mi cuerpo fuera la maleta, encendí la luz. Que Dios no me dejara volver a tener noticias suyas nunca más. Que me permitiera la

misma certidumbre que a mi madre. Que estuviera muerto allí donde estuviera.

Recogí mis cosas mientras se hacía de día, limpié todo el piso procurando no dejar ningún rastro, vacié la nevera de mi comida y comprobé que la caja del cuchillo estuviera en su sitio.

Devolví las llaves a su cajón. Estaba agotada y me senté a descansar un momento. Había abierto las ventanas para que corriera el aire y se secara el suelo recién fregado. Me había pasado once días en aquel piso, diez noches.

Entonces oí otra vez la puerta. El ruido de unas llaves. Abrí el cajón, saqué el cuchillo de la caja y me lo metí en el bolsillo.

Entró una mujer menuda. Iba cantando. Pegó un chillido al verme.

—Perdone —se disculpó, en castellano—. Albert no me dijo...

—No pasa nada —dije yo—. Solo que no sé dónde está.

—¿Dónde está él? Pues no sé. Parece que desapareció. Me deja siempre el dinero al lado del televisor, la semana pasada no estaba y esta veo que tampoco... Qué raro. ¿Y usted no sabe nada? Voy a llamarlo. —Sacó el móvil del bolso y marcó—. Pues sigue sin contestar. En fin. Esto está muy limpio. ¿Le parece que lo dejemos para la semana que viene? Ya luego veré si responde.

Volví a quedarme sola. Me puse a mirar los libros. Algunos los tenía repetidos en casa. Me puse a mirar el teléfono. Era un modelo como el que teníamos en la oficina. Los números de las llamadas quedaban grabados, con fecha y hora. Descolgué, marqué el botón de las llamadas, hacía dos días había recibido una, de un móvil, mientras yo trabajaba. La devolví.

—¿Qué pasa, tío? ¿Ya estás en casa?

—No soy Albert Jordi.

—¿Quién eres?

—Soy Èlia, su compa...

—Èlia, con ese nombre ya sé quién eres. ¿Qué pasa?

—No encuentro a Albert Jordi, no me coge el móvil.

—En Riudellots tendrá poca cobertura, ya te llamará.

—¿En Riudellots?

—¿No lo sabías?

—Hace días que no sé nada de él.

Colgaron. Volví a llamar. No contestaron. Llamé con el móvil. Tampoco.

En la escalera me encontré al vecino, como siempre, con la gata y el pijama.

4

Ya no nadaba en la piscina, sino que me pasaba los días haciendo pequeñas excursiones, salía a media mañana del hotel, después de desayunar, y andaba como si volara entre los campos que apedazaban la escasa ondulación de la llanura. Llevaba pantalón corto, camiseta, mochila y agua. El sudor me hacía sensible a las radiaciones del sol y las pequeñas corrientes de aire, al vapor seco del trigo, al ruido húmedo del maíz y a la vibración de los pájaros que se zambullían en los campos, al trueno de los aviones y los motores del transporte de ganado.

A unos cuatro kilómetros del aeropuerto estaba el volcán. Iba hasta allí por caminos y carreteras estrechas que pasaban entre los campos. Llegaba a una pequeña pendiente que de lejos parecía una plantación de chopos o una arboleda cualquiera a la orilla de un torrente o una acequia, pero que era la base baja y oscura de un volcán rodeado de encinas. Acabé allí pocos días después del accidente de los cerdos, siguiendo señales de senderismo. El camino subía por una lomita con una llanura de campos al otro lado, una llanura de campos como los que había cruzado para llegar, pero rodeada de árboles, como pasa a veces en el bosque, al lado de alguna masía, cuando el camino sale inesperadamente de los árboles y se abre a un claro, a un campo entre paredes de troncos y ramas, como una habitación vacía. Eso había, después de la loma, pero mucho más grande, no era un solo campo, sino muchos, una llanura circular amurallada por la lomita de encinas.

El cráter era como una fortaleza natural y escondida. Dentro no había ninguna casa, solo campos de trigo y forraje, un pinar, una plantación de nogales y un gran cobertizo pegado a la entrada, una construcción sin paredes, únicamente columnas altas de hormigón y una cubierta a dos aguas, como un partenón simplificado que protegía de la lluvia los lingotes de las balas. Era un descanso, después de haber andado una hora bajo la placa caliente del cielo, encontrar el camino sombrío de la loma y el anillo de encinas en torno al cráter. Daba la vuelta a la esfera andando por el borde, orillaba la sopa de campos de forraje y volvía al hotel.

La tierra roja crujía como si pisara pan tostado. El campanario de Sant Dalmai estaba cerca y le oía dar las horas. La carretera de Girona pasaba pegada al volcán, cuyas paredes exteriores tenían un par de canteras abiertas hacía cincuenta años para extraer la grava de las carreteras y los aparcamientos. Las graveras ya no se explotaban y se habían reconvertido en un reclamo para los aficionados a la vulcanología. Dejaban a la vista los estratos de minerales que había ido superponiendo cada erupción, en capas rojas. Podías contar hasta treinta franjas de greda, como un montón de mantas y colchones roñosos, uno encima de otro, en el que cada capa de carne era el resultado de una erupción, la página de un inventario de explosiones.

En la habitación del hotel, todas las noches, después de ducharme y cenar, me distraía buscando información en internet sobre la geología del volcán, los nombres de las casas de los alrededores, las familias o la etimología. Era el volcán de la Crosa de Sant Dalmai. Crosa podía querer decir cascarón, vacío por dentro, ahuecado, cóncavo, y Dalmai seguramente era Delmall, el santo del mazo, el dios del fuego, Vulcano, que los romanos representaban con un mazo, a veces también con un yunque. El volcán estaba apagado, pero la galería que había abierto la lava para salir seguía hundiéndose hasta el corazón de la tierra. Cuando andaba por allí, sentía o imaginaba debajo de los pies un latido sordo. La tierra era el espejo convexo del cielo, todo el universo comprimido en un puño. Según los geólogos, el volcán se conservaba tan bien, tan discernible, tan perfectamente circular, porque era muy joven. Hacía medio millón de años de la primera explosión y cien mil de la última. Geológicamente, cien mil años es muy poco, y por lo tanto podía volver a despertarse. De vez en cuando se detectaban pequeños temblores de tierra, del magma que subía.

La Crosa forma parte de una cuarentena de volcanes que siguen la falla que va de Tordera a Olot, una cuarentena de erupciones en línea que separan el granito y la roca de las Guilleries del mineral más blando de la llanura de la Selva. Es un volcán hidromagmático, es decir, explosivo y violento, y el más furioso de la península ibérica. El magma había subido por un resquicio de la falla, pero antes de llegar arriba se había encontrado un acuífero. Fue calentando la bolsa de agua como una olla a presión hasta que la roca explotó, la lava comprimida se liberó y la tierra empezó a manar sangre con una fiesta de fuegos artificiales, una ducha inversa de luces amarillas, azules y rojas con una columna negra y espesa de humo, llena de chispas de rocas incandescentes, ceniza, magma, agua, tierra, gas y lava. Había vomitado greda en seis kilómetros cuadrados, la dispersión de magma y roca llegó a tres kilómetros y medio de distancia. La lava al rojo vivo volaba con las explosiones, llegaba al suelo ya sólida, mezclada con trozos de roca partida. Aún se encontraban pedruscos redondos y negros, extraños, los geólogos los llamaban bombas.

Así salió la sangre del cuello de Sara una noche de agosto de hacía diez años. El cuello se abrió con tanta facilidad que pareció que la piel, la carne y la sangre me ayudaban, que la Sara encerrada allí dentro quisiera salir, como si llevara centenares de miles de años esperando la liberación.

Me quedé al otro lado de la pared mientras en el dormitorio había explosiones de sangre y coágulos de lava. Cuando al cabo de una hora volví a entrar, no me la encontré tumbada en la cama como la había dejado. Estaba en el suelo, se había levantado y se había caído, había sangre por todas partes, a los pies de la cama, en el cabecero, en la mesilla de noche, en el despertador, en los pantalones de encima de la silla y en la puerta. Se desclavó el cuchillo, se tapó la brecha con la mano, debió de apretársela, pero con una brecha más pequeña la sangre salió con más presión. Entonces debió de intentarlo con la sábana, a la desesperada, haciéndose una venda para retener la sangre, pero la lava quemaba la ropa y salía, lo empapaba todo, fundía el paso, arrancaba rocas, le quemó los dedos y le atravesó las manos. Quizás intentó gritar, llamarme, decir algo, comunicarse conmigo, pero el aire salía por la herida y no llegaba a la boca, no la oí

desde el comedor. La habitación estaba amurallada. Lo que estaba pasando allí dentro era demasiado íntimo. Cien mil años atrás, nadie vio tampoco las explosiones de la Crosa que mandaban ceniza al cielo, gredas, bloques y rocas, levantando paredes de sangre en torno a la brecha.

Cada vez que el magma subía encontraba más agua y había otra explosión. Sara notó que la sangre le llenaba la garganta y tosió, se ahogó, los pulmones se le llenaron igual que el agujero del volcán fue llenándose de lava y cerrándose de nuevo, preparando de ese modo una nueva explosión. Sara se desmayó antes de ahogarse, le entraba aire por el tajo, el miedo no bastaba para compensar la debilidad por la sangre perdida, el magma salpicó la habitación, se secó y se puso negro. Yo, sentado en la butaca, solo oía el movimiento. Debió de desmayarse mientras la lava subía por ella, desde el corazón de la tierra, llena de vida. Toda la vida subía desde el fondo opaco. La sangre de sus antepasados, la sangre de ella, mi misma sangre, un río nacido millones de años atrás, puesto a dedo en aquel punto del universo antes de que el hombre fuera hombre y los primates fueran primates, antes de la primera célula, del primer calor. Una marea que subía por el cuello y que llegaría a la luna huyendo de su propia muerte, como un fugitivo que sabe que no irá muy lejos, pero que sigue huyendo porque eso es lo único que tiene, la huida. La huida ya es autónoma, ya manda, ya sustituye al fugitivo. Mi propio asesinato salía de su interior entre las rocas que saltaban con las explosiones, y, cuando el piso volvió a quedar en silencio y entré otra vez en el cráter del dormitorio, habían salido muchas Saras de allí dentro, todas las Saras, como escarabajos, como los animales a los que no da tiempo de huir del fuego del volcán y acaban carbonizados al pie de los troncos quemados y se convierten en figuras negras entre las ramas negras, sin pelo, solo piel, cerámica oscura. El dormitorio estaba lleno de figuras negras de Sara, muñecos de carbón que conocía y muñecos de carbón nuevos para mí, muñecos secretos de sangre quemada, de sangre coagulada y de sangre luminosa cuando subí la persiana de la habitación y ya se había hecho de día.

Cogí el cuchillo de encima de la cama, todavía ardiendo. Fui a limpiarlo a la cocina. Echaba humo, debajo del grifo, forjado por Vulcano. Lo sequé, lo devolví a su sitio en el cajón y cogí otro.

Todo el rato que pasé sentado en el comedor esperando el silencio al otro lado de la pared estuve sopesando si quedarme o no quedarme el cuchillo. Esperé como cuando tienes a un familiar o un amigo en la mesa de un quirófano, intentas ser frío, distraerte hasta que se acabe, no está en tus manos. No fue un crimen de odio, sino un crimen de liberación. Necesario para dejar de ser quien era, para acabar de ser quien era.

Ensucié el cuchillo que había llevado de la cocina y lo dejé encima de la cama, cerré la puerta del dormitorio y volví otra vez a la cocina, para llenar un cubo de agua caliente. Fregué las huellas que yo mismo había ido dejando por el piso, tiré el agua sucia y llamé a la policía para que fueran a buscarme. No habría podido limpiar el dormitorio. Estaba lleno de carbón. Me pasé la mañana sentado en la butaca. Lo que me esperaba estaba claro, ni lo había pensado ni iba a pensarlo entonces.

La pared de un cráter se llama labio, y en aquellos días caminé muchas veces por debajo de las encinas de aquel labio, como una hormiga que paseara por el borde de la

boca de ella, mirando los campos que tapaban la chimenea, quizás durante cien mil años más, quizás solo unas horas. Por mi interior también corría sangre, y la corriente arrastraba un papel, la nota que el día antes había encontrado encajada entre las uñas de una pata de cerdo clavada en un campo. Déjame en paz. ¿Para qué? ¿Para comunicarse conmigo? ¿Para explorarme? Déjame en paz. Había huido de Barcelona, yo que nunca huyo. ¿Por qué? ¿Para que me dejasen en paz?

Por el perímetro del volcán había una hora de camino. Un kilómetro y cuarto de diámetro. Aquel día le di la vuelta entera tres veces, toda la tarde, entre los ciclistas de vacaciones que hacían el circuito y pasaban rozándome, algunos corredores, algunas familias, algunos visitantes que aparcaban en la gravera y se daban el paseíto, cada uno con su mundo dentro, sus circuitos de sangre orbitando en torno al cráter, imantados por fuerzas que no conocían. Déjame en paz. Quizás se creía que lo había salvado por amor al arte. Bajé al interior del cráter, a los campos hundidos, llenos de insectos metálicos. Si un payés abría un pozo dentro del cráter, podía sacar cubos de lava. Si un nogal arraigaba muy abajo, podía encenderse como un candelabro. Hasta hacía algunos siglos, el cráter había estado inundado de agua. Durante casi toda su historia fue una marisma, un marjal, la humedad de una boca cerrada con un infierno dentro. Pensé en besos cálidos, en el calor de agosto y el erotismo barato del verano. Hacía tiempo, las masías del entorno del volcán habían abierto minas dentro del cráter para drenar el agua y desecar el volcán. Una de esas minas se veía todavía, seguía evacuando el agua cada vez que la lluvia llenaba el volcán. Había fuentes al lado del camino, indicadas con señales.

Un tractor levantaba polvo rojo entre los campos de dentro del cráter. Los grillos cantaban, el aire era bochornoso, estancado allí dentro, era una cárcel natural, con los campos de raigrás y maíz y la plantación de nogales, un cráter fértil que volvía a escupir lava y rocas negras, pedazos de Sara, ahora un brazo, ahora la cabeza, ahora la cabellera de basalto, negra como el propio Sulaiman. El cráter recibía calor de la lava solar, el mensaje del sol estampado con fuego. Se había convertido en un altavoz que amplificaba el mensaje. Déjame en paz, déjame en paz. Ni lo sueñes.

La pata de cerdo estaba en su sitio, seca y caliente. Tenía restos de carne, el hueso y mucha piel, pero ningún animal del bosque ni nadie se la había llevado. Una avioneta volaba baja sobre los campos como si fumigara, tan baja que se leía la matrícula escrita debajo del ala. Metí entre las uñas un papel doblado.

1.000 €
EN UNA BOLSA BLANCA
EL VIERNES POR LA NOCHE
DENTRO DE SANT LLOP

Le di dos días para conseguir el dinero y dos días más para saber dónde estaba Sant Llop, por si no lo sabía.

Al día siguiente, la nota ya no estaba.

Los camiones de animales cambiaban según el cargamento. Los veía pasar desde la puerta del hotel. Llevaban a los terneros, ocultos, en camiones altos y cerrados. Los cerdos viajaban tras barrotes metálicos, en pisos, y los pollos, embutidos en jaulas de plástico amarillo también a la vista. Pero pasaban pocos camiones de aves, porque

debían de sacrificarlas en las mismas granjas. Cada camión de animales dejaba su peste; en cambio, los camiones frigoríficos eran iguales unos a otros, asépticos como la muerte, con una caja que anunciaba la empresa por las carreteras. Solo variaban de tamaño. Los más corrientes eran unos tráileres largos de cinco ejes con letras grandes y doradas sobre un fondo blanco que decían: FRIGORÍFICOS PARAÍSO. Salían de la autopista y pasaban por delante de la avioneta del hotel, iban hacia el matadero a pie de carretera donde trabajaba Sulaiman. Quizás los cargaba él mismo. El matadero eran unas grandes naves que funcionaban las veinticuatro horas. Lo primero que veía al levantarme, desde la ventana de la habitación, eran las columnas de humo de las chimeneas. Los mismos camiones volvían a pasar al cabo de unas horas en dirección a la autopista, más lentos, ahora cargados de carne, convertidos ellos mismos en unos animales estrambóticos, mezcla de cíborg y zombi, rellenos de carne, conglomerados de acero, carne de cerdo y ternera, unos frankensteins de cordero y pollo que circulaban como una procesión de gusanos jurásicos con piel metálica por las carreteras y las autopistas, con diez ruedas negras y un parásito dentro de la cabeza, detrás del cristal, que los conducía adonde fuera que los destriparan.

Hacía dos años, otro agosto caluroso, cuando ya me quedaban pocos meses para salir de la cárcel, vi en las noticias que habían descubierto un camión de carne abandonado en el arcén de una autopista austriaca. La caja llevaba un anuncio de hamburguesas de pollo y, en las puertas de detrás, la fotografía muy ampliada de una cabeza de pollo blanco. Cuando la policía las abrió, se encontró setenta cadáveres. Hombres, mujeres y niños todos juntos, sentados, arrodillados, encajados entre sí porque el camión era pequeño, solo de dos ejes, con una caja ridícula para setenta personas. Tenían que viajar de pie, la carne de unos apretada contra la de otros mientras el camión corría por la autopista y ellos iban ahogándose. Un crimen demasiado frío, pensé, demasiado grande para poder castigarlo. No sé si encontraron al transportista que lo abandonó. Lo seguía desde la celda, no me perdí ningún informativo. Me fijé en que el arcén en el que habían aparcado el camión estaba al lado de un bosque. El conductor debió de parar allí para que los inmigrantes que llevaba huyeran por el bosque, o quizás se detuvo un momento para comprobar que todo fuera bien. La cuestión es que cuando abrió la puerta y vio lo que había sucedido volvió a cerrar enseguida, porque si no los muertos se habrían caído. Solo con que hubiera abierto un poco más ya no habría podido volver a cerrar. A no ser que estuviera todo previsto y no abriera, simplemente dejara el camión allí y alguien pasara a buscarlo a él en coche. En la cárcel se hablaba de aquello, me imagino que en todas partes. Hasta Andrés y Mercury, que entonces ya habían salido, debieron de arrugar la nariz.

Fue el mismo verano en que el Mediterráneo se convirtió en la ruta migratoria más mortal del planeta. Cada año se ahogaban en sus aguas miles de inmigrantes y de refugiados de la guerra de Siria, pero aquel verano hubo más naufragios que nunca, y tuvimos la foto de aquel niño de cuatro o cinco años boca abajo en la arena, con un jersey rojo. Fue el verano de los barcos fantasma con cadáveres de inmigrantes asfixiados por el humo de motores defectuosos. El camión de inmigrantes muertos en un país centroeuropeo hacía pensar en los camiones que utilizaban los nazis para gasear

judíos. La gente también debía de pasar un poquito de vergüenza con los nazis. Los cinco segundos que duraban el niño ahogado o el camión en la pantalla eran igual de desagradables fuera que dentro del módulo lleno de asesinos como yo, pero el mundo ha superado retortijones peores y ha llegado adonde está, con todo lo que tiene de bueno. Yo creo en la naturaleza humana, soy humanista, pero sin autoengaños hipócritas. Si quieres ser tú mismo, no puedes tragarte la mentira que por educación, por cultura, por no quedar desprotegidos... tenemos que asumir ante los demás. Seguramente me equivoqué al confesarme a Èlia. Quizás fue culpa mía y no supe plantearlo, o puede que fuera ella la que no estaba preparada. No quiso escucharme. Después de un año saliendo conmigo, ¿no podía tenerme un poco de confianza? ¿Qué salida me dejaba? ¿Habría tenido que suicidarme o qué? ¿Desde cuándo estaba ella a favor de la pena de muerte? Tenemos suerte de la inteligencia colectiva. Las noticias de los inmigrantes muertos duraron hasta que los europeos vimos que nos tocaba hacer algo para mantener la civilización y firmamos acuerdos con Turquía y con Libia para que se encargaran de retener a los inmigrantes. Los episodios más desagradables fueron desapareciendo de la televisión y en aquel momento quizás ya no existían.

Yo también pagué mi cuota de vergüenza. Mi trabajo y mis libros también dependían del niño ahogado, pero era una culpa compartida, diluida entre todos los míos, no mucha más culpa de unos que de otros, y no era solo nuestra, sino de la humanidad entera, incluidos los niños ahogados. Todo tiene un precio y por muertos que hubiera éramos muchísimos más a repartir. Unos pocos retortijones y algo de vergüenza eran una cuota justa. La vergüenza es impotencia, pero el mundo sigue girando. En nuestra galería había un preso que no hablaba demasiado, pero todos sabíamos qué había hecho. Había cortado a su mujer en pedacitos y la había congelado. Le contó a todo el mundo que había hecho la maleta y se había ido de casa. Tardaron en pillarlo. Ya no se lo decía a nadie, estaba avergonzado de sí mismo. Quería olvidarse, supongo, y acabar siendo en el único del módulo que no supiera qué había hecho. Déjame en paz, decía también.

Los asesinos no somos personas normales. La mayoría de la gente nunca ha matado a nadie, eso se lo deja a los demás, defecto que yo no tengo. Sulaiman quizás había cruzado el estrecho en un camión de esos. Mi relación con él no tenía que ver con el racismo, ni con el sadismo, ni con la venganza, yo no sufro esos vicios. Le había dado la cartera, lo había escondido del camionero. Quizás el camionero se había quedado sin trabajo por culpa del accidente. Quizás se había tomado una cerveza en el área de servicio de la autopista justo antes de salir para acabar con el camión volcado en mitad del campo. Quizás la policía le había hecho soplar mientras yo miraba los cerdos. Quizás tenía familia, además de aquel trabajo tan tirado. Quizás le habían quitado el carnet. Quizás el camión era suyo, quizás lo perdería para pagar los cerdos. Lo sentía por él, pero necesitaba a Sulaiman.

Estaba delante de la puerta, viendo pasar los camiones, a punto de salir. Oí a la recepcionista a mi espalda.

—Ayer te vi, hacia el mediodía —dijo—. Adivina desde dónde. Te vi desde el cielo. Ibas por un camino entre los campos, como perdido.

—No me había perdido. Me gustan los campos. Vi una avioneta. Volaba muy bajo.

—Por debajo de lo permitido. Quería estar segura de que eras tú.

—No sabía que del aeropuerto salieran avionetas.

—Si no salieran, no trabajaría aquí. De todos los aeropuertos salen avionetas, fíjate un poco. No todo es Ryanair. Ahora en verano vienen jets rusos, magnates y políticos que tienen chalets en Lloret o en Platja d'Aro, y yates en los clubes náuticos. El avión es como el yate, pero más caro y más libre. También vienen aviones con corredores de Montmeló y algunos famosos de los festivales de la costa. ¿A quién no le gusta volar? El año pasado aterrizó aquí Lady Gaga.

Las mujeres intuyen quién soy. Lo descubrieron antes que yo mismo. Están acostumbradas a la sangre, la huelen y la siguen. Sara la olfateó más de una década antes, hizo todo ese camino siguiéndola, cada día más potente, hasta encontrarla. Tiene que ver con su cuerpo. Por eso excita a los hombres. ¿Qué necesidad tenía yo de utilizar un cuchillo? ¿No había venenos? ¿No había una almohada?

Soy más bien bajo y asimétrico de cara. No serviría para modelo. Los hombres no me envidian, paso desapercibido, parezco gris, pero ellas me detectan. Lo sé desde la adolescencia. Fueron ellas las que hicieron que me diera cuenta. Mi inteligencia, mi amabilidad... son excusas que se dan a sí mismas. Nunca se me ha resistido una mujer. Es así. Siempre acabo dejándolas yo. Èlia fue un caso aparte, el primero. Me prestan tanta atención que me cuesta valorarlas. No me atraen las que parecen difíciles, ni las mujeres de los demás o las que tienen problemas con los hombres. Son una necesidad física. No me he dedicado más a ellas por su falta de atractivo. No es machismo. Si soy exigente conmigo mismo, ¿cómo no voy a serlo con ellas? El mundo es lo bastante rico para podérmelo permitir. Las dependientas y las clientas de las librerías, las vecinas, nunca he tenido problemas cuando las he necesitado, y las canas aún me favorecieron más, como me favorecía el vacío que dejaban en mi biografía los ocho años de cárcel y la fantasía con la que podía llenarlos, las curvas imaginativas que me sacaba de la manga para esquivarlos. Con el tiempo había ido perdiendo el interés físico y había ganado un erotismo más extendido y camuflado, pero no me había separado nunca de las mujeres, de una forma u otra las necesito. En el hotel, desde el primer día, la recepcionista empezó a perseguirme con la mirada. No tenía nada de especial, aparte del uniforme de azafata y el tatuaje pequeño en el cuello. Pero empezaba a sentirme solo. La soledad te avisa de la necesidad física. Se llamaba Teresa. Me reía y se desvivía por atenderme.

—No voy a pasarme la vida aquí encerrada, con los aviones volando por encima de mi cabeza. —Abrió los brazos imitando un avión, pero quería abrazarme—. ¿Desde la habitación no los oyes? Me sirven de reloj. Necesito compensaciones. La avioneta es de un amigo mío muy loco. Si te quedas más tiempo y no te da miedo, un día puedo invitarte a volar. Salgo los lunes y los miércoles por la mañana.

—No te digo que no.

—Pues pórtate bien —dijo, con un exceso de confianza que subrayé no contestando. Después sonreí.

Ella sudaba, con aquel calor con el que parecía que todo iba a fundirse.

Mi ventaja no es con las mujeres, sino con la femineidad. No atraigo a las mujeres

masculinas y en cambio a los gais no me los quito de encima. En la cárcel fue mi suerte. Allí los hombres teníamos todo el tiempo del mundo para mirarnos eróticamente, las mujeres habían dejado un vacío.

Aunque siempre los he atraído, o quizás por eso, entré en la cárcel sin ninguna experiencia con los hombres. Soy demasiado masculino para que me interesen y demasiado masculino para no atraerlos. Alguna pieza de su deseo se ha estropeado. ¿Qué gracia tiene un cuerpo como el tuyo? Encontramos la belleza por afinidad, por regularidad con nuestros patrones, pero el deseo es otra película, el deseo lo supera. Las mujeres no existen porque sí.

Conocí a Andrés y a Mercury al día siguiente mismo de mi ingreso en la cárcel. Andrés era un chico de veinte años recién cumplidos y con el pelo rapado. Mercury pasaba de los sesenta y lo llevaba largo, atado en una coleta. El pelo de Andrés era fuerte y brillante; el de Mercury, fino y nebuloso. Parecían padre e hijo. Se me acercaron, primero uno y luego otro, después ya los dos, y me pidieron entrar juntos en el baño. Entra con nosotros, no pasa nada. Yo como gay era virgen, pero no me agobié. Primero, porque el propio desinterés me permitía mirarlo fríamente, como si no me sobaran a mí, sino a mi muñeco, y segundo, porque fui capaz de convertir la violación en prostitución. Pasando dos o tres veces al mes por el baño con ellos, aceptaba un castigo físico más molesto que humillante, y eso me defendía de los demás presos, incluidos ellos dos, pero también de los funcionarios.

Eran una pareja entrañable, vistos así. No se separaban ni un momento, ni durante el sexo con los demás con la taza sucia de mierda en medio, y eran los más respetados, tenían la fama de ser los más peligrosos de una galería que concentraba a los pederastas, los violadores y los asesinos de la cárcel. La fama venía más de lo que habían hecho que de lo que pudieran hacer, supongo, porque allí dentro no los vi nunca saltarse la disciplina ni llamar la atención. De vez en cuando, en el patio, salía un punzón, en ocasiones una navaja, pero esas peleas quedaban por debajo de su prestigio, como si no fueran dignas de ellos, porque su violencia tenía otro nivel. El personal del presidio los trataba con una profesionalidad neutra que todo el mundo habría querido.

Mi favor sexual era su entrada en el respeto intelectual que me tenían. Con toda la intención del mundo, empleaba palabras que les costaba entender. Cuando pasé a encargarme de la biblioteca, hicieron como mis clientas de la librería, encantadas de dejarse halagar por la magia fascinante y temida que encontraban en los libros. De no haber sido por mí, la habrían buscado en las brujas y las supersticiones, el fútbol, las carreras o los extraterrestres. Igual que en los libros detecto la sombra de un escritor sobre otro, puedo detectar la contaminación de las entonaciones de las frases y los gestos, y son un buen rasero. En Barcelona, tenía un vecino joven, un estudiante que hacía esfuerzos para no andar como yo. No podía evitarlo. Me escuchaba atraído por misterios que no comprendía. Yo soltaba una palabra como un anzuelo, una palabra poco dicha, un adverbio, y esperaba el retorno, que nunca fallaba, y me servía de sonda para saber hasta dónde había llegado.

Con Andrés y Mercury pasó por partida doble. Me encontraba repetidas en ellos mis palabras, con mis entonaciones. Si en lugar de decir no decía por ejemplo noa, me

devolvían ese noa como un eco. Ellos dos también me interesaban. Los habían condenado por los mismos crímenes, para los mismos años y en la misma cárcel. Se habían dedicado a apalear a travestis y negros con tanto entusiasmo que la policía habría creído que eran un grupo organizado de cuatro o cinco personas. Recordé que lo había oído hacía años en las noticias, había habido una oleada de ataques por las noches, en la calle. Me interesaban porque, desde nuestro extremo, los que hemos sido asesinos tenemos una visión más moral de la humanidad, lo mismo que los médicos y los militares.

En pleno ataque de celos y de rabia con Sara, siempre mantuve un hilo de racionalidad que me cuestionaba. Era más limpio echarla de casa, quince años de pareja queman cualquier relación, saldría adelante sin mí, trabajaba en una tienda de ropa, yo tenía entonces unas cuantas amantes paralelas y quizás en parte la maté para quitármela de encima no solo a ella, sino también a las demás, como acabó sucediendo. Pero era más limpio echarla, era aséptico, no hacía falta matarla.

Andrés y Mercury me respetaban y el rebaño de presidiarios también. Los carceleros los trataban como el pastor trata a los perros. Eran dos y uno vigilaba al otro, no podías quedarte a solas con uno. El rebaño prefería no acercarse, y todo fue como una seda los cinco años que pasé con ellos en el módulo, antes de que salieran. En la cárcel no se puede hablar de tiempo, porque lo que hay es distinto, pero cinco años, como cinco toneladas, es mucho, y cuando cumplieron su condena el rebaño me convirtió instintivamente en el sucesor de esos dos, el heredero, como si mi desinterés por los demás presos los advirtiera de que era peligroso. Yo creo que no lo era. O quizás sí, porque ninguno de ellos, y los analicé uno por uno, acabó nunca de convencerme. Eran peores que yo, habían matado con mucha más frivolidad.

Andrés y Mercury no habían matado por dinero, por venganza o por ofuscación. Si hacías muchas preguntas, veías que ellos mismos no acababan de entenderlo. Habían seguido el corazón. La persona más cobarde lucha con valor contra su cobardía. No podemos escondernos mucho de nosotros mismos. Encendieron un almacén lleno de negros en la huerta de Valencia, murió una familia con dos niños. Iban a verme a la biblioteca y me pedían consejo, aunque les recomendé un libro y al día siguiente ya me lo habían devuelto. No querían libros, querían hablarme de ellos. Salimos al patio. No les conté mi historia. Ya les llegaría por otro lado. Consiguieron que me trasladaran a una celda individual. Yo me encargaba de la biblioteca, pero los contactos con los de arriba los tenían ellos.

Andrés y Mercury estarían encantados de ayudarme, igual que me habían ayudado a entrar en la librería. Era un soldado suyo en territorio enemigo, se habían pasado casi un año sin saber nada de mí. Cuando los llamé no me echaron en cara que los hubiera abandonado, al contrario, nada más decirles que necesitaba ayuda contestaron que irían adonde estuviera, hasta el fin del mundo, y más si les tenía preparado un regalo.

El viernes, a la hora de comer, los esperé detrás de la puerta. Se presentaron con un Mercedes. Se habían teñido el pelo de rubio, pero seguían llevándolo largo Mercury y rapado Andrés. Cuando entraron, se los presenté a la recepcionista. Llevaba dos semanas alojado en el hotel. Había hablado mil veces con ella y cada vez la intrigaba más. Me

hacía el desamparado. Vivía sola y acabaríamos en la cama. Como ya lo sabíamos, no había ninguna prisa, si acaso pereza. Podía invitarla a subir cuando acabara su turno y llegara el tío que la sustituía de noche, pero el accidente de Sulaiman me lo había retrasado. Había quedado para volar con ella el lunes. Me dije que luego pasaría esa noche con ella y el martes me volvería a Barcelona, después de haber recuperado el contacto con mis amigos. Me ayudarían a decidir qué hacer en adelante. A algo tendría que dedicarme. Me daba igual lo que ganase, o la clase de trabajo, siempre que por el momento no consistiera en volver a una librería.

Mis amigos eran sentimentales y me daba miedo que les entraran celos si me veían demasiado pendiente de la recepcionista. En la cárcel les hizo gracia saber que estaba allí por un crimen pasional. Después, cuando salí, les vendí la historia de un gran amor. Ahí nos habíamos quedado. Me los llevé al comedor y, mientras comíamos, les conté el accidente del camión.

—Me dejará el dinero esta noche en una ermita en ruinas que hay en un bosque —les dije—. Le devolví la cartera con todos los papeles. ¿Qué precio tiene eso para un negro?

—Podías haber empezado por aquí —dijo Andrés—. Un negro. Los moros dan rabia, pero de noche los ves. ¡Si al menos se lavaran los dientes! ¿Cómo puede ser? ¿Le devolviste los papeles a un negro de mierda? ¿A un mono?

Se rieron los dos.

—Son tan inútiles que tenemos que acabar salvándoles el culo nosotros —dijo Mercury—. Normal que en su país se mueran de hambre.

—Voy a decirte una cosa, Albert Jordi. Allí nadie te habría devuelto la cartera. Te habrían secuestrado. Te habrían cortado el cuello por cristiano.

—Monos cerdos muertos de hambre. Son unos parásitos. La mayoría estamos hartos. Vienen a vivir de nosotros. A chuparnos el dinero. Toda la zona de Vic está repleta. Hay barrios de Barcelona a los que no puedes ni acercarte, son los putos amos, acabarán echándonos de casa, como ya pasa allí. Están construyendo mezquitas en todas las calles, las paga Arabia Saudí, sobornan a los ayuntamientos, a los gobiernos, el rey es familia de su rey. Quieren el Estado islámico de al-Ándalus, o sea, que esto sea suyo porque dicen que se lo robamos. Están chiflados, pero son fanáticos y peligrosos. Se organizan por internet, son terroristas, son violadores, porque hacen lo que quieren, aquí se lo permitimos todo, se lo pagamos todo. Fíjate en una cosa. ¿En la cárcel cuántos había? ¿Tú viste a muchos? Tienen barra libre. A mí no me la dan. Tenemos que defendernos porque los gobiernos pactan con ellos. El rey se pasa todo el santo día yendo a ver a los reyes moros, me parece que son familia, ¿qué negocios te crees que hacen? A los políticos les importamos una mierda. Si quieren moros, que los tengan en su casa. Dentro de dos días, las tías con pañuelo y nosotros con barba.

—Pero los moros al menos se defienden. Los negros son más retorcidos. Ponen esa cara de mosquita muerta. Se ríen de nosotros a la cara. Son más traidores, tienen mala leche, por eso son de color negro, en la vida no hay casualidades. Que tengan la piel negra y la polla larga ya te lo dice todo. Y además huelen que apestan. Se olisquean unos a otros como perros. Eso también quiere decir algo. La suciedad les da igual, porque

también es negra. Puta escoria. Sus abuelos comían carne de hombre, eso no se dice nunca, pero han encontrado huesos de personas en el bosque, y huesos de niños. El problema es que este país... Eso no sale en las noticias, nadie dice nada, no vaya a ser que atemos cabos. Y vienen sin mujeres. ¿A cuántas negras has visto? ¿Has visto a alguna? Poquísimas. Tú fíjate. Las quieren blancas. Por eso está todo lleno de niños mulatos. Tú fíjate. Porque violan a las blancas. Tontos no son. ¿Qué coño vas a hacer con una negra? Son hijos suyos, son como los animales, tienen la polla como una manguera y les toca utilizarla, y cuando no violan se lo hacen entre ellos.

—No creo que venga solo —dije.

—Que venga con quien quiera —contestó Mercury—. Yo no soy buenista. Que traigan navajas, si es que tienen. Tú nos los dejas a nosotros. Saldrán huyendo como las ratas.

—¡Si pueden! —dijo Andrés.

Pasamos la tarde al lado del aeropuerto. Había un restaurante con terraza en la ladera de una loma pegada a las pistas, el Mirador del Aeropuerto, se llamaba, con palmeras y mesas, debajo de un cobertizo largo que seguía por fuera la pista de vuelo. Cuando aterrizaba o despegaba un avión, los clientes dejaban la mesa y se iban a la barandilla a mirar. Andrés y Mercury estaban entusiasmados y no dejaban de beber. Discutían sobre los caballos de los motores, la potencia los excitaba. Había familias con niños que habían ido a echar la tarde de agosto viendo los aviones. El ambiente de menús y sobremesa interminable, la compañía de mis amigos y los aviones al otro lado de la valla me recordaron la cárcel.

—Tenía un billete para irme a Polonia en un avión de esos —dije—. A última hora cambié de idea y me quedé.

—La recepcionista te recibió con las piernas abiertas.

—¿Vas a quedarte a vivir en el hotel? ¿Vais a tener hijos?

Habían bebido demasiado. No sabía, entonces, si llevaban pistolas. Cenamos en el Mirador y pasadas las nueve nos fuimos a Sant Dalmai con el Mercedes. Les hice aparcar allí para que Sulaiman no viera ningún coche en el aparcamiento de la gravera. Sulaiman sabía que yo iba a pie.

Quedaba poco rato de luz. Se veía el detalle de los insectos negros en las hojas de las encinas. La luna convirtió de un puñetazo los campos de las masías en estanques pálidos, y el cráter, en un cráter lunar.

El camino pasaba por la gravera, flanqueada por la carretera de Girona a Santa Coloma, llena de coches que circulaban ligeros como la noche de verano. Una barandilla de madera impedía que alguien se cayera por la pared de la gravera. Un poco más abajo estaba Sant Dalmai, con las ventanas iluminadas, sus cuatro calles y el campanario. Parecía que los perros de las masías discutieran sobre nosotros.

Sant Llop es una ermita románica compacta y pequeña, construida en el punto más alto de la pendiente que rodea el cráter, por el lado de Sant Dalmai, cerca de algunas masías de los alrededores del volcán, con plátanos pegados a los caminos de acceso. Sant Llop era el lobo que defendía las masías. Según la leyenda, sabía hablar con los animales y protegía los rebaños de los pastores y las gallinas de los payeses, los salvaba de los

lobos y los zorros. Como un castillo pequeño, la ermita tenía un foso alrededor. Estaba cubierta de hiedra vieja, aferrada a las paredes de piedra con unos troncos tan gruesos que parecía que la ermita tuviera raíces. Pasamos el cementerio y entramos por un agujero de la pared. Oí el campanario de Sant Dalmai, que daba las nueve. Sulaiman salía de trabajar a esa hora. Saqué el móvil y lo utilicé para dar luz. Enfoqué la cubierta abovedada. Había un agujero. Se veían las estrellas. La ermita era solo las paredes, que tenían aperturas como aspilleras. No había pavimento y pisabas suelo volcánico.

Mis amigos se habían quedado mudos. Yo ya había entrado más de una vez en mis paseos, para refrescarme. Fuera, un cartel metálico explicaba que en el siglo XIX habían construido un marco de obra en la cubierta y habían aprovechado la ermita para instalar un sistema de telegrafía óptica. Durante algunos años, formó parte de una línea de señales de luz que llegaba hasta la frontera. De día se quemaban ramas verdes para hacer señales de humo; de noche se encendían hogueras. Una línea de volcanes encendidos las noches oscuras del XIX, hablando con un código de fuego, cruzando las comarcas.

—A lo mejor no viene —dije—, pero, si viene, esperemos que deje el dinero.

—Vamos a subirnos a los árboles —propuso Mercury.

Eligieron uno a cada lado del camino. Unos pájaros huyeron cielo arriba. Costaba distinguir a Andrés y a Mercury, a caballo entre las ramas.

Podría haberme escondido en cualquier lado, agazapado en la pendiente de al lado del camino o en cuclillas, entre el sotobosque, o tumbado, pero también preferí abrazarme a un tronco, trepar por la encina y quedarme quieto como una hoja. Éramos tres frutas desproporcionadas. Los perros no callaban. Cuchicheamos un poco, cada vez más bajito, riendo, haciendo bromas de negros, y fuimos quedándonos mudos, como durmiéndonos, asimilándonos a la noche. Al cabo de poco los perros también dejaron de ladrar. Solo oíamos la carretera y las campanas de Sant Dalmai. Parecía que tocaran colgadas de un árbol del bosque. Oía un pájaro en la encina de Andrés, pero era él, que hacía buu, buu, buu, y a lo lejos, en el camino, le contestaba otro pájaro. A saber dónde lo había aprendido.

Me pareció que oía gruñidos que supuse que serían de jabalí. Dieron las diez y Andrés bajó del árbol, caminó un poco, meó y decidió volver a trepar. Con el movimiento, los perros se pusieron a ladrar otra vez.

Al cabo de un cuarto de hora volvimos a oír a los perros. Vimos, a lo lejos, el punto de luz de un móvil, y después otro. Eran cinco, todos los que cabían en un coche. Oía las voces. Mantenían una conversación seria. Sulaiman les enseñó el punto para pasar el foso y entrar por el agujero que había en la pared. Había ido antes a explorar el sitio. Los demás callaron. Tenían miedo de que alguien los esperase dentro. Sulaiman sacó una bolsa blanca del bolsillo. Entró solo. Salió sin la bolsa.

Los cinco dieron media vuelta hacia el camino, más animados. Esperé a ver qué hacían mis amigos. Dejaron pasar a los primeros negros y saltaron de los árboles en el mismo momento. Mercury parecía tener la edad de Andrés, de golpe y porrazo rebosaba energía. Yo también salté, pero al camino. Los tres primeros negros corrían, no sabían cuántos éramos, pero los dos que habíamos atrapado rodaban por el suelo, Andrés y

Mercury les arreaban coces. Me sumé a ellos hasta que vi sangre. Un negro se escapó, salió del camino y rodó pendiente abajo entre los troncos de las encinas, hacia el cráter. Entre los gritos y las risas de mis amigos, oí que se levantaba y corrí rozando los árboles. De repente se paró. Debía de haberse escondido. Ya no lo encontraríamos. Los otros tres ya estaban en el coche. Oí el motor. Dejaron a los dos que quedaban.

El negro del suelo se protegía la cabeza, quieto como si estuviera muerto, pero tenía los ojos abiertos como huevos duros. De pronto se levantó y echó a correr hacia el aparcamiento, cojo y encorvado. Andrés y Mercury se reían tanto que no podían seguirlo.

—Dejad que se vaya —dije.

—¿Por qué?

Y salieron los dos tras el negro igual que un solo hombre, como si los hubiera desafiado, hasta que Andrés se le lanzó a los pies y lo derribó. Habíamos salido de debajo de los árboles, la luna enfocaba perfectamente la pelea, estaban encima de la pared de la gravera, los coches pasaban por debajo, y los camiones, y el negro debía de creerse que al otro lado de la barandilla de madera estaría a salvo, porque se arrastró hacia allí. No sabía que al otro lado estaba el vacío. Se estiró del todo para pasar por debajo de la valla, rodó un poco, cayó al precipicio como si se hubiera tirado, sin decir nada, y al cabo de tres o cuatro segundos de silencio oímos el golpe sordo abajo.

Pasamos al otro lado de la barandilla. Agarrándonos a la madera con las manos a la espalda, vimos la sombra tumbada.

—Un mono menos —dijo Andrés—. Quedan cuatro.

—¡Fiestaaaaaaaaa! —gritó Mercury, mirando hacia abajo, y le contestó un coro de perros.

—Vamos a buscar la pasta —dije.

El dinero estaba en la bolsa, envuelto en papel. Pliegos de cien euros en billetes de cincuenta, de veinte, de diez y de cinco. Fuimos a gastárnoslos a Platja d'Aro. La noche de un viernes de agosto, fluorescentes de colores, terrazas y guiris. Mil euros no darían mucho de sí, aunque la coca la pondrían Andrés y Mercury.

No había volado nunca en avioneta. Parecía de juguete. Tenía la hélice en el morro y dos asientos, como un coche estrecho con manillar de bicicleta. En cada ala había una lucecita intermitente que con la luz del sol apenas se veía. La recepcionista me dio unos cascos con micro. Me los puse y se hizo el silencio, como si ya estuviéramos en el cielo. Su voz eléctrica salía del vacío.

—Cuando vuelo me transformo —dijo—. No te asustes. No hace falta que te pongas el cinturón, si no quieres. Allí arriba no nos controlan.

Desde la torre nos dieron pista y la avioneta empezó a correr. Enseguida dejamos la tierra y fuimos despegándonos de los campos.

Era una avioneta de hojalata. En la pista había ido calentándose con el sol. Pesaba poco y más que volar parecía que fuéramos a merced del aire.

—Con trescientos diez caballos no vamos a ir muy lejos, amor mío —dijo, y me puso la mano en la pierna—. Volar así es como ir desnudo, pero pilotar compensa. Abre la ventanilla, si quieres, que nos refrescaremos.

La abrí y saqué la cabeza para ver los campos de debajo. Estaban allí mismo, me llegaba su olor caliente, mezclado con gasolina. A ella se le levantó el pelo.

Cogiendo altura todavía, pasamos por encima de la autopista llena de camiones, por encima de las vías del tren y la carretera, y poco a poco el asfalto fue convirtiéndose en un bordado negro, cosía dibujos florales entre los retales de los campos.

—Fornells —dijo ella.

Era una visión del mundo más real, desde el cielo, tan desnuda, tan completa que solo podía ser mentira. Las personas eran puntos negros. El pueblo se reflejaba al otro lado de la carretera, en un polígono de naves industriales. En Girona, los dos ríos confluían como dos autopistas más. Pasamos el claro de la Devesa. Vi las escaleras de la catedral. Continuamos por encima del río, la sombra de la avioneta nos seguía por debajo, la arrastrábamos, rozábamos el suelo con ella, los árboles, los coches, los campos, los tejados.

—El Ter —dijo ella.

El río seguía la autopista como un espejo, una autopista de árboles. Los ramales de salida dibujaban los agujeros de unas tijeras. Los carriles se deshilachaban en el peaje. Pasadas las barreras, se juntaban otra vez formando un embudo y volvían a trenzar el cable de asfalto que continuaría el bordado, a veces inventando letras raras, a veces enmarcando y reticulando pueblos, rayando lomas, estirándose en una recta abotonada a base de rotondas.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé. Te he raptado.

Ahora volábamos sobre montañas de terciopelo seco, con carreteras estrechas que bajaban por las laderas como gotas de agua. Se acabaron las montañas y volvieron los campos y los gusanos peludos de los torrentes arbolados.

Volvíamos a seguir la carretera desde el cielo, como si condujéramos nuestra sombra. La carretera hacía canales entre los grupos de casas de los caseríos y las naves de los polígonos. Montañas cabeza de pulpo, carreteras pata de araña. Sobrevolábamos Banyoles. Un escorpión de casas bebía del lago en forma de feto. La recepcionista rio. ¿Qué?, preguntó. Reí. ¿Qué?, volvió a decir. La voz eléctrica la hacía como de otro mundo. ¿Qué?, insistió. ¿Qué?

El ruido del motor entraba por la ventanilla y se ajustaba al temblor del tatuaje de la avioneta en su cuello. Me cogió de la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos. Aguantamos la mirada mutua, como si estuviéramos en la cama. Volando no podías chocar con nada. Bajé la vista y le miré los labios, pensé que iba a darme un beso, pero no, qué va, se echó hacia atrás riendo, me sacó la lengua y me soltó. Seguíamos por encima de la llanura de campos, un puzle de piezas verdes. El Fluvià, dijo. Hemos llegado a la frontera, dijo, demos la vuelta. Teníamos la muralla de los Pirineos delante. A la derecha se veía la llanura del Empordà, un mar de campos antes del mar.

La avioneta se puso boca abajo y empezó a girar en redondo. Tenía la tierra debajo del brazo. Volábamos boca abajo. Me caí hacia la puerta, noté el aire en la oreja, sin cinturón y con la ventanilla bajada. Por suerte la puerta estaba bien cerrada, o me habría caído como el negro. Volvimos sobre las islas verdes de las montañas, entre los campos

de cereales como tierra resquebrajada. Las carreteras seguían el borde de los campos, las placas perfectamente ajustadas, páginas de distintos tamaños con acequias de tinta. Campos cortados con hoja de afeitar, plantaciones de olivos, granjas de animales, choperas, un circuito de karts y después otra vez las montañas, las Gavarres, dijo, y enseguida de nuevo los campos formando una gran balsa. Eso es Cassà, dijo, y otra vez placas de verdín, otra vez la llanura. Riudellots, dijo, ¿ves el aeropuerto? Perfectamente, dije yo.

—Y, más abajo, ¿ves ese círculo de árboles? —preguntó.

Visto desde el cielo parecía un atolón, un arrecife de coral verde.

—El volcán de la Crosa —contesté—. He estado varias veces. De los más grandes de la península.

—De Europa —dijo—. ¿Ves el hijito de dentro?

Lo había leído, pero no había llegado a distinguirlo desde tierra. Ahora lo veía. Un volcán pequeño dentro del cráter. Nos acercamos. Perdimos altura. Miré al pie de la pared de la gravera. No había ningún hombre tirado. Como si quisiera ayudarme a comprobarlo, la piloto empujó el volante y el avión inclinó el morro hacia abajo.

—Ahora quiero saber cosas de ti —dijo—. No tienes muy buena cara.

¿Buena cara? Me había pasado el fin de semana desintoxicándome de la noche del viernes y aún no estaba limpio del todo. No le importaba demasiado. Cuando ya parecía que iba a enderezar el avión, seguía bajando, hacia los campos amarillos, con los grandes cilindros de las balas forradas de plástico blanco. Teníamos una pared de montañas delante, el Montseny y las Guilleries. Los precipicios del Collsacabra enseñaban los dientes, volábamos por dentro de su boca. El aire entraba con violencia por la ventanilla.

¿Qué haces?, le dije. Nada, y rio mientras el avión bajaba, y yo cerré los ojos porque pensé que nos estampábamos contra el suelo, pero que no podía ser. No pensé demasiado. Nos estampábamos contra el suelo. Por los cascos, y a pesar del ruido del motor, oí los pájaros que dejábamos por encima de nosotros y los coches y los camiones que venían, las campanadas, las voces de la gente en la calle, los gritos de los animales que sacrificaban en los mataderos. Cerré los ojos y me dio la impresión de que estábamos volando entre las calles y las casas, y después por los campos, entre los árboles, sobre el torrente. Girábamos rozando las paredes de las montañas, dibujábamos los bordes del mundo. Oí, a lo lejos, por los cascos, su voz eléctrica.

—Quiero que me cuentes de dónde sales.

Dije que sí con la cabeza. Noté en la tripa que llegábamos al final del tobogán. El avión hizo una U, abrí los ojos y me encontré delante la bola del sol. La tierra quedaba a nuestra espalda, subíamos en picado.

—Habla —dijo—. Estoy esperando.

No me miraba, también tenía la mirada clavada en el sol.

—¿Qué has venido a hacer a Riudellots?

La avioneta dejó de vibrar, como si el esfuerzo de la subida hubiera agotado el motor, como si cogiera aire, y me pareció que seguía subiendo por inercia y que pronto empezaríamos a caer hacia atrás.

—¡Te he dicho que hables! —gritó—. ¡No tengas miedo!

Volvió a dejar caer la avioneta en picado. Ahora tenía delante la mancha negra de haber estado mirando al sol de cara.

—¿Qué quieres saber?

—¡Quiero saber de dónde sales y qué haces aquí!

—¿Qué hago aquí?

—¡Quién eres!

—¿Quién soy? ¡Te lo cuento en el hotel!

—¡No hace falta que sea toda tu vida! ¡Qué te pasa! ¡Qué haces en Riudellots! —Y me tiró de la manga con tanta fuerza que me desgarró el cuello de la camiseta. Ahora no podía cerrar los ojos; ella me miraba y la avioneta seguía bajando. Dije que no con la cabeza, miré hacia delante: los campos, el volcán, la pista del aeropuerto que se acercaba.

¿Qué quería saber? ¿Lo que había pasado con Sulaiman? ¿Sospechaba algo por culpa de Andrés y Mercury? ¿Le habían hablado de la cárcel? ¿De lo que le hice a Sara? Ellas lo huelen, pero el olor no dice nada. ¿Por eso preguntaba? ¿Y de esa manera?

—¡Confiesa, amor mío!

Vi el campo de debajo través de la hélice, el campo del accidente, todavía con la moldura del camión, el rastrojo y la pata de cerdo sin la nota, las hormigas que la habían descubierto y la tierra contra la que íbamos a estrellarnos.

—¡Saca lo que lleves dentro! ¡Sácalo, amor mío!

Vi que cerraba los ojos. Sentí el abrazo de la tierra. No estaba asustado. Quería la tierra, sentir la tierra dentro de mí, enterrarla yo a ella.

Una vez más, puso la avioneta plana. Me pareció que rozábamos la punta de unos árboles con las ruedas. Hacía acrobacias para asustarme. Pero luego volvía a subir como si nos abdujera una nave extraterrestre.

—¡Quítate los cascos! —gritó, y se quitó los suyos—. ¿No me oyes? ¡Es la última vez que te lo digo! ¡Quiero que me lo cuentes! ¡Va, yo te ayudo, amor mío! ¡Última oportunidad!

Y esa vez aceleró hacia abajo. Me puse a temblar. Temblaba tanto que hacía temblar la avioneta. Trataba de volver al momento que me había gustado, la bajada anterior, pero ya no podía. ¿De qué dependía? Mi cuerpo también era de hojalata. Ahora temblaba de miedo. ¿Qué podía decirle?

Lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Maté a un perro —grité—. ¡Maté a un perro!

Todo se calmó.

—¡Maté a mi perro! ¡Maté a Tros antes de venir al hotel!

—¡Quiero saber cómo y por qué! ¡Deprisa! ¡Dímelo! ¡Cómo y por qué!

—¡Con un cuchillo! ¡Un corte en el cuello! ¡Porque estaba enfermo!

Sentí en la tripa que llegábamos al final del tobogán, de nuevo. Una cuarta vez no lo habría aguantado. Cerré la ventanilla con los dedos temblorosos y me vi en el cristal, muy pálido.

Me faltó tiempo para bajar de la avioneta. Planté los pies en el suelo y me puse en cuclillas para sentir que tenía algo firme debajo. Aún temblaba. Ella salió de la cabina,

me tendió la mano y tiró de mí hacia arriba. Nos quedamos de pie un momento, uno delante de otro, hasta que me abrazó.

—Lo siento —dijo, ya en el coche, mientras volvíamos al hotel—. Te he roto la camiseta. Deja que te lo explique. Solo quería saber... Me cuesta vivir aquí abajo, lo siento, esto de aquí abajo es el infierno y cuando estoy allí arriba lo veo, allí arriba vuelvo a ser yo, allí arriba no se llega, no te atrapan, pero también es muy solitario. Por eso te he llevado, ya sabía que te pasaba algo y que el hotel es tu refugio como lo de allí arriba es el mío, solo quería saber por qué, y lo siento mucho y lo entiendo, los perros viven poco, se ponen enfermos, ya lo sé, vivo encerrada en el hotel, pero ya lo sé, a veces paran camiones en el hotel, de las cárnicas, y no sé cómo mirarlos, a mí también me gustan los animales, lo siento. El hotel es como un sótano, siempre con luz artificial, son muchas horas allí metida, años y años, tengo una vida de mierda, perdona, es como si trabajara en la recepción de un hospital, por el hotel pasa gente que no está bien, en cambio allí arriba, viví más de veinte años, allí arriba, pasaba más horas en el cielo que en tierra, te lo juro, allí arriba hay silencio, hay paz, allí arriba todo se entiende, nadie se esconde, no sabrían dónde. Si estuviéramos en América ahora trabajaría en lo alto de un rascacielos, debe de ser parecido, de alguna forma. Estuve muchos años en Spanair, te sonará, una compañía que cerró con la crisis, era tripulante de cabina de pasajeros, auxiliar de vuelo, azafata, hasta que se acabó. Estaba de guardia, aquel día, me llama una compañera por la mañana, pasan cosas extrañas, me dice, y por la tarde corrió la noticia de que cerraban la compañía. Y yo con cuarenta y dos años, quién quieres que te coja de azafata. Se acabó, lo de allí arriba es para los jóvenes, por eso me gustaba. Era un mundo de alegría, lo de allí arriba, te lo juro, como una droga, como una familia sin gente mayor, sin enfermedades ni perros que se mueren, un mundo al margen, por encima del mundo, es otro planeta, sin malas caras ni lágrimas, estás siempre a la vista de todos, no puedes esconderte, es como ser actriz en una obra muy sencilla y bonita y que acaba bien, muy buena de principio a fin, amistades, líos, juventud, la gente encuentra pareja y lo deja cuando quiere tener hijos, las azafatas se casan con pasajeros ricos, pero yo no, para mí la vida allí arriba valía demasiado, las nubes me drogan, desapareces, apareces, las nubes, el sol y la luna, nunca estaba en ningún sitio en concreto, desayunaba en Letonia y cenaba en Mallorca, dormía en San Petersburgo, a veces tenía días libres, quizás estaba en un aeropuerto, el mundo era pequeño y yo estaba siempre en las nubes, pero de verdad, desligada del mundo, era una fiesta con amigos, sin horarios ni días fijos, el avión se cruzaba con otro avión y yo pensaba, no eres la única, allí dentro hay exactamente lo mismo que aquí contigo, una chica risueña como tú, contenta como tú, que ha dejado los problemas en tierra como tú, que descansa los días en que la gente trabaja y trabaja cuando los demás descansan, si puede llamarse trabajar a vivir por encima de los edificios y los países, muy arriba, suspendida, colgada. Nunca era la hora que decía el reloj, siempre estaba a punto para que me mandasen adonde fuera en una alfombra voladora, allí andas sobre el vacío y eso lo hace todo distinto, los hombres te miran las piernas, los pechos, el pelo, como si fueras la última chica del mundo, es estrecho, había contacto físico todo el rato pero ordenado, nunca peligroso, la gente hacía bromas, todo el mundo trataba de portarse bien conmigo, me deseaban lo mejor

sinceramente, me veían joven, yo lo he vivido, crecí allí arriba, tenía dieciocho años recién cumplidos cuando me cogieron y más de una vez y de dos me dijeron que era un ángel, en broma, estando en el cielo, pero es verdad que ayudaba a unos y a otros... Tenía dieciocho años cuando subí allí arriba y más de cuarenta cuando de repente tuve que bajar, aterricé como si volviera de un viaje espacial, de repente volví a encontrarme a mis amigos, a mis familiares, y habían pasado más de veinte años, confundía a los hijos de mis amigos con sus padres, los hijos tenían la edad de los padres cuando yo me había ido, me miraba al espejo y decía que no podía ser, no era yo, ¿qué había pasado? Si no vuelvo allí arriba no seré yo misma... Todavía no sé adónde han ido a parar todos los años que fui azafata. Están allí arriba, por eso subo. ¿Qué te crees que hago en el hotel? ¿Quién te crees que lo ha decorado? Yo misma convencí al propietario para que pusiera la avioneta de la entrada. Allí arriba no cambia nada, es aquí donde el mundo te engaña. Allí arriba siempre es la misma ciudad. ¿Tú sabes cuántos aviones nos sobrevuelan ahora mismo? La media en cualquier momento del año es de diez mil. Diez mil aviones en el cielo ahora mismo, y yo aquí abajo. Y cada día hay más. Mira las rayas que dejan. Cada vez más. Si pusieras esos aviones juntos, encajados allí arriba, tendrías una ciudad. Hay un millón doscientas cincuenta mil personas ahora mismo flotando por el cielo. Levanta la cabeza. Un millón y cuarto de personas, sin contar a los astronautas. Milán, Praga, Bruselas tienen esos habitantes. Una vez vi un libro en una librería, se llamaba *La ciudad de Dios*, a lo mejor lo has leído, la ciudad de Dios está allí arriba, de verdad. Cuando miro hacia lo alto y veo un avión yo sé qué pasa ahí dentro. Esa es mi casa. No sé quién va, pero soy yo. Los miembros de la tripulación coincidíamos en los hoteles de los aeropuertos. Te encontrabas a compañeros donde menos lo esperabas. En nuestro hotel a veces tenemos a auxiliares de vuelo, a veces a pilotos. Siento lo que ha pasado, solo quería saber que no estoy sola. Si estuviera sola, sería como estar muerta, y yo quiero estar viva. En todo momento he controlado el avión, no había ningún peligro, solo quería saber que estoy acompañada.

MONTAÑAS DEL CANIGÓ

5

Bajamos juntos de la habitación.

—No tienes que irte, si no quieres —le dije, como ya les había dicho otras veces a otros hombres—. Será como si no estuviera.

Relevé al recepcionista de noche al otro lado del mostrador. Pasé la tarjeta de crédito y Albert Jordi firmó. Me llegaba el olor a café del comedor, pero los clientes todavía dormían.

No le dio tiempo a desayunar, el autocar salía del aeropuerto al cabo de media hora. Lo acompañé a la puerta, nos abrazamos y después lo vi alejarse a pie, arrastrando la maleta gris.

Los hombres solos me ayudaban a soportar el trabajo. Una vez instalados, no tardaban en bajar de la habitación con cualquier excusa. Yo los esperaba. Les daba conversación. Dos o tres ves al año, tenía historias con ellos, muy cortas, para que no se complicaran. Siempre valía la pena. Albert Jordi se iba con la misma mirada de agradecimiento que los demás y me dejaba igual de limpia por dentro.

No volvería a verlo. Los hombres eran como los aeropuertos, tan necesarios como sustituibles. De joven me enamoré, como todo el mundo, y como todo el mundo quise que durase para siempre, y también maduré como todo el mundo. Como todo el mundo, tuve a hombres que me iban detrás y pretendientes que no se habrían conformado con dos noches o tres, pero los veía venir y el trabajo de azafata me ayudaba a desaparecer. A los veinte años me pasé un verano entero volando con un oficial de Valencia treinta años mayor que yo. Me arrastró como un alud, creo que en un solo verano quemé el deseo y buena parte de la curiosidad sexual para toda la vida. Los hombres también volaban, como decíamos las azafatas, huían.

Desde un avión aprendes que la distancia ayuda a entender el mundo. Si te acercas demasiado, acabas perdiéndote entre los líos de los demás. Los hombres se me confesaban como no lo hicieron nunca mis amigas. Necesitaban a alguien que no fuera de su género para que los escuchara. Por eso tenían que abstenerse del sexo los curas, para poder confesar también a los hombres. Solo los hombres podían hablarme con la mano en el corazón. Cuando fui haciéndome mayor, la curiosidad de la juventud fue transformándose en el placer de ayudarlos. Supongo que eso es madurar.

Me quedé con su mirada de agradecimiento. Tengo una buena colección de esas miradas, más de cincuenta. Soy capaz de repasar mis amores del primero al último. Lo hago de vez en cuando, me salen unos cincuenta, a veces más, a veces menos. Me ayudan a dormirme cuando quiero sentirme acompañada. Así me devuelven el favor. El nombre me lleva a la cara, la cara me lleva a los gestos y todo junto a recordar las heridas de cada uno. Tengo un catálogo que ya querrían los psicólogos. Un inventario

ordenado y clasificado. Nombres, gestos y heridas. Si lo estudio, unos hombres casan con otros. Los riega la sangre del desamparo. No sé si cincuenta hombres, para una solitaria como yo, representan poco o mucho, pero sus historias son el tesoro de mi vida.

Si no venían al hotel para coger un avión al día siguiente, ¿qué diantres hacían allí esos hombres solos? ¿De dónde salían? Bares, parques, hoteles, hospitales y bibliotecas hacen las veces de oficinas de objetos perdidos. Como si hubiera un anuncio en la puerta que dijera: Oficina de Hombres Perdidos. Solo faltaba alguien que los atendiera, un amor de guardia, unos primeros auxilios, un tratamiento de choque.

En el hotel tenía más tiempo que en los aviones, pero tampoco era un tiempo ilimitado. Como en la cocina, tenía que trabajar contra reloj, y, aunque no me faltaba experiencia, no es tan fácil andar sobre la cuerda emocional de una persona. Tenía que ir con cuidado de que no dominase el sentimiento, tenía que calcular, administrar bien el deseo, la tristeza, dejar cocer la comprensión a fuego lento, no quedarme corta de desconfianza, añadir un punto de sorpresa, da igual que fuera falso, y compensar la cobardía con el valor y mantener todo el tiempo la empatía de base. Procurar que el hombre no se apagara, pero que tampoco se quemara, aguar la rabia, tachar los agravios, templar el mal. Ellos se morían de ganas de hablar, pero a veces sabía que no bastaría con el hotel, y entonces recurría a la avioneta. No era un ave de presa, lo hacía para ayudarlos. Las heridas emocionales son tan peligrosas como las físicas, también se infectan. Fijaos en lo mucho que se parecen el uniforme de enfermera y el de azafata. Fijaos en las fantasías sexuales de muchos hombres.

Los primeros años en los que volé me embarcaba en los aviones como si la cabina de los pasajeros fuera un pasillo de hospital de campaña en una guerra, un hospital móvil de tiendas blancas con la cruz roja, insuficiente para tantos heridos. No dejaban de llegar literas y había que llenar los pasillos de butacas. Las enfermeras servíamos la comida y las medicinas, dábamos instrucciones en nombre de los médicos y tomábamos la temperatura, poníamos la mano en la frente de los pacientes, les hacíamos compañía en el viaje, el avión transportaba heridos.

Me acuerdo de cuando era joven, en hoteles de aeropuerto, y entre vuelo y vuelo contaba esa fantasía en habitaciones compartidas con las demás azafatas, después de un día de tres o cuatro trayectos y mil horas de vuelo, tumbadas por fin en la cama, descalzas y sin el uniforme que nos oprimía. Ya entonces las dejaba hablar y me contaban sus penas. Eran chicas de mi edad, heridas por la familia, con el trabajo perfecto para irse de casa y plantarse de repente en un mundo mejor, un satélite en torno a la vida que llevaban antes, dependiendo de ellas pero al mismo tiempo alejadas, aireando las heridas, más intensas y dolorosas que complicadas, a esa edad, pero ya con el peligro de la necrosis. Heridas locales que escondían las de verdad, mucho más extendidas.

Después hablaba yo. Decía, ahora cierra los ojos. Me creían porque ya se habían vaciado, estaban tranquilas y relajadas. Ahora imagínate un vuelo intercontinental. Las hipnotizaba con la voz, lo había aprendido de los cantantes de mi colección de casetes, hablaba como si cantara. Ahora imagínate doce, quince horas de navegación, de noche, decía, las luces rojas de posición en el suelo del pasillo, el brillo de las pantallas, las luces

intermitentes del ala ahí fuera, decía, ahora imagínate el avión como un pájaro y ese pájaro como un mamífero con la barriga llena de pájaros dormidos. Están vivos pero todavía no viven, no son de ninguna parte. No son de la vida y tampoco de la muerte. Como los pájaros, no son de la tierra pero tampoco del cielo. Y ahora imagínate que los aviones tuvieran entre la cabina business y la turista un compartimento con cinco o seis azafatas como tú o como yo que además hubieran recibido cursos de psicología. Un confesionario con servicio de bar o un bar con servicio de confesionario abierto toda la noche, con la luna al otro lado de la ventanilla cuando no estás en ningún sitio ni el tiempo es concreto, cuando todo el avión se ha dormido y va solo, perdido por el cielo, con música ambiental y el ruido de los motores para no tener que temer que alguien te oiga, y poder hablar con un profesional que te escuche, sin prisa, horas y horas seguidas, no me digas que no sería un negocio.

Decía un negocio, pero yo lo habría hecho voluntaria. Entonces ya me dejaba una tercera parte del sueldo en las ONG, en las campañas por África, el sida, los huracanes de América, los caballos abandonados de la Asociación Winston y las riadas y las inundaciones de la India o de donde fuera. Viviendo con mis padres podía permitírmelo, o quizás para poder permitírmelo vivía con mis padres. No tenía sentido pagarme una casa si me pasaba el día volando. Los gobiernos se desentendían de los pobres, a los gobiernos iba a parar lo peor de cada casa y de hecho más valía que se quedarán allí, gobernando, distraídos con sus juguetes. Nosotros teníamos el poder subterráneo, el amor. El mundo estaba lleno de heridas, solo había que verlo desde el cielo, carcomido por los seres humanos como una infección progresiva. Los satélites captaban el tumorcillo azul de la galaxia y, al final, ¿qué pedía todo el mundo? Que lo escucharan un poco.

Siendo azafata, en los hoteles de aeropuerto era fácil ligar con auxiliares de vuelo, con oficiales que no volverías a ver nunca más y con pasajeros medio perdidos de todos los países. Era muy inexperta, por entonces, pero también mucho más atractiva. Los grandes hoteles de aeropuerto formaban parte de la vida en el cielo, eran planetas pensados para que los aviones hicieran escala, con pasillos inacabables y habitaciones infinitas, en los que reposaba el personal de vuelo y hacían noche los pasajeros que habían perdido el enlace con un avión. A veces un vuelo se retrasaba y todo el pasaje quedaba en tierra, obligados a pasar la noche en un hotel del aeropuerto. Los pasajeros se encerraban en la habitación, encallados en tierra de nadie, como refugiados y a pocos metros de un país que habían visto por la ventanilla del avión y que ahora podían ver por la ventana del hotel, pero que no llegarían a pisar nunca porque ni tenían el visado, solo tenían la espera, la cárcel del hotel. Era una pausa imprevista en su vida, una página en blanco por error, una noche descontada de su vida. Algunos hombres no resistían demasiado rato en la habitación. Estaban desconcertados. Salían sin saber qué hacer consigo mismos. Enseguida los descubría, desorientados y solos, con heridas tan abiertas que se veían a simple vista, hombres con cortes y arañazos y cicatrices por cerrar, mirándose sorprendidos las heridas olvidadas de accidentes y guerras de hacía años, meses, semanas o días.

Ponía el despertador, bajito, a las tres o a las cuatro. Me levantaba sin despertar a la

compañera, me ponía el uniforme, me pintaba y me peinaba y me perfumaba y bajaba al vestíbulo. Siempre había alguien esperándome, uno u otro. Hombres que no podían aguantar en la habitación, que no podían dormir, que pasarían la noche despiertos, con el bar cerrado y los pasillos vacíos. Me esperaban en el vestíbulo, en butacas, medio a oscuras. Entonces todavía se podía fumar y me guiaba por la punta de los cigarrillos. Me sentaba cerca. Les preguntaba si estaban esperando el avión, adónde iban, de dónde eran, qué había pasado. Hombres de negocios, jóvenes perdidos, viajeros que tenían problemas con el inglés, de golpe sin su familia, sin su pareja, como si les faltaran una pierna o un brazo.

De haber llegado solo un poco antes, Èlia habría pescado a Albert Jordi. Pero se presentó al mediodía. Aparcó el Volvo blanco delante de la puerta y salió del coche agobiada. Se notaba que no buscaba habitación, no llevaba maleta y tenía prisa.

—¿Puede avisar a un cliente, por favor? Albert Jordi García.

Me imaginé que sería su hermana, se le parecía.

—Lo siento, pero no.

Me enseñó el móvil, con una foto suya.

—Estoy buscando a este hombre —dijo—. ¿Puede haber estado aquí en los últimos días?

¿Por qué no lo llamaba? ¿No tenía su número? En otro momento habría bajado los ojos y la voz y habría contestado que no podía dar información de los clientes, pero que sí, que el hombre de la foto había pasado las últimas noches en el hotel, pero que ya no estaba, y que por lo tanto era verdad que no podía avisarlo.

—Hay dos hoteles más en los alrededores del aeropuerto. Podemos llamar y preguntar por él. ¿De parte de quién, por favor?

—Èlia. Soy su pareja. Pero no llames, vengo de allí y tampoco saben nada. No tengo ni idea de dónde buscarlo.

Era muy raro, Albert Jordi me había contado que se había divorciado hacía diez años y que desde entonces su única compañía había sido el perro.

—Solo sé que está por aquí.

No me había hablado de ninguna mujer que pudiera estar preocupada por él. Tenía a su madre en una residencia, me había dicho. Era su única familia.

—Riudellots es más grande de lo que parece —dije—. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha perdido?

—No lo sé. ¿Qué puede venir a hacer alguien aquí quince días?

Se lo habría contado a cualquier mujer, pero no a su pareja, y menos todavía si no me había hablado de ella. Quizás no la había mencionado porque quería olvidarla. Quizás el perro era de ella y ella no sabía qué había pasado. Quizás ella no quería sacrificarlo. Quizás no hacía falta. Quizás era mentira que fuera su pareja. ¿De dónde salía esa mujer, justo después de que él se hubiera ido?

—Quince días son muchos, en este pueblo, si no tienes nada que hacer, y más con este calor. La gente se va a la costa.

—No tiene coche.

Si habláramos más, si no nos escondiéramos tanto, tendríamos menos cosas que

echarnos en cara. Pero la vida interior, al sacarla fuera, es como un pez sin agua. El día antes, para que Albert Jordi me entendiera y me perdonara, después de haberlo mareado arriba y abajo con la avioneta, lo había abrazado y había llorado por ideas que ni se me habrían pasado por la cabeza si hubiera estado sola. Pero hay que extremar y falsear para sacar el dolor de dentro, para ver si alguien recibe noticias de él. Èlia no estaba llorando, pero cuando me pidió si tenía una habitación libre no fui capaz de engañarla.

Fue a buscar una bolsa al coche. Hicimos el check-in y le di la llave. Supongo que para delatarme, para sacarme afuera y falsearme, le di la misma habitación que había dejado él hacía apenas cuatro horas. Quería que descubriera un botón en el suelo, que encontrara un papelito que nuestra kelly no hubiera barrido o que notara el olor de Albert Jordi, que se sintiera acompañada como él se había sentido acompañado conmigo.

Bajó al cabo de una hora. Pensé que se quedaría a comer, pero no. Dejó la llave y se fue al coche. Salió en dirección al aeropuerto.

Cogí la llave, dejé una nota en la recepción y subí a la habitación.

Cerré la puerta. No me preocupaba que pudiera volver de repente. Al contrario. Se había quedado en Riudellots por mi culpa. ¿Quién me había pedido que la engañara?

—Llámalo, insiste, tiene que contestarte —era lo primero que tendría que haberle dicho—. Lo está pasando muy mal.

La mayoría de mis amores duraban una noche. Después quedaba lo que tenía ahora a mi alrededor, una habitación vacía llena de detalles por llenar. Una cama, una mesilla, una ventana, un armario, una bañera y unos cajones vacíos.

La cama estaba deshecha. Se había echado un rato. Miré qué llevaba en la bolsa. Una muda y un neceser. Nada raro, aparte de un cuchillo.

Siempre que se iba un amor era un día especial que dedicaba a repescar los recuerdos, fijarlos y clasificarlos. Albert Jordi hablaba poco, sin la avioneta no me habría contado nada, pero a cambio de callar tanto me había dejado una segunda parte, su supuesta pareja, y no tenía ni idea de por dónde cogerla. Nunca conocía a las parejas de mis hombres. Si no era su pareja, si era una ex, todo se complicaba aún más. Yo nunca había tenido pareja, todo lo que sabía del sufrimiento que comporta me lo habían contado mis amigas de joven, y sobre todo ellos, después, mis tesoros. ¿Por qué la esquivaba él? ¿Quién era el que estaba perdido, él o ella? ¿Qué había pasado con el perro? Los dos estaban heridos. Ella corría ahora mismo por Riudellots detrás de un hombre que estaba en Barcelona y a saber por qué lo buscaba, con aquel calor. Por el aeropuerto, por los restaurantes, las granjas, los campos y las plazas, por el polígono, quizás en la estación. Debía de haber vuelto a preguntar en los hoteles, en el ayuntamiento, a los municipales, con su foto en la pantalla del móvil, había entrado en los bares, vagaba por las calles, se sentaba en un banco a esperar, quizás llamaba casa por casa.

No podía quitármela de la cabeza. Tenía remordimientos. Quería dejar la recepción y salir a buscarla, ya sé que un hombre puede parecerte tu vida, pero por mucho que te esfuerces si no está no lo encontrarás. La acompañaría hasta que se cansara, porque en aquel momento, de todo Riudellots, donde más Albert Jordi había era dentro de mí.

Almorcé sin hambre. La tarde se me hizo muy larga. Me daba miedo que no se

encontrara bien.

Cuando a las nueve volvió el recepcionista de noche, no pude marcharme.

Me fui al bar a tomar una cerveza.

—¿Hoy también te quedas? —dijo el camarero.

—¿Me pones otra?

Me la bebí, dejé las monedas y salí. El aire de fuera estaba muy caliente. Subí al coche y me marché, pero solo conduje unos metros. Paré en el arcén y me quité el cinturón. Apagué el motor, moví el retrovisor para que se viera la puerta del hotel y puse una canción de Sting para relajarme. El inglés me ha servido para trabajar de azafata y de recepcionista, pero aún más para entender la letra de las canciones, el sentido de la modulación de la voz de los artistas. Las historias de amor son poesía. Las canciones de fondo, las canciones que no dejaba de escuchar en el hotel, Bowie, Sting, Cohen, Lou Reed, las canciones que me servían de almohada y que solo dejaba de echar en falta en el avión, emocionantes como mis amores. Porque no era solo lo que contaban los hombres, también estaban los matices de la voz, la forma de pronunciar las palabras. De casa al trabajo y del trabajo a casa conducía encerrada en el coche como en un cofre de música. Incluso en la avioneta las escuchaba con los cascos y me dejaba llevar por ellas, como si planeara con el motor parado.

Estaba oscureciendo y ella no llegaba. Habría tenido que decirle que no lo encontraría. En Riudellots nunca pasaba nada, pero estaba lleno de casas entre los campos, lleno de torrentes y bosques, lleno de polígonos más grandes que el propio pueblo con naves gigantescas llenas de trabajadores de fuera, lleno de los inmigrantes de los mataderos, de carniceros, de hombres sin documentación acostumbrados al sufrimiento y la muerte, lleno de camioneros que iban y venían y que nadie conocía, hombres sin afeitar, con su chándal, solitarios al volante de camiones como montañas, y ella era una mujer con cara de perdida que iba por el mundo preguntando por su pareja. No hacía falta haber llevado mi vida para saber los problemas de los hombres, su lado oscuro, al menos para no dejar el cuchillo en una bolsa en el hotel de un pueblo que no conoces, lleno de calles y campos desiertos, de día por el calor, de noche porque no hay luz.

El crepúsculo fue evaporándose de los campos, las líneas de gas de los aviones se convirtieron en cicatrices rojas. En casa también me esperaban. Llamé a mis padres. Se había hecho de noche y ya no aterrizaban aviones, pero seguían pasando por el cielo, yendo y viniendo de Barcelona. El cielo parecía un hormiguero de aviones. Las luces de posición se confundían con una estrella hasta que esta empezaba a moverse como un meteorito lento. Había constelaciones, galaxias de aviones.

El Volvo llegó hacia las diez. Vi bajar a Èlia lentamente del coche. Esperé a que se encendiera la luz de su habitación. Por el cielo pasaban aviones de cristal con pasajeros dentro también de cristal. De pie entre los pasajeros me veía a mí con el uniforme que todavía llevaba. Treinta años, mil años más joven allí en el cielo, igual que llega la luz de una estrella, al cabo de milenios, cuando la estrella ya se ha apagado. Me fui a casa. Al día siguiente tenía la mañana libre.

Aprovechaba las mañanas libres para hacer recados con la avioneta. A cambio de

esos trabajitos, podía utilizarla cuando quería. El propietario había sido superior mío en Spanair y cuando me quedé sin trabajo él mismo me pagó el curso privado de piloto en la escuela de aviación de Riudellots. Cada mes me encargaba dos o tres salidas que podían consistir tanto en paseos con clientes o amigos suyos como en tirar las cenizas de un muerto desde el cielo. Entonces estaba de moda. De vez en cuando me llamaba y me decía, el miércoles vaciamos el cenicero. Y el miércoles se presentaban en el aeropuerto los familiares y los amigos del incinerado y uno de ellos subía conmigo a la avioneta con la urna y un ramo de flores. No creo que fuera legal, pero en una zona volcánica un poquito más de ceniza qué importaba.

A veces el pasajero me pedía que lo filmara mientras vaciaba la urna. Yo siempre les decía que bajaran bien los brazos por fuera de la ventanilla para que no entrase ceniza en la cabina y que aguantasen bien la urna. Una vez, a una viuda se le escurrió de los dedos estando todavía llena. Bajé con la avioneta para ver dónde iba a parar. La urna dejaba un reguero de polvo al caer. Fuimos a recogerla con el coche pero alguien se nos adelantó y solo encontramos un agujero en el suelo. La aprovecharían de jarrón, para poner flores, o la convertirían en un trofeo abollado cambiándole la placa del nombre.

Una vez llevé a un señor mayor con el pelo rapado. Me dijo:

—Nena, hoy cumplo setenta y ocho años. Es mi regalo. Vamos a tirar a una mujer y dos hijos mezclados aquí dentro, que vuelen por el cielo con más ceniza que he ido añadiendo. Vamos a tirar ceniza de una puerta de casa, ceniza de una morera que había en el jardín y ceniza de la cama en la que hicimos a estos dos niños. Me he cortado el pelo y también vamos a tirarlo. El médico me da cinco meses y como estoy solo no puedo saber qué pasará cuando no esté, por más instrucciones que deje más vale que me encargue yo mismo. En realidad, después da igual. Cuando ya no estás, no estás, y el último que apague la luz.

Es el único de mis hombres solitarios que no cuento en la lista. Le hice compañía una semana, no pude aguantar más. Iba a verlo a su casa. No servía de nada. ¿Cómo iba a servir de nada? Era demasiado mayor, incluso para mí. O yo demasiado joven para él. No podía ayudarlo. No esperé a que empeorase. Estábamos más solos cuando estábamos juntos que cuando estábamos solos.

Una vez, un pasajero me preguntó si era capaz de hacer el tirabuzón con la avioneta.

—Ya me gustaría —le dije.

Era verdad. El mundo estaba tan del revés que me habría gustado poder girar de vez en cuando entre las nubes como los pilotos que saben escribir en el cielo. Volar del revés y convertir la tierra en un techo, darle la vuelta al mundo y que los campos y las casas se vaciaran como urnas, echar a la gente por las chimeneas, las ventanas y las azoteas, hacia el cielo, y dejar las heridas en el mundo.

Quizás para Albert Jordi era importante que ella lo encontrara. Quizás ya sabía que lo seguía. Quizás la había dejado en mis manos. Quizás esperaba que la avisara. Pero no me decidía a llamar al hotel y hablar con ella, o dejarle una nota si ya había salido a buscarlo por los alrededores. Albert Jordi estuvo aquí. Vuelve a estar en Barcelona.

No dije nada. Era la primera vez que conocía a la pareja de uno de mis amores. Quizás me daba envidia. Envidia de alguien que te busca durante días, fiel como un

perro, alguien que no puede vivir sin ti. Quizás estaba haciéndome vieja y empezaba a pensar que mis padres no vivirían para siempre. No me consideraba envidiosa, pero quizás me engañaba.

Tenía miedo de encontrármela todavía en el hotel cuando volviera por la tarde, que se quedase otra noche y otra y otra, que nunca se diera por vencida.

El propietario de la avioneta me esperaba con una pancarta enrollada.

—Hoy les toca a los otros —dijo.

En verano a veces me encargaba pasear anuncios de conciertos, casinos o cremas solares. La gente de las playas no podía dejar de mirar hacia arriba y leerlos. Esa vez era un anuncio de Òmnium Cultural que contestaba el de Societat Civil Catalana que yo misma había paseado hacía quince días. Nacionalismo catalán contra nacionalismo español. Hacía años que librábamos esa batalla. Había empezado con conversaciones, había seguido con un desengaño tras otro respecto a España, con manifestaciones, artículos en los periódicos, programas en las radios y las teles catalanas, y ya era imposible no tomar partido por unos u otros. Había llegado al Parlament y te encontrabas el debate hasta en la sopa, banderas independentistas en los balcones y en las rotondas de los pueblos, e incluso en el cielo, como un combate aéreo en diferido, con un mismo avión enfrentándose por turnos a sí mismo. No quedaba ni un mes para el Once de Septiembre y la pancarta invitaba a los bañistas a manifestarse. El gobierno catalán había anunciado un referéndum de independencia poco después de la manifestación. Mi familia era de Jerez y lo veía de otra manera, pero para mí era la pancarta buena, la de los perdedores, los republicanos, los maltratados por la historia, una nación herida que no defendería nadie más que nosotros mismos.

Volé hacia la costa, pasé por encima de los polígonos y las cárnicas, sobrevolé el gran matadero que hay entre la estación de tren y la carretera, con las tres grandes chimeneas y los quinientos coches viejos destartalados que llenaban el aparcamiento sin asfaltar. Una decena de tráileres cargaban y descargaban pegados por el culo a las naves. Desde el cielo, los detalles se ven mejor. Te ahorras el polvo y los vapores del verano, la suciedad a ras de suelo. Cuando era pequeña, tenía una casa de muñecas y, ahora, pueblos enteros, tan de verdad y tan lejos como las montañas que veía a mis pies, las Gavarres, con el sistema nervioso de caminos, y también era como un juego.

Llegué a Palafrugell siguiendo mi sombra por el suelo, una avioneta con cola que pasaba sobre las planchas de cobre de los campos y los pinares secos, sobre las pulgas que se bañaban en las piscinas de los jardines, sobrevolando campings como campamentos romanos, la tierra caliente de agosto. Ya no pensaba en Èlia, solo me preocupaba él y él estaba bien, lo había ayudado, se había ido agradecido. Mis microamores eran paréntesis del mundo, limpios y precisos como el paisaje de debajo. Estaba bien tenerlos aislados y protegidos.

Giré por encima del faro blanco de Sant Sebastià y encaré la avioneta hacia el sur, para empezar a seguir la costa.

Las rocas de los precipicios se hundían en el agua como pies de gigante, con mil dedos verdes y luminosos. Un pulgón de barcas amarradas flotaba en la bahía de Llafranc.

Sobrevolé el brazo gris del club náutico. Al fondo de los acantilados, las rocas y las losas submarinas se veían entre la arena como las ciudades de un desierto inundado. En el cielo del agua, otro grupo de pulgón, centenares de barcas fondeadas delante de Calella. Qué diferencia con la soledad del cielo. Todo el mundo estaba en la capa de tierra, como en una isla, y a esas horas a la orilla del mar.

Hacía un vuelo de cuerda floja, ahora hacia arriba por encima de los acantilados de Cap Roig, ahora hacia abajo por encima de la arena de Castell y la Fosca, y otra vez hacia arriba por encima del club náutico y el puerto de Palamós, con un crucero del tamaño de todo un bloque de pisos amarrado en la escollera. Entonces empezaban las playas largas y saturadas, la parrillada de piel de agosto. Desde el cielo distinguía a los extranjeros por las manchas lechosas en la arena.

Volaba medio kilómetro mar adentro para que los bañistas pudieran leerme. ¡EN LA DIADA, VEN A MANIFESTARTE! La arena estaba llena de toallas y sombrillas de colores. Por debajo de mí tenía las cabezas de los nadadores y los bañistas tumbados en las colchonetas, hasta la línea de boyas amarillas. Después todo era azul marino, con barcas que corrían como tizas en una pizarra.

Me puse los cascos, Springsteen. Come on, dream on, dream baby, dream, come on and open up your hearts, come and open up your hearts. Había hecho el mismo viaje una docena de veces. Llegaba hasta Mataró y volvía. Abrí ligeramente la ventanilla para que entrase el olor salado. Me llegaba el perfume de las cremas solares. Bajé un poco más para que los bañistas leyeran la pancarta sobre la línea del horizonte. Se ponían la mano en forma de visera para no deslumbrarse. A veces alguien me aplaudía o me levantaba el pulgar, a veces me hacían gestos obscenos. En según qué playas aplaudían mucho, porque el ánimo nacional de los catalanes estaba bien alto y las vacaciones y la alegría del verano ayudaban. La democracia era suya, decían, y en los balcones de las casas que daban al mar había banderas independentistas recién compradas para la manifestación de septiembre.

En Calonge, los espigones dividían la playa en tres arcadas de arena. Después la franja de arena se alargaba hasta Torre Valentina, y otra vez venían las rocas de pinos y un agua tan viva que las algas hacían pensar en pinares submarinos removidos por las olas, mapas verdes hundidos en Cap Roig. La línea larga de la playa grande de Platja d'Aro también estaba cubierta de bañistas, parecía imposible que hubiera tanta gente tumbada al sol y que la arena, que el mundo pudiera soportarlo. Cada bañista tenía una vida dentro de la bolsa de piel, y en cada bolsa había tantos mundos como dentro de mí; yo los contenía todos. Tantos mundos como burbujas en cada ola que se fundía en la arena. Mis amores estaban allí, llevados por las olas, a punto de volver a ser engullidos por el mar.

Volaba sobre la Conca y la urbanización de la Gavina, donde veraneaban los ricos que tenían el jet en el aeropuerto, una urbanización construida sobre rocas de plata mate, gastadas y rayadas. La playa de Sant Pol se repetía pasados unos escollos y unas calas en la playa de Sant Feliu, cerrada detrás del brazo del muelle, y después llegaba mi parte preferida, la costa salvaje con acantilados más altos que mi vuelo, los muros que defendían la sierra y el bosque de la Ardenya. Las playas situadas al pie de esos muros

eran de cantos rodados y poco acogedoras, con escasos bañistas, y no valía la pena sobrevolarlas, de forma que me metí mar adentro, sola conmigo misma y la música, entre el cielo negro por el sol y la pared compacta del mar. Trazaba la línea del horizonte entre dos aguas, como un hidroavión patinando bajo el cielo.

Incluso en agosto podías volar en solitario por Canyet y Vallpresona, cerca de la dentadura de la costa. Los acantilados se aferraban con las uñas a la pared compacta del mar, la tierra estaba fortificada. Los islotes eran cumbres de montañas sumergidas, sin vegetación ni aristas, granito de barro plateado, con vetas finas de los cortes profundos y negros, como si unos grandes cuchillos hubieran rayado la roca, hasta que de pronto la bahía de Tossa volvía a abrirte los brazos. En el faro, cogí altura para dejar atrás los acantilados que volvían, con sus calas recogidas. Hasta Canyelles solo se llegaba por mar, todos los rincones estaban saturados del sol de agosto. Las calas se habían vuelto fantasmagóricas y solitarias de tanta luz, eran habitaciones cerradas, y llegué a Lloret, con el paseo de palmeras y las rocas de Fenals.

No sé qué interés podían tener los pálidos turistas por mi cartel nacionalista, pero allí los tenía, como todo el mundo, levantando la mirada y leyendo la pancarta. No entendían qué decía, pero ¿quién quiere saber algo de las heridas de los demás? Las heridas son de los demás, bastante tenemos con las nuestras. Me acerqué a la ermita de Santa Cristina. Antes, los hombres y las mujeres iban allí a dejar las heridas y a llevarse consuelo. Ahora ya no, ahora se las llevaban a su pareja y a las manifestaciones. Una familia me miraba pasar desde el balcón. Me saludaban moviendo los brazos y los niños saltaban.

En Blanes no había tantos turistas. Lo veía por el color de las pieles. En verano, medio país trabajaba para los que estaban achicharrándose en la playa. Azafata, recepcionista y, en mis ratos libres, piloto propagandista sobre las playas o diseminadora de cenizas. Toda la vida sirviendo a los demás y aún me quedaban ganas de ayudar. Estaba hecha una pánfila. Pero el dinero no compensaba, mirar el mundo a cierta distancia, desde las alturas, ser yo misma, ser yo conmigo misma, eso sí que valía la pena. Pescar desde allí, como desde una barca, echar la red.

Después de Blanes venía el delta del Tordera con los campos de huerta y empezaba la playa más larga de todas, hasta Barcelona, como una lanza de arena, con las aglomeraciones de bañistas cuando me acercaba a los pueblos, las playas de Malgrat, de Pineda, Calella, la costa siempre igual, las vías del tren que delimitaban la arena, las lomas que habían dado un paso atrás, tan próximas, y las barcas aparcadas en la arena. Las tumbonas y las sombrillas tenían una regularidad, igual que los chiringuitos. El último rebrote de rocas estaba en Sant Pol. Allí la carretera nacional se sumaba a las vías del tren a ras de la línea sinuosa de arena, cada vez más llena de gente. Si aquellas pieles se hubieran puesto a gritar, las habría oído desde el cielo. Habría podido ahuyentarlas como a gaviotas, se habrían puesto a volar de la arena al mar.

Canet, el puerto de Arenys, con las barcas blancas como sandalias ordenadas sobre una tierra azul, una línea de rocas con bañistas pegados a las vías del tren, la playa había adelgazado tanto que apenas era una pasarela hasta al club náutico grande de Llavaneres, y allí volaba para nadie, solo quedaba una franja estrecha de sillares grises

para proteger las vías, un hilo de playa, hasta que poco a poco volvía a ensancharse la arena y a llenarse de bañistas hasta Mataró. Allí giraba sobre el puerto y volvía a casa.

Estaba a punto de aterrizar y vi el Volvo allí abajo, en el patio de una casa de labranza. Volví a coger altura para asegurarme de que fuera ella. Madre mía, allí la tenía. En la puerta, hablando con alguien de la casa.

Quizás la distancia me volvía empática, quizás la bajada de presión destapaba mi personalidad. Aterricé y recogí la pancarta deprisa. Metí la avioneta en el hangar y subí al coche corriendo para ir hacia allí.

Cuando llegué, ya no estaba. Seguí un camino sin asfaltar hasta la casa de payés de al lado. No me equivocaba, allí estaba su coche. Aparqué al lado y la esperé. Puse una canción de Tom Waits. Delante de mí tenía un cobertizo con un tractor dentro, como una bestia vieja. A su alrededor, los arados y las herramientas del campo parecían los huesos de unos animales que se había comido. Èlia volvió de la casa con el móvil todavía en la mano. Tenía cada vez peor cara. Cuando me vio, abrí la puerta del coche y se lo dije sin rodeos:

—Estuvo en el hotel.

Abrió las manos, negó con la cabeza y miró al suelo.

—Tenía un presentimiento —dijo.

—Llegaste al poco rato de que se marchara. Está en Barcelona. Llámalo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Se fue hacia el coche. Cerró de un portazo.

Volví a ponerme una canción. Le di ventaja para encontrármela en la habitación cuando llegara al hotel.

Subí y llamé a la puerta.

—Entra —dijo.

Cerré a mi espalda.

—¿Lo has llamado?

—No me coge el teléfono.

—¿Y eso?

—¿Qué ha estado haciendo estos días?

—Estaba muy afectado por lo del perro.

—¿Qué perro?

—Tros, su perro.

Tenía la bolsa abierta en el suelo, a punto por empezar a llenarla, con el cuchillo a la vista.

—No tiene ningún perro —dijo—. No ha tenido nunca.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé? Venga, adiós.

Oí el ruido de alguien al tirarse a la piscina y miré por la ventana. Había un hombre en el agua. Una chica saltó tras él.

Recogió la ropa de la silla. Iba llenando la bolsa poco a poco.

—Lo único que me gustaría saber es qué vino a hacer aquí. Y por qué aquí. Hace un año que salgo con él y de repente es como si acabara de conocerlo. Se me escapa todo.

Peor que si acabara de conocerlo. No entiendo nada. Me dices que estaba afectado por un perro. Te diré una cosa: no le gustan los animales. No le gustan para nada. ¿Cuántos días se ha quedado en el hotel? ¿Y qué hacía?

—Nada en concreto —dije, y me senté en la silla—. Al principio nadaba en la piscina. Hablaba con un cliente. Después empezó a salir. Hacía excursiones. Andaba. Nada más.

Fue ella, entonces, la que se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás sobre el colchón, como hacían las azafatas que compartían la habitación conmigo, después de muchas horas de vuelo.

—Hace semanas que lo busco. He dado vueltas por todos los pueblos y los campos de la zona; me he dado un hartón de sufrir para nada. Me lo podías haber ahorrado.

—En teoría, no puedo dar información de los clientes. Pero él está bien. Vino aquí a reposar. A veces viene gente al hotel para aislarse del mundo, para limpiarse, es como un monasterio. No sufras. Se fue recuperado del disgusto.

—No hay ningún perro. Hay un problema de verdad y me parece que crece, y estoy asustada.

Quizás no estaba bien de la cabeza. Se había presentado en el hotel como una mujer abandonada. Yo solo había conocido a hombres abandonados. Se sentían como si hubieran perdido a su madre, estaban desorientados y se volvían agresivos, como si tuvieras tú la culpa, el machismo los volvía violentos con la mujer que los había dejado o con cualquier otra con la que se tropezaran, que en ese caso era yo misma. Separa a una madre y a un hijo. Con machismo o sin él, pasa con todos los animales. Hay mil canciones sobre eso. Había intentado calmar ese desamparo muchas veces, quitarle de la cabeza a un hombre la identificación obsesiva de la mujer que lo había abandonado —o a la que había abandonado él—, con su madre, que también lo había dejado, el mismo día que nació o el día que descubrió que una madre seguía siendo una mujer como las demás, que haberlo parido no era exactamente culpa suya. Los hombres tenían mil heridas por culpa de las mujeres, como las mujeres las teníamos por culpa de ellos. Pero para los hombres estaba la madre.

Ese no era el problema de Albert Jordi. Debía de conocerlo muy poco si creía que estaba afectado por ella. No me la había mencionado, ni una palabra, y nadie se inventa la historia de un perro mientras cae en picado sobre los campos. Ni los silencios cuando después le preguntaba por él. Era ella la que se montaba una película. Lo normal era que no le cogiera el teléfono.

Le pasé la mano por el pelo. Me habría gustado llevármela en la avioneta, separarla del mundo.

—Dame su teléfono —dije—. Lo llamamos desde el hotel. A mí me contestará. Ya verás que está bien.

Volvió a sentarse. Cogió el móvil. Yo saqué el bolígrafo y un papel con la avioneta del hotel impresa arriba. Me dictó el número.

—Bajamos a llamarlo a la oficina —propuse, para arrancarla de la cama—. Mejor no pasar por centralita.

Pero no me siguió. Se enjugó las lágrimas con la sábana.

—Espera —dijo—. Es mucho más complicado de lo que crees. ¿Qué pasó el viernes?

—El viernes vinieron a verlo unos amigos. Comieron aquí y después se fueron. Cuando salí de trabajar, aún no había vuelto. Al día siguiente durmió hasta muy tarde. No sé nada más. Pero estaba bien.

—¿Quiénes eran esos amigos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Dos hombres teñidos de rubio, de edades diferentes, con un Mercedes.

—Esta mañana, en una casa, una que está cerca de una especie de volcán, cerca de la carretera, una mujer que estaba dando de comer a las gallinas, cuando le he enseñado la foto, me ha dicho que lo conocía. No sé si tengo que decírtelo, pero tengo que contárselo a alguien. Se acordaba porque lo había visto por allí más de una vez en los últimos días, y después, el viernes por la noche, lo vio pasar con dos hombres más, esos amigos suyos, y se acordaba, me ha dicho que eran rubios, se ha quedado muda cuando le he enseñado el móvil, me ha pedido que fuera a la policía, que al día siguiente encontraron a un negro muerto, el sábado, que por eso se acordaba, dice que se cayó por un precipicio, en una gravera del volcán, pero que nadie lo entiende, porque por ahí es imposible caerse, hay una barandilla, y los negros no pasan por esa zona, porque no salen de los campos o los polígonos; es como si no existieran.

—¿Por eso llevas un cuchillo en la bolsa?

—No hay ningún perro —dijo—. Mató a una mujer.

—¿Mató a una mujer?

—Me lo dijo él mismo. Después se esfumó y se vino aquí.

—¿Y lo sigues porque eres policía?

—Lo sigo porque soy su pareja. Ya estuvo en la cárcel, ya ha pagado. Salió hace un año. Pero ahora todo se complica. Esa señora me ha dicho que lo vio por allí y que después ha habido un muerto. No sé qué hacer. Estoy conmocionada, me he pasado la mañana dando vueltas por el volcán, he estado en la gravera, donde encontraron al negro, estoy muerta de miedo, aún no sé si hacer caso a la payesa y llamar a la policía o si volver casa y olvidarme de todo: volver a mi vida y con mis amigas, a mi trabajo, pero ya no sé qué es sensato y qué no. ¿Quién soy yo para complicarle la vida? ¿Y si es una casualidad y lo meto en un lío? ¿Y si lo culpan y no ha hecho nada? Cuando me lo dijo, cuando me confesó que había estado en la cárcel, lo eché de casa. No sé si me porté bien. Era mi pareja. Puede que siga siéndolo. ¿Qué cambia? Es la misma persona, ¿no? He seguido buscándolo. Creía que acabaría encontrándolo. Necesitaba encontrarlo, ni se me había ocurrido que pudiera haberse ido. No quería pensarlo. Hasta que te he visto en el coche. Ahora estoy asustada. No pienso más que en encontrarlo y preguntarle si todo es verdad, si no es un engaño, una mala suerte increíble, si puede ser que no tenga nada que ver con eso que me ha contado la señora de las gallinas. Lo único que quería era encontrarlo y llevármelo a esa casa a rastras y que hablara con la señora de las gallinas y que se deshiciera el enredo, era como si sintiera que aún estaba allí. Me he quedado mucho rato al pie del precipicio, la carretera pasa muy cerca, todavía hay un trozo de cinta de la policía, un trozo del precinto que ponen cuando tienen que trabajar, me he

quedado allí llamándolo con el pensamiento, necesitaba creer que lo encontraría. La señora no se lo ha inventado y ahora estoy asustada, no pensaba parar hasta encontrarlo. Pero se ha ido, y si se ha ido debe de ser que está huyendo.

Hablé con el recepcionista de noche, que también me sustituía las mañanas libres, y la acompañé al Ayuntamiento. Los municipales nos mandaron a los Mossos de Santa Coloma. También la acompañé. Allí nos tomaron declaración.

—Ya no es cosa tuya —le dije, al salir.

—Tiene sentido haber venido, haya pasado lo que haya pasado. No volverá a tener noticias mías. Gracias por acompañarme.

Hay una canción que dice: ¿qué es el amor? Y entonces contesta: girar el tiempo al revés. La única forma de girar el mundo es girando el tiempo. Por eso tienen sentido los amores, acaben como acaben, y todos son iguales. No había diferencia entre un microamor y un macroamor, entre la ofuscación de Èlia y mi serenidad. No había diferencia entre el amor de un familiar y el de un amante, entre el amor de un animal y el de una persona, entre el amor de un asesino y el de un santo, ni entre el amor a las cosas que queremos, como una casa, una canción o una avioneta, y aún había menos diferencia entre el amor a un hombre y el amor a una mujer, por mucho que yo me hubiera dedicado al de ellos. El amor a los vivos, el amor a los muertos, ¿qué cambiaba? Lo mismo valía para unos que para otros. El amor era girar el tiempo al revés, como cuando pones una canción y te olvidas de todo y entras en otro tiempo. Las canciones también te distancian, te exploran de lejos. Mis microamores eran como las canciones. Entraba en una historia y la vivía como si fuera toda mía. Ninguna diferencia entre el amor de un día y el amor de toda una vida. Cuando llegué a casa, mis padres dormían. Necesitaba esa fuerza que podía sacar de todas partes, y más aún de las paredes de casa, con unos padres durmiendo en la habitación de al lado, unos padres que se desvivían por mí.

Para que la gente entendiera qué era para mí volar, lo comparaba con cuando te duermes, cuando no eres ni de aquí ni de allá. El único momento de refugio, de paz imprescindible, porque sin paz no te duermes y no pasas al otro lado, pero una vez que la consigues dejas de tenerla y te fundes en el sueño. La paz no es un recuerdo del sueño, sino, al contrario, un avance del sueño. Me metía en la cama como si me metiera en la avioneta. El avión era mi canción, mi ermita colgada en el cielo.

Uno de mis amores era alcohólico. Bebía para sentirse en esa frontera de paz, no quería salir de este confort sin aristas ni violencia, en el que todo era un refugio. En el avión-borrachera-duermevela podía hacer volver a mis amores, eran como una canción escuchada mil veces, y esa noche, con la ventana abierta para, a pesar del calor, poder meterme debajo de la sábana y sentirla como si fuera otra piel, esa noche, como hacía con mis hombres, me dormí pensando en Sílvia.

A veces tengo la impresión de oír las quejas de los árboles y las piedras, las quejas de los muertos. Mis amores vuelven de noche. Los hago pasar debajo de la sábana. A veces vienen a por sexo, a veces para tranquilizarme, a veces para hacerme dormir, a veces para hablar y reír un rato. A veces vienen por nostalgia y a veces para que no los olvide. Son mis muñecos de peluche, los necesito para dormir. Nos estamos abrazados

mientras el tiempo se extiende y se acaba. Las semillas que dejaron se abren y la cama es un jardín con árboles.

En mi tesoro solo hay una mujer. Parece raro, después de tantos años de azafata, una sola mujer. Las azafatas estábamos siempre juntas y solas por el mundo, compartiendo habitación, éramos intercambiables unas con otras, siempre jovencitas y con la cabeza llena de pájaros; pero fue una sola, una azafata que se llamaba Sílvia Medín, en una escala en el De Gaulle.

Habíamos coincidido en muchos trayectos y celebramos que nos habíamos vuelto a encontrar con una escapada en tren a París. Entramos en Notre Dame, la vimos iluminarse de noche, cruzamos los puentes cogidas de la mano como turistas. Hacía poco de los atentados del 11 de septiembre y había mucha neurosis. Los pilotos habían empezado a encerrarse en la cabina, las azafatas acabábamos de perder la presencia paternal de los comandantes, pronto ni los conoceríamos. Supongo que ese desamparo inesperado que se vivió de golpe en los cielos de todo el mundo nos juntó.

Sílvia era de Barcelona, diez años más joven que yo y con un novio celoso que llevaba fatal sus viajes. La veía por encima de él como un ángel, le dijo una vez, y eso lo volvía malo a él, y quería que dejara los aviones. La historia de siempre. Sílvia le contestaba que vale, pero que antes le encontrara otro trabajo.

El problema de Sílvia y su pareja se arregló solo. En agosto de 2008, Sílvia estaba de servicio en el avión de Spanair que se estrelló en Barajas cuando empezaba a levantar el vuelo. Pasa como con los accidentes de coche o de tren, de vez en cuando tienes noticia de alguno, como para acordarte de que existen, y el lugar no importa, son un ruido de fondo que no se concreta si no te afecta directamente. Pero aquel me afectó de lleno. No hizo falta vaciar ninguna urna ni añadir un poco de ceniza de un pedazo de avión. Sílvia se incineró con ciento cincuenta y tres personas más de un vuelo que tenía que hacer el trayecto a Canarias. Aún no se ha resuelto lo que pasó, parece que los pilotos se equivocaron al levantar el vuelo y que la alarma que tenía que avisarlos del error falló. El avión acababa de empezar a despegarse del suelo, se inclinó hacia el ala derecha y no pudieron enderezarlo. Cayó y se partió en dos. Unos cuantos pasajeros, muy pocos, tuvieron la suerte de salir disparados hacia a un arroyo cuando se partió el avión, y el agua les enfrió las quemaduras. Pero casi todo el pasaje, y los pilotos y los cuatro asistentes de vuelo y mi querida Sílvia murieron en la cabina como en un horno crematorio.

El accidente fue el punto de inflexión que acabaría hundiendo la compañía y dejándome sin trabajo. Cuando me llegó la noticia, yo hacía la ruta Barcelona-Londres. Aquella misma tarde me enteré de que Sílvia Medín iba en el vuelo. Vi en las noticias el humo negro del avión estrellado, a Sílvia subiendo con el humo hacia el cielo.

El domingo iba a hacer nueve años. Cada aniversario, cogía la avioneta en su honor. Sílvia era una enamorada de los aviones como yo. Me la llevaba por el cielo, la paseaba, bajaba las ventanillas y hablaba con el aire. Le ponía canciones, le contaba cómo había ido el año.

Pero esa vez no podía esperar. Necesitaba hablar con ella esa misma noche. Si ya me costaba entender una muerte, ¿cómo podía imaginarme un asesinato? ¿Dos asesinatos?

¿Más? ¿Ninguno? ¿Tenía que creer a Èlia? Volví a la noche que habíamos pasado juntas Sílvia y yo, hacía quince años, en el Novotel del Charles de Gaulle, en una habitación impersonal y ajada, como todas, cubierta de moqueta, y le pedí que me instruyera sobre su muerte. Me había acostado con hombres mayores que yo, microamores que me sacaban veinte años, con frecuencia cuanto mayores eran más fácil resultaba ayudarlos, los hacía recuperar la energía, la confianza en su experiencia, como diciéndoles que los años eran útiles y que todavía servían en la cama, que todavía eran capaces de excitar a una chica, pocos amores tan agradecidos como los de los viejos. En ese momento me di cuenta de que algunos ya se habrían muerto, como aquel hombre rapado que me dijo que le quedaban pocos meses, estarían tan muertos como Sílvia. Me senté a su lado en el avión, en la sillita que se despliega de la pared de separación de cabinas, de cara a los pasajeros, mirando hacia ellos en el momento de empezar el vuelo. Salíamos de Madrid hacia Canarias y el avión se caería nada más levantar el vuelo. Estábamos tranquilas las dos, llevábamos el cinturón puesto, ya habíamos hecho la comedia de los mimos y las instrucciones de emergencia, y los pasajeros nos habían mirado como siempre, con el gracioso de turno que al ver a una azafata joven se pone a hacer muecas para que se le escape la risa o el que aprovecha para clavar los ojos en ti, mirábamos a los pasajeros que no sabían nada y también estaban tranquilos, no sabían que iban al matadero, en realidad siempre estábamos yendo, lo único era que íbamos a llegar de golpe y porrazo. Siempre hay gente que se agobia cuando el avión acelera hasta trescientos por hora y despega, oyen ruidos raros y tienen malos augurios, pero nuestro trabajo era que nos vieran tranquilas, incluso aquel día sonreíamos. Volar es más seguro que quedarse en tierra, otra cosa es que tengas mala suerte. Fue cuestión de segundos: el avión se inclinó, tampoco fue muy violento, yo con los brazos abiertos en la cama también me incliné y abracé de lado a Sílvia, la reconforté. No es nada, le dije. Llevábamos todos el cinturón puesto, y eso hizo que le sonriera a Sílvia, porque los poquísimos que se salvarían serían los que saldrían volando del avión después que se partiera, o sea, los que pudieron desengancharse del avión, los que ya se habían desabrochado el cinturón o, mejor dicho, los que no se lo habían abrochado, y mira que vigilábamos, o quizás los que llevaban un cinturón que no aguantó el tirón y petó, o que se quemó deprisa y los liberó a tiempo de ir a parar al agua. No dejamos de sonreír mirando a los pasajeros, nosotras, que los habíamos obligado a atarse al asiento, sonreíamos para no hacerlos sufrir más de la cuenta. ¿Para qué sufrir, en realidad, si en un avión no hay nada que hacer? ¿Para qué dejarse llevar por el pánico? Solo te morirás una vez, aprovecha, será lo último que hagas. ¿Para qué llevarte un mal recuerdo? ¿Para qué acabar mal? Sílvia me cogió la mano, la gente ya estaba gritando, ni nos miraban, nos inclinábamos hacia la derecha, a punto de tocar el suelo, y volvimos la cara y empezamos a darnos besos para despedirnos entre el fuego y el humo y el plástico que se fundía, ya no oíamos ni los gritos ni el ruido, Sílvia estaba concentrada en morirse, me fijé, con el pelo suelto encendido mientras el fuego lo fundía todo, las butacas, las personas, nos fundía juntas a nosotras dos.

—¿Puede ser, Sílvia, que hiciera eso? —le pregunté—. Un hombre tan cariñoso, tan suave y tan lento en los gestos, con una piel tan fina.

—Los animales depredadores tienen un pelo muy fino y agradable.

—Pero este era especial.

—No hace falta que lo jures.

—¿Qué puedo hacer, Sílvia?

—Pensar que de este sabes más que de los demás.

Tengo un tesoro de cincuenta monedas, cada una con su cara grabada, y la única que sé a ciencia cierta que corresponde a una muerta es la de Sílvia. Es la única mujer y la única que sé cómo acabó exactamente. Ninguno de mis microamores es mortal. Son semillas, nunca he vuelto a saber de ellos, ni de aquel viejo tan enfermo, y los que conocí de azafata no saben dónde he acabado, y los que conocí en el hotel prometieron que no los vería nunca más, que no volvería a saber nada de ellos, y lo cumplieron.

No nos veremos nunca más, los avisaba. No tendrás ninguna noticia mía ni yo quiero tener noticias tuyas. Esto es una relación abstracta. Cerrada en sí misma. Crecerá en sí misma, créeme, ya lo verás.

—¿Qué puedo hacer, Sílvia? ¿Tengo que romper la promesa?

—Sí, me parece que sí.

Me levanté, cogí el móvil, iluminé el papel en que estaba anotado su número y marqué. Era de madrugada. No contestó. Dejé un mensaje de voz.

Soy Teresa, del Hotel Avions. La policía sabe dónde estabas el viernes por la noche.

6

Hostia, menuda noche. Les dimos por culo a los radares, nos follamos la carretera. ¡Hijos de la grandísima puta! ¡A Platja d'Aro, a por todas! ¡Gas a tope! ¡El Mercedes echaba chispas, los radares nos disparaban por la espalda, la nieve hacía flash, flash, los árboles parecían un rayo y otra vez volvía a ser de noche y nosotros a toda pastilla reventando el asfalto, la gran nevada de agosto de 2017! ¡Tendríamos que haber puesto cadenas, el limpiaparabrisas no daba abasto! La nieve y el calor van juntos, llevábamos las ventanillas bajadas para que corriera el aire y nos topamos con un camión de cerdos. Menuda peste, hostia puta. Saqué la mano con el dedo corazón para arriba y me puse a gritar: ¡A la mierda! ¡Sacad esa porquería de en medio! ¡A la mierda! ¡A la mierda, hijos de puta! ¡A la mierda! Y cada vez que veíamos una masía, Andrés, a mi lado, también sacaba la cabeza por la ventanilla y gritaba: ¡Os estamos salvando el culo! ¡Eh! ¡Que os estamos salvando el culo! Y Albert Jordi, detrás, también: ¡Salid, monos desgraciados! ¡Salid, que no os veo! ¿Dónde coño os habéis metido! ¡Cagones! ¡Salid! ¡Sois la mierda! Con un coche tan silencioso y una carretera tan vacía, debían de oírse los gritos desde Girona. Íbamos a toda leche. ¡Monos! ¡Monos de mierda! ¡Salid de una puta vez! Y Andrés: ¡Eh, los de las casas! ¡Que os estamos salvando el culo! Y yo: ¡A la mierda! ¡A la mierda! Y los radares por detrás de nosotros: ¡Flash! ¡Flash! ¡Y ya podían buscarnos! ¡Llevábamos matrícula falsa!

Adelantamos al camión y, entonces, salta el GPS. A cien metros, en la rotonda, tome la primera salida. Y Albert Jordi:

—Esta tía me pone cachondo.

Me volví y lo vi tirado en el asiento de atrás, partiéndose el pecho con la voz del GPS. El típico puntazo después de cazar y esnifar. Tienes unas ganas de reír que te mueres. Tienes ganas de hostiar, de beber, de correr y de follar, da igual, hostiar, reír, beber, esnifar, follar, gritar..., sacas toda la mierda de dentro, vuelves a ser tú mismo.

Albert Jordi imitó a la tía del GPS:

—En la rotonda, tome la primera salida... La primera salida, seguro... ¡Con esa voz no te voy a ocupar la boca!

Hostia santa, eso no es nada comparado con lo de después. Tuve que frenar en seco a la entrada de la rotonda, como si hubiera un stop o un semáforo. Abrimos los ojos como platos los tres. ¡La puta de oros, no me lo podía creer, una rotonda llena de pollas! Una docena de pollas dentro de la rotonda, puestas por parejas, una encima de otra, follándose entre sí. ¿Qué coño era eso? ¿Un monumento a los maricas? Unos pollones cortos y gruesos, de dos en dos, empalmados, uno plano en el suelo, el otro a caballo encima, tirándoselo. ¿Cómo se lo montarían dos troncos para follar? Pues a lo perro, pero sin el perro, solo la polla. Había diez o doce restregándose una con otra sobre una base

de piedrecitas blancas que relucían con la luna. Primero pensé que las piedrecitas eran nieve, pero no, era el lechazo. Albert Jordi dijo:

—¡No puede ser!

Y sin avisar bajó del coche, se fue a la rotonda y se subió a caballo en una polla. Se meaba de risa. Estaba bien que se riera. Tenía pinta de no divertirse hacía tiempo. Le convenía y nos iría bien para cerrar el negocio. Señalaba el cartel con el dedo y se quedaba quieto como si quisiera que le hiciéramos una foto. Si Andrés fuera más espabilado, ya habría sacado el móvil y se la habría hecho. La señal decía CASSÀ CAZAR CASCAR CAPAR CAGAR CASSÀ.

—¡A cagar! —dijo.

Y volvió al coche y, cuando entraba, el GPS volvió a decir: Incorpórese a la rotonda y tome la primera salida.

Arranqué cuando Albert Jordi aún no había tenido ni tiempo de cerrar la puerta. En vez de girar a la derecha cogí la rotonda al revés, hacia la izquierda, en sentido contrario, muy despacio para no perderme el festival de champiñones follando sobre la crema de leche. ¡Menudos hijos de puta cachondos los de Cassà!

Aún di otra vuelta en contradirección. En realidad, no eran pollas, aunque se parecían mucho, eran tapones de champán gigantes, por la industria del corcho y la mierda que fabrican por allí arriba. Y no se les ocurre nada mejor que ir poniendo caliente al personal con tapones de corcho gigantes. Porque cuando te corres descorchas champán. Hasta el más subnormal lo entendería. Y vas y dedicas una rotonda a las pollas. ¡Qué putos genios!

Con tantas vueltas, al final las que estaban agitadas como botellas de champán eran nuestras pollas. Salimos de la rotonda más calientes que un encantador de serpientes. O parábamos o al final no nos cabría en el coche. La teníamos tan tiesa que nos llegaba a la nariz. Andrés estaba rojo, Albert Jordi estaba rojo y yo estaba rojo, teníamos los tapones a punto de explotar. O hacíamos una parada técnica o se nos saldría la polla por la ventana, ya veía la foto del radar, la cara del poli mirando el Mercedes: ¿Esto qué es? ¿Un pulpo de tres patas corriendo cabeza abajo? ¡Hua! Me partía el culo solo de pensar en la cara del poli.

Creí al GPS y cogí la salida de Platja d'Aro. O hacíamos una parada de urgencia o iba a haber un pim-pam-pum general, y con los pantalones manchados no sabía qué nos dirían en el restaurante, porque era un restaurante de categoría, me lo había recomendado Andolfo y teníamos la mesa reservada. Doscientos cincuenta por barba y una supercena, me dijo, el Bulli quedaba lejos y lo habían cerrado, pero teníamos que quedar bien, era una cena de negocios, Albert Jordi era un gurmet y teníamos que convencerlo.

Pero antes tocaba parar. Hacernos dos rayitas más y poner gasolina, meter la manguera en el agujero de Albert Jordi y llenar otra vez, como en la cárcel. Andrés lo echaba de menos, yo también, y después de la rotonda ya no podíamos esperar ni un segundo. Andrés me miraba y se relamía. Es como un niño, aún me hace ir de culo. Me desabroché el cinturón y con la mano debajo de los huevos iba diciendo: Calma, chicos, calma, que enseguida lo solucionamos. Estaba a punto de meter el Mercedes en un

campo, bajar con Andrés, entrar en la parte de atrás del coche cada uno por una puerta y tirarnos encima de Albert Jordi. No podría negarse; pero era arriesgado, que no se nos fuera el negocio a tomar viento.

Andrés salivaba. Antes de que Albert Jordi entrase en Brians habíamos pasado mucha hambre. ¡Y lo bien que nos fue como pareja! Nada une más que comer del mismo plato. El problema es que fuera de la cárcel todo cambia y ahora Albert Jordi podía tomárselo con reticencias. En todo el día no había habido tensión sexual por su parte. Nos había llamado él, pero era un tío muy frío, y fuera de la cárcel esos Señores Muñeco de Nieve solo follan con tías, y sobre todo para casarse con ellas o dejarlas preñadas. A mí un Señor Muñeco de Nieve siempre me la ha puesto muy dura, y más a medida que he ido haciéndome mayor. Lógico, porque el frío conserva. A mí un muerto me la pone dura, lo siento mucho. Pero en aquel momento me jugaba demasiado.

Andrés me miraba de reojo y se reía como diciendo: Venga, tío, frena de una vez, coño. Él también tenía una buena tienda de campaña. Levanté la mano del cambio de marchas del coche y la puse en la suya. Y entonces, de repente, en el asiento de atrás, Albert Jordi se puso a reír a saco, como si estuviera sonado. Se ahogaba y se quedaba sin voz. ¡Se meaba! ¡Mi, decía, mirad cómo ríe y ríe, mi, mi, mirad, la, la, la, mirad, mirad, la, la, la, la luz azuuul! Y saltó el GPS: En la próxima rotonda, tome la primera salida. ¡Hostia puta! Entonces lo entendí. Una rotonda azul intermitente. Control de los Mossos. Mierda concentrada. ¡Los cinturones! Los de delante nos los pusimos por encima y Albert Jordi se tiró al suelo entre los asientos, sin parar de reír. Le dije: ¡Chis! El Mercedes corría como una seda, ni se notaba, pasamos a un palmo de los Mossos con las ventanillas bajadas y allí mismo, otra vez, el GPS: Tome la primera salida, y entonces un poli se volvió y miró por la ventanilla y debió de ver a Albert Jordi en el suelo, como si llevásemos un muerto, suerte que también debió de oírlo reír. Pero daba igual, vamos a ver, un Mercedes Clase E no lo paran. Los Mercedes viejos de los moros sí, pero nosotros íbamos como señores y por el pelo ya se veía que de moros no teníamos nada. Un Clase E por allí no lo habían visto ni en pintura, y menos con matrícula española. Los guripas no quisieron buscarse problemas, podíamos ser un diputado o un ricachón o un juez que iba follado al chalet de la costa, o Putin o el rey Felipe con alguna putita, como su padre. ¡Más vale no jugársela! En agosto el Empordà está lleno de políticos de incógnito, se encuentran allí y hacen sus reuniones de pollos y sus tejemanejes con empresarios, cortan el bacalao y son los amos del cotarro, preparan la temporada, están organizados. Joder si están organizados. Si yo fuera de la pasma, no paro un Clase E ni harto de vino.

O sea, que pasamos como si nada. Yo iba muy tranquilo. Si un negro de los que se nos habían escapado había visto el Mercedes, daba igual, aunque hubiera apuntado la matrícula, porque un negro no te pone una denuncia, y menos si está muerto.

Pero las pollas se arrugaron, qué lástima. Hacía más fresco y volvía a notar el olor caliente de los campos. Ahora venía una recta. Dije:

—Eh, relajad el culo. Los buenos siempre ganan. Ya pueden meternos en la cárcel, ya pueden ponernos a servir a los negros como si esto fuera el planeta de los simios. Nosotros ganamos siempre porque somos los buenos.

Fue histórico, pero no ganábamos para sorpresas. De repente Andrés dijo:

—¿Esto qué es? ¿Disneylandia?

Volvía a poner los ojos como platos. Quizás había nevado demasiado. Contesté:

—¡De Pollylandia a Disneylandia!

Y es que la carretera que teníamos delante era una recta de kilómetros que subía y bajaba, como si nos hundiéramos en la tierra y después volviéramos arriba, y cuando subíamos veíamos que justo al final de la carretera había un castillo Disney lleno de luz encima de una montañita, con casas alrededor, y la luna llena y el cielo azul detrás, y fuegos artificiales alrededor.

Andrés dijo:

—¡Pasamos de Platja d'Aro, yo quiero quedarme aquí! ¡Por favor!

Pero Albert Jordi lo desengañó:

—Es la iglesia de Llagostera.

Era así de frío el tío. Siempre lo sabía todo. Pero una cosa es ser frío y otra ser mala gente. Andrés era un crío, no hacía falta desengañarlo.

Yo, cuando vimos los edificios altos de Platja d'Aro, me puse a cantar *New York, New York* para animar al personal. Tariro-ta-raa... El GPS dijo que dejáramos la carretera general y aún pasamos por otra rotonda de locos. Ya era la tercera. Ya no se hacen rotondas así. Las fueron montando cuando nosotros estábamos en la cárcel, nos lo perdimos. Esta tenía una gran bandera catalana y unas esculturas alrededor del palo que primero parecían muñecos de nieve, después nubes de nieve y ya al final entendí que eran ovejas. Desde allí empezamos a ver una noria iluminada que nos sirvió de guía para llegar al centro. Apagué el GPS y le dije a Andrés:

—Vamos allí.

Albert Jordi avisó de que empezaba a tener hambre. No estaba acostumbrado a tanto trasiego. Le dije que estuviera tranquilo, que cenaríamos enseguida. Y entonces Andrés me salió con esto:

—¡Invita el negraco!

¿Invita el negraco? ¿Perdona? ¿Porque teníamos la bolsa de dinero que había llevado el negro? Tuve que explicárselo:

—Vete a la mierda, Andrés. ¿De dónde coño te crees que ha sacado los mil euros el negro? Del bolsillo de un blanco como tú o como yo. Anda que no se nota que yo te soluciono la vida. Invita el negraco... ¿De qué vas? ¿Tú te crees que Albert Jordi o yo vamos a dejar que nos invite un negro? Y una mierda. Piensa un poco, coño. ¿De dónde te parece que ha sacado los mil pavos el negro? ¿Quizás del bolsillo de un blanco que no tiene la suerte que tienes tú conmigo y que está en paro y alguien tiene que pagarle ese paro? Eso si no se está muriendo de hambre para poder pagarle los mil euros a ese mono. A ver si lo entiendes. En el país del negraco en la vida han visto ni la cuarta parte de esa pasta junta. Y te diré una cosa que ni se te habrá ocurrido. Si el negro no la ha palmado, irá a un hospital. Y adivina quién pagará la factura del hospital. Tú no, ni yo tampoco, pero algún pringado seguro que sí. Y cuesta mucho ganar el dinero, aunque a ti no te lo parezca. Mis padres y tus abuelos tuvieron que levantar este país después de la guerra. Sufrieron la posguerra y las pasaron muy putas por nosotros, sus descendientes, y no por el primer mono que pillara una barca y viniera remando hasta aquí a

infectarnos de sida y a quedarse nuestros euros. Tenemos una responsabilidad con las generaciones que vienen. Tú eres muy joven. Yo perdí a muchos amigos con la mierda del sida, que venía de África. Fue muy triste, no tenía ninguna gracia. Solo por respeto podrías pensar un poco en los demás. Y te digo una cosa. Si el negraco la ha palmado, también costará una pasta. Calcula. Polis, juez, atestados, ambulancia, autopsia, investigación, entierro... Seguro que le hacen una misa con tam-tams, y en su país pedirán una indemnización y al final acabaremos pagándoles las vacaciones a una familia entera de monos del África con la excusa de que vengan a buscar al negraco, los meteremos en un hotel de lujo aquí en Platja d'Aro, veinte días a todo trapo, no se conformarán con menos, y después aún les mandaremos al pedazo de mierda seca ese en un ataúd nevera que valdrá una pasta, en un avión que valdrá otra pasta, a su país del tercer mundo, que está en la quinta hostia, para que lo entierren en medio de la puta selva en un cementerio de monos o se lo merienden a la brasa mientras tocan el tam-tam. O sea, que muy bien, hemos recuperado mil euros, pero si te crees que como blancos hemos hecho algún negocio... Piensa en los demás, joder. Razona un poco. Vale que no es culpa nuestra, es culpa de esta panda de hipócritas y capullos que mandan en el mundo, pero tú igual podrías pensar un poco en los demás. No digas: Invita el negraco. Madura un poquito, ¿vale? El negraco no invita a nada. Nosotros cogemos una pasta robada y la devolvemos al bolsillo de un blanco. Como Robin Hood. Si te enteras de que un mono o un perro tienen mil euros, tu obligación es quitárselos. Y un animal al menos no tiene conciencia de hacer las cosas mal, en cambio un negro sabe perfectamente que en Europa no se le ha perdido nada. Esto es nuestro. Aquí no se le ha perdido nada. Nosotros no vamos a ir allí. Abre los ojos de una puta vez. Somos blancos. Él es negro. Ves la diferencia, ¿no? No quiero que Albert Jordi se vaya a creer que dejamos que nos tomen el pelo. Son un virus, se extienden y no dejan de tener hijos, como los moros. Aunque los moros ponen bombas, estos son peores porque van de buenos. Son negros. Son unos putos negros. Y nosotros somos blancos. Somos blancos como la nieve.

Me partía de risa.

Como era un viernes de agosto, Platja d'Aro estaba a reventar. No sé qué se le había perdido a Albert Jordi en un pueblo de interior feo como el culo y lleno de negros y de camiones teniendo tan cerca barra libre de guiris, luz, bebercio, nieve, sol, pubs y una playa que no te la acabas. Solo faltaba un casino como el de Lloret. Pero Albert Jordi tenía sus momentos y sus rarezas, en la cárcel también pasaba días grises.

Aparcamos cerca de la noria y fuimos a pie hacia el restaurante. La nieve había ido fundiéndose, pero aún notaba el corazón latiendo contra las costillas, muy vivo. Había tanta gente que costaba andar por la avenida. Cuando nieva tengo un poco de agorafobia, a veces, pero me distraía Andrés, que aprovechaba los atascos para ir metiéndoles mano a los culitos rubios, pilla lo que puedas, rubios de verdad, no de bote como nosotros. Gambas del norte, gratinadas en la arena a fuego lento, vuelta y vuelta... Como si los estuviera viendo, esos críos con bañadores de colores... Gelatina jugosa, crujiente... Se me hacía la boca agua. Gambas radioactivas. Sería como follarse a un marciano. Llevaban la camisa planchada, todos con la pechera al aire y cadenitas finas

de oro y plata, collares y pulseras para llevártelos del cuello o esposados. Iban provocando, rubios altos y fibrosos con el pecho depilado y las cejas perfiladas, con el paquete y el culo duros como una piedra, hostia santa, qué manera de salivar, otra vez, con las gambas. Como para pasar de la cena y alquilarte un par de ellos. Aunque lo primero era el curro, hostia santa.

Eran las once y media y la noche acababa de empezar. No se atreverían a cerrar el restaurante sin nosotros. Andrés todavía tenía arena con sangre en la punta de la bota, los hice parar delante del escaparate de unos almacenes que estaban abiertos. Teníamos que aprovecharlo. Señalé nuestro reflejo en el cristal y dije:

—Eh, cerdas. Mirad qué pintas llevamos. Vamos a tener un poquito de dignidad. Pago yo.

Nos metimos en el váter de los almacenes a lavarnos la cara y las manos. Andrés se limpió las botas. Saqué la papelina de nieve y nos metimos dos rayas más. Necesitaba concentrarme para la cena.

Qué maravilla, luego, los pasillos de los almacenes helados, las escaleras mecánicas llenas de nieve, estalactitas y estalagmitas en las puertas, como pollas, y los hombros y la cabeza de los maniquíes con una capa de blanco. Era Navidad, daban ganas de hacer regalos. Había osos polares y focas y pingüinos, y esquiadores que bajaban por las escaleras, y dependientes que tiraban de trineos llenos de ropa. En diez minutos tuvimos tres pantalones nuevos, tres camisas, tres corbatas y una botella de perfume. La cajera iba vestida de Papá Noel y se quedó nuestra ropa vieja para dársela a los pobres. En el mostrador había tres dedos de nieve. El perfume te la ponía dura. Nos echamos los tres, como un uniforme. En la cárcel también salíamos del váter apestando. Eso nos unía. Los demás nos olían. Era un aviso. Tocar a uno era tocarnos a todos. Me empapé el pelo de perfume y me arreglé la coleta. Ya podíamos ir al restaurante.

Nevaba al nivel del mar. Andábamos por las terrazas de la avenida, uno al lado del otro. Las mesas y las sillas tenían un palmo de nieve, los guiris se frotaban las manos del frío, pero sonreían. Y todo por nosotros. Era histórico. Qué buen rollo. Llevábamos la fiesta a cuestas. Yo tenía una discoteca dentro. Todo el mundo nos dejaba pasar, no había color. Éramos los putos amos. El bum-bum de los pubs me ponía a cien, las luces de neón se encendían y se apagaban en los charcos de nieve deshecha, brillaba todo, pasaban tíos forrados con descapotables rojos, Andrés tiraba la caña y les metía mano a los rubios, era muy divertido, los ciervos se nos acercaban a lamernos e íbamos dejando huellas al pisar la nieve.

El restaurante estaba en las galerías de un gran edificio de primera línea de mar. Vimos la arena de la playa emblanquecida bajo la luz de la luna. Había muñecos de nieve aquí y allá, y grupos que jugaban a guerra de bolas de nieve. Hacía mucho calor. El restaurante tenía una puerta de madera maciza, con una placa de oro que decía: Club Sunrise. Nos abrió un negro gigantesco con traje. Detallazo. Íbamos tan perfumados que no podíamos saber si olía mal, pero se retiró como Dios manda y salió un tío pálido.

—Signori... Gli amici di Andolfo sono i miei amici...

Teníamos más ganas de comer que de reír, porque con aquella loca nos habríamos divertido mucho.

Más que un restaurante de pescado, parecía un acuario. Las paredes eran peceras, con burbujas que subían del suelo al techo como una nevada al revés. Cortinas y cortinas de burbujas, barrotes de cárcel de mentira. A los peces gordos debían de encantarles aquellas paredes llenas de pececitos de colores. En un momento estuvimos sentados bajo el agua, con una copa de champán por cabeza. Burbujas y burbujas que subían dentro de las copas. Por el champán subían y se fundían los copos de nieve. Es es el problema. Con el calor, la nieve se funde rápido. Brindamos por nosotros, por la cárcel y por los negocios que íbamos a hacer.

Eran las doce de la noche pero el restaurante estaba lleno y no parecía que fuéramos a ser los últimos en cenar. La camarera se abrazaba a la carta.

—Solo servimos pescado salvaje que crece en libertad aquí delante. Del mar a la mesa sin intermediarios. Les proponemos la experiencia de una cocina de raíz casera elaborada con producto original del Mediterráneo, tal y como lo preparaban nuestras abuelas, maridado con las mejores bodegas de la tierra.

Los peces que teníamos alrededor parecían de papel pintado. Cocinados, serían una bandeja de fruta. Teníamos cerca a otros clientes, extranjeros con modelitos e idiomas raros como los peces. Había también gente de Barcelona con pinta de famosos. En una mesa de al lado, un hombre y su abogada iban por los postres.

—Los machacaremos —decía ella, levantando una copa de champán—. Acabarán en la calle y nos lo quedaremos todo. Déjate de sentimentalismos. Si ellos pudieran harían lo mismo.

Saqué la cuestión entre el primero y el segundo. Necesitábamos a Albert Jordi para ampliar el negocio. Por eso habíamos ido a verlo. Nos había llamado, necesitaba ayuda y se la daríamos. Sería un win-win. Sería una cena histórica, la fundación de una alianza. Una librería no era trabajo para él, ni de coña. Qué forma más imbécil de desaprovechar el talento. Por especial que fuera, Albert Jordi no era idiota. De una cárcel nunca sales idiota del todo. Allí te lo arreglan, tienes tiempo de entender que hay que aprovechar la vida. Albert Jordi hacía dos años que había salido. Cuando volví a ver en el móvil una llamada suya, ya me quedó claro que entraría en el negocio.

—El mundo está lleno de oportunidades —empecé—. Mirad a vuestro alrededor. ¿Qué hacen los extranjeros cuando tienen pasta? Venirse aquí. En Barcelona ahora mismo el que no se hace rico es porque no quiere. Nos sale la pasta por las orejas. Esos son nuestros clientes, Albert Jordi. Los ricos que se han hecho ricos. ¿Y con qué puedes hacerte rico? Tampoco hay que ser un genio. Son cosas que no fallan. El agua, la luz o el terreno. Los que tenían terreno en Barcelona o donde fuera. Los bancos, los gobiernos, los accionistas. Pero todo el mundo tiene que ganarse la vida. Yo soy liberal. Soy un emprendedor. La vida es la selva y la selva es liberal. Ponte a hacer leyes para los leones. Coge a un ratón en la selva, dale un papel con un sello y unas leyes que digan que tiene unos derechos, los que sean, y a ver qué le parece a la serpiente. Esto es una guerra y a las guerras hay que ir con astucia. Tienes que hacerle creer al enemigo que eres una mierda. Nunca enseñas las cartas. No te engañes con nosotros. Mira la langosta que te estás zampando. Según la camarera es salvaje. No viene de un vivero. Yo te lo cuento. Viene directamente de las islas Medes. Lo sé por Andolfo. Las pescan de noche como

quien va al huerto. La red siempre sale llena y con peces el doble de grandes. ¡Pez de reserva! La langosta la pescan con nasas, y esas nasas no pueden dejar marcas, están muy bien escondidas, pero están, las localizan por GPS. Apagan las luces, reducen la velocidad y tiran la red. Y tú me dirás: Es una reserva marina. Y yo te diré: Las cosas se hacen bien. Los guardacostas meten mano y todo el mundo se gana la vida. Si quieres encontrar un pescado y un marisco como estos, tienes que hacer transacciones, y ya me diréis qué sentido tiene la vida de un pez si no acaba en la boca de un hombre. Si no fuera por eso, ¿para qué servirían? ¿Para hacer salivar? Pues entonces más valdría que no existieran. ¿Que hay poco? Estamos de acuerdo. Hay poco. Pero si nadie saca partido será como si no hubiera nada. A veces parece que quisieran arrinconar al hombre y dejar el mundo para los animales. Pero, si quitas de en medio al hombre, ¿qué te queda? Una selva llena de negros. Y una mierda. Seamos civilizados. ¿Qué ha pasado con la librería?

—Con la librería no ha pasado nada —dijo.

—Pero necesitas cambiar. Librerías, estancos, churrerías y bares: ¿tú has oído alguna vez que alguien se ganara la vida con eso? Son cosas de pringados. Tienes que levantar el nivel. Tienes que estar a tu altura. En este país, si no vas con cuidado, acabas currando para los demás. Tienes que saber cuál es tu lugar. Y tú tienes talento.

—Ahora mismo, cualquier otra cosa me viene bien.

—¿Por qué vas de modesto?

—Busco a alguien que invierta en mí.

—¿Rebajándote de esa forma? ¿Un tío inteligente como tú? Hablemos claro. Nosotros tenemos un negocio. Nos ganamos bien la vida, pero precisamente estoy pensando en ampliarlo. Piensa a lo grande. De momento somos Andrés y yo, pero yo me estoy volviendo un puto abuelo y empiezo a tener derecho a un poco de reposo. No lloro, es ley de vida, pero busco soluciones. Podemos integrarte en el equipo. Invertir en ti, como dices tú. Solo necesitas un instrumento, luego te lo enseño. Andrés, ¿quieres contárselo tú? No, espera, mejor que hable yo. Es muy sencillo. Somos viajantes. Vamos por toda España. También trabajamos en Francia. Somos la lotería ambulante. Nunca repetimos, para que no se organicen y no se sepa. Trabajamos en secreto porque no queremos competencia. La competencia sería un desastre. Vamos a los colegios más caros y controlamos a las madres. Los mejores colegios de pago. Críos de seis, diez, doce años, preciosos, pero la presa es la madre. Yo mismo la selecciono, me fijo en la ropa, los zapatos, el bolso. Elijo a la más simpática, que normalmente es la más bajita, me he fijado. En eso también podrás ayudarnos, yo de tías no tiendo nada. Tiro de psicología. Cómo vigila a los críos, si es protectora o no... Psicología animal. Cuanto más protectora, más fácil después. Las veo dejar al niño en el cole. Elijo a una. La seguimos cuando vuelve a casa. Me acerco por la calle o cuando baja del coche y le digo: Perdone, tendría que hablar un momento con usted del futuro de su hijo, o de su hija, si tiene un momento. Se creen que quiero venderles un colegio. Pero las miro en serio y entonces lo entienden. Voy con traje, tengo una edad respetable, joder si la tengo, y desde que nos teñimos el pelo lo facilita mucho. Nos sentamos en un banco y hablo con respeto, con amabilidad, tratándolas de usted, porque por pijas que sean son unas señoras. Vamos a simplificar. Veinticinco mil y no volverá a vernos nunca más. Cuando digo que no

volverá a vernos, señalo el Mercedes. Andrés enciende los cuatro intermitentes. Señalo el maletero. Es un maletero grande, ya lo has visto. No saben qué llevo, así que se lo imaginan, cada una a su gusto. Regalo de la casa. Usted misma, adelante, decida. Unas cuerdas y una sierra, un guante de boxeo y un consolador, o una pistola y un destornillador, un martillo y un mechero. Un pincel y un cuchillo, unas tijeras y una manguera. ¡Busque y elija, señora! ¡Usted misma, a su gusto! ¡Un saco y una bolsa, una minipímer y una llave inglesa, un taladro! El maletero es grande. Su hijo o su hija irá ancho. Nos quedamos unos segundos sin decir nada. Me encanta ver cómo les cambia la cara. Les leo el pensamiento. Su hijo con los dedos rotos, con la lengua cortada, sin orejas, con los ojos vaciados. Su hijo con un agujero del tamaño de una pelota de tenis en la tripa o con el cráneo hundido. ¿Se salvará, doctor? ¿Se salvará? ¡Qué me importa ya! Su hijo se ha estropeado, se han acabado las risas, llorará toda la vida. No creo que valga la pena, señora. Usted no se preocupe, le digo. Somos profesionales. Paguen a tocateja. Mira que es fácil. Y lógico. Veinticinco mil es un regalo. ¿Por qué no iban a pagar? ¿Por qué iba a salirles gratis la vida de su hijo? Se entiende perfectamente. ¿No pagan una pasta por el colegio? Vete al supermercado y di que no pagas. Te mueres de hambre. Una casa. O la pagas o duermes debajo de un puente. O la luz, el agua y el gas. O pagas o vives a oscuras, sin agua ni calefacción. Puedes hacerlo, sí, vale. Y también puedes vivir sin tu hijo, o tener otro. El abogado. O pagas o vas a la cárcel. Tu hijo. O pagas o no vuelves a verlo como es ahora. Ojalá fuera todo tan fácil de solucionar. Ojalá se curase todo con veinticinco mil euros. Entonces digo: Usted nunca ha oído hablar de nuestra empresa, ¿verdad? Pues eso ya es garantía de profesionalidad. Usted no le dirá nada a nadie y todo esto no habrá pasado nunca. Nunca más sabrá nada de nosotros ni nosotros de usted. Como si lo hubiera soñado. Lo importante es la salud. El dinero gastado se olvida. Nunca le hemos hecho daño a ningún niño. Somos incapaces. Pero no trabajamos solos. Tiene que considerarlo usted un impuesto. Mejor dicho, una oferta. Veinticinco mil. Usted saca veinticinco mil del banco o de donde sea y pasado mañana yo vengo buscarlos aquí en mano. Y no vuelve a vernos en la vida. ¿Qué más quiere? Sencillo, barato, limpio y fiable. ¿Ve el coche? Un Clase E demuestra que la empresa es solvente. Pues pasado mañana el coche no estará. Porque mi socio tiene que poder ocuparse de su hijo o de su hija en caso de que a usted se le ocurriera no presentarse con el dinero o hacer alguna tontería. Todo esto es limpio y legal. Le ofrecemos un servicio. Profesionalidad. Confíe en nosotros. No hemos fallado nunca.

Andrés me interrumpió, con sus ganas infantiles de protagonismo:

—Bueno, una vez, en Manlleu.

Idiota.

—Andrés, no fue culpa nuestra. Teníamos clara la madre. La seguí hasta el coche y le di las instrucciones de siempre. Le enseñé el Mercedes, se quedó muda de miedo como pasa siempre y se fue temblando como todas. Volví al cabo de dos días, como habíamos quedado, y me dejé ver, pero no me hizo ni caso, dejó al niño, volvió al coche y se largó. No había pasado nunca. Tuvimos que decidir si lo dejábamos o actuábamos con el crío.

—Yo quería dejarlo.

—Y yo dije: Si lo dejamos, la cosa se volverá peligrosa. Si lo dejamos, la madre verá que no somos serios, irá a la policía y, aunque no nos encuentren, habremos empezado a dejar rastro. Y no hay que dejar rastro. Rápidos y limpios. Nos discutimos, ¿te acuerdas? Pero al final mando yo. Al cabo de dos días, mandé a Andrés al colegio a la hora del recreo. Llamó al niño desde fuera y le dijo que tenía un recado para su madre: Mañana, última oportunidad. Y el niño contesta: No puedo hablar con mi madre porque mi madre se murió cuando era muy pequeño. O sea, que la mujer que iba a llevarlo al colegio debía de ser una tía, o la madrastra, o quien fuera, no tenía pinta de canguro, pero quizás lo era, en cualquier caso se había callado la amenaza para no buscarse problemas, no había dicho nada y al niño que le dieran. O a lo mejor quería quitárselo de encima. ¿Cómo se puede ser tan poco persona? ¿Solo quieres a un niño si es hijo tuyo? Entonces, ¿qué? ¿El amor es un instinto animal? ¿Como los perros, que solo defienden a sus cachorros? Hasta los perros defenderían a los cachorros ajenos. Después háblame de amor. Al menos los maricones no follamos para tener hijos.

Íbamos por la tercera botella de vino y las mesas de alrededor estaban medio vacías. Me la sudaba que nos oyeran, lo único que me agobiaba era que Albert Jordi no decía nada. En la cárcel todo el mundo sabía que había matado a su mujer. Matar a una mujer era peor que matar a un negro, pero no aseguraba nada. Matar a un niño era distinto. Y eso que los niños son como animalitos. Con lo de los muertos hay mucha hipocresía. Ya pueden ir diciendo que todos los muertos son iguales: matar a una pulga no es como matar a un perro, matar a un perro no es como matar a un negro, matar a un negro no es como matar a una mujer, matar a una mujer no es como matar a un hombre y matar a un hombre no es como matar a un niño. No es igual matar a un tío que no puedes ni ver que matar a un amigo tuyo, no es igual matar a uno que no habías visto nunca que matar a uno que conocías de toda la vida, ni es igual matar a un extranjero que a uno de tu pueblo o matar a un pariente lejano que matar a tu pareja, y no es igual matarla si la odias que matarla si la quieres.

Fui al grano:

—Quiero reformar el negocio. Quiero subir el precio de nuestros servicios. Pero para cobrar más también tenemos que ofrecer más. Son las leyes del mercado. Hasta ahora he pedido una cantidad que no falla. Pagan porque es una ganga. El problema es que tengo sesenta y ocho años. ¿Cuánto puedo durar? Con la mierda que me he metido... ¿Cinco años más? ¿Diez? ¿Y después qué? ¿Diez más? ¿Y si duro veinte años? ¿Y si duro treinta? ¿Qué puedo hacer? ¿Suicidarme? Yo puedo suicidar a alguien, pero suicidarme a mí mismo es distinto. Tengo que ir pensando en la jubilación.

Había cero posibilidades de que Andrés creciera y se hiciera cargo de mí y del negocio. Andrés siempre me verá como a un padre, me necesita tanto a mí como yo a él. Si le fallaba yo, él también me fallaría. Y tarde o temprano tenía que fallarle por ley de vida, se trataba de que cuando él lo viera ya fuera demasiado tarde, y por el momento Albert Jordi podía ser la solución. Lo malo era que Albert Jordi también tenía sus problemas, de los tres era el más desequilibrado. Claro que nadie es perfecto y no hay mucha gente que quiera trabajar con niños. Es como ser sepulturero, hay mucha superstición.

—He pensado en un trabajo de medio año. Cuatro criaturas que ya tenemos decididas. Con las madres más cagadas y más poquita cosa que te puedas imaginar. No puede fallar nada. Una me pidió pagar el mismo día. Quedamos al cabo de dos horas y me dio el dinero y, flipa, diez mil euros de propina en un sobre aparte. Temblaba como una hoja. Ahora volverá a vernos. Serán dos viajes al sur de Francia, uno a Galicia y uno a Castilla, como unas vacaciones. Alquilaremos las casas dos meses antes. Iremos rapidito. Con una semana y media por negocio lo tenemos resuelto. ¿Tú sabes cuántos secuestros de estos se hacen todos los días? No se sabe, pero son muchos. Hay colas de tíos como nosotros yendo a ver a las madres forradas. Que no se sepa quiere decir que funcionan. El día que se sepa, mal. Las cosas que parecen complicadas son las más fáciles. Medio año para que me haga un rinconcito. Después volveremos al negocio de siempre, y a tercios.

Albert Jordi sonrió sin contestar. Le dije:

—¿Qué? Buscabas una moneda de un euro y te has encontrado un billete de quinientos, ¿no? Piénsatelo si quieres, pero me dirás que sí.

—Dirás que sí —repitió Andrés.

—¿Qué vale un niño? —planteé entonces—. Es una decisión de empresa que tendremos que tomar entre todos. ¿Doscientos mil? ¿Trescientos? Tenemos que contarlo inversamente. Cuanto más pequeño, más años le quedan de vida. Los padres pagarán por los años que le quitan a la muerte, me imagino. Por lo tanto, cuanto más pequeño, más vale. También es un riesgo para nuestro servicio, porque, cuanto más pequeños son, también son más delicados. La vida del niño tiene un valor. La mía solo vale la pasta que tengo, por eso necesito tanta. Por eso estamos aquí. Me he hecho viejo y no me quejo. Me ha ido bien. Mis padres eran pobres como ratas, imagínate, a finales de los cincuenta, en este país, no existían las inversiones de ahora, no había turismo, ni este pueblo, mira a tu alrededor, todo esto es nuevo, entonces era ciencia ficción. Ahora queremos la independencia. Y yo pienso: Si hubieras vivido en mi casa, habrías dado gracias por poder comer como comes ahora. Se quejan de que no pueden poner la calefacción. Se nota que no han vivido en mi casa. Dormíamos todos en la misma cama para no pasar frío.

Comimos postre, nos tomamos un café y salimos del restaurante igual que habíamos entrado, sin el compromiso de Albert Jordi. Yo iba un poco perjudicado por culpa del vino. Las terrazas seguían estando llenas. Había puertas que daban a discotecas y pubs subterráneos. Me olí problemas con Andrés. La acera retumbaba bajo los pies, andaba al ritmo de la música electrónica, no me habría importado en absoluto entrar en una de aquellas cuevas y tomarme un whisky triple. A Albert Jordi le gustaba mucho el whisky y Andrés perdía el culo por volver a tocar culo. Pero todavía no había nada que celebrar. Miré a Andrés y me siguió hacia el coche. Iba a nevar otra vez. Nada de discotecas. No se mezcla el placer con los negocios, ya estaba avisado del día antes. Íbamos a divertirnos, pero era un viaje de trabajo tan serio como cuando visitábamos colegios. Albert Jordi tenía que confiar en nosotros. Él sabía cómo eran las mujeres y se encargaría bien de un crío. Yo desde pequeño no había vuelto a ver a un niño hasta que empezamos a ir por los colegios. Alquilaríamos casas de urbanización con nombres

falsos. Albert Jordi se encargaría de la criatura y nosotros de los padres. Si algo salía mal, nos largaríamos y le dejaríamos el paquete a Albert Jordi.

Subimos al Mercedes, saqué la papelina y cayó una nevada histórica sobre el cuero del asiento. Qué gozada un coche bueno. A la mierda, no estaba muerto, tenía sesenta y ocho años pero muy bien puestos, con un corazón de treinta que aguantaba la nieve como un campeón de esquí nórdico. Medalla de oro. Llevaba el bum-bum de las discotecas dentro, no había ninguna música más, ningún ritmo más que el corazón, bombeaba la sangre que te la ponía dura, ni viagra ni hostias, coño, la clave es el corazón. Lo tenemos dentro, pero es como si no estuviera, y solo se para si te mueres, pero entonces ya no estás. El corazón hace compañía, no sabes si lo tienes tú dentro o si es él quien te lleva encima. El corazón es un amigo, por eso representa el amor y la carne que no para, tiene válvulas como el motor de un Mercedes. Cuando arranqué para volver a Riudellots, los tres corazones que iban dentro rebotaban contra los cristales como pelotas de squash, era un ritmo de locos, Andrés se reía, Albert Jordi se reía tumbado en el asiento de atrás, con los brazos detrás de la cabeza como una mariposa, mirando al techo, reíamos y los tres corazones parecían pelotas de azúcar en manos de un malabarista, en órbita a toda pastilla. Pisé a fondo el acelerador y Albert Jordi dijo:

—Sois increíbles.

¡Desde luego que lo éramos! ¡De puta madre! ¡Éramos los mejores! ¡Quería decir que entraba en el negocio!

No hay nada como la nieve. Vale la pena haber venido al mundo solo por eso. Lo entiendes cuando te metes. Y entonces quemas toda la mierda que tienes que tragar. Te tiras con trineo, cada vez más deprisa, y ríes, y cuando viene una subida vas en una moto de nieve con patines, saltas, vuelas, conectas con Dios, estás en el cielo, fuera no queda nada, está todo lleno de cojines rojos, de pollas empalmadas y cachondas. Salimos de Platja d'Aro a toda castaña y otra vez un radar detrás de nosotros, flash, y otra vez de día, y la nieve en el arcén de la carretera, y los ciervos mirándonos. Las montañas eran de plata, había trabajadores con palas en las cunetas y máquinas que quitaban la nieve para que pudiéramos pasar. La carretera estaba vacía y mojada, tan negra entre lo blanco, pensé que tendríamos que pararnos a poner las cadenas, pero un Clase E no necesita cadenas, con las ruedas anchas que tiene patinábamos hacia la luna, flotábamos a un dedo de la carretera, reíamos y jugábamos a squash con el corazón, y volvimos a ver la iglesia, o el castillo, o la catedral de Llagostera, lo que fuera, como esas casas metidas en una bola de cristal a las que les cae nieve encima poco a poco, y Albert Jordi preguntó:

—¿Qué pasa si hay un problema y la familia del niño no paga?

Y se meaba de risa.

Pero era normal que pensara en todo, con aquella nevada. Y, si no lo hubiera planteado él, se lo habría dicho yo. Pasamos otra vez por la rotonda de la policía, seguían allí, abrigados para afrontar la nieve, tan calentitos como nosotros dentro del Mercedes, con la calefacción tan fuerte que podíamos ir con las ventanillas bajadas para que entrase aire limpio. Ni notábamos la temperatura de fuera. Fui inteligente, pensé: Ahora no te busques problemas con la pasma, estás a punto de cerrar un negocio y no es el

momento. Y pasamos sin frenar para nada, ya nos conocían de antes. Saludé con la mano, como si fuera su superior, aceleré y pasamos sin cinturones ni nada. ¡Hijos de la gran puta!

—Tú no sufras, que está todo estudiado —dije—. Primero se manda una uña. ¿Que no hacen caso? Quedan diecinueve. Pero supongamos que pasan de todo. Muy bien. Entonces se manda un diente. No tengo claro si un diente de leche vale más o menos que los de después. Habrá que decidirlo. Valen más los de leche porque son de niño pequeño, pero también valen menos porque después sale el relevo. Y los segundos no tienen recambio, o sea, que tendrían que valer más. Ya lo decidiremos. Yo los tengo gastados y blandurrios como un culo de vela, hostia puta, los míos no los querría ni Dios, pero unos nuevos... Después se mandan dedos. Puede que los padres hayan sido tan cabrones como para aguantar hasta ahí, pero cuando vean un dedo... Ellos nos han obligado y lo saben, así que se acaban los problemas de golpe. Y tú me dirás: ¿Y si no se acaban? Hombre, eso es mucho suponer. La gente no es tan cabrona. Pero, vaya, entonces tenemos las orejitas, tenemos la naricita... Está claro que entonces necesitaremos un botiquín. Y está claro que cada vez la criatura valdrá menos. Solución: podemos hacer un descuento con cada envío. Poli malo y poli bueno. No queremos engañar a nadie. Somos gente legal. Si la mercancía no está completa o tiene defectos, el cliente tiene derecho a un descuento. ¡Con tantas facilidades acaban pagando, no me jodas!

Claro y fresco como la nieve. No dejaba de reír. Pasábamos por túneles de nieve. Levantábamos nubes de nieve a nuestro paso.

—¿Y si siguen sin pagar?

Este Albert Jordi. Buena señal que quisiera asegurarse.

—Siempre con ese pesimismo. ¿A ti qué te parece, Andrés? ¿Pagarán? Pagarán, desde luego que pagarán, que te lo digo yo. Y, si no pagan, tendremos que volver a decidir qué vale más. Siempre hay que ir de menos a más. Claro que entonces ya necesitaremos a un especialista, quizás algún negro de esos de los mataderos, que sepa cortar sin cargarse a la criatura. Y sedantes, también lo he pensado. O quizás una nevada de alta montaña. Y no sé qué vale más, la verdad, si un brazo, un ojo o un huevo. No es tan fácil. ¿Primero un brazo y después un ojo, o primero un ojo y después un brazo? ¿O una pierna? Y, si es niño, ¿para cuándo dejamos el pito? ¿Para antes del segundo brazo? No lo tengo claro. ¿Para antes del segundo ojo? ¿Del segundo huevo? ¿Para después? Yo lo dejaría para después, ¿no? ¡Yo lo dejaría para el final!

Me meaba de risa. Toqué el claxon unas cuantas veces, un claxon que parecía de camión, y dije:

—Mandaremos el pito con una nota. ¡Guardadlo en la nevera, luego ya se lo pegaréis!

Por detrás de nosotros saltó otro flash. Parecía una guerra, cruzábamos campos de minas y las hacíamos estallar, era una guerra entre Albert Jordi y yo en la que acabaría rindiéndose y pasándose a nuestro ejército. Volvimos a pasar por la rotonda de los pollones de Cassà, pero yo estaba tan concentrado redactando mentalmente la carta que mandaría, metida en el sobre con guantes para no dejar rastro, impresa en una

impresora cualquiera, una carta a la madre del niño que más o menos diría: Puta tacaña asquerosa cabrona egoísta de mierda que no te sale del coño pagar por tu hijo, desgraciada, si te daría yo mismo el dinero para que lo salvaras, tu hijo no tiene ninguna culpa de que sus padres sean unos traidores hijos de puta de mierda, pero por desgracia ni yo tengo la pasta ni tú tienes el hijo, solo los pedacitos que hemos ido enviándote, y si no pagas te lo iremos mandando por entregas hasta último pelo, todo el coleccionable del niño, estos deditos tan útiles, esta orejita tan fina, este pito para tener nietos, ¡te lo mandaremos para que te lo quedes cuando ya no te sirva de nada! No queremos a tu hijo, cabronaza. No queremos hacerle daño, coño con patas. Será culpa tuya, foca asquerosa y peluda, puta traidora podrida, seguro que ahora lloras a moco tendido. ¡Pues vuelve a metértelo por el coño trocito a trocito, capulla! ¡Trágate los pedacitos, a ver si vuelves a parirlo entero, después de matarlo! Puta mamona pringosa impresentable. ¡Tener hijos y abandonarlos! Que quedes bien traumatizada, que nunca te recuperes de lo que le estás haciendo, miserable sin alma, cabrona.

Íbamos tan follados y yo estaba tan concentrado pensando en la carta, tan seguro de que Albert Jordi no dejaría pasar la oportunidad, que en la rotonda de los pollones tiré recto y me equivoqué de salida.

—Si no pagaran, yo sería el primero que lo pasaría mal, pero sería culpa de la cerda de la madre, que nos obliga a hacer cosas que no queremos hacer. El problema siempre son las mujeres. Es lo único que puede fallar, no nos engañemos, son traidoras. Qué rabia da tener que trabajar con mujeres. Si los hombres llevaran a los niños al colegio, nuestro negocio sería más fácil. Pero las mujeres... Hostia puta. No te quiero engañar. Hay que ser mala puta para poner en peligro a tu hijo. Que de pequeños son delicados. Hay que ser mala persona, pero de una mujer puedes esperar cualquier cosa. No entiendo qué les ves, Albert Jordi. Un día me lo explicas. Por dentro están deformadas, por dentro y por fuera. A lo mejor es el problema. Tú las conocías. Te lo juro que me intriga. ¿Te imaginas no tener polla? ¡No me extraña que nos persigan! ¡La quieren para ellas! ¡Se la quieren poner! ¿Y a ti te da igual? ¡Venga, Albert Jordi, déjasela un poco más, hombre! ¡Yo también me sentiría frustrado! ¡Sin polla, yo también estaría amargado, yo también querría librarme de los niños...!

No sé si me escuchaban. Sudaba copos de nieve. Entonces me di cuenta.

—Podíais haber estado atentos, hostia. Nos hemos equivocado de salida.

De vez en cuando, Andrés volvía a sacar la cabeza por la ventanilla y gritaba: ¡Os estamos salvando el culo! ¡Os estamos salvando el culo!

—¿Por qué no has puesto el GPS? —dijo Albert Jordi, y se echó a reír—. ¿Porque es una tía?

—Me distrae, hostia puta.

Y era verdad, lo único que quería oír eran los corazones al rebotar contra el techo y contra el suelo y las ventanillas, aunque lleváramos los cristales bajados. Salí de la carretera para hacer un cambio de sentido y me metí en el aparcamiento de unas cerámicas de esas que hay por las carreteras de Girona. Empecé a hacer la maniobra, pero de repente decidí parar el coche. Cuanto más se divirtiera Albert Jordi, más fácilmente entraría en el negocio. Había de acabar con las reticencias.

—También podríamos aprovechar la paradita —dije, y saqué la papelina mágica.

—¡Baqueira Beret! —gritó Andrés.

Y Albert Jordi, tan frío como siempre:

—¿No nos estamos pasando?

—Tengo toda la que quieras, no nos la acabaremos.

Andrés me miró como reclamando atacar de una vez a Albert Jordi, pero yo ya había decidido que no. Lo necesitábamos para el negocio. Quizás con otra nevadita se decidiría.

Hice seis rayas en el respaldo del asiento, nosotros las esnifamos desde delante y él desde detrás. El corazón es un músculo, como los bíceps, hay que tenerlo en forma. Entonces notas la fuerza.

Las mujeres no saben lo que es tener unos brazos de hierro como los de Andrés, la potencia, la fuerza de dentro de su cuerpo, un brazo que parte una mesa, un pecho que derriba una pared, unas piernas potentes como martillos. Todo eso tenía Andrés.

La nieve ya tapaba los demás coches del aparcamiento. Nuestros faros iluminaban una tela metálica. Detrás de la tela había una exposición de macetas, jarras, ánforas y cazuelas de barro, todo cubierto de nieve.

Volvía a estar tan contento que dije:

—Vamos a bajar del coche, Albert Jordi. Te lo he dicho antes, voy a enseñarte mi arma secreta.

Me siguió hasta el maletero del coche tocándose la nariz. No estaba acostumbrado a tanta nieve. Abrí. Levanté la base y quedó a la vista la caja de herramientas, el estuche de la pistola y el bate envuelto en una manta. Solo se veía qué era la caja de herramientas. Cogí el bate como si fuera un recién nacido y lo desenvolví delante de él.

—Nunca se lo enseño a nadie. ¿Eh, Andrés? Estamos preparados. Compré el mejor bate americano, hecho de la madera más fuerte, y lo llevé a una joyería para que me lo remataran con una punta de titanio. Me gasté un negocio entero. No me digas que no vale la pena. Qué preciosidad. Fíjate en la punta. No la mancharía con un negro. Quizás unos golpecitos, antes de estropear la mercancía, y unas fotos para los padres del niño, no sé, es una idea.

Saqué unas tenazas de la caja de herramientas. La cabeza me iba a toda castaña. Me moría de ganas.

—Me muero de ganas —dije—. Con vuestro permiso.

Le di el bate a Andrés y fue hacia la exposición de cerámica. Con las tenazas abrí una puerta en la tela metálica. Tenía las manos blancas de nieve. Andrés también tenía el pelo blanco.

Entré con el bate en la mano. Todo estaba bien colocado entre la nieve, expuesto en el suelo en montoncitos de piezas, unas encima de otras, con pasillos entre medio: macetas, ollas, cazuelas de barro, jarras, botijos, peroles, platos, huchas, ánforas, tinajas de todos los tamaños..., no sabía por dónde empezar.

Andrés y Albert Jordi ya se lo imaginaban y me esperaban sin abrir la boca. Yo sentía acelerarse el corazón, tenía que bombear más fuerte porque se me había alargado el cuerpo, tenía un brazo nuevo, un brazo largo y potente como una erección de caballo,

el corazón tenía que llenarlo de sangre, inflarlo a presión, empecé a girar sobre mí mismo y el bate fue levantándose y cayó como un mazo sobre un montón de macetas. Con el golpe volaron mil trozos mezclados con la nieve. ¡Clanc! Volví a levantar el bate y lo lancé como un puñetazo contra unas cazuelas. ¡Catacrac! Todas hechas añicos. Estaba como si tuviera veinte años, dieciocho, quince. Cerré los ojos y fui arreando por todas partes porrazos mortales hacia delante y hacia atrás, por donde fuera, arriba y abajo, desligado del mundo, macetas, jarras, ánforas, botijos, cazuelas, sentía la furia del bate y sentía la paz de mi interior con cada explosión de nieve y barro, cada esquirla que se me clavaba en la cara, cada gota de agua fría de nieve, y las jarras se rompían como campanas, y cuando partía una cazuela me imaginaba la cabeza de un negro, y entonces me acordé y me eché a reír, me acordé de un día cuando era pequeño, acordarme era como haber encontrado la pista de un tesoro, me habían invitado al cumpleaños del amigo de un amigo, hacía mil años que buscaba aquel recuerdo, buscaba y rebuscaba por los cajones de la cabeza, llenos de trastos inútiles mezclados con lo mejor de mi vida, tenía siete u ocho años, estaba en el jardín de una casa a la que no había ido nunca, colgaron una olla llena de caramelos de la rama de un árbol, nos vendaban los ojos a los niños uno por uno y nos daban vueltas y después jugábamos a romper la olla con un palo. Cuando me tocó a mí, la madre de mi amigo me cogió por los hombros y me ayudó, y con los ojos vendados estaba tan impresionado por aquellos diez dedos puestos sobre mi espalda que aún hoy notaba cómo me guiaban, y descargué y toqué la olla, porque ella me había puesto justo delante para que no me equivocase, no podía fallar, pero estaba tan impresionado con la presión de sus dedos, de cada punta de cada dedo de aquella madre, estaba tan desconcentrado que no me acordé de darle fuerte y aunque le di a la olla no se rompió, solo tembló, allí colgada de la cuerda. ¡No volvería a pasarme lo mismo! Concentré toda la fuerza de la venganza en el bate, todo el corazón en la punta, un bate de carne y hueso que tiraba de mí como un brazo forzudo, sesenta años después. Fui hacia las tinajas, las había de todos los tamaños, pequeñas y grandes como una persona, regordetas como una mujer, me enfrenté a ellas con toda la fuerza y con una paz interior tan grande que, mientras el bate las reventaba por la barriga y el golpe resonaba dentro mismo de la tinaja, yo oía los grillos que cantaban en los campos de alrededor, entre la nieve y el estropicio. Las explosiones eran como joyas sobre el cojín blanco de la nieve, y oía respirar a Albert Jordi y a Andrés, oía sus pensamientos, la tentación de Albert Jordi de entrar en el negocio, lo oía pensar que se había pasado toda la vida en Babia, que era el momento de cobrar lo que le debían, de no vivir atrapado como hasta entonces por una mujer o por una librería, por el mismo aburrimiento de la cárcel fuera de la cárcel.

Rompí cuatro o cinco tinajas más, pero no podíamos quedarnos allí hasta que se hiciera de día, empezaba a pasar algún coche y seguro que los golpes se oirían desde las casas del pueblo que había allí cerca, tenía que espabilar. Empecé a dar coces, también, para cargármelo todo. No había nada mejor que romper culos a batazo limpio. Notaba los trozos de hielo y de nieve en la sangre como un río de montaña que hacía un circuito desde el corazón hasta la polla, pasando por los brazos y concentrándose en la punta del bate, era como arrear mazazos a un charco de sangre, la sangre de la alfarería me

salpicaba, me calentaba y me limpiaba.

Además de macetas, cazuelas y tinajas, había barreños, fuentes, sombreros de chimenea, estanques para peces y un ejército de enanos Disney, blancos y macizos, todos con su barba y algunos con faroles como si me buscaran. El complemento perfecto para la iglesia de Llagostera. Los derribé uno a uno, con el pie y con el bate, partí la Blancanieves en dos de un golpe, le rompí las patas a un ciervo, les aticé un batazo a las águilas de piedra, se quedaron sin alas, les arreé a los molinillos con aspas de metal, las setas de piedra para poner en los jardines de las urbanizaciones, allí donde los niños jugaban a romper la olla. Vi unas estatuas grandes como estatuas de museo, mujeres de piedra desnudas, con el pelo largo y rizado, blancas, macizas. El bate rebotó en la cabeza de una estatua, suerte que era un buen bate macizo, no era una mala noche para desvirgarlo. La punta de titanio iría poniéndose brillante. Desde que me lo habían hecho lo llevaba escondido en el maletero, como si tuviera que preservarlo yo a él y no él a mí. Lo levanté con toda la fuerza que pude reunir, lo levanté desde detrás de la espalda y al mismo tiempo que lo hacía bajar giré el cuerpo como un jugador de béisbol americano y pegué el batazo más potente que se ha pegado nunca en este continente, hostia santa, tan fuerte que le corté la cabeza a la tía aquella y la lancé rodando unos cuantos metros por la nieve.

—¡Albert Jordi! —grité, sudado, muerto de calor—. ¿Con tu mujer lo hiciste así?

Volví al coche. Andrés me dio la manta, me sequé, envolví el bate y lo metí otra vez en el maletero. Fue una noche histórica.

Ya llegábamos a Riudellots y Albert Jordi aún no nos había dicho ni que sí ni que no. ¿Qué coño le pasaba? ¿Por qué se hacía de rogar de esa forma? ¿Qué quería, más de un tercio del negocio? Poco antes de llegar al hotel del avión, volví a salir de la carretera y paré el coche.

—Antes de que nos separemos, quiero saber si te apuntas o no —le dije—. Te hablo muy en serio.

Me di la vuelta y se había dormido. Andrés se echó a reír. Seguramente me estaba tomando el pelo. Abrió los ojos. Nos quedamos mirándolo con atención unos segundos. De repente abrió la puerta, salió y arrancó a correr.

La madre que lo parió. ¡Corría como un conejo!

Salimos tras él.

Cobarde de los cojones.

Corría por los campos como una gallina, el desgraciado. ¿De quién huía, el muy rata? No veíamos gran cosa, pero la luna y la poca nieve que aún había daban algo de luz, y vimos su sombra corriendo por unos campos. Tropezaba y se caía.

—¿Y tú a qué esperas? —le dije a Andrés.

Arrancó a correr detrás de él. Lo atrapó enseguida. Al verse preso, Albert Jordi saltó entre unas cañas y fue a parar a un torrente seco.

Crucé el campo hasta donde estaban. Cuando llegué al torrente, Andrés lo tenía en el suelo, cogido del cuello. Al verme llegar, lo soltó.

—¿Qué hacías? —grité—. ¿Adónde coño ibas?

Albert Jordi salió del torrente, se acercó, me abrazó y me dio las gracias. Estaba

temblando.

Se le habían cruzado los cables con la nieve, supongo. A veces pasa. En la cárcel tampoco había sido fácil convencerlo, pero una vez había entrado en el juego todo había ido como una seda. ¿La experiencia no le había servido para nada? Nosotros lo necesitábamos, pero él también nos necesitaba a nosotros. Solo era cuestión de repetir la jugada. Le pasé el brazo por detrás del cuello, como si fuera su padre, y paseamos un rato por el campo. Le dije:

—Mira. Te hemos estado esperando. Primero, a que salieras de la cárcel. Después, a que vieras por ti mismo que si nos necesitabas podíamos ayudarte. ¿Somos amigos o no? Tienes que confiar en nosotros. Fuiste valiente con tu mujer. Sé tú mismo, joder. Todo saldrá de primera.

Echamos a andar. Ya quedaba poca nieve, alguna mancha blanca aquí y allá entre los campos segados. Estaba a punto de salir el sol y fundirlas del todo. Cogimos un camino que cruzaba otro campo, pensando que llegaríamos antes al coche.

No sé cómo acabamos allí. Estaba haciéndose de día. Después del campo había una jaula grande como un edificio, con paredes de tela metálica y un tubo grueso de acero inoxidable en lo alto que seguía el perímetro de la valla para que fuera imposible saltarla.

Entonces oímos como unos tambores dentro de la jaula. Vimos unas arañas peludas del tamaño de un niño. Unas arañas peludas gigantes, de cuatro patas, que corrían una tras otra saltando, chillando, muy excitadas, y una se daba golpes en el pecho. Había seis o siete. ¿Qué era aquello? ¿Un zoo de monstruos? ¿Un experimento? Tenían los ojos grandes y cara de persona y no dejaban de chillar. ¿Nos habíamos pasado con la nieve? ¿Qué era aquello? ¿Un manicomio?

Como siempre, Albert Jordi lo sabía todo.

—Son chimpancés. Ya sé dónde estamos. El otro día vine andando. Los tienen aquí porque no saben qué hacer con ellos. Son chimpancés que estaban en circos o en casas o que servían para hacer películas y anuncios, y los tienen aquí, es de una ONG.

Nos quedamos quietos delante de la tela metálica. Los chimpancés se fueron calmando. Albert Jordi también parecía más tranquilo. Nosotros también meteríamos a los niños en una jaula o algo parecido, pensé. También nos mirarían con sus caritas de persona.

Los chimpancés fueron acercándose, tan curiosos como nosotros. Se nos sentaron delante. Estaban en su cárcel, como nos había tocado a nosotros durante tantos años. Pero ellos ya nunca saldrían de allí, y si lo hacían sería un desastre.

Andrés se acercó a la valla, la agarró y agitó la tela metálica. Los chimpancés se asustaron, empezaron a saltar y gritar otra vez, y algunos se subieron a unas estructuras de madera que hacían de árboles. Le pedí que hiciera el favor de quedarse quieto.

—Pagarán, confía en mí —le dije a Albert Jordi—. Fíjate. Podríamos llevarnos a un mono de estos. No hoy. Ya vendríamos a buscarlos. Con las tenazas abriríamos como si nada, igual que en la tienda de cerámica.

—¿Te crees que no tienen fuerza? —dijo.

—Tenemos el bate. Con un mono de estos bastaría. De entrada, no hay que

estropear la mercancía si nos topamos con unos padres desaprensivos. Hay gente sin corazón, no te quiero engañar. Pero lo tengo todo controlado. Mira lo que hay aquí. Orejitas, deditos... No habría ni que tocar a la criatura. Si depilamos un brazo o una pierna, tienen el tamaño de los de un niño. Enviamos primero un brazo o un trozo de brazo de un mono de estos. En serio. Espera. Vale. Enseguida verán que no es de su hijo. Muy bien. ¿Y qué harán? Darán gracias a Dios. Pero después vendrán los problemas. Porque se harán un lío. Si se creen que es la oreja de otro niño, ¿les parecerá mejor que se lleve la hostia otro o les parecerá peor porque por culpa suya otra madre tendrá un hijo sin oreja? ¿Te imaginas a un niño sin oreja? Me encantan estos juegos. Y, si tenemos más críos aparte del suyo, ¿quién le dice que no tengamos toda una colección? ¡Y, si les enviamos pedacitos de un niño que no es suyo, también se creerán que podemos estar mandando pedacitos del suyo a otros padres! Incluso si descubren que es de un mono, ya te digo yo que una cosa son las palabras y las amenazas y otra un trozo de carne.

Los chimpancés me miraban sin entender nada. Algunos todavía tenían copos de nieve en los hombros. Me pusieron triste. Era triste tener a los animales en una jaula. Un chimpancé me miraba y se tocaba la barbilla. Me acerqué un poco y me vi reflejado en sus ojos, crucé mi propia mirada y entré por los agujeros de sus ojos dentro de mi cabeza.

Entonces oí voces y tuvimos que irnos. Empezaba a salir el sol. Dejamos a Albert Jordi en el hotel y seguimos hacia Barcelona. Paciencia. Esperaríamos su respuesta. Si no decía nada, ya pensaríamos qué hacer. No era un tío peligroso, era un tío con problemas, pero discreto, y le teníamos demasiado cariño para hacerle ningún daño. Corriendo por la autopista, con Andrés durmiendo como un angelito en el asiento de al lado, no me quitaba de encima esa ternura que me había pillado, y me daban pena los pobres chimpancés y me daban pena los pobres niños.

Vi delante, en el cielo, una avioneta. El sol había salido del todo, con aquel calor agradable de primera hora de la mañana, tan perfumado. Si es que vivíamos en un mundo precioso. La avioneta dejaba caer como una nevada de polvo, una nevada que iría tapando campos y montañas y que también taparía al negro, si no lo habían encontrado.

Qué lástima que el negocio de los niños no fuera una película, que no fuera solo una imaginación, qué triste que fuera verdad, que siguiera allí por mucha coca que te metieras, que Albert Jordi, Andrés y yo acabáramos haciendo lo que había acabado de planear del todo aquella noche. Me imaginé los muertos que íbamos a dejar, una muñeca rusa de ataúdes infantiles, por la tontería de los padres, por las cagadas de Andrés y por las dudas de Albert Jordi.

7

Cuando al día siguiente volví al trabajo, el recepcionista de noche me dijo que Èlia ya se había ido. Pasé detrás del mostrador y marqué otra vez el número de Albert Jordi. Colgaba al cabo de pocos tonos. Era la primera vez que trataba de hablar con un hombre después de que nos separásemos.

En la comisaría de Santa Coloma, el agente de los Mossos había puesto cara de incrédulo.

—Uno de los hombres que vio la vecina de la Crosa, vale... Albert Jordi García... Y me dicen que ha pasado diecisiete noches en el Hotel Avions...

Una de ellas conmigo, y no lo había soñado, tenía debajo del mostrador de la recepción la ficha que él mismo había rellenado, su dirección grabada con letra clara en el papel, calle Bruc, 57, 2.º 2.ª, Barcelona. Miré en el móvil cómo llegar. Había un aparcamiento público en la misma calle. Llamé a mi jefe, le dije que me encontraba mal y tenía que irme. No eran tiempos de jugarse el trabajo, pero en cinco años no había fallado ni un solo día en el hotel. Por lo poco que me pagaban, una tarde libre no era nada.

Cuando llegó el recepcionista a sustituirme, me puse una mano en la cabeza y fingí que me iba a urgencias. Conduje hasta Barcelona. Por el camino escuché un concierto de Nick Cave entero. Me conocía la autopista como si la hubiera dibujado yo, aquel Montseny embarazado. Durante más de veinte años me había hartado de ir y venir de Girona al aeropuerto de El Prat, que era donde tenía la base Spanair.

Al cruzar Barcelona, empecé a oír sirenas de ambulancias y camiones de bomberos. No hice caso y llegué sin problemas al aparcamiento de la calle Bruc. Cuando me bajé del coche, llamé otra vez a Albert Jordi. Estaba claro que no iba a contestar. En dos minutos me tendría en el interfono de su casa.

—Sorpresa. Soy yo.

Entre dejar la vida de azafata o enfrentarse a un novio celoso, Sílvia Medín me creyó a mí y le plantó cara a su novio. Seguramente, sin nuestra historia en París Sílvia habría oído en su casa la noticia del accidente de Spanair. Lo habría visto por la tele mientras daba el pecho a un niño pelirrojo, aliviada al saber que había esquivado la desgracia, alegrándose en nombre de su hijo de que en su lugar hubiera muerto otra azafata, quizás yo misma. Entonces yo todavía volaba, me quedaban tres años y poco más allí arriba.

El día del entierro conocí a los familiares y los amigos de Sílvia, un padre y una madre más jóvenes de lo que esperaba, abuelos, tíos y media docena de azafatas como yo.

—No les desees una cosa así a tus padres —me dijo la madre de Sílvia, y me abrazó.

Lo único que quedaba de su hija era una bolsa de huesos dentro de un ataúd. Se comentaba en voz baja que sus padres no habían querido verlos. ¿Por qué, si no los habrían reconocido? Podían ser de cualquiera. A la gente que llevaba en la avioneta no le molestaba ver las cenizas de sus muertos, destapaban la urna y sonreían como si dejaran salir al genio de la lámpara, he visto a más de uno que después se metía los dedos en la boca para probar el sabor de su muerto y tener un contacto más íntimo con él. Pero lo de los huesos era distinto, eran la parte obscena, hacían pensar en el canibalismo, y algo caníbal había en las relaciones humanas cuando sopesabas lo que habías sacado, lo que habías incorporado de alguien a quien no volverías a ver. Yo era la reina de las desapariciones. Mi vida era una cadena de desapariciones. Después de París, no volví a saber nada de Sílvia hasta el accidente. Su muerte solo confirmaba que no volvería a verla.

Entre un vuelo y otro, las azafatas limpiábamos la cabina de pasajeros, pasábamos con bolsas de basura a recoger periódicos y revistas, envoltorios, pañuelos de papel y auriculares abandonados. Viajar es como ir al cine y todo el mundo da por sentado que al bajar del avión las azafatas se convertirán en asistentas y se pondrán a limpiar su mierda. Aún no habían salido los últimos pasajeros y ya empezábamos, no podíamos entretenernos ni un segundo, vaciábamos, limpiábamos y aspirábamos la cabina para el siguiente vuelo.

Por megafonía insistíamos en que nadie se dejara nada, pero siempre había quien, con las prisas por salir del avión, olvidaba un libro a medio leer, una bolsa de botellas de whisky compradas en el duty free, un maletín debajo del asiento o el carnet de identidad. En el último momento, nerviosos por el aterrizaje, había pasajeros que comprobaban sus documentos para asegurarse de que los llevaban, y precisamente por eso acababan dejándoselos. Los detenían en el control de pasaportes, teníamos que llamar corriendo.

Mis amores también se dejaban documentos. Me los encontraba después. Un comentario inesperado que me confirmaba una sospecha, una palabra que no parecía importante y que después, pensándolo bien, cambiaba el sentido de una conversación. Me gustaba hacer de detective que llega a investigar cuando se ha vaciado el escenario del crimen, sin prisas.

Hasta el entierro de Sílvia no empecé a entender qué me había dejado, cuál era su herencia, y fue tan difícil de asimilar como el saco de huesos para sus padres. Busqué entre los familiares y amigos a un chico pelirrojo y lo encontré enseguida. Era como me lo había descrito. Pequeño, pálido y delgado, iba de negro, con los ojos hinchados, parecía un pobre comercial angustiado. El hombre que desplacé, el hueso que zarandeé en el esqueleto de Sílvia. El novio que se sentía mal porque la veía como un ángel y que le pedía que dejara los aviones. Tuvo mala suerte. Si hubiera insistido más, si la hubiera presionado más, si la hubiera amenazado y la hubiera obligado a bajar de las nubes...

Pero la mala suerte existe y yo misma ahora corría detrás de Albert Jordi como si se hubiera dejado un reloj de oro o el pasaporte en el hotel, como si pudiera salvarlo de la desgracia que no había salvado a Sílvia, como si al cabo de nueve años se hubiera abierto una grieta para librarme del remordimiento por Sílvia. Pero la mala suerte existe y fui a

Barcelona la peor tarde posible.

Al salir del aparcamiento, como no me cogía el móvil, pensé que si no lo encontraba en su casa me iría por el Eixample hasta el paseo de Gràcia a ver escaparates para hacer tiempo. Después volvería a la calle Bruc. En un momento u otro tenía que llegar. Entonces le pediría que me dejara subir a su casa o que bajara él. Le contaría que Èlia —fuera quien fuera Èlia en realidad, su pareja, su hermana, su ex— había estado buscándolo por Riudellots y que la policía iba tras él. Si no habían ido ya, los Mossos no tardarían en presentarse.

—Pero ¿qué dices? Quédate tranquila, por favor, todo es mentira. Soy incapaz de hacerle daño ni a una mosca, todo esto es un error, nunca he matado a ninguna mujer, nunca he matado a ningún negro. ¿Qué dices? Cálmate, todo eso son películas, créeme. Está como una cabra. Vamos a llamar a la policía. Ni tú ni yo tenemos nada que ver con la muerte de nadie. ¿Cómo se te ha podido pasar por la cabeza?

A veces, en la calma y el silencio de media tarde, oía voces en las habitaciones de arriba. De vez en cuando discusiones, de vez en cuando gemidos de placer. Pero nunca sabía qué parte de exageración o de sordina había que echarle, y los mismos extremos me encontraba con mis amores.

En casa, en cambio, la tranquilidad y la moderación eran el pan de cada día. Mis padres estaban mayores y su calma me resguardaba de las angustias con las que podía toparme fuera. En casa había una paz que había ido perfeccionándose generación tras generación, la vida familiar que yo misma todavía esperaba tener algún día. Nunca he podido imaginarme que mi padre se comportara como los señores de su edad que había conocido en ciudades extranjeras o después en el hotel. Quizás en un primer momento a mi padre le habría despertado la curiosidad una chica sola y extravertida como yo, pero enseguida habría sonreído y se habría ido, me habría evitado, me habría tomado por una puta o una boba. No podía imaginarse que el instinto era el último motivo de mis hombres. Él no sabía nada de ellos. Quizás en el fondo sí que era una puta, pero no en el sentido que le daba mi padre a la palabra. Los dos matrimonios que iban por casa parecían clonados del suyo. Si él o sus amigos habían pasado por las tribulaciones que me contaban los hombres, las habían dejado tan atrás que no quedaba ni rastro. Mis hombres sufrían, igual que sufría Sílvia. No encontré a ninguno que no estuviera, poco o mucho, en mitad de una tempestad. A veces pienso que quizás los ponía yo allí.

—Tienes una cabeza preciosa —me dijo uno—. Pero yo no quiero tu cabeza, yo quiero perder la mía.

—No sé qué hago aquí —decían.

—Necesito aire —decían.

A veces se sublevaban contra ellos mismos. Marcaban el yeso de la pared arañándolo con las uñas o abollándolo a cabezazos. Hombres que arreaban puñetazos a los muebles. Con eso me encontré. La mayoría de mis amores fueron historias bonitas, regalos de la vida, pero no hay relaciones sin emociones, y las emociones tienen mil caras. Las malas experiencias no oscurecían el resto de mi tesoro, al contrario, volvían más valiosas las relaciones luminosas, que eran la parte principal, relaciones cortas y compactas como diamantes. Pero, repito, no hay historias puras. Era muy gratificante

ayudar a aquellos hombres y ellos sabían que no lo hacía a cambio de nada, que una azafata no podía hacer como Sílvia y atarse a un hombre que querría y no querría tenerla al mismo tiempo, porque la tendría y no la tendría al mismo tiempo. Mis historias eran un privilegio de allí arriba en el cielo, y ni me di cuenta de que con el tiempo los hombres —aquellos hombres que, enlazados, formaban uno solo— iban volviéndose cada vez más problemáticos, más necesitados y dignos de ayuda. Cada día tenía más sentido dedicarme a ellos. Pon carne y hueso al deseo y tendrás lo que buscan hombres y mujeres.

Por eso era difícil que Albert Jordi pudiera asustarme, tenía experiencia. Recuerdo a uno que se dio con los dientes contra el suelo aposta. Tenía la cara empapada de lágrimas, estábamos tumbados en el suelo y de repente pegó un cabezazo contra las baldosas con la boca abierta, con los dientes de delante, y se partió dos. Le quedó un triángulo negro en la boca, si no se lo ha reconstruido todavía debe de andar por el mundo con el agujero en los dientes de delante, soy la única que sabe qué pasó, no fue un accidente.

Aprendí a calmarlos. Ríete de los libros de psicología. Los acunaba como si fueran niños. No descarto haber sentido una especie de poder. Algunos estaban a un paso del abismo. Se confesaban, confiaban en mí, podría haberles dicho que se tirasen a un pozo y me habrían hecho caso. Cada vez se me daba mejor calmar, entender la violencia, y ellos eran cada vez más mayores, y la edad también los moderaba.

Formaban parte de mi implicación con la vida, pero nunca me había encontrado con un caso como Albert Jordi, nadie que me hubiera mentido tanto, si es que Èlia decía la verdad. ¿Y la decía? Èlia podía haber pensado que Albert Jordi estaba en Riudellots por mí. Si no, ¿por qué había ido al hotel? ¿Y por qué me había interesado yo por ella? ¿Y por qué de entrada le había ocultado que él había dormido en el hotel? Quizás quería asustarme para quitarme de en medio. Podía habérselo inventado todo, el pasado de Albert Jordi, la mujer de la Crosa, la declaración en el atestado.

Después de quedarme sin un trabajo que había hecho durante veintitrés años, es lógico que pasara una temporada mala. Me habían cortado las alas, no volvería a volar. Pero encontré trabajo de recepcionista y el dueño de una avioneta me apadrinó para que me sacara la licencia de piloto privado.

El primer día que salí sola rompí el techo de vuelo. Las ganas de celebrarlo me hicieron subir muy arriba, por encima de lo permitido. El altímetro marcaba dos mil pies, dos mil quinientos, tres mil, volaba por encima de las nubes, la presión iba bajando y hacía frío, pero yo seguía yendo hacia arriba. Hasta donde seas capaz, pensaba, a ver si rompes el amarre. Era como el astronauta de *Space Oddity* de Bowie, perdida allí arriba, contemplando el planeta, con el abismo por encima de mí.

Aquel día volví a pensar en Sílvia y en el pelirrojo que la llamaba ángel para degradarse él y arrancarla del cielo. Era normal que no quisiera bajar. El trabajo nos levantaba como los tacones que llevábamos antes de cambiarnos de zapatos dentro del avión. Éramos libres y estábamos valoradas, vivíamos por encima de la cabeza de nuestros padres, el uniforme nos daba autoridad. Aparecíamos un momento y desaparecíamos de la vida de los demás, éramos criaturas especiales, puramente buenas,

formábamos parte de un mundo de misterio y diosas alegres, seleccionadas por la belleza, el entusiasmo y las ganas de vivir. La belleza crea el mundo, es cebo del sexo. Nos paseábamos pasillo arriba y pasillo abajo por la cabina como modelos de pasarela. Sonreíamos siempre, con más sutileza y recursos, con más contacto con los hombres que nos gustaban. El pelirrojo no se equivocaba en absoluto.

El día del entierro lo seguí cuando ya se iba. Lo arrinconé mientras los familiares y los amigos de Sílvia se abrazaban y sus padres lloraban.

Me conocía perfectamente, Sílvia le había enseñado fotos de Notre Dame.

—Hacía seis años que no tenía noticias suyas —le dije—, pero me había hablado mucho de ti.

No se habían separado. Hacía tres meses, habían puesto el límite de un año para que ella encontrara otro trabajo.

Comimos juntos y después nos pasamos la tarde yendo de un bar a otro, otra tarde de finales de agosto, con los días cansados de ellos mismos, como lo estábamos nosotros después del entierro. Al final no pudimos separarnos y pasamos la noche juntos en un hotel de Barcelona, bebiendo cervezas de un par de packs que nos compramos en un supermercado antes de subir a la habitación.

—A mí también me habló mucho de ti. Meses enteros. Eras su modelo. No me lo decía así, pero no había más que oírla hablar de ti. Representabas la libertad. Los años que hacía que estabas allí arriba, más que ninguna otra azafata, el entusiasmo por el trabajo, el éxito con los hombres, incluso tu forma de vestir... No se consideraba demasiado agraciada, físicamente. Menuda estupidez.

Yo también trataba a mis hombres como si fueran ángeles. ¿Qué sentido tenía, si no? Ninguno de mis cincuenta desconocidos lo era, por supuesto, pero creía en ellos y los trataba como si lo fueran, los reconfortaba abrazándolos, porque todos tenían una herida u otra. No eran ositos de peluche, me encontré a maltratadores de verdad. Entre la bebida, la música y las caricias, algún tirón de pelo y alguna bofetada recibí. No hay tantos hombres delicados una primera noche si se imaginan o saben que será la última. Todo iba con prisas, la relación tenía fecha de caducidad, era un entrar y salir como en los viajes de avión con aquellos mismos hombres. Era cirugía emocional y a menudo dolorosa. A veces veía venir una agresión, sabía que uno de los dos tendría que asumirla y acababa quedándomela yo, porque prefería el castigo a la culpa.

Cuando trabajaba de azafata me cuidaba mucho de hablar de mí y de mis próximos destinos. Me escapé de alguna habitación, a más de un hombre dejé con una mezcla de miel y de hiel en los labios. Una vez, en un hotel del aeropuerto de Schwechat, en Viena, salté de la cama y salí corriendo de la habitación llevándome los pantalones del tío para que no pudiera vestirse y atraparme. Los tiré por la escalera y corrí por un laberinto de pasillos hasta mi habitación. Me encerré y al día siguiente llegué a la sala de firmas del aeropuerto todavía asustada, con el miedo absurdo de coincidir con él por el camino. Pero esa vez era diferente, hablábamos de asesinatos y en lugar de huir de él lo perseguía. Yo creo que lo perseguía para no huir de mí. Me enfrentaba a mí misma, tenía sospechas, desconfiaba de mí misma, y Sílvia me lo había aconsejado.

No había tenido mis amores por un disgusto emocional ni porque necesitara

compañía o comprensión o afecto o novedad o abrazos. No era por sexo ni por curiosidad, tampoco me iba con ellos por inexperiencia —¿inexperiencia de qué, al cabo de los años?—, y aún menos para encontrar al hombre de mi vida. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no podía evitarlo?

Conozco a un piloto de Empuriabrava que sube a paracaidistas al cielo. Se ve que cada año en el mundo hay decenas de muertos en saltos en paracaídas. Como pasa con la muerte en accidente de aviación, es un riesgo mínimo, tienes cuatro veces más posibilidades de matarte cayéndote por las escaleras de tu casa que de matarte tirándote en paracaídas, pero a veces pasa. Alguien salta de la avioneta y llega al suelo con el paracaídas plegado en la mochila. Miran las anillas y ni siquiera ha tirado de ellas. Los psicólogos dicen que es el estrés del salto. El cerebro se colapsa. Tienes que tirar de la anilla al cabo de cuarenta segundos de haber saltado. A ciento noventa kilómetros por hora en caída libre, el cerebro puede congelarse.

—¿Y no has pensado que podrían ser suicidios? —le pregunté.

—No creo. Una vez, y ya es mala suerte, porque hace la friolera de treinta años que tenemos el negocio, nos pasó con un cliente. Había saltado muchas veces con nosotros, lo conocía bien y te aseguro que no fue ningún suicidio. El hombre subió eufórico a la avioneta, aquel día cumplía treinta y seis años, era su regalo. No hablaba más que de la comida de cumpleaños a la que iría después de saltar. Su familia lo esperaba abajo, una niña de cinco años y su mujer.

—Pero imagínate que lo decidiera por el camino, en el margen que tenía para abrir el paracaídas. Todo el mundo lo piensa alguna vez, enseguida te lo quitas de la cabeza, menuda burrada... Pero imagínate que un día, en aquel momento tan corto, de repente lo ves claro. Ves la oportunidad, que será limpio y rápido, seguro, ahora o nunca, y no tiras de la anilla. Te relajas, te dejas caer, ya lo pensarás después, en cualquier caso, y te concentras en cosas agradables, el cielo, las nubes, la libertad, los pájaros, el aire limpio y la luz..., lo mejor de la vida, vas despidiéndote de uno y de otro, de toda la gente que te quiere, no pasa nada, por qué van a sufrir ellos si tú no sufrirás nada, no te da pena, una muerte lenta en un hospital sí que sería una tragedia, una agonía, es raro que no lo vea todo el mundo, a lo mejor nos lo escondemos como nos escondemos tantas cosas, quién sabe, y tienes tiempo, además, tienes todo el tiempo del mundo para estar seguro, porque el cerebro se ha congelado, te despides de uno y de otro sin prisa, no tienes que hacer nada, por un momento te olvidas de todo y ya está.

—Vale —dijo él—, podría ser. Pero ¿una decisión tomada así puede llamarse suicidio? Un suicidio decidido a última hora ¿tú crees que es un suicidio?

Al salir del aparcamiento ya noté algo raro a mi alrededor. Volví a oír sirenas, cada vez más, y un helicóptero que volaba por encima de las azoteas. Me sorprendió, pero nunca he vivido en una gran ciudad, no conozco sus mecanismos, qué es normal y qué no. Mirando el helicóptero, vi a un hombre en pantalones cortos y camiseta que salía descalzo a un balcón. Se asomó a la calle y gritó en castellano:

—¡Hijos de puta! ¡Asesinos!

La gente andaba deprisa, todo el mundo miraba el móvil. Oí más sirenas y persianas que bajaban, como si fuera más tarde de lo que era. Pasó a toda pastilla por delante de

mí una furgoneta de la policía con la sirena encendida. En la puerta de un bar había gente que miraba la pantalla gigante del televisor de dentro. Crucé la calle y me acerqué. Se lo estaban contando unos a otros. Había habido un atentado en la Rambla, no muy lejos de allí. Un camarero se asomó y dijo que quien quisiera podía entrar, que era ahora o nunca, que él bajaba la persiana porque los terroristas campaban a sus anchas por la calle. Yo estaba muy cerca de casa de Albert Jordi y me quedé fuera.

Estaba metida en otra historia. Hacía mucho bochorno y lo que estuviera pasando parecía lejano. Terrorismo. Hacía un año, el mes de agosto anterior, en Platja d'Aro, unos turistas jóvenes que bromeaban gritando por la calle habían provocado una estampida. Una conocida mía que estaba haciendo la temporada de camarera allí me lo contó: gente que lloraba y se escondía debajo de las mesas, cristales rotos y sillas volcadas, heridos, policías y ambulancias. Todo por una falsa alarma. Entonces todo el mundo tenía presente el atentado de un año antes en París, terroristas corriendo y disparando con kalasnikovs por las calles. Pero, del mismo modo que no podía imaginármelo cuando estuve en París con Sílvia, aquí tampoco podía ser. El terrorismo es como un accidente aéreo. No puedes dejarte llevar por el miedo. Es más racional olvidarse. Después del 11 de septiembre, las azafatas estábamos seguras de que nunca más volveríamos a volar tranquilas, pero cuando murió Sílvia ni por un momento se me ocurrió pensar en un atentado. Ahora la gente andaba con paso ligero, concentrada en el móvil, aislada en sí misma, abstraída del mundo, pero nada más. Nadie corría. No había sangre por ninguna parte, ni llantos ni histerias. El atentado de París fue de noche. En Barcelona todavía era de día. No se oían tiros ni gritos, solo sirenas. El hombre del balcón había vuelto adentro. Todo se había calmado y pasaban pocos coches.

Antes de que cerraran el bar eché un vistazo a la furgoneta blanca de la pantalla. Oí la palabra atropello y entonces, como todo el mundo, pensé en el camión que había matado a no sé cuántas personas en Niza, mucha gente, de noche, el verano anterior. Poco después de Niza había sido lo de la falsa alarma de Platja d'Aro. En un pueblo próximo a Niza, un par de petardos también sembraron el pánico.

La gente encerrada dentro del bar, las sirenas, el helicóptero, el calor y el sol en el momento en que la luz empezaba a bajar, sorprendida conmigo misma por lo que estaba haciendo, todo tenía un aire de ensueño. Pasó un taxi cargado de gente, llevaba quizás a diez personas. El del balcón volvió a la barandilla:

—¡Hijos de putaaa!

Una rubia lo vio, echó a correr y contagió el miedo a los demás. Durante unos segundos, todos los que estábamos en la calle nos pusimos a correr por la acera y el asfalto.

Un chico con cascos gritaba:

—¡Tienen a gente cogida en un bar, largaos! ¡Terroristas! ¡Hay terroristas! ¡Marchaos a casa! ¡Todos! ¡Encerraos donde sea!

En realidad, las tiendas y los supermercados ya estaban cerrados. Veía a gente detrás de las ventanas mirando la calle a escondidas, y personas tiradas por el suelo dentro de los locales, debajo de las mesas y los mostradores. Igual que en Platja d'Aro, igual que en París, como si siguieran un guion, como si todo fuera un ritual. Llegó un

coche patrulla de los Mossos, paró, bajaron policías con fusiles y se plantaron en la esquina.

—¡Todo el mundo adentro! —gritaba uno—. Inside the buildings! ¡Todos adentro!

De vez en cuando volvía a oír al hombre del balcón.

—¡Hijos de putaaa!

Hacía medio año, un sábado, me había manifestado por las mismas calles del Eixample a favor de los refugiados de la guerra de Siria. Teníamos un lema, Queremos acoger, y lo gritábamos para que los políticos ayudaran a las familias que huían de la guerra y se ahogaban en el Mediterráneo o estaban encerradas en los campos de refugiados muriéndose de frío. Aquella pobre gente era la vergüenza de Europa, nuestra miseria moral, pero los políticos no nos hicieron ni caso. Las manifestaciones no servían de nada, por muchos carteles que pasearas por el cielo. España no acogió a nadie. Los refugiados que se fueran a freír espárragos. Si lo que pasaba a mi alrededor era un atentado, esa pobre gente aún lo tendría peor.

Crucé la calle vacía. Una chica que me pareció americana, con una camiseta sin mangas, pantalones cortos y gorra, lloraba llamando a la puerta de un restaurante. Los de dentro le decían que no con la cabeza, tenían miedo de subir la persiana. El resto de la gente seguía andando sin dejar de mirar el móvil, como abducidos, pero cada vez éramos menos y la calle iba quedando desierta.

Llegué al 117. Llamé al piso de Albert Jordi. No contestaba. Insistí, miré arriba y abajo de la calle, ya no pasaba nadie. Insistí e insistí. Quizás se había ido otra vez. Se había esfumado después de oír mi mensaje de voz, quizás ya se había instalado en otro hotel, en Vic, en el Ebro, en Andorra o en China.

Pensé en mis padres, en Girona, a cien kilómetros de allí. Los dos pasaban de los setenta años y cualquier día empezarían a necesitarme. Sería el anverso de tener hijos, acompañarlos a los dos por los hospitales. Contaban conmigo como un hijo cuenta con sus padres. Y, mientras tanto, yo en una calle cerca de la Rambla de Barcelona en el peor momento de la historia. Menuda irresponsable. ¿Qué narices hacía allí?

—No les desees una cosa así a tus padres —me había dicho la madre de Sílvia.

Estaba completamente sola. Ni Albert Jordi ni ninguno de mis amores me salvarían. Mis amores no querían compromisos. No eran mis amores, eran mis fantasmas. Les pedía que desaparecieran y todos cumplieron, uno tras otro. Ni una sola excepción, ni una sola llamada en tantos años. Ni un correo al hotel para acordarse de mí en todo aquel tiempo. Alguno se iba llorando, pero ninguno reaparecía al cabo de unas horas, al cabo de dos días o al cabo de una semana o de un mes, compungido, preguntando por mí. Ni uno se presentó en el hotel con la excusa de haberse dejado algo. Ahora me daba rabia. Ni uno solo se planteó volver a verme. De los que conocí de azafata, ninguno me revolvió el bolso mientras dormía para enterarse de mis apellidos, y de los que conocí en el hotel, que sabían dónde encontrarme, ninguno tuvo la tentación de verme otra vez, ni siquiera de escribirme. Ni uno. Quizás desconfiaban de mí, quizás me tenían miedo, quizás su fantasma era yo.

Quizás no les daba tanto como me parecía, quizás creían que les había robado la cartera y les preocupaba la información que tenía de ellos. Se daban cuenta de que

tendrían que haberse quedado más callados, pero necesitaban hablar, yo lo veía, tiraba del hilo y era como arrancar un motor, noches enteras tumbados en la cama hablando y hablando, me lo contaban todo, se volvían peligrosos para sí mismos, para sus familias, para sus amigos, caían en el infierno de sus propios miedos, me contaban las debilidades, las vergüenzas, los detalles, me contaban lo que nunca contarían en su casa, ni a su mejor amigo, ni a sí mismos, aunque los torturasen. Me contaban angustias que solo existían cuando me las contaban. Hacía años que necesitaban hablar y en una noche o dos o tres lo vomitaban todo y yo lo recogía y me lo quedaba y lo limpiaba en mi interior.

Quizás fuera lo contrario de lo que me había imaginado. Me veían desamparada, me acogían y me hacían compañía unas horas ellos a mí. Que no se sienta sola, pobrecita, vamos a dejarle claro que todos lo pasamos mal. Y después huían de mí como yo huía de ellos.

Estuve a punto de despegar el dedo del timbre y seguir calle arriba, tenía una excusa para correr, era muy tentador, en cualquier momento podía salir un terrorista por la esquina con un kalasnikov, podía acabar muerta delante de la puerta de Albert Jordi.

Le pedí a Sílvia que por nada del mundo dejara el trabajo. Lo hice para no quedarme sola. Para que alguien más viviera las mismas miserias que yo, que no era capaz de salir de ellas.

—Por nada del mundo dejes este trabajo —le dije.

Ya que yo no era capaz de bajar de las nubes, al menos que no fuera la única. Me habría gustado que todas las azafatas se hubieran quedado allí colgadas eternamente, que se hubieran sacrificado como yo. Mis amores eran mis carceleros y se pasaban las llaves de uno a otro. Nunca ha acabado de atraerme una mujer, acabé en la cama con Sílvia para retenerla allí arriba, porque me había dicho que su pareja la estaba presionando para que volviera a tierra y ella estaba a punto de ceder, y no quise que fuera con el pelirrojo. Por culpa de mis celos, aquella chica con cuerpo de ángel, diez años más joven que yo, acabó convertida en cuatro huesos carbonizados. Habían empezado a salirme pliegues en la barriga, la pelvis se me iba abriendo y la cintura se borraba, hasta la voz se me ponía grave, como a los cantantes viejos. Ni rastro de los matices de la carne poco hecha, la ingenuidad, la espontaneidad: el cuerpo ya no podía atraer a los hombres por sí solo, y menos rodeado de chicas cada vez más jóvenes en comparación.

La edad hacía más estéril mi envidia. No podía volver diez años atrás, no ganaría nada si ella malgastaba los años como yo y llegaba a mi edad igual de perdida que yo. Me metí en la cama con ella para calmar sus dudas y decantarla hacia el lado malo, para mantenerla allí arriba, y fui convincente, la detuve en nombre de la libertad y el feminismo para que diez años después, cuando tuviera la edad que tenía yo en aquel momento, yo pudiera pensar: Vale, pero no soy la única que a los treinta todavía está en el avión, y a los treinta y cinco, y con un poco de suerte Sílvia acabará pasando más años en el aire que yo. Claro que ella no lo vivía con insatisfacción, sino con orgullo, contenta de unos privilegios que eran verdad mientras fueras joven, pero que se gastaban y que pagaban el paso de los años con la falsa moneda del autoengaño. Sabía que tarde o

temprano Sílvia vería sus años de azafata como los veía yo, como un desastre, y que por lo tanto no me quedaría sola en la desgracia, que es lo peor, porque estar sola en la desgracia te vuelve loca y no hay nada peor que la locura.

Se me cayó todo encima cuando vi en la televisión el humo del vuelo JK5022 de Spanair, un MD-82. En esos aviones caben doscientas personas. Solo por el humo estaba claro que no había sobrevivido ninguna azafata. En un accidente aéreo, los pasajeros con más posibilidades de salvarse son los que están sentados más hacia la cola. Se han hecho estadísticas y tienen un cuarenta por ciento más de posibilidades de sobrevivir. Las azafatas pasábamos buena parte del viaje cerca de la cola, donde estaban la despensa y la cocina, lo que llamábamos la oficina, pero nunca estábamos ahí en el momento de levantar el vuelo, entonces teníamos que estar con los pasajeros y, además, ¿qué es un cuarenta por ciento más de posibilidades en un accidente aéreo? Un cuarenta por ciento más de prácticamente cero. El avión es muy seguro hasta que deja de serlo, entonces es mortal de necesidad. Las posibilidades de sobrevivir son más bajas que en ningún otro medio de transporte. Sílvia no se había salvado. No hacía falta seguir las instrucciones que les darían a sus padres por teléfono, no hacía falta presentarse en Madrid con un cepillo de dientes o un peine con su pelo para identificarla y tener la certeza de que estaba en el avión e identificar sus huesos. En su caso, no habría ninguna duda, había pasado por la sala de firmas ya vestida con el uniforme, con tacones, maquillada, se había encontrado con los demás tripulantes de las cabinas, las demás azafatas, el sobrecargo, el piloto y el copiloto, le habrían dado la duración del vuelo y el informe meteorológico antes de que subiera al avión. No podía tener las esperanzas que tuvieron sus familiares, y también el pelirrojo, de que en el último momento hubiera perdido el vuelo. Las azafatas no llegan tarde al trabajo, tienen medidos los imprevistos, se reúnen en el aeropuerto una hora antes del despegue, no pierden el avión, son profesionales de no perderlo. Estaba muerta, ya no importaba en absoluto si había cortado o no con su novio, ni si llegaría a sentirse tan desamparada y llena de dudas como me sentía yo ahora delante de la puerta de Albert Jordi, llamando al timbre para salvarme de un atentado terrorista.

Quizás no estaba en casa porque había matado a una mujer y a un negro, y a saber a quién más, y había huido. Quizás ya lo habían pillado. Quizás ya estaba en la cárcel. Quizás hasta tenía que ver con aquel atentado. ¿Qué hacía Albert Jordi en Riudellots? Los trabajadores de las cárnicas eran musulmanes, paraban para rezar de cara a La Meca, ¿quizás se había dedicado a reclutar terroristas?

¿O me había visto por la ventana y no quería abrirme? ¿Tenía derecho a abandonarme en un momento así? ¿Por qué no? ¿Me debía algo? ¿Me debían algo mis hombres?

No quitaba el dedo del interfono, paralizada en la puerta como una paracaidista suicida, allí plantada, esperando oír el grito de ¡Alá es grande! y los disparos de otro hombre desesperado, necesitado de compañía, otro hombre con ganas de explicar la soledad que lo asfixiaba, el confort que encontraba en la desesperación, su amor a Dios, la vergüenza y el remordimiento por el daño que Dios le mandaba hacer, vergüenza y remordimiento como siempre que te cortan las alas... Si dispararles a los infieles que

bombardeaban a tu pueblo era de verdad hacer daño. Si era cierto que los culpables podían estar en la Rambla de Barcelona, los pobres desgraciados que tuvieron la mala suerte de estar paseando por allí en el momento del atentado, una tarde de agosto, parejitas extranjeras de vacaciones, familias con niños... No era nada fácil encontrar a los culpables de verdad, se protegían entre sí, eran cínicos, se escondían y quizás el escondite era la culpabilidad misma, hecha un ovillo en un hoyo, en un búnker de cemento armado... La culpa era el escondite que les daba seguridad... Y yo era la avalista, el consuelo, la que les llevaba comida a los hombres encerrados en sus búnkeres, yo era la encubridora...

Hacía dos años del accidente de Germanwings, cuando un copiloto había aprovechado la salida momentánea del piloto para encerrarse en la cabina y estampar el avión contra una montaña de los Alpes. Un hombre de veintiocho años que antes de sacarse el carnet de piloto había trabajado como yo de auxiliar de vuelo. Después se supo que aquel día había volado a pesar de estar de baja médica, que sufría depresiones y que había visitado a más de cincuenta oftalmólogos, porque se estaba quedando ciego y cualquier día le resultaría imposible volar, se quedaría sin alas como me había pasado a mí. Tenía a su pareja embarazada, pero discutían sin parar y no estaba claro que la relación tuviera futuro. A saber si habíamos coincidido alguna vez, al principio de su carrera; a saber si habría podido ayudarlo, si los habría salvado a él y a los ciento cincuenta pasajeros que se llevó a la muerte, entre ellos cuatro azafatas; a saber si habría podido ser yo la azafata que después se descubrió que tenía como amante...

Me pasé la mano por la frente empapada en un sudor frío que me hacía temblar. Vi a otro grupo de gente corriendo. En cualquier momento aparecería el terrorista, los terroristas. No tenía ningún sentido quedarme allí, pero tuve suerte. Justo cuando estaba a punto de irme llegó un vecino, un señor mayor que resoplaba, con la llave temblándole en los dedos. Al final acertó la cerradura, pudo abrir y me dijo:

—Si quieres entrar, entra, pero ni se te ocurra abrirle a nadie.

Se metió en el ascensor sin volverse y subió. El ascensor llegó a un rellano, oí una puerta que se cerraba y me senté en la escalera.

Miré la noticia en el móvil. La furgoneta había embestido a gente en la Rambla, había habido muertos, los terroristas se habían escapado. La ciudad estaba cerrada, la policía había montado una operación jaula.

Por la calle ya no pasaba nadie. Quizás habían atropellado a Albert Jordi en la Rambla.

Subí al segundo piso y llamé al timbre. Después me senté en un escalón del rellano. Parecía que el edificio entero estuviera vacío. Subía ruido de sirenas por el hueco de la escalera. Entonces se abrió una puerta a mi espalda. Salió un chico en bata, con un gato por los pies.

—No está —dijo—. ¿Quieres esperarlo dentro? Estoy viendo lo del atentado. Será mejor que entres.

Me levanté y lo seguí. En el piso había muy pocos muebles y mucho desorden. Vi una habitación vacía y, en otra, una cama deshecha. En la televisión seguía saliendo la furgoneta blanca de los terroristas, y más imágenes de la Rambla, cordones policiales y

gente asustada y llorando. No se sabía dónde estaban los terroristas y recomendaban que no se acercase nadie. Parecía la crónica de otro país.

El chico cogió el móvil y se pasó un rato mirando la pantalla.

—Un vídeo de la Rambla —dijo—. No te lo aconsejo.

Le sonó el teléfono, pero no lo cogió.

—Mis padres —dijo. Se me ocurrió que yo también tenía que llamar a casa—. No sé qué quieren. No voy nunca a la Rambla, eso es para los guiris, ya verás que no habrá ni un muerto de Barcelona.

Por la ventana vi a un grupo de turistas en la calle, en pantalón corto, andando desorientados, sin saber adónde ir. Llevaban niños pequeños y el padre me miró y yo miré al chico, esperando que quizás les abriría, pero miró al padre, que llevaba al crío a hombros, y le dijo que no con la cabeza.

—¿Venías a ver a Albert Jordi? —preguntó—. Últimamente, no sé nunca cuándo está.

Llamé a mis padres. Estaban pegados al televisor. Les dije que me iba a cenar y que no me esperasen. El atentado había sido en Barcelona, no había peligro. Estaban acostumbrados a mis desapariciones. Hacía cuatro noches había dormido en el hotel. No lo relacionarían con el atentado, ni se imaginarían que los llamaba desde Barcelona.

—Todo el mundo esperaba un atentado —dijo el chico—. Fíjate dónde está la furgoneta, delante del Liceu. En el instituto nos hacían leer un poema, me parece que era de Maragall, sobre un atentado en el Liceu, una madre estaba dándole de mamar a su hijo y entre las bombas el niño se despegaba del pecho y se echaba a reír. ¿Te suena? El mismo atentado, hace un siglo. ¿Crees que es casualidad? El mal se mueve por el cielo, ahora viene y ahora se va, pero siempre está ahí, siempre va a estar. Todo nos viene de nuevo y no cambia nada. Mira las calles, están llenas de banderas a favor y en contra de la independencia. Esto parece la Edad Media. Catalanes y españoles, Occidente y Oriente, cristianos y musulmanes. De un enemigo tan lejano no deberíamos ni tener noticias, pero hay un sistema de intercambio, de canalización y distribución del mal, de importación y exportación, para que el suyo nos llegue a nosotros y el nuestro les llegue a ellos, un sistema global.

Un chaval de veinte años en un piso con un gato, viendo la televisión y poniéndose cervezas. Me sirvió un vaso y ni la probé. Con el espectáculo que teníamos abajo en la calle y él bebiendo y no contestando a sus padres, tan solo, tan inmaduro como muchos de mis cincuenta amores, que me trataban con jovialidad porque les quitaba años de encima, hacía que se sintieran jóvenes, la inmadurez es el mejor terreno para encontrarse, es igualar a la baja. Estaba acostumbrada a la inmadurez con mis amores exprés, pero aquel chico había llegado tarde.

—Esto acaba de empezar —continuó, se moría de ganas de hablar de sus agobios —. Yo creo que no tardaremos en ver a terroristas por las calles de toda Europa. No sé quién montará los campos, si nosotros o ellos, ni qué forma tendrán esos campos, pero que volveremos a los campos de exterminio está claro. No hay que comerse el coco, porque no hay nada que hacer. Mira este móvil. ¿Lo ves? ¡Hooola, buenas noches, amigos míos! Está interceptado. Nos están escuchando. Te lo juro, nos están escuchando,

de verdad. ¿Y sabes quién me escucha? Mis padres, los mismos que también me llaman para saber si me encuentro bien; mejor dicho, para fingir interés. Está todo controlado. Los atentados y lo que venga. Las calles están llenas de cámaras, todo queda registrado, nos controlan por satélite, ven dónde estamos en cada momento, procesan la información, hacen estadísticas, actúan según nuestros movimientos, la red nos atrapa y nos tienen fichados. Antes te controlaban en la calle, incluso en casa, tus familiares, tus amigos, hasta el gato te controlaba. Ahora te vigilan con el móvil. Y, si no tienes móvil, con el ordenador. Y si tampoco tienes da igual, porque entonces no eres nadie. Todo el mundo sabía que iba a haber un atentado en Barcelona, flotaba en el aire, lo estaban esperando. La red lo vuelve todo previsible. Y, una vez que una cosa está prevista, el que la hace no es más que el instrumento. Dentro de un mes y medio toca el referéndum de independencia. Todo el mundo sabe que no dejarán que se haga. De una forma u otra tienen que evitarlo. Todo el mundo espera cosas peores que una furgoneta que atropelle a la gente en la Rambla. Yo no me moveré de casa hasta que esto haya pasado. Acaba de empezar. Espero atentados peores, va a haber muchos muertos, ya lo verás.

Estaba agotada y volví a mirar por la ventana. Eran más de las doce de la noche. Quería coger el coche y volver a Riudellots, pero por la calle no pasaba nadie.

—Puedes dormir en el sofá —me dijo—. Tengo una tele en la habitación. La gata se viene conmigo. Si has venido en coche, hasta mañana no podrás irte. Han cortado las calles. Si apagas la tele y estás atenta a esa pared, si llega Albert Jordi oirás la puerta.

Me dio unas sábanas. Volvió a enseñarme el móvil.

—Mira lo que acaba de tuitear Trump. Estudiad lo que hizo el general Pershing con los terroristas cuando los capturó. ¡Se acabó el terror radical islámico durante treinta y cinco años! Qué bueno. A Trump le encanta el general Pershing. Pershing estaba en no sé qué país de moros, cogió a unos cuantos y los puso en fila india para ir ejecutándolos. Cogía las balas y las mojaba en sangre de cerdo e iba matando a los prisioneros uno a uno hasta que llegó al último y le dijo: Mira, ve a ver a tus compañeros y cuéntales lo que he hecho. Porque los moros, si tocan a un cerdo, no van al cielo.

Lo dejé hablar y acabé haciéndome la dormida hasta que se marchó. Cuando me quedé sola, no apagué el televisor. Dieron la noticia de que un Audi había embestido un control de los Mossos en Cambrils. Barcelona y Cambrils, sitios turísticos, sitios a los que se viaja en avión. El coche volcó y salieron cinco chavales de unos veinte años, algunos ni los habían cumplido, llevaban puñales y hachas y se habían puesto cinturones explosivos falsos, la policía los mató a todos.

Ya no se oían sirenas. No se oyó ningún ruido de puerta en el piso de al lado. Me abracé a un cojín y esperé a que volviera Sílvia, pero no se presentó. El que sí se presentó aquella noche fue el pelirrojo, después de ocho años.

—Hace tiempo que estoy con otra chica —me dijo—, una profesora de yoga, la conocía de antes de Sílvia. Vivimos juntos, estamos ahorrando para tener hijos. Quería decirte que el día del entierro me ayudaste mucho. Estaba desesperado. No sé qué habría pasado con Sílvia, sin el accidente, no sé cómo habríamos acabado nosotros, no se puede saber, pero esta chica es el amor de mi vida, se han acabado las malas historias de una vez por todas. Aunque el día del entierro estaba fatal. No sé qué habría podido hacer.

—No se puede saber —dije.

Sin embargo, yo había ido a Barcelona por Sílvia. Ella me había aconsejado romper la promesa de no volver a ver a mis ex. Me había llevado hasta allí.

En la televisión seguían sacando la Rambla. Subí un poco el volumen para que el chico no me oyera mientras me calzaba, cogía el bolso y salía del piso.

Habían abierto el tráfico. La salida de Barcelona estaba llena de controles de los Mossos, pero no me pararon, supongo que buscaban a hombres. Por el camino iba haciéndose de día. Conduje por la autopista con las ventanillas bajadas como si volara. Notaba los primeros olores de los campos, los primeros calores de la tierra, el embarazo deforme del Montseny ya se despertaba carbonizado. Fui directamente al hotel. Aún no era hora de entrar, pero quería compensar al recepcionista por la tarde del día anterior. Pasé por el bar a tomarme un café. El camarero era un hombre mayor. Siempre estaba al tanto de mis historias. Tenía las mesas preparadas para cuando bajaran los clientes a desayunar, pero todavía no eran las ocho. Solo había un cliente solitario, sentado en un rincón de cara al televisor, en el que no dejaban de salir la Rambla vacía de Barcelona y el paseo de Cambrils. Entrevistaban a testigos y policías. Eché un vistazo al móvil con miedo a tener una respuesta de Albert Jordi, pero ni había llamado ni llamaría.

—Adónde vamos a ir a parar —decía el camarero.

El olor del café me despertaba y me recordó los cafés que tomábamos Sílvia y yo en la parte trasera del avión, las miradas, el coqueteo volando hacia París. Sílvia se había acabado para siempre. No volvería a verme más noches ni yo la llamaría. Ya no quedaba nada de ella, había muerto en el accidente, el último copo de ceniza había llegado al cielo. Me dijo que quería dejar el trabajo y se lo desaconsejé. Nada más. El accidente no fue culpa mía, pero la realidad era mucho más sutil. Quizás la falta de culpa me hacía sentir culpable.

El camarero asintió con la cabeza, como si me hubiera leído el pensamiento, me sonrió, cogió un trapo y se puso a secar un vaso.

8

Puse el intermitente y salí de la autopista hacia el área de servicio porque estaba hecho polvo y notaba como si quisiera desconectarme. La nieve se funde rápido y el sol ya parecía una plaza de toros. Siempre la misma mierda, después de nevar. Se me engarrotan los músculos y me da vueltas la cabeza, tengo náuseas y ganas de vomitar. Antes no me pasaba tanto. Ahora cada vez noto más la humedad en los huesos, joder si la noto, el esqueleto se despierta y se remueve, te avisa para que vayas haciéndote a la idea de quién manda aquí. Es como tener ratas dentro. La edad es un puto desastre. Te dejas de historias porque no tienes nada que perder; total, es como si ya estuvieras muerto, para lo que te queda en el convento. Lo ves todo desde la barrera, pero de todos modos sigue siendo igual de mierda o más.

Estaba tan jodido que no pude ni llegar a Barcelona de un tirón. Fui reduciendo por la autopista, no tenía fuerza para acelerar. Me habría quedado parado con el Mercedes y algún camión se me habría follado, porque la autopista estaba llena de tráileres. Suerte que vi el área de servicio.

Puse el intermitente, aparqué y paré el motor, pero Andrés no se movió. El muy desgraciado sobaba como una marmota. Un chaval que podría ser mi nieto. Sobaba como una criatura. Yo también dormiría, capullo, pero alguien tiene que llevarte a casa. Puto niñato. Cabronazo. Ya podía nevar, que él como si nada, a dormir. No hay respeto. Habría tenido que sacarlo a rastras del coche, tirándole de la oreja, pero el menor movimiento me habría reventado la cabeza. Tenía el cerebro lleno de nitroglicerina, un grito de Andrés y se me habría hecho añicos como un cristal.

También necesitaba un rato conmigo mismo para aclarar las ideas. De raya en raya nos habíamos metido un gramo por barba. Andrés lo aguanta todo, pero nunca se sabe, mejor que sobara. Ya era mucho no haber tenido un disgusto con Albert Jordi. No sería la primera vez que en una nevada tan bestia la palmaba un principiante. Hay pringados que la diñan por mucho menos, aunque quizás no habría sido tanta desgracia. Anda, que menudo hijo de puta era Albert Jordi. Aún no sabía si pensaba entrar en el negocio o no. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Acojonante. Había intentado escaparse y lo habíamos dejado tan tranquilo en el hotel. Para cagarse, desde luego. Le zumbas a cinco negros, te lo llevas a esquiar, le pagas una muda de ropa y una cena en un restaurante en plan finolis, le propones el negocio de su vida y te lo paga saliendo por piernas como un maricón. Pero ¿qué se había creído? ¿Adónde coño se creía que iba? ¿Cómo te vas a fiar de un capullo que se abre así? Si algo me toca los cojones son los traidores. No sé por qué no le partí la crisma allí mismo o, como mínimo, por qué no le puse el bate delante y le saqué lo que pensaba hacer. Tenía derecho a saberlo, hostia, que en aquel negocio me jugaba mucho. Me jugaba lo que me quedara de vida, coño. Era la

última gran obra de mi vida, mi proyecto máximo. Alucino con el egoísmo de la gente. Lo soltamos porque yo ya iba ciego y él seguro que más. Demasiada nieve, hostia santa, es que me hundía, había dos metros de nieve, cuando lo dejamos en el hotel había peligro de aludes. Si a mí se me inundaba la cabeza de nitroglicerina, no quiero ni pensar en cómo tendría él la azotea.

Estaba hecho polvo, pero tampoco podía esnifar más. Y anda que no había máquinas de nieve artificial que dejaban blancas las montañas a los dos lados de la autopista. Pero llega un momento en que tienes que saber decir basta y no moverte de ahí. Es como ganar a la ruleta. Tienes que saber aguantar. *Muntanyes del Canigó fresques són i ben nevaades... Sobretot ara a l'estiu, que les aigües són gelaades...* Pero cuando sale el sol, ya lo sabes, tienes que decir basta como los vampiros. Exacto, como los vampiros.

Y el mono estaba pesado, quería más nieve y yo no podía rendirme. El mono es como un niño malcriado, llora y pide, pero es hijo tuyo, por eso no puedes consentirlo. Yo tenía una manera. Fui al maletero y saqué una botella de vodka (siempre llevaba dos, con el bate de béisbol).

Dejé a Andrés en el coche, fui al baño de la cafetería y tiré la nieve que me quedaba. No caer en la tentación sale carísimo, pero es lo que hay. Nunca apetece deshacerse de la harina. Para mí es una herramienta de trabajo. Pero hay que hacerlo. En nombre de los amigos que se quedaron por el camino.

La cuestión era que no podía rendirme, no podía meterme otra raya por mucho que el mono chillara y arañase. Tenía que pasar de él. Era así. Para tener la fuerza suficiente, para evitar otra raya, habría tenido que meterme otra raya. Habría tenido que esnifar para no esnifar. Necesitaba saltarme ese puente. Era como el negocio de los secuestros. A nadie le gusta hacerle eso a una pobre madre, pero no tenía más remedio, porque también soy hijo de Dios, también tengo que vivir y no quiero acabar pidiendo una caridad que nadie me dará, solo reclamo las cuatro migas que me tocan, lo siento por las madres, porque seguro que sufren, lo siento por la familia, lo siento por el niño que ve a su madre histérica y a su padre desesperado, pero para poder dejarlos en paz necesito dinero, bastante pena me da tener que torturar a los padres.

Se me da bien controlar, pero eso no me quita el mal rollo ni la demofobia. Por suerte, a esas horas la cafetería estaba vacía. Me senté a la barra y pedí un café doble. Los cruasanes tenían buena pinta, calientes y cornudos, los muy cabrones, pero los habría vomitado nada más tragármelos. El camarero tenía un buen culito. Eso me animó. Me encantan esos pantalones negros de uniforme y el chaleco rojo, el pelo oscuro peinado hacia atrás a primera hora de la mañana después de la ducha. Los morenos son lo único bueno de este país. Después de una nevada, cuando la nieve se ha fundido y el suelo está mojado y hay charcos y badenes y patina y puedes pegarte una leche de cojones, cuando tienes la ropa empapada y los zapatos llenos de agua helada y empiezas a tiritar y todo es una mierda como un piano, si al menos tienes una polla calentita al lado la cosa cambia, porque mirar un paquete te hace entrar en calor, no sé, te pone un poco romántico, es como mirar las costillas que se están haciendo en una barbacoa sin querer probarlas, solo oler el humo ya te hace salivar y te seca y te da paz, es algo espiritual, es bonito.

El chico me puso un café doble. Tenía unos labios como para mandar a Andrés a la mierda, la verdad. Pobre Andrés. Menudo carcamal. No lo dejaré nunca. Me necesita.

Bebí dos sorbos de café, saqué la botella de vodka y volví a llenar la taza.

—Si no vendes alcohol, ¿qué quieres que haga? —le dije al camarero—. No es culpa mía.

Bebí dos sorbos más y volví a llenarme la taza. Y así seguí hasta que acabé de secarme y se me pasó el frío. La cafetería se movía como una barca, arriba y abajo, y la ropa ya no me pesaba. Me sentía tan seguro de mí mismo que entró un autocar de turistas y me quedé igual. Llenaron las mesas y la barra de la cafetería. Turistas de vacaciones, buena gente. El vodka fue aguando la nitroglicerina. Debo de tener antepasados rusos, lo digo por el vodka y la nieve, o rumanos de Transilvania, por cómo me molesta el sol. Soy el conde Draculov. Volví a meter la botella en la bolsa y apuré el culo de la taza, ya solo quedaban diez minutos, quizás cinco, hasta que el barco amarrase y la tierra volviera a ser plana y pudiera seguir hasta Barcelona.

No confío mucho en mí mismo después de una nevada, porque para quitarme el dolor de cabeza tengo que beber, y por eso al día siguiente de una verbena con coca y fuegos artificiales me encierro siempre en casa y me quedo tirado en la cama o el sofá. Después de una nevada me arrastro como las focas. Siempre queda un culo de nieve que solo se va con alcohol. Con la resaca la imaginación se dispara y no sé si tengo ganas de reír o llorar, depende del momento, es agotador, a veces me coge una mala hostia de miedo, porque tengo mala leche, cuando quiero, y más vale quedarse en casita en el sofá con Andrés al lado e ir tocándolo y lamiéndolo, o con algún otro culito que hayamos recogido por el camino, y dejarlos hablar como si pusiera la tele. Los guapos hablan mejor que los feos y son más inteligentes porque no tienen los complejos ni las inhibiciones de los feos.

El camarero debía de ser un Premio Nobel. Cada vez que lo tenía delante pensaba: ¿Este chico de qué te suena? ¿De dónde lo tienes visto? ¿De dónde? Seguramente me engañaba y no lo había visto en la vida, pero la cabeza me iba a toda castaña, me fijé bien y al final... ¡Claro que lo había visto! Y hacía muy poco, además, hostia santa, dónde tenía la cabeza, no hacía ni un par de horas que lo había visto, era un mono de los que se nos habían quedado mirando en la reserva de Riudellots mientras salía el sol, ¡pues claro!, era un mono ¡y encima el más guapo! Yo me muero por las caras de mono, me ponen como una moto... En la cama están en su sitio, de ahí venimos, de la cama y del mono, es como hacértelo contigo mismo, con tu personalidad, con tu alma, yo pierdo el culo por un tío con cara de mono... Me la ponen superdura... Los ojos, la barbilla... Es que me fundo. Noto una cosa básica e intensa en la raíz de la polla... ¿Cómo habría llegado hasta la cafetería? Se había escapado de la jaula y se había escondido en el asiento de detrás con Albert Jordi... A ver si había sido Albert Jordi el que lo había metido en el Mercedes... Y en el área de servicio había bajado del coche sin que lo viera, porque son ágiles y rápidos, y se había puesto el uniforme de camarero... Era el mono en todos los sentidos de la palabra, era mi camarerito... Tráeme una almohada, ten unos cacahuetes... Ponme otro café... Chúpame la polla, monito...

En serio, la mirada de los monos de Riudellots, del mono camarero, me ponía a cien.

Me hacía pensar en los niños que íbamos a raptar. No era mala idea volver a Riudellots a buscar piezas de recambio. ¿Qué diferencia había entre un mono y un niño? Te miran con la misma cara de pánfilos, tienen el cerebro igual de pequeño, seguro que carburan igual. También tienen a su madre. Si te fijas, todos los animales te miran como si fueran niños, sobre todo si son mínimamente grandes, quiero decir a partir del tamaño de un gato o de un perro, aparte de que en realidad yo creo que los pájaros y las serpientes, incluso las hormigas y las garrapatas, vistos de cerca, también te miran como si fueran criaturas. Es su estrategia, se camuflan, intentan dar lástima. La langosta de la cena también me miraba con unos ojitos negros de niño porque sabía que nos la íbamos a zampar. Idiotas no son. Imagínate saber que se te van a merendar. Los deditos, las orejitas, la polla... Tu barriga en la barriga de otro... Es como la gente que dona órganos, también es una forma de que se te coman... Ya me dirás, qué puto mundo de caníbales. Si el negocio seguía adelante, si al final se apuntaba Albert Jordi, también había que tener presentes a los compradores de órganos, de orejas, de hígados, de corazones y pulmones... Todo se aprovecha, y buscaríamos los contactos, los médicos expertos. Pero está claro que los perros te siguen y te miran desde abajo igual que los bebés que gatean o que empiezan a andar, y los elefantes te miran desde arriba con esa mirada pánfila, como pidiendo perdón, y las gaviotas, con el pico entre los ojos, también desde arriba. El camarero me miraba directamente a la cara, era un mono precioso, recién duchadito, con el pelo peinado hacia atrás. No sé qué debía de verme, pero no dejaba de mirarme, había buenas vibraciones, a lo mejor porque yo era el único murciélago de la cafetería.

—¿Otro café, caballero? —me dijo.

No contesté. Me di la vuelta y a mi lado había una mona sentada en el taburete giratorio tomándose un café con leche. Seguramente había entrado con el grupito del autocar. Los turistas eran animales exóticos, con sus colores y sus idiomas pintorescos. La mona debía de tener unos cincuenta años, llevaba una camiseta de lentejuelas y me dijo, en castellano:

—¿Nos conocemos de algo?

Contesté que no con la cabeza. No soporto a las tías, por mucha cara de mono que tengan. Cuando hablan así, seguro que son putas. De repente, un pájaro que estaba encima de la cafetera levantó las cejas, se echó a reír y me dijo:

—¡Cuánto tiempo, Mercury! ¿Te acuerdas de mí? Iba a verte a la cárcel... Me había escapado de la jaula... ¡Me da rabia que hayas salido, verte allí encerrado me hacía sentir más libre y te quería más!

—¡Marc! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces por aquí? Vengo de las montañas nevadas, todo aquello te habría encantado. Había árboles y ermitas, y pájaros... En Brians nevaba muy poco, solo dos o tres veces en los años que estuve... Teníamos suerte de tener a Albert Jordi, aunque era como hacérselo con un muerto o con un muñeco hinchable... Ay, tú sí que estabas hecho un buen pajarito... Con las ganas de vivir que teníamos Andrés y yo y no había forma... Pero hemos recuperado el tiempo perdido, ¿sabes?... ¿Has visto qué camarero? Cuanto más viejo me hago, más joven me siento...

—Pues, chico, yo te veo muy mal —dijo la mona de al lado, y se echó a reír—. ¡Uic, uic, uic, uic!

Se volvió enseguida en el taburete, porque una gallina que tenía detrás le pellizcó la espalda.

—Deja en paz a mi amigo, Ramona —dijo la gallina—. Un poquito de educación.

Una tortuga me guiñaba el ojo encima de la barra. La mona abrió el bolso, sacó una moneda y la dejó allí. Se levantó para irse, con la barbilla hacia arriba y la cola enroscada en una espiral, pero entonces llegó un perro y pasó una pata de delante por el hombro de la mona y la otra alrededor del cuello de la gallina y dijo:

—No os peleéis, venga, que está cansado y aún le queda conducir hasta Barcelona. —Y se me acercó, pidió una tónica y me puso una pata en el brazo—. Tu amigo se ha despertado.

—Voy... Sois muy divertidos... Si no tuviera tanto trabajo... Pero soy un hombre de negocios, no puedo entretenerme mucho. Me he hecho tan viejo que no tengo tiempo para nada. Tengo un proyecto entre manos... ¿Os gustan los niños?

El pájaro se me posó en el hombro, me restregó la cabeza por el cuello y me acarició con las plumas. Tenía un cráneo como un dedal. Me volví porque oí ruido detrás de mí. Un gato y un macho cabrío estaban sentados a una mesa, cada uno con su bocadillo delante. El gato me dijo:

—Los niños son mala cosa. Te echan agua. Te hacen la vida imposible. Mala cosa.

El cabrón le pegó un mordisco al bocadillo y sonrió mientras masticaba. Con la boca llena dijo:

—Pues a mí me parece que están de rechupete. —Y abrió el bocadillo para enseñarme las lonchas de carne, mezcladas con lechuga y tomate. Había una lámina de huevo duro que no era de huevo, era un corte de ojo. Me hizo una señal por si quería—. Si te apuntas... Aquí los hacen muy ricos. Ten, mira la carta. Te aconsejo los picantes, con queso.

—A lo mejor sí que como algo...

Cogí la carta y elegí un bocadillo de lomo con beicon y salsa barbacoa. Me iría bien echarme algo al estómago antes de seguir el viaje. El vodka tiene graduación y a mi edad todo el sistema está hecho una mierda. Necesitaría viagra de pies a cabeza, de norte a sur y de este a oeste para que me tensara la musculatura, los colgajos de los pechos, la barriga y las piernas. No se puede ser viejo a cualquier precio, hostia puta, los brazos todavía me dolían del esfuerzo del bate. Decidí pasar del bocadillo, tenía miedo de echarlo. Me entretuve con un par de mariposas que se tomaban una tónica.

Agucé el oído para oír lo que pasaba a mi alrededor. Había un buen jaleo de chillidos, gruñidos y píos, como en un zoo. Cada animal pensaba de una forma distinta. No se entendían entre ellos y tenían grandes discusiones. Podía imaginarme más o menos cómo pensaría un perro. De una forma más sencilla, más elemental, pero también más profunda que una persona. Como pensaría un mono, todavía más, o sea, no tan sencillo como el perro, pero tampoco tan profundo. Y un pajarito como Marc ¿qué tendría en la cabeza? ¿Pajaritos? Qué gracia. ¿Y una mariposa? Eran los reyes de la profundidad, perforaban la tierra con el pensamiento.

—Señores, tengo que irme —dije—. Ha sido un placer, estoy contento de haberos conocido a todos, sin excepción. Adiós, Marc. Os quiero.

Algunos levantaron la taza o el vaso, me sonrieron e inclinaron la cabeza, como diciendo: hasta pronto. El mono camarero levantó el dedo y me dijo:

—Cuidado con los niños.

Volví a sentarme.

—¿A qué viene eso? ¿Sabes que tengo un problema con un socio? A lo mejor podrías ayudarme tú, si me falla él, ahora que lo pienso. No te creas que no tengo corazón, pero no hay que mezclar la razón con el sentimiento, la obligación con la devoción.

De golpe se me encendió la bombilla. ¿Qué estaba diciendo? Pero ¡si hablaba con un chimpancé! Un mono precioso, además, un mono de revista, con el pelo peinado hacia atrás, ¡un mono que podía hacerme perder la cabeza! ¿Cómo puedo ser tan animal a veces? ¿Cómo podía pensar que me ayudaría a volver a Riudellots y llevarme a sus amiguitos para arrancarles los dedos y los dientes y las orejas...? ¿Cómo se lo tomaría cuando se lo explicara? Tendría que vendérselo muy bien, decirle que era por los niños, para evitar un mal mayor... Por otro lado, todo el mundo tiene un precio, por muy bueno que esté.

—Venga, venga... —dijo el mono—. Que todo eso te lo imaginas...

—¿Que me lo imagino? ¿El qué? ¿El autocar de turistas rollo arca de Noé? ¿Los animales sentados en la cafetería? ¿Os estoy imaginando? ¿Te crees que no lo sé? Lo sé perfectamente. Sois una mezcla de nieve y de vodka y de mí. Cuando dejo de consumir me vuelvo un sentimental de mierda, ya lo sé. Pero que me lo imagine no cambia las cosas, al contrario... Peor imaginar que hacer, porque cuando te lo imaginas solo depende de ti, depende tanto de ti que ni lo controlas, es tu esencia, tu mono, y además nadie lo sabe, nadie te detiene, eres tú mismo desbocado...

Abrí las alas y volé hacia el Mercedes. Por el camino me alcanzó Marc.

—¿Y ahora adónde vas? —pio—. ¿No estábamos bien ahí dentro? ¿Por qué no te vienes conmigo? ¡Vamos a huir, a dejarlo todo! ¡A volar a Transilvania! Haremos un nido y no nos encontrará nadie. Yo montaré guardia de día y tú de noche. ¡Viviremos en lo alto de un árbol, en la cima de una montaña, en la cumbre nevada, y desde allí veremos el mundo y las miserias de los hombres! ¡Volemos, Mercury, volemos de una vez!

Le enseñé los colmillos para asustarlo, pero de todos modos me siguió hasta el coche.

Cuando llegué al Mercedes, Andrés había vuelvo a quedarse frito, si es que se había despertado. Me quedé mirándolo. Y con ese imbécil tenía que jugármela. Albert Jordi lo había calado enseguida. Todo se iba a la mierda. Todo estaba tan hecho una mierda como yo.

Andrés dormido me recordaba a mi hermano. Yo tuve un hermano gemelo. No nos llevábamos bien. No era solo por las ganas de distinguirnos el uno del otro. Cuanto más me divertía y salía yo, más se encerraba en casa él. De eso hace muchos años. Él era depresivo y yo me moría de ganas de vivir. En casa había miseria, imagínate, a finales de los sesenta en el Camp de la Bota, mi padre había tenido que irse de Manlleu; por deudas, supongo. Pero no era culpa mía, yo tenía derecho a divertirme y más a esa edad. Poco después de instalarnos en Barcelona, mi padre se esfumó. Hizo la mudanza y

desapareció. Solo iba por casa cuando se emborrachaba, y entonces era una batalla campal. A saber dónde vivía, con alguna puta tan muerta de hambre como él. De vez en cuando oíamos las llaves en la cerradura y la voz de borracho: os creíais que no volvería, estabais muy bien sin mí... Y la peste a coñac, no solo en el aliento, transpiraba alcohol por la piel y la ropa, dejaba el piso maloliente. Mi madre se encerraba en el baño y él llamaba a la puerta y gritaba y nos reñía porque decía que nunca íbamos a verlo. Un delirio que después he ido entendiendo con la nieve y con el vodka, un puente nevado sobre un río ruso para llegar a mi padre, que estiró la pata hace mil años. Con los gritos, los vecinos llamaban a la policía. Entonces aparecían y separaban a mi padre y a mi madre y a él se lo llevaban. Nadie ponía una denuncia, mi padre no devolvía las llaves y en cuanto salía por la puerta ya empezábamos a esperar que volviera. A mí no me parecía que fuera para tanto, tenía otras historias en la cabeza y muchas ganas de vivir, me pasaba el día en la calle con la pandilla, empezaba a ir con tías, todo era una fiesta. Para tener proyectos hay que ser fuerte.

Empecé a pelearme con mi hermano, hasta que mi hermano se tiró al tren. Teníamos las vías muy cerca. Desde el piso oíamos pasar los trenes. Yo ni los escuchaba, no me interesaban ni se me habría ocurrido subirme a uno y largarme. Pero él se dio por vencido. Yo ni sabía que mi hermano estuviera tan hecho polvo. Cuando murió, todo se tranquilizó. Mi padre no volvió nunca más y mi madre empezó a protegerme. Por eso ahora pensaba que estar muriéndome también podría solucionar los problemas. Te mueras como te mueras, siempre es un suicidio. Lo notes o no, vas siempre con la soga al cuello y el final está cantado. La vida es un puto suicidio. Eso vale para todos, joder, el mundo entero acabará reventando, por el cambio climático o por la Tercera Guerra Mundial, tú espérate a que los moros se pongan a volar centrales nucleares y ya verás. Cuando la gente menos se lo espere, ¡catapum! ¡Pumba! ¡A la mierda! ¡Se acabó! ¡Descanse en paz el cabrón!

A mi padre lo mandaron a la guerra a los diecisiete años, la edad que tenía mi hermano cuando se mató. Lo mandaron al Ebro, ¿qué pasa? De una guerra tienes que volver muerto a la fuerza, además de borracho. Este país es matarratas. Pon las noticias, al lado de esos gánsteres soy un aprendiz. Después de la guerra, a mi padre lo mandaron a un batallón de trabajo durante cinco años, pero, si no hubiera creído, lo habrían fusilado los suyos. Te quedas el mal menor, el problema es que en España el mal menor no tiene fin. Que pasáramos hambre no era culpa de mi padre. No era un inútil. Yo, si hubiera nacido en una familia bien, me habría hecho político para protegerme. Si el imbécil este de Andrés tuviera dos dedos de frente, lo habría apuntado a un partido. Lo habría guiado, lo habría entrenado, le habría hecho de mánager y de padre. En la cárcel se lo decía todos los días. Hay presos que estudian, Andrés. En el módulo de al lado había uno que se pasaba el día con la libreta y el libro debajo del brazo. Decían que si aprovechabas el tiempo podías sacarte los estudios básicos, y después, una vez fuera, el bachillerato y una carrera.

—Si quieres, me informo y después, cuando acabes, nos damos la vidorra, y encima legalmente. Les cascaremos a los negros y a los travestis, pero de otra forma, desde el despacho. Falta gente como nosotros, que no se deje liar, gente de vuelta de todo, gente

fuerte y experta, ¿no lo ves? No volverán a encerrarnos en la cárcel, seremos amigos de los que tienen las llaves. Tenemos que aprender de los errores de nuestros padres. Irás con chófer al Ayuntamiento o al Parlamento o a la sede del partido y yo me ocuparé de los negocios. Seré tu representante. ¡Un tío como tú, joven, guapo, entrenado y conmigo detrás, tiene mucho terreno que recorrer, nos comeremos el mundo! Pero tienes que sacarte una carrera, ¡tú eres joven! ¡No tienes familia, pero me tienes a mí! ¡No seas burro! ¡Si los demás pueden, tú aún más! ¡Anda que no me gustaría a mí tener tu edad, capullo! Voy a invertir en ti, no tendrás que preocuparte por la pasta, yo me encargaré de que puedas estudiar. Hazlo por mí, créeme. ¡Sal de aquí con un título!

Albert Jordi llevaba la biblioteca de la cárcel, él mismo nos habría ayudado y ahora Andrés tendría estudios de derecho o de economía o de lo que fuera, no me lo habría encontrado sobando como una momia dentro del coche. Claro que en realidad Andrés no daba para mucho, solo tenía en la cabeza a Albert Jordi para irse al baño con él, me ponía negro cómo perdía el culo por Albert Jordi, llegó un punto que me entraban celos, ahora ya se le ha pasado, pero estaba demasiado pendiente de él, y eso que a Albert Jordi no le llegaba ni a la suela de los zapatos, aparte de que a ese solo le iban las tías.

No sé cómo no abrí la puerta y eché del coche al muy inútil para que se quedara allí con los demás animales. Es que hay que ser... ¡Quédate a hacer el perro, marmota de mierda! ¡Pásate todo el puto día en la cama si quieres! ¡Tócate los huevos hasta que se te pelen, pedazo de vago! ¡A mí me la suda! Que ya está, que ya nos hemos aguantado bastante, tengo un pajarito que me va detrás y si vieras al camarero... Hostia, menudo camarero... Diez años son demasiados años para aguantar a un pedazo de imbécil como tú. A los dieciocho tenías la piel de goma, pero ¡oye, una cosa, que ya no! Y yo he acabado hecho un abuelete hippy: me dejé el pelo largo y me lo teñí, parezco un puto Jesucristo, con gafas redondas parecería John Lennon, pero las arrugas no las tapas con nada, ni la papada.

¿Qué ha pasado para que Andrés no madurase? No será porque no le insistiera de todas las formas habidas y por haber. ¡Madura de una puta vez, cabrón! ¡Espabila ya, zopenco! ¡Despierta! A veces voy y me quedo mirándolo y parece un poco mongólico, un poco cara de mono. Los cara de mono me superan, pero tampoco es tan guapo. Es bajito y no está como un tren. Lo que pasa es que es joven y teñido de rubio parece Brad Pitt. Porque es joven, pero no está tan bueno como parece, por eso es tan poco inteligente. Me gusta porque se da un aire a mi hermano, seamos sinceros. La primera vez que lo vi me asusté, creí que era el fantasma de Pitu. Si me pone porque se parece a Pitu, porque es joven, no tengo que preocuparme: por mucho que crezca, para mí siempre será igual de joven, y ver que va cumpliendo años es como tener un gemelo de mi hermano que lo continúa y que no soy yo. El problema era que no maduraba. Como ahora en el coche. Siempre durmiendo como un perro. ¿No le bastaba? Me hinchaba los cojones hasta dejármelos a punto de reventar.

Me planteé dejarlo en el área de servicio y abrirme, como hace la gente con los perros. Al día siguiente ya volvería a recoger al camarero. Sesenta y ocho años y el corazón aún me pedía guerra. Tenía derecho a aprovechar lo que me quedase de vida sin ir por el mundo con la mochila de aquel inútil. Un poco de caridad para el pobre viejo,

¿no? ¡Un poco de respeto para la tercera edad, hombre! Que le den por culo al puto vago. Que se pareciera a mi hermano no quería decir que hubiera que mantenerlo. Mi hermano estaba muerto y al cabo de poco me iría con él. Seguro que Andrés no querría seguirme allí. El camarero con cara de mono anda que no debía de tener ganas de aprender y anda que yo no tenía consejos que darle. Podía empezar una nueva vida con él y con el negocio. Se acabarían los problemas. Era una oportunidad que Dios me ponía delante de las narices. Gracias, Dios mío, ya era hora, hostia santa, cómo has tardado, hijo de puta.

—¿Y a mí no me quieres? —pio Marc.

Cerré la puerta del coche y lo dejé fuera. Otro espabilado. Todo el mundo quiere aprovecharse de mí.

Le explicaría el negocio al camarero. Se quedaría de una pieza. Nos enamoraríamos. Nos haríamos una casa para retirarme, con una habitación llena de ventanas para mis últimos días en la tierra. Con el camarero ya no necesitaría a Albert Jordi. Un chaval rápido, que entra y sale del coche sin que lo vean, que se sube a los árboles y salta y es fuerte... Un gorila... Los niños confiarían en él, los mandaría callar con la mirada...

La verdad es que, cuanto más pensaba en hacer bajar a Andrés del coche, más veía que no podría hacerlo. Hostia puta, después de la nieve se me ablanda el corazón. Ahora que me encontraba mejor, podía abrir el maletero y coger la pistola, arrastrar a Andrés dormido de la oreja hasta el bosque que había al lado del área de servicio y sacrificarlo como se sacrifican los perros, por su bien. En las películas parece fácil. Con los camiones que pasaban nadie oiría nada y después nadie lo echaría en falta, hacía años que nadie sabía dónde se había metido, después de pasar por la cárcel no tenía familia, no conocía a nadie, sería por su bien, como los perros abandonados, que los matan para que no sufran.

Lo malo era que no lo haría, porque me conozco. Quería matarlo, quería aplastarle la cabeza y ahorrarle el sufrimiento de no ser capaz de buscarse la vida, porque ¿cómo iba a componérselas cuando faltara yo? Pero al mismo tiempo también quería que sufriera por buscarse la vida, que supiera lo que es sufrir. No me veía capaz de dejarlo. Ni puta idea de por qué, pero sabía que no lo haría. Como también sabía que me moría de ganas. Menudo lío de mierda. El corazón es complicado. A lo mejor no soy tan buena persona como parece. Tengo mis defectos. Pequeños, pero defectos al fin y al cabo.

En fin, que lo desperté.

—¿Para qué me despiertas, si no hemos llegado? —refunfuñó.

—Mira la cafetería.

Abrió los ojos como platos. Al ver el zoo, debió de creer que estaba soñando, porque enseguida volvió a cerrar los ojos y siguió durmiendo a pierna suelta.

Qué capullo. Se pasó todo el camino roncando. Vivía tranquilo, sabía que no era capaz de dejarlo, por eso abusaba de mí. Sabía que no podría dejarlo aunque quisiera. Estaba dando la vida por él. Lo que me quedaba de vida. En lugar de aprovecharla y rebañar el plato, me desvivía por él. Poco a poco pero cada día, cada minuto, cada segundo. Menuda putada más bestia. Y mi negocio a punto de irse a la mierda.

¡Qué más habría querido yo que haber nacido en el lado guay de la vida y ser hijo

de un petrolero de Arabia Saudí o de un banquero judío! No tengo nada contra los moros ni contra los judíos, soy ciudadano del mundo. Cabemos todos, pero cada uno en su casa. Me habría gustado ser hijo de un budista o de un santo, tener un padre capaz de dar la vida con la misma ilusión con la que yo quería conservarla. ¿La vida eterna? ¿Dónde hay que firmar, me cago en la puta?

Pero es que da igual, nunca voy a cortar con Andrés por mucho que me muera de ganas, es mi cruz y no dejo de pensar que ni el día en que me esté muriendo me veré capaz de mandarlo a la mierda, porque entonces estaré demasiado débil, y seguro que él se aprovechará y que en los últimos momentos, cuando ya la esté diñando, el muy subnormal hará un comentario idiota o me echará en cara cualquier cosa y pensaré: Puto mocoso zopenco hijo de puta, puto aprovechado de mierda, con la vida que te has pegado gracias a mí. ¿Por qué no te he facturado antes? ¿Por qué no te liquidé aquel día en el área de servicio de la autopista? Y será mi último pensamiento y ya no podré hacer nada, me iré y lo dejaré todo en sus manos y en dos días no quedará nada. Si fuera más guapo, si fuera más listo, pero da para lo que da. A este sí que tendrían que mandarlo a la guerra. Es como el mundo, que está hecho una mierda y sigue girando y pasando de todo.

Conocí a Andrés en un descampado de travestis que había al lado del Camp Nou. Antes iba mucho de travestis, fueron todo un descubrimiento, eran el eslabón perdido, como si hubiera encontrado el animal que le faltaba a la naturaleza, como si lo hubieran inventado expresamente para mí. No me cansaba de ir, eran hombres con lo mejor de las mujeres o mujeres con lo mejor de los hombres, no sé, lo que sí sé es que me llevaron a los hombres de verdad, como el camarero del área de servicio o Andrés, y fueron mi salvación, me pulía allí todo lo que sacaba currando, y entonces todavía me costaba mucho ganarme la vida.

Una madrugada estaba regateando con la Travela Vargas y había un grupo de chavales que nos miraban de lejos y gritaban. Aquellos imbéciles de las motos iban mucho por allí al salir de la discoteca para tocar los cojones. Se quedaban lejos y se reían y hacían gestos y a veces tiraban cosas. La Travela se puso nerviosa, era un poco histérica y esa vez había más imbéciles que de costumbre. Yo me hice el machito y fui a echarlos, y los tíos arrancaron las motos y se piraron como siempre, pero al muy zopenco se le caló, porque siempre ha sido un desgraciado. No le arrancaba la moto y él venga a darle a la palanca, hasta que la ahogó. Se quedó paralizado. Entonces llegué yo, se le cayó la moto al suelo, estoy seguro de que habría salido por piernas de no haberse estampado de morros.

Le ofrecí la mano para ayudarlo a levantarse. Cuando la Travela vio que había quedado solo un chaval, se acercó gritando y levantando los brazos.

—¡Dejá trabajá, desgraciaos! ¡Te vo rompé a boca!

Me encantaba, porque la Travela era cuatro veces más grande que Andrés, pero de pronto me di cuenta de que era clavado a mi hermano. ¡Mi hermano, que había vuelto del otro mundo en una moto! La Travela iba pegándole patadas a la rueda y Andrés berreaba: no podía dejar la moto allí y estaba acojonado, y con razón, porque la Travela no estaba para hostias.

—¡Criajo joputa! ¡Te vo da una leción que no va blidán tu vía!

Le di un billete y le dije que se buscara a otro. Muy bien. Me dio un morreo y se fue. Ayudé a Andrés a levantar la moto, pero no iba. Al estar tumbada había perdido gasolina. De puta madre. Lo acompañé en coche a buscar una botella porque solo no habría salido vivo de allí.

Cuando volvimos a buscar la moto con la gasolina ya estaba saliendo el sol. Llegamos y había otros travestis conocidos, pero yo quería a la Travela, la mala puta tenía los mejores labios de Barcelona.

—No tengas miedo —le dije a Andrés.

Lo cogí de la mano y me lo llevé con la Travela. Una polla rodeada de tía, qué más podía pedir el chaval. Era lo mismo que tenía Andrés, un cuerpo de niña, como el de mi hermano. Le pasé la mano por la mejilla como si fuera su madre, como si fuera una travesti que no se viera capaz de tirarse, me lo llevé con la Travela y lo emborrachamos, cosa que no costó mucho, y acabamos los tres en mi casa, y en cuestión de horas lo enamoré. Y hasta hoy. El amor nunca se sabe de dónde sale.

Yo también me enamoré, lo reconozco, hasta las trancas. Empezó entonces una temporada muy loca. Hacía conmigo lo que quería y lo pagué caro. Me arrastraba a cazar travestis. Yo los conocía, eran buena gente, pero no podía evitarlo, lo hacía por amor, para que no se me fuera con los capullos de sus amigos. Después empezamos con los negros. Nos informábamos por internet, nos apuntábamos a todas las fiestas, aquellas semanas fueron como nuestro viaje de bodas. Pero Andrés siempre ha sido un desastre y acabamos a la sombra.

Después de Riudellots, cuando llegamos a casa, pillamos el sofá y allí nos pasamos tres días. Dormíamos en el comedor. Yo veía partidos de fútbol y Andrés jugaba a la Play en otra pantalla. Íbamos y veníamos de la nevera al baño y del baño a la nevera. Mear y beber, mear y beber, era nuestro programa de desintoxicación y limpieza. Después de un negocio, siempre nos pasábamos una semana encerrados en casa tirados en el sofá, viendo pelis y series o jugando y viendo partidos, y cuando nos recuperábamos no tardábamos muchos días en irnos de viaje tropical, a Tailandia, a Filipinas o a Brasil, a Perú, a Colombia, donde fuera que pudiéramos ayudar a los niños. Éramos como una ONG. Nos dejábamos una pasta, pero éramos solidarios con los muertos de hambre. ¿Qué culpa tienes tú de nacer en un país de mierda? Y Andrés tenía tanto derecho a la carne fresca como yo con él, y estaba bien que se acostumbrara a los críos, era tan corto que me daba miedo que se le contagiara el sentimentalismo de nuestra sociedad hipócrita, que vicia a los niños y los consiente y los malcría, y después salen como salen. Veíamos un poco de mundo y volvíamos con las pilas cargadas para el siguiente negocio, como siempre, robar a los ricos para dárselo a los pobres.

Tres días después de la visita a Riudellots, volvimos a tener noticias de Albert Jordi. Andrés estaba jugando a *Horizon zero* y yo lo miraba por detrás, todavía con resaca de vodka. Se encendió el móvil y vi en la pantalla que era su fijo.

—Anda que ha tardado —dije—. Ya sabía yo que podíamos fiarnos de él.

Pero no era él. Era la tal Èlia, su pareja, que estaba buscándolo. Me la quité de encima y colgué. Albert Jordi aún no había vuelto a Barcelona. Era raro, porque quedarse

en Riudellots con una manada de negros revoloteando por allí muy cabreados contigo no era muy buena idea, que dijéramos. Estaba claro que quizás no volvía a Barcelona por mi culpa. Pero si no me has hecho nada no hay por qué tener miedo de mí. Lo único que no soporto son las injusticias o que jueguen conmigo. Una persona normal no ha de tener miedo de mí, al contrario, siempre la defenderé. Si Albert Jordi no quería entrar en el negocio porque desconfiaba de Andrés, podía entenderlo. Pero era muy injusto hacerme pagar a mí por Andrés.

—Me da que es una pelea familiar —dije—. ¿Qué hará allí arriba?

—Tirarse a la recepcionista.

Podía ser. Las ganas de follar, de reproducirse como sea, de tener hijos, no se acaban. Para mí Andrés era como un hijo, mi hijo con la Travela. De haber podido tener hijos, me habría decantado por llevar otra vida. Habría querido dejar un mundo mejor. Pero dejarle un mundo mejor ¿a quién? ¿A los hijos de los demás? Y una mierda. Ya tenían a sus padres y a sus hermanos. No me jodas. Bastante tengo conmigo mismo. Aquí todo el mundo va a lo suyo. Todo el mundo trata de darte por culo. Mi fantasía era un hijo con Andrés. Un hijo sin mujeres de por medio. Me habría dejado la piel para que tuviera de todo, hostia puta. Ya llegaría el momento en que no necesitáramos a las mujeres, seguro, pero yo había llegado tarde, ya tenía un pie en la tumba. Es una buena cagada nacer un siglo o dos antes de tiempo. Nacer antes de que se curase el sida, antes de la anestesia o el coche o la tele... ¿Qué culpa tenía, hostia puta? Me quedaría conmigo mismo, nunca sabría qué era estar ligado a un hombre por la sangre si no era con mi padre y mi hermano, y tanto el uno como el otro estaban muertos y enterrados.

—Decía que quería dejar la librería —dijo Andrés—. Con lo de los negros le salvamos el culo. No sé a qué espera para llamarnos.

—Ya viste cómo corría. Y ahora tenemos otro problema, la tía esa que lo busca. Nuestro negocio es para hombres. Las tías lo de los niños no lo entienden.

—Los negros eran para hacernos la pelota. Quería que lo ayudáramos, pero cuando oyó lo del proyecto se cagó.

—El problema no es él. Las tías siempre la lían.

—Podemos ir a verla, hablar un poco con ella. Que se evapore una temporada.

—Si pudiéramos apañárnoslas tú y yo solos...

Pero, claro, no contestó.

Al día siguiente llamamos a Riudellots. La recepcionista me dijo que no estaba. Se había ido del hotel. Entonces llamamos a su casa. Nada. Dejamos pasar otro día. Empezaba a perder los nervios. Lo necesitaba para el negocio y trabajábamos con un material delicado. Si no entraba y por lo que fuera la cagábamos, desaparecer era fácil, pero teníamos muchas papeletas para que el caso saliera en las noticias. Él lo vería con su amiga y sabiendo que éramos nosotros quizás le entrase miedo y nos traicionase. Poca vida que me queda y encima pasarla en la cárcel... Eso me mataría. Me había precipitado al confiar en Albert Jordi, había sido por culpa de Andrés, para que pudiera tirárselo otra vez. Pero ¿quién me iba a decir que, después de pedirme trabajo él mismo, se acojonaría y me dejaría en la estacada?

En la librería hacía semanas que no sabían nada de él.

—Está en casa —le dije a Andrés—. Nos evita, pero está en casa. Ha vuelto con ella, ya verás. Y la tía lo tiene incomunicado.

—Vamos a hacerle una visita.

—No sabemos dónde vive.

—Sí que lo sabemos.

—¿Tú sabes dónde vive? ¿Desde cuándo?

Hostia puta. Se había visto con Albert Jordi a escondidas.

—Una vez lo seguí. Esperé a que saliera del trabajo y lo seguí. Nunca se sabe. Ahora nos vendrá bien la información.

El muy cabronazo perdía el culo por Albert Jordi.

Mientras él acababa la partida, fui a bañarme. Me rasqué a base de bien toda la mugre que había sudado. Me puse ropa limpia y planchada. Fuera hacía mucho calor, pero después de desintoxicarte siempre apetece que te dé el aire.

Antes de apagar la luz y salir del baño, vi que dentro de la bañera había un chulazo. Menudo tiarrón, madre mía, me acuerdo como si lo tuviera delante, con el pecho peludo y el pelo húmedo echado para atrás. Era el camarero del área de servicio. No es que tuviera cara de mono, es que tenía todo el cuerpo de chimpancé, o de gorila, o de una cosa entre medias, con los brazos largos que le colgaban fuera del agua, tan relajado que parecía que se hubiera quedado sobado, con los ojos cerrados, la boca abierta... Era mi mono, pobrecito, a punto de morir. Cada vez que lo mataba me quitaba veinte años de encima.

Cuando el sol aflojó, a media tarde, nos plantamos en la calle Bruc. Había un aparcamiento subterráneo. Andrés se acordaba de la puerta (al lado había una panadería), pero no sabía el piso; o sea, que era cierto que solo lo había seguido. Los niños y los locos dicen la verdad, como le gustaba decir a mi padre. Llamamos timbre por timbre preguntando por él. En el segundo, una voz contestó que era el botón de al lado. Ya lo habíamos probado y no contestaba nadie, pero nos sirvió para saber cuál era el balcón de Albert Jordi. Nos pegamos al bordillo y vimos las persianas bajadas.

Me vibraron unas alas en la oreja.

—¡Aquí estoy yo...! ¡Vengo a ayudarte...! —pio Marc, y echó a volar hasta la barandilla del balcón.

Se posó allí un momento y después se acercó a la persiana. Volvió a bajar.

—No veo nada. Está todo cerrado. Puede que esté dentro, pero ¿cómo se puede saber? Espera. En el piso de al lado hay alguien. Investigo un poco.

—Déjalo —dije.

Volvió a levantar el vuelo, esta vez hasta el balcón de al lado. Allí la puerta estaba entreabierta y dentro no había luz, cosa nada rara un día laborable a las cinco y media de la tarde, con aquel sol de agosto. Marc se posó en la barandilla. Después bajó al suelo y se acercó a la puerta dando saltitos.

—Vámonos a casa —dijo Andrés.

—Un momento —contesté.

Siempre tenía que cagarla. No se enteraba de nada.

Muy despacito, Marc metió el pico por la rendija, dio un saltito y entró. No se quedó

mucho. De repente salió volando a un palmo del suelo, con un gato blanco detrás que también volaba, con las patas y las garras estiradas. Marc abrió las alas, pero el gato lo atrapó. Gritaba:

—¡Mercury! ¡Mercury!

¿Qué coño quería? ¿Que llamara al piso y lo salvara? El gato le clavó los dientes y lo desnucó.

—Me aburro —dijo Andrés—. ¿Nos vamos o qué?

—A lo mejor está en casa.

—El mundo es muy grande.

—Pero su casa está aquí. Nos jugamos mucho, Andrés. No me extrañaría que estuviera escondiéndose. Vámonos a dar una vuelta, cenamos y ya volveremos luego a ver si tenemos más suerte.

Nos tomamos una cerveza en un bar que había delante y después nos fuimos andando hasta El Corte Inglés. Allí me compré unos prismáticos, los mejores que tenían. Después volvimos a la calle Bruc y buscamos un restaurante. No fue fácil, porque estaba todo repleto de japoneses. Qué asco. Arroz hervido y pescado crudo. Normal que no crezcan. Suerte que encontramos un Asador de Burgos, con mesas y sillas de madera, y la carne que necesitábamos después de tres días comiendo porquerías de súper. El turismo así en general es una mierda, pero está bien porque puedes cenar temprano. Nos sentaron enseguida, teníamos el restaurante entero para nosotros.

El camarero era un tío gordo, le sobraban tres cuartas partes. Menuda diferencia con el restaurante de Platja d'Aro y menuda diferencia con el camarero del área de servicio. Aunque el recuerdo se me iba borrando. Reconozco que tenía visiones, me pasaba siempre con la nieve, de la misma forma que tenía agorafobia. Por eso desconfiaba. Por eso nunca he sido capaz de mandar a Andrés a la mierda. ¿Y si esas ganas que tenía de hacerlo eran falsas? Claro que tampoco podía deshacerme de las ventajas de esas visiones. Me habían salvado el culo mil veces, eso seguro. Eran puertas abiertas a realidades paralelas, no veo por qué hay que renunciar a tener un pie aquí y un pie en otro sitio, pudiendo hacerlo. El amor también era eso. Y con mis años todavía más, porque ya tenía un pie en el otro barrio. Pero pasa a cualquier edad, siempre es lo mismo: primero llega la edad, cumples los años, después llegas tú. Yo ya llevaba sesenta y ocho a cuestas, según las velas del pastel que había encargado Andrés, que siempre la cagaba, vale, sesenta y ocho velas, pero yo a eso no había llegado ni de coña. Cada vez me costaba más atrapar los años. Me echaba unos treinta. Aún podía entrar en mundos paralelos y aprovecharme, como en aquel momento con el aviso de Marc, que me había hecho desconfiar de las persianas bajadas.

El camarero sudaba como el cochinillo que nos metimos entre pecho y espalda. Ni probé el vino, pero luego pedí una botella de champán y quise ser generoso con Andrés, en plan un poco hipócrita, y levanté la copa y dije:

—¡Para que pueda jubilarme y tengamos a Albert Jordi con nosotros!

Al muy maricón le brillaron los ojos. Pagamos y nos fuimos. Ya se había hecho de noche. El piso seguía igual, con las persianas bajadas, pero yo tenía una idea. Volvimos a llamar al timbre, por si acaso. Nada. Me eché hacia atrás, cogí los prismáticos y enfoqué

el balcón. En el de al lado, tirado en el suelo, todavía estaba Marc esperando a las hormigas. Qué suerte habérmelo quitado de encima. Repasé las persianas de Albert Jordi, poco a poco, de abajo arriba.

—No sé qué miras —dijo Andrés—. No contesta. No está.

Idiota. En un rincón de arriba, la persiana no ajustaba bien. Era muy raro tenerla cerrada en pleno verano. Salía un poco de luz por tres agujeritos, luz de televisor.

—Ya lo tenemos. Hijo de puta —dije.

Andrés abrió tanto la boca que se le veía hasta el agujero del culo. Negó con la cabeza, se metió una mano en el bolsillo y sacó unas cuantas monedas.

—¿De verdad? ¿Y por qué no abre?

Tiró las monedas con fuerza, una por una, a la persiana.

—¡Eh, desgraciado! —gritó—. ¡Ábrenos! ¡Que sabemos que estás en casa!

Le arreé para que se callara. La gente nos miraba. Vi que el vecino de al lado se asomaba al balcón. Andrés se había puesto como una moto. Fue al timbre y se puso a llamar sin parar. Por las rendijas de la persiana ya no salía luz. Debía de creerse que éramos idiotas. Me acerqué a Andrés.

—No te mates —le dije—. Ha quitado la luz para no oírte.

Le pegó un puñetazo tan bestia al portero automático que lo abolló.

—Tengo que esquiar —dijo.

—Ahora mismo ni de coña.

Oímos el zumbido eléctrico de la puerta. Alguien nos abría. Me lancé de cabeza. A veces no hace falta nieve para esquiar o ir en trineo. Ya estábamos dentro, puto Albert Jordi.

—Yo me quedo aquí para controlar la puerta —dije—. Tú sube piso por piso hasta el último, y vigila que no haya salido y se haya escondido. Venga, arriba. No se nos escapará.

Andrés fue subiendo hasta el último piso. Cada vez que llegaba a un piso, se asomaba al hueco de la escalera y gritaba: ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco...!

A Albert Jordi más le valía tener bien cerrado. Subí corriendo los escalones y me planté en la puerta. ¡Qué joven volvía a sentirme! ¡Tenía el corazón a punto de estallar! ¡El muy cabrón estaba dentro! Andrés llamó al timbre, que no sonó. Yo di unos golpecitos delicados en la puerta, como una puta gallina.

—Albert Jordi —dije, superamable—. Albert Jordi, de buen rollo... Solo quiero hablar contigo un momento... No sé por qué te escondes, de verdad, ¿somos amigos o no? Abre, hombre, por favor, que así hablamos... Venga. Somos amigos, ¿no?

—¡No vamos a movernos de aquí y lo sabes! —gritó Andrés.

Es la ventaja de tratar con desgraciados que no pueden llamar a la pasma. No tardó en abrir la puerta. Andrés se lanzó como un toro, entró con tanta rabia que tiró a Albert Jordi al suelo. Estaba rabioso, que es otro defecto que tiene. No sabe contenerse. Empezó a tirar cosas al suelo, una lámpara, libros, una mesita... La casa estaba llena de libros. Los libros van bien porque no hacen ruido. No era cosa de montar mucho escándalo ni de acojonarlo demasiado. Aún contaba con él.

—Ya vale, Andrés, no nos pasemos —y le di la mano a Albert Jordi para ayudarlo a

levantarse, igual que se la había dado, hacía años, a Andrés.

Dio la luz y nos fuimos al comedor. Aunque Andrés no dejaba de tirar libros al suelo, el tío.

—¿Todo esto te has leído? —decía.

Albert Jordi también había estado recuperándose de la nevada, y no creo que conociera el sistema del vodka. Se le podía perdonar que se hubiera cagado. Nunca se sabe cómo va a reaccionar uno con la nieve. Son temperaturas muy bajas, todo queda cubierto y te pierdes. Si no sabes por tu cuenta qué vas a hacer, no tiene sentido pedirle explicaciones a otro, y aún menos cuando lo necesitas.

—¿Por qué no nos sentamos y hablamos tranquilamente como personas? —propuse—. ¿No puedes invitarnos a un vaso de esas botellas?

Idiota no era. Tenía como veinte whiskies distintos en una bandeja.

—Servíos —dijo, con voz cansada—. Lo siento. De verdad. No estoy muy fino. He pasado unos días que no me aguantaba de pie... Sentaos...

La educación mola. Nos sentamos los tres.

—Te hemos estado llamando. ¿Qué te pasa? ¿Somos amigos o no? ¿Tenemos negocios pendientes o no? ¿Necesitas un trabajo o no? ¿Qué problema hay? Es un negocio seguro. Un regalo que te hago. Yo tengo experiencia, tío, hostia, somos profesionales. A ver, hasta podemos adaptarnos un poco, si quieres. Ya ves que te lo pongo a huevo. Podemos hacer un trato. Ya te dije que el trabajo de los niños era un paréntesis. Podemos hacer un contrato temporal. Solo participas unos meses, cuando secuestremos, te puedo ofrecer una cuarta parte del beneficio, después nos separamos y aquí paz y después gloria. Tampoco pido más.

—Tengo que pensármelo —contestó.

—¿Tienes que pensártelo? Pero ¿qué te pasa? Mierda. Somos profesionales, hace años que nos dedicamos a esto, saldrá de puta madre. También tienes derecho a vivir tranquilo y no preocuparte... ¿Que los demás quieren sufrir? Que espabilen, allá ellos con su vida de corderitos. Pero tú... Tú tienes talento, hostia, te lo digo yo que podría ser tu padre, que no te den por culo. Solo se vive una vez, no esperes a que sea demasiado tarde.

Se bebió el vaso de un sorbo.

—Nos lo pasaremos bien —dijo Andrés—. A ver, que nos lo deben. ¿Cuántos años te tiraste allí dentro? Siete u ocho, ¿no? ¿Quién te va a devolver todo eso si no lo coges tú mismo? Mercury y yo lo tenemos todo estudiado. Es riesgo cero, ¿vale?

Albert Jordi se levantó y se sirvió otro vaso.

—Tengo que consultarlo —dijo.

—¿Consultarlo? ¿Con quién? ¿Con una mujer?

—Vete a la mierda —dijo Andrés—. Ya hablaremos nosotros con ella. Piensa en lo bien que nos lo pasamos en la cárcel, acuérdate de cuando saliste, somos una familia, tío, tu familia somos nosotros, ¿no lo ves?

Albert Jordi se acabó el vaso y se puso a ir de un lado a otro del comedor.

—Vamos a imaginarnos que acepto —dijo, al final—. Un compromiso de tres meses. Nada más.

—Tres meses. Tres operaciones. No es mucho.

—A una cuarta parte de...

Anda el capullo, cómo hacía números. Siempre, siempre, siempre tenía que toparme con gente interesada. Y la amistad ¿qué? ¿Y la nieve que había invertido? ¿Y hacer una buena obra con un pobre viejo? Puto mundo.

—Pongamos que digo que sí... ¿Cuándo empezaría...?

Hablaba mirando una pared llena de libros como si buscara uno y por un momento me dio miedo que nos sacara una sorpresita de detrás de una novela, una pistola o un cuchillo, porque nosotros dos íbamos desprotegidos. Pero también me hacía gracia pensar que fuera capaz de plantar cara, porque querría decir que no nos habíamos equivocado de socio.

No tenía nada escondido, pero reconozco que no lo esperaba. Se quedó un rato quieto en la puerta del comedor, aguantando el vaso delante de la tripa como si hiciera números. Estaba esperando a decidirse. Yo pensé: Ahora viene cuando saca la pistola o la navaja. A ver qué pasa. No se ha ido a la cocina para que no sospechemos, aunque detrás de esos libros... Le hice una señal a Andrés con la cabeza que no pilló. Pero no. Había una chaqueta en el respaldo de la silla. Se agachó para meter la mano en el bolsillo. Andrés pegó un brinco y yo estuve a punto, pero Albert Jordi no era de los que van con una pistola en la chaqueta. Imposible. Sacó un paquete de tabaco y un mechero. Andrés volvió a relajarse. La trampa era esa. Tiró el paquete y el mechero al suelo, se plantó en el pasillo de un salto y de allí en la puerta del rellano. No nos dio tiempo de atraparlo. Cerró la puerta y tiró del pomo para que no pudiéramos abrir desde dentro. Metió la llave y nos encerró desde fuera. Eso era lo que había cogido de la chaqueta, las llaves del piso, escondidas con el paquete de tabaco y el mechero. Lo oímos bajar la escalera. Andrés volvió al comedor, subió la persiana a toda hostia, salió al balcón y gritó:

—¡Eh, hijo de puta! ¿Adónde vas? ¡Estamos hasta los huevos de salvarte el culo! ¿Me oyes? ¿Adónde vas, hijo de puta?

Pero el tío salió pitando por debajo de los balcones para que no lo viéramos.

—¿Quieres que te quememos el piso, imbécil? ¿Quieres que te quememos el piso? —gritaba Andrés, como una tía abandonada.

No nos costaría nada salir, no haría falta ni forzar la puerta porque el vecino tenía el balcón abierto, bastaba con saltar, pasar por encima de Marc y salir por el piso de al lado.

Volví a sentarme en el sofá. ¿Cómo nos las apañaríamos sin él?

Andrés iba de una habitación a otra, abría cajones y los vaciaba por el suelo, tiraba libros de las estanterías y volcaba las mesas, rasgaba las sábanas, todo sin prisa, a sangre fría. Dejé que se desahogara. Se quedó quieto un momento y enseguida empecé a oler a mierda, se había meado y cagado en alguna habitación y se había puesto a esparcir la mierda por el suelo y por los muebles y escribía insultos en las paredes. Andrés era como los perros, que marcan el territorio meando y cagando. Lo hacía siempre, el muy degenerado, era un olor muy familiar que ya conocía de casa. Iba a embadurnarlo todo, sábanas y ventanas, ropa, la comida de la nevera, lo que se le pusiera por delante, la mierda era que después, aunque se lavara las manos con lejía, los dedos le apestarían, lo sabía de otras veces, y después querría follar y olería así de asqueroso, a mierda, ya lo

sabía, luego durante días tendría esa peste de fondo.

Al escucharlo ir de una habitación a otra empecé a ponerme tonto, con un sentimiento que todavía era resaca de la nevada del viernes. Hacía cinco días y aún no estaba limpio del todo. Qué viejo me había hecho. La tristeza me subía como una marea de nieve deshecha, me ahogaba. Me aguanté la cabeza con las manos y me puse a llorar. Me daba mucha pena lo de Marc, allí lleno de hormigas, después de las mañanas que me había alegrado en la cárcel, y a cambio de nada, y me daba mucha pena lo de mi hermano, lo poco que había llegado a conocerlo, y la desgracia que había tenido al reencarnarse en un desgraciado como Andrés, con la de gente que hay en el mundo, y me daba mucha pena Andrés, porque no se las apañaría sin mí el día que yo faltara, y me daba mucha pena Albert Jordi, que perdería lo mismo o más que nosotros, al no querer ayudar, y me daban mucha pena los niños que íbamos a secuestrar, por el peligro que correrían en manos de Andrés, y me daba mucha pena a mí mismo, por la edad que tenía, porque había perdido la última oportunidad de un retiro un poco digno. ¿Qué iba a hacer a partir de entonces? ¿Quién podría echarle una mano a un pobre viejo con un chaval inútil a su cargo? No pasarían ni diez años antes de que no pudiera valerme, tenía el cuerpo quemado de tanta nevada, tenía la piel, el pelo, tenía el corazón helado y duro y vacío por dentro, se me rompería como una cerámica, ya no podría jubilarlo, no podría darle unos últimos años de reposo supermerecido, me daba mucha pena y se me saltaban unos lagrimones calientes y pesados, y sentía tristeza por el mundo entero, con el cambio climático, y por todo el universo, que estaba igual de podrido, negro de putrefacción.

Poco a poco noté que la tristeza iba perdiendo todo lo que tiene de liberación y de lágrimas e iba convirtiéndose en vergüenza, y entonces me entró una vergüenza enorme, vergüenza pura, vergüenza por la edad, vergüenza por tener ya casi setenta años, vergüenza porque me tocaba morirme, porque un día u otro me moriría. ¿Eso no era una vergüenza? ¿No era una putada como una catedral? Un mal de todo el mundo, pero un mal de capullo, como el planeta mismo, como las putadas que te toca hacer para sobrevivir. Mi hermano sí que lo entendió. No me daba vergüenza no haber aprovechado la vida, no era que me quedasen cosas por hacer, deseos, remordimientos. Sabía que soy buena persona, en la vida me he defendido como todo el mundo y si alguna vez he tenido la tentación de aprovecharme de alguien pues me he aguantado. Todo lo he hecho en legítima defensa. Yo no era un estúpido como Andrés, yo era consciente de lo que hacía, el problema no era ese, el problema era la edad, la muerte que se acercaba cargada de mierda. Menuda vergüenza que los años te arrinconaran y acabaran confinándote en una habitación como aquel comedor, con la puerta cerrada por fuera, qué cabrona la vida, que acabara ahogándote, que no te tuviera para nada, que supieras que estabas perdido, qué mierda de campeonato, qué manera de jugar con la gente sin que pudiera defenderse. Podías morirte de muchas formas, pero al final ibas a parar allí mismo, como un puto pájaro en la boca del gato. Todas las vidas eran un suicidio y a mi hermano no le habían hecho falta cincuenta años más para entenderlo.

Llegó Andrés. Se olía los dedos y se reía, pero cuando me vio llorando me preguntó qué pasaba. Le corté el rollo. Estaba acostumbrado a verme triste después de una

nevada, pero no llorando, y se sentó conmigo en el sofá y me pasó el brazo por la espalda y trató de consolarme, me dijo que todo saldría bien, que no me agobiara por lo de Albert Jordi, que él me ayudaría y que no lo necesitábamos. Ni eso era capaz de ver, pobre desgraciado. Me dijo que estaba enamorado de mí como el primer día y que Albert Jordi nunca le había gustado. Menudo zopenco. La vergüenza ya iba más allá de la muerte, ya era vergüenza por él, pero me daba igual, no puedes salir con un tío cuarenta años más joven que tú y no acabar pasando vergüenza.

Había tenido muy pocas aspiraciones en la vida, no me había importado la cárcel, yo sabía que viniendo de donde venía y en el país que me había tocado vivir a poca cosa podía aspirar, y siempre me había conformado, había querido pocas cosas, pero lo que estaba pidiendo en ese momento era tan ridículo... Si una mierda de hormiga tiene vida... Y, si al final todos viviéramos eternamente, ¿qué cambiaría? Y si un solo tío lo pedía, uno solo, ¿por qué no se le podía dar? Qué vergüenza que nadie pudiera ayudarme, qué vergüenza de mundo, qué vergüenza de universo, qué mierda, como la casa con las paredes pintadas de mierda, como la mierda de debajo de las uñas de Andrés.

¿HAS SABIDO ALGO DE ÉL?

9

Los encerré dentro con llave y bajé la escalera saltando los escalones de tres en tres, apoyándome en la pared y en la barandilla, con el corazón a mil por hora. Andrés tenía fuerza para echar la puerta abajo y si me pillaban me matarían. Los había traicionado y había puesto en peligro su negocio, no me lo perdonarían. Salí del edificio y corrí calle arriba tropezando con la gente. Las aceras estaban llenas de terrazas con turistas y de motos aparcadas, recorrí las manzanas en diagonal, corrí entre la gente, crucé las calles entre coches y cláxones hasta que no pude más. Estaba sudado, temblaba y me ahogaba. Aún oía la voz de Andrés detrás de mí, gritando desde el balcón: ¿Quieres que quememos el piso? ¡Eh! ¿Quieres que quememos el piso?

Me metí en un hotel. Me encontré de golpe en el mundo de los turistas. Me quedé quieto hasta que me adapté a aquel ambiente. Me calmé. Llevaba la cartera en el bolsillo. Había aire acondicionado y mucha luz, música de fondo y familias y parejas extranjeras muy arregladas. Las mujeres llevaban vestidos de colores, los hombres camisa clara, y todo el mundo tenía la piel tostada. Los mayores hacían tiempo en el vestíbulo antes de irse a la cama, volvían de cenar fuera, y los jóvenes bajaban de las habitaciones con el pelo todavía mojado de la ducha, a punto para salir a comerse la noche.

El hotel de Riudellots era funcional, como si formara parte de las instalaciones del aeropuerto. Aquel hotel, en cambio, era un low-cost como los que hay por todas las ciudades turísticas, saldos de las mil y una noches con cerraduras de puerta y pomos de escalera dorados, chapa en la pared que pasaba por madera maciza y una araña de cristal colgada del techo. Barcelona era un gruyer de agujeros como aquel que daban a otra dimensión, a hoteles, pisos y apartamentos pared con pared con nuestra casa, agujeros invadidos por la carcoma del turismo. Tuve suerte, era 16 de agosto y había relevo de clientes, salidas y entradas, y por una anulación de última hora encontré habitación.

En la pared de detrás del recepcionista había un gran espejo con cuatro relojes redondos que marcaban la hora de Nueva York, Casablanca, Bangkok y Tokio, como si el hotel pudiera tener clientes de esas ciudades. El recepcionista seguramente vivía en el extrarradio. Debía de preguntarse qué hacía allí un cliente con la dirección del carnet a pocas calles. Se imaginaría que me habían echado de casa. Cosas más raras vería. O quizás no, en aquel mundo del turismo rutinario. Mientras me tomaba los datos, yo me secaba el sudor y vigilaba por el espejo que no se acercase nadie por detrás. Andrés era capaz de haberme seguido. El hombre del espejo no se parecía a mí. Tenía la cara roja, hinchada de correr. La piel me había cogido color haciendo excursiones por Riudellots. Parecía un turista, pero iba vestido de estar por casa como un barcelonés sin vacaciones.

En el espejo del ascensor aún me parecía menos a mí mismo, me veía dorado,

encerrado en una jaula. En la habitación había más espejos y un minibar con media docena de botellitas. Me serví un Jack Daniel's. Quizás a partir de entonces viviría en hoteles, en habitaciones de distintos hoteles, como en habitaciones de una misma casa.

En los cinco años que pasamos juntos en la cárcel, muy pocas veces me quedé a solas con Mercury. No se separaba nunca de Andrés y todavía hoy no me queda claro quién protegía a quién. Una tarde llamaron a Andrés para hacer la revisión médica. Mercury debía de tener tantas ganas como yo de que habláramos, porque me pidió que lo acompañara a dar un paseo por el patio apartados de los demás presos. Se me hacía raro tenerlo tan cerca sin sexo de por medio, aunque en el baño participaba poco, se dedicaba a mirar y a tocar a Andrés, y más de una vez me había esquivado la mirada, con la misma vergüenza que aquella tarde debió de llevarlo a hablarme de un hermano que se había tirado al tren con diecisiete años.

—No estoy aquí por gusto ni tengo la paciencia que tengo por gusto —me dijo—. Ahora mi hermano es Andrés.

Me tumbé en la cama y me serví otra botellita. ¿Qué hacía en aquella habitación de hotel escondiéndome de un par de psicópatas? A lo mejor también pagaba por un hermano, un gemelo, otro yo capaz de hacer cosas que yo habría sido capaz de imaginarme pero no de sacar adelante. ¿De verdad me merecía todo aquello? ¿Hay algún marido que nunca se haya imaginado que mataba a su mujer?

Quizás me suplantó un gemelo, se cargó a Sara, llamó a la policía y me acompañó al juicio, me siguió hasta la puerta de la cárcel y después desapareció. Se tiró al tren como el hermano de Mercury y no quedó nada de él, ni suciedad ni maldad, no dejó rastro dentro de mí. Estaba tan separado de mí que pudo desaparecer con la misma impunidad y el mismo silencio con los que había llegado. En el pasado siempre hay un hermano gemelo, nunca estamos nosotros. Me había dejado unos conocimientos, sabía qué había hecho y no era nada digno de presumir, me había costado ocho años de cárcel y tener que esconderme ahora en un hotel a cuatro calles de casa. Eran secuelas de un accidente, cosas que pasan, también se nos caen los dientes y se nos mueren los padres, también nos peleamos con los amigos y nos casamos con quien no tenemos que casarnos.

Podía pasar meses, años enteros, sin acordarme de ella. No era que el olvido me volviera inocente, era que la inocencia me permitía olvidar. Si se me pasaba por la cabeza algún recuerdo de los diez años con Sara y el recuerdo me llevaba a la noche en que la maté, sentía el orgullo del inocente. No tengo ni pizca de masoquista. En la cárcel entraba en el baño a la fuerza, como un cordero que va al sacrificio, era una mierda, salía con morados en los brazos por culpa de Andrés, pero también era una generosidad mía con el mundo. Los años que pasé encerrado no fueron una carga moral. Ser víctima era aún mejor que ser inocente.

No pensaba renunciar y tampoco olvidarme. El asesinato fue la gran noche de mi vida. Cada uno tiene su momento culminante, un resumen concentrado de la existencia. No es un recuerdo, es una actitud, una definición, como la sustancia de uno mismo. Es la presencia del hermano gemelo en nuestro interior. Una vez descubierto, te hace de patrón y define la madurez. Es la bandera de lo alto de una montaña, la ves por perdido

que estés. Reconoces ese momento, sabes que no llegará ningún otro que lo supere, el cuerpo ya no lo aguantaría si se presentara otro, la cabeza ya no lo asumiría, ya no lo procesaría ni lo desarrollaría con la misma intensidad, quizás ni se daría cuenta, quizás lo evitaría, no podría hacerse cargo, lo abandonaría. Se habría encontrado la plaza ocupada. Solo hay espacio para un hermano. Es un momento tan íntimo como intenso y se te presenta una vez en un momento inesperado, en un chapuzón en la piscina, en una madrugada con un cuerpo nuevo, en una pelea con el enemigo, en un viaje arriesgado, una aventura peligrosa, una visita con tu padre a casa de los abuelos, da igual, una victoria, una derrota, un robo, un descubrimiento, una sobremesa o un entierro que cierran una etapa de tu vida. Una experiencia universal pasada por tu cuerpo. Mi momento fue la muerte de Sara. Hay asesinatos a diario, a cada momento, pero ese era el mío, me latía dentro como una víscera, respiraba y existía con el mismo vínculo y la misma independencia que un hermano gemelo.

Si fuera pintor, inundaría los cuadros de color rojo. Pondría rojo en paisajes de lagos, de montañas, de mares y de cielos.

Asesinar era el momento más intenso, no porque no tuviera marcha atrás (tampoco la tenía una violación, quemar una casa o traicionar a un amigo), sino porque era la apuesta más alta. Nadie podía juzgarme, ni yo mismo.

Me había tomado las tres botellitas de whisky del minibar y no me dormía. ¿Cómo se me había ocurrido llamar a esos dos chalados desde Riudellots? Tenerlos en casa en ese momento era tan asqueroso como tener a Andrés dentro de mí en aquellas visitas al baño, con la diferencia de que en la cárcel al menos sabía cuándo se acababa.

Mercury y yo éramos incompatibles.

Para mí la muerte tenía tres posibilidades. La primera, que no llevara a ninguna parte: un apagón general y volver a la opacidad de antes de nacer. Si la muerte lleva a la misma opacidad de antes de nacer, el asesinato lo deja todo allí mismo.

Es verdad que, así, el asesinato podría entenderse como un robo a los que se quedaban. Pero ¿quiénes eran los supervivientes para valorar las pérdidas? ¡Eran parte interesada! Podían protestar. ¡Me han quitado a una persona del planeta, a alguien capaz de hacer el bien! ¡Has matado a un Jesús, has matado a un Mozart! Pero yo podía contestar: ¿Cómo lo sabéis? ¡A lo mejor he matado a un Hitler o a un Stalin, a lo mejor he matado al diablo!

La segunda posibilidad era que después de muertos pasásemos a mejor vida. En ese caso, el asesino era un benefactor.

Culpar al asesino quería decir pensar que después de la muerte llegaba un infierno, era decidirse por la tercera posibilidad: que la muerte empeorase las cosas, que al otro lado estuviera el mal. Y, por lo tanto, que el mal dominaba la vida. Era entender la vida de los hombres como un escalón del derrumbamiento. Antes y después de la muerte estaría todo lleno de asesinos que te enviarían a otra vida en la que volverían a asesinarte. Esa era la diferencia entre Mercury y yo. Por eso seguía sufriendo por el suicidio de su hermano, por eso se desesperaba por vivir, por eso se drogaba y por eso quería matarme.

Mercury escupía sobre su hermano muerto, lo traicionaba, lo sustituía por el

desgraciado de Andrés. No veía que, por mucho sufrimiento y desesperación que hubiera pasado, su hermano había confiado en una muerte neutra o una muerte que fuera la entrada en un mundo mejor. Yo también maté a Sara lleno de fe y amor a la vida. ¿Habría tenido que explicárselo? ¿Me habría entendido? Los suicidas son los únicos valientes, los exploradores, los altruistas que dan la vida por la ciencia, por la fe en la persona. En generosidad no puedes ganar a un suicida. Su generosidad todavía era mayor que la mía, superaba la confesión que me hacía a mí mismo, superaba la confesión que había intentado hacerle a Èlia... Había querido contárselo todo y me había echado de su casa. ¿Se suicidan por desesperación, porque no soportan el sufrimiento, por miedo? ¿Y qué? El resultado es la esperanza. Si no nos convencen no es culpa suya. ¿Quiénes somos nosotros para contradecirlos? ¿Quiénes somos para decir nada, si hablamos desde la barrera, sin mover ni un dedo, esperando... Ya nos lo encontraremos, pensamos nosotros, ya nos lo encontraremos... Queremos morir por sorpresa, como Sara, o dormidos a ser posible, como sea pero sin conciencia, irresponsablemente, sin tener que pensarlo ni en el último segundo, sin tener que apostar... Toda la vida tomando decisiones, toda la vida de apuesta en apuesta, y en cambio en eso... En nuestro momento más íntimo, en la culminación de nuestra existencia, allí en la cumbre desde donde lo vemos todo, en el resumen, en el resultado, en la definición... Entonces queremos tener los ojos cerrados. Ya nos lo encontraremos... Ya nos lo encontraremos... Y después todo son lágrimas de última hora.

Si pudieras hablar, Sara. Es lo único que podía echarme en cara. No haberla dejado hablar, no haberla escuchado, haberle rajado el cuello con el cuchillo y haberme ido al comedor a esperar en vez de quedarme a escucharla... Si Sara pudiera hablar, me habría agradecido cómo me arriesgué. ¿Quizás era eso lo que me asustaba? ¿Por eso le rajé el cuello, precisamente, para que no pudiera hablar?

Viví diez años con ella. A eso hay que sumarle dos años más, antes, de salir. ¿No notó nada en las últimas semanas? ¿No se olió a mi gemelo? ¿No lo hizo por mí? ¿No quiso dejarme una herencia? ¿Su muerte no fue también un suicidio?

En la cárcel todos los presos contaban sus crímenes, como cicatrices para que los compadeciéramos, como medallas para que los admirásemos o como reservas de armamento para hacernos sentir amenazados. Yo no hablaba de lo mío por mucho que me lo pidieran y en la cárcel eran insistentes, querían saberlo sí o sí, querían que les resolviera las dudas, a ellos, condenados por delitos de sangre mucho peores que el mío, a ellos, que eran culpables de verdad, que te lo decían, que lo sabían, que tenían remordimientos... Porque se los merecían, porque solo tiene remordimientos el que se los merece.

Yo soy más serio. Las cosas importantes no se cuentan. Te las guardas y las incubas para volverlas físicas, para comprimirlas dentro del puño, para secarlas, para ir haciendo el esqueleto que te aguanta. Quizás al principio eres discreto por cautela, para que no te descubran, pero acabas viendo que había un motivo más profundo: lo que callamos son semillas, solo pueden crecer en nuestro interior, echar una red, nuestra conjura celular, nuestros secretos incomunicables.

Y allí estaba, escondido en una habitación de hotel, convertido todo yo en un secreto

de carne y huesos. Me pasé dos noches allí metido, incapaz de volver a casa. Tenía el instinto de aferrarme a la vida, el instinto de escaparme de la tortura y la muerte que aquellos dos estúpidos querían para mí.

Andrés y Mercury me esperaban fuera cuando salí de la cárcel. Fueron mi pista de aterrizaje para volver al mundo y me consiguieron un trabajo imposible en una librería, pero yo mismo quise perderlos de vista cuando empecé a salir con Èlia.

Èlia tenía que cambiarlo todo para volver al punto de partida. Lo mejor de Sara lo tenía Èlia o era al revés y Sara me había preparado para lo mejor de Èlia. Cuanto más nos conocíamos, más compañía nos hacíamos, más nos reflejábamos y nos reforzábamos. Fue como recuperar el espíritu de Sara, incluso teníamos previsto irnos a vivir juntos. Después de una jornada de trabajo en la inmobiliaria, Èlia me enseñaba casas en la pantalla del móvil, casas que había ido buscando en la oficina, oportunidades de pueblos del Maresme, edificios tentadores en las calles más tranquilas para que yo pudiera leer sin molestias, cerca de una estación en la que coger el tren para ir a trabajar a la librería, me enseñaba los mejores pisos de Barcelona, las oportunidades, los más luminosos, mejor situados y más grandes, con habitaciones para los niños. Èlia había ganado dinero con la agencia, yo tenía un buen trabajo, no era tarde para ser padres, me dijo, si nos decidíamos y no perdíamos el tiempo. Era una propuesta de compromiso, una idea que un año antes ni se me habría pasado por la cabeza, una posibilidad que con Sara nunca habíamos llegado ni a plantearnos en serio. Quizás lo raro era haber descartado tener hijos con Sara. O quizás tuve que matar a Sara para encontrarle un sentido después. La idea me asaltó con una fuerza instintiva, hijos, compromiso con la vida. ¿Quizás me había puesto yo mismo la vida de Sara como prenda?

Me imaginaba a esos hijos. Un Albert Jordi pequeño, una Alberta Jorgina de cinco años, una Elieta, un Eliolet, otro yo en otro cuerpo, mi cerebro madurando en la vasija de otro cráneo, demostrando que no tienes que matar para llegar a ser quien eres... No porque sin matar seas menos asesino: es que matando no lo eres más. Demostrar que fue un accidente, una circunstancia. Cuatro hijos, quince hijos que Èlia y yo educaríamos, cada uno de ellos con un pedazo mío, una división mía, una multiplicación, una metástasis, un antibiótico, cuatro hijos, quince hijos, adoptados, in vitro, en vientres de alquiler si hacía falta, diez mil hijos ciegos ante el mal, una guardia personal de ángeles, una casa como una guardería con jardín, columpio y tobogán, piscinita, juegos, hermanos mayores vigilando a los pequeños hasta que tuvieran sus propios hijos, mis nietos... Ahora sí que podía. Antes, con Sara, no. Una familia numerosa, una granja de niños, una vida dedicada a criar, a educar, perpetuar, repetir, repartirme en sus cuerpos como una bomba de fragmentación, confiar en la vida que se retroalimenta...

Y entonces un viernes, como si hubiera vuelto el hermano gemelo, como si necesitara su vigilancia, su aprobación para acercarme un poco más a Èlia o, de hecho, para volver a Sara, una tarde de viernes, al salir de la librería, fui a comprar una botella de vino y me presenté en casa de Èlia con la intención, casi con la necesidad, de contarle que en una vida anterior había matado a mi mujer.

No fue improvisado. Hacía semanas que iba tomando la decisión. Primero quería quitármelo de la cabeza, después fue lo contrario, una obligación. Llegó el viernes y

habíamos quedado para cenar en su casa como todas las semanas. Era generoso, por mi parte, confesar, cederle experiencia, era un acto de amor. Naturalmente, no esperaba que lo encajara a la primera, pero tampoco que me pusiera de patitas en la calle sin dejarme hablar. Había llevado el vino para bebérnoslo luego, para la noche en blanco que nos esperaba.

No habría servido de nada preparármelo, porque dependería de cómo reaccionase. Yo había tenido todo el tiempo del mundo, antes y después, para entenderme como asesino. En torno a mi persona había oscuridad, pero había explorado y ganado terreno para vivir sin agobios, no necesitaba más espacio. ¿No era lo mismo para todo el mundo? ¿Quién podía decir que a su alrededor, si rascaba un poco, no acababa por encontrarse al final con una oscuridad como la mía? Ahí es donde nos encontramos las personas. Es más: mi radio de luz entraba bastante en la oscuridad. Lo sabía por los libros. Me había hartado de escritores que no veían más allá de sus narices. Yo tenía una buena extensión iluminada. Solo me ganaban los más grandes, los más valientes. Eso era lo que quería contarle.

No llegamos a descorchar la botella, ni me escuchó. No me quería lo suficiente, no era lo bastante valiente, la cobardía lo estropea todo, no quiso o no pudo escucharme, no me entendió y me empujó hacia atrás, hacia el mundo del que le llevaba noticias, como si me dijera: Vete al país del que has salido y quédate allí o, si vuelves, que sea con una forma de hablar que no me asuste.

Y entonces mi gemelo se desbocó, y un caballo desbocado puede llevarte a cualquier lado. Acabé en Riudellots, me topé con el accidente de Sulaiman y se me ocurrió volver a llamar a los dos psicópatas, que me vinieron con un negocio de secuestros que parecía sacado de una pesadilla.

A la mierda, pensaba en aquel momento, echado en la cama del hotel, dejadme en paz, olvidaos de mí, como si no existiera.

Abrí una botellita de ginebra y empecé a pensar en quitarme de encima a aquellos monstruos. Aún me veía capaz de regar la muerte de Sara con la sangre de los niños que estaba salvando. Matar a alguien no es tan importante, a lo mejor tendríamos que tener derecho todos, uno a uno, como a un suicidio que no se llevase por delante su tesoro de revelaciones. El suicidio es incomunicable, el asesinato no. No había conseguido explicarlo, pero lo había intentado.

¿Tenía derecho a dos muertos más, aunque fuera en defensa propia? Tampoco sería tan fácil. Había matado a una mujer por sorpresa. Matar a dos asesinos... ¿En Barcelona dónde se compraban pistolas? ¿Por internet? ¿Yendo a preguntar al Raval? Estaba hecho un principiante. Hacía cuatro horas que me había escapado. No había forma de dormir. Quizás los tenía aún en el piso. Era humillante. Podía comprar dos pistolas. Podía acercarme a mi edificio por debajo de los balcones, por si vigilaban. Podía subir al rellano sin hacer ruido. Podía abrir la puerta del piso en silencio, pasar poco a poco al recibidor como una sombra, cruzar el pasillo sin que me oyeran. Quizás me los encontraría en el comedor. Quizás en el dormitorio. Si estaban en la cama sería más fácil, como con Sara. Entraría con una pistola en cada mano. Apuntaría a Mercury con una y a Andrés con la otra. No me temblaría el pulso. Estaba tan convencido de mí

mismo como cuando había matado a Sara. El cuerpo se te vuelve de hierro, se te hace uno solo con el cuchillo, las pistolas se te sueldan al puño.

¿Qué tal, chicos? Notaría la empuñadura caliente de las pistolas, el gatillo imantado en la punta del dedo, el peso de cada una de las balas en la recámara. Disparar sería como quitarme espinas, como si las balas pesaran toneladas y me las quitara de encima. ¿Qué hacéis en mi cama? ¿Me esperabais? Perdón por haberme ido. No hay que dejar tirada a la gente, ya lo sé, es muy cobarde. Pero quería darle vueltas, no es una decisión que se pueda tomar en un momento, tenía que darle un par de vueltas al negocio, necesitaba un par de pistolas, también, perdón.

Pum en la pierna de uno, pum en la pierna del otro. Miradas y gemidos. Los dos con la mano en la herida como en las películas, incrédulos. Más miradas y gemidos, ojos llorosos, temblores y sangre. ¡Perdónanos! ¡Perdónanos! ¿Perdónanos? ¿Perdónanos? Hijos de puta. Esto por cuando me llevabais al baño. Esto por el negocio. Raptar a críos. Hijos de puta. Esta va por tu hermano, Mercury, fíjate bien. Y pum en la cabeza de Andrés. Y ahora esta va por ti, Mercury. Prepárate. Mírame a los ojos. Te vas al infierno. Saluda a tu hermano de mi parte, si te lo encuentras. Pero no te lo encontrarás, que te lo digo yo. Un... dos... pum.

Cuatro agujeros como cuatro monedas, en los pantalones y en la cabeza. Los bordes quemados, la sangre brotando con burbujas pequeñas, porque con la sangre salía el aire, el espíritu de Sara, la poca Sara que había quedado por salir.

Pasé un par de días encerrado en el hotel, tan tenso que los músculos se me agarrotaban. Quería salir de la habitación, me entraba claustrofobia, tenía la ventana abierta noche y día. El aire acondicionado se escapaba por la ventana y volvía a entrar convertido en un aliento recalentado, y entre el sudor y la falta de sueño la imaginación se enfebrecía, no podía pararla.

Bajé una vez a comprar comida. Volví al hotel con la bolsa del súper y unos cuantos libros, pero no podía concentrar la imaginación en ninguna novela. Pensaba otra vez en la muerte de Sara. La noche en que murió pasaba por delante de las aventuras de las últimas semanas, pasaba por delante de la intensidad de antes de intentar la confesión y estaba por encima del chantaje a Sulaiman, por encima de la noche de la Crosa y la cena en Platja d'Aro, por encima del vuelo loco con la recepcionista, por encima de la visita de aquellos dos cabrones a mi casa. Estaba por encima del descanso y por encima del orgullo y la vergüenza de haberme escapado, de haberme escondido en una habitación de hotel a pocas calles de mi casa.

Dejé pasar la segunda noche. Cuanto más tardara en volver a casa, más fácil sería que ya no estuvieran. Pero aunque se hubieran largado tarde o temprano volverían, y me preparaba mentalmente para volver a esfumarme. Decidí ir a casa, hacer la maleta y desaparecer, esta vez de verdad. Podía retirarme a un pueblo del Pirineo, instalarme en el extrarradio o irme a vivir a Sudamérica.

Y entonces el jueves fue lo del atentado de la Rambla. Hacia las seis de la tarde empecé a oír sirenas y cláxones. Me asomé a la ventana y vi gente desorientada y algunas carreras. Encendí el televisor. Un hombre se había metido con una furgoneta por la Rambla y había empezado a embestir a la gente, había muertos y un montón de

heridos.

Los periodistas enseguida relacionaron el atentado con una explosión que había habido el día antes en un chalet de Tarragona. Las cadenas de televisión empezaban a pasar imágenes de la Rambla y ya hablaban de más de diez muertos, pero la explosión del día antes hacía pensar en una cadena de atentados. El atropello sería solo el primero.

Había habido atentados por todo el mundo, era de lo más lógico que en un momento u otro le tocara a Barcelona. Que pasara a pocas calles tampoco me impresionó, para mí la Rambla quedaba tan lejos como el centro de Tokio, por allí solo iban los turistas.

Además, en Cataluña todo el mundo esperaba una sorpresa de algún tipo. En Brians tenía televisión, estaba al tanto de las manifestaciones por la independencia de los últimos años. Cuando salí y vi los balcones llenos de banderas independentistas me quedó claro cómo había cambiado la política mientras yo estaba en la cárcel. Todo el mundo se había vuelto independentista. Se habían despertado de golpe o algo así. En la librería no dejaban de llegar novedades sobre la cuestión nacional, libros de historia, libros sobre cómo sería una Cataluña independiente, y la mayor parte de los clientes eran independentistas. Èlia tenía una bandera en el balcón. Al final del verano llegaría la Diada del Once de Septiembre y después, en octubre, la Generalitat había prometido un referéndum de autodeterminación.

—No se hará —decía Èlia—. España no lo permitirá. Ya encontrarán una forma.

Pero todo el mundo se preguntaba qué iban a hacer. Un político español había dicho que a partir de mediados de agosto pasarían cosas en Cataluña. No fui el único en pensar que el atentado, por yihadista que fuera, tenía que ver con la situación política. En cualquier caso, para mí había llegado que ni caído del cielo. Si aún estaban allí, esos dos difícilmente se quedarían en un piso que no era suyo, con tanta policía y tanta alerta y los vecinos denunciando a sospechosos.

Habían cortado el tráfico y las calles estaban llenas de policía y ambulancias. El hotel quedó en silencio. El pasillo no respiraba, durante unas horas no entró ni salió nadie de las habitaciones. Volví a la ventana. Parecía que hubiera caído una bomba atómica. No me llegaba el zumbido de la ciudad, el aire había quedado limpio de los ruidos del verano, todo eran sirenas arriba y abajo. Como todo el mundo, pasé la noche siguiendo las noticias por la televisión. En Cambrils, un Audi A3 se tiró encima de una patrulla de la policía. El coche acabó volcando y del interior salieron cinco terroristas con cuchillos y cinturones explosivos falsos. Cinco chicos como los amigos de Sulaiman, el máximo de pasajeros por coche. El más joven tenía diecisiete años. Los cinco vivieron su gran momento justo antes de que los mataran.

Al día siguiente, al aturdimiento por el atentado se sumaba el aturdimiento de un viernes de agosto cualquiera. Habían reabierto el tráfico pero todavía circulaban pocos coches. La gente andaba por la calle como robots. Solo se hacían los desplazamientos imprescindibles. Hacia el mediodía volvió a haber movimiento en la calle. Grupos de personas iban hacia la plaza Catalunya para guardar un minuto de silencio con las autoridades. También lo seguí por la televisión. Después los manifestantes siguieron hasta la Rambla para dejar una flor o una vela en el lugar del atentado.

Aún no se sabía dónde estaba el conductor de la furgoneta. Podía haberse escondido en Barcelona, quizás por el mismo barrio del hotel y de mi casa. El recepcionista debía de haber informado a la policía de mi presencia. Sí, tenemos un cliente muy extraño. Debían de haber consultado los archivos policiales. Debían de investigar si en el momento del atentado había estado en la habitación. Debían de haberse asegurado de que seguía solo, a saber si me vigilaban.

Hacía dos días, Andrés había salido al balcón berreando como un poseso, pero seguro que cuando me perdió de vista Mercury lo hizo entrar y le pegó una bronca. Entonces debieron de decidir si salían y cómo. Estaban encerrados y no podían llamar a un cerrajero. Podían echar la puerta abajo, pero era mucho más fácil y seguro pasar al balcón de al lado. Mi vecino no se movía de casa. Debía de tener la puerta del balcón abierta y era tan corto que los invitaría a pasar.

También podían haber decidido esperarme. La nevera estaba llena y no tenían ninguna prisa. Podían buscar un duplicado de la llave de la puerta. Todo el mundo tiene uno, y a menudo a la vista. El mío estaba en un cajón del recibidor. Si en el momento del atentado aún seguían en el piso, no les habrían hecho ninguna gracia tantas sirenas ni ver a los policías con fusiles cerrando calles y buscando terroristas. No sé si estaban en busca y captura otra vez, pero seguro que no querrían tratar con la policía. Tenían su gran proyecto en la cabeza.

Por la tarde me fui del hotel. Había maletas en la recepción, muchas habitaciones quedaron libres, los clientes que podían volvían a su país. Los que no encontraban billete se quedaban en la habitación. Se sentían desprotegidos. Una chica abrazada a su pareja entraba en el hotel en el momento en que yo salía.

Antes de subir, llamé al interfono de mi vecino.

—Ha salido —dijo, enseguida.

—¿Ha salido? ¿Quién?

—Ella. Sube.

Y me abrió.

—¿De quién hablas? Espera un momento. ¿Hay alguien en mi casa?

—¿Quieres decir aquellos dos friquis? Se fueron después de que salieras tú.

Abrí y subí. Me esperaba en la puerta.

—Siempre que te vas vienen tías a verte —dijo.

—¿De qué estás hablando?

—Me dijo que venía de Riudellots. Llegó justo después del atentado. La dejé pasar, estaba asustada, la había pillado el atentado en la calle. Cortaron el tráfico y ha pasado la noche aquí, pero se ha ido de madrugada sin decir nada. Si hubiera sabido que volvías, a lo mejor te habría esperado. Como no coges el teléfono... ¿Qué te pasa últimamente? No estás nunca. El teléfono de tu casa no deja de sonar. Aquellos dos se fueron el mismo día, pero el que te llamaba por el balcón se pasó más de una hora destrozándote la casa.

—¿Has entrado?

—No estoy sordo. Revolvió el piso entero. Te lo tiraron todo al suelo y volcaron muebles, me parece. ¡Se pasaron más de una hora! Habría llamado a la policía, te lo juro, pero no sabía qué hacer. Podías haberme llamado, hace días que no sé nada de ti, no te

he visto en todo el mes, ¿qué iba a hacer? Si los encerraste con llave también podías haber llamado a la policía, así que me imaginé que si no lo hacías por algo sería. Cuando quieras me lo cuentas, me dices quiénes son esos dos. Parecían sacados de una peli mala.

No lo invité a pasar. Tampoco le pregunté por la recepcionista de Riudellots. Solo me faltaba la recepcionista. Cerré la puerta a mi espalda y encendí la luz. Como esperaba, habían encontrado el duplicado. El cajón estaba abierto y faltaba la llave. Eso también quería decir que podían volver a entrar cuando quisieran.

El cajón abierto no era nada comparado con el caos que habían dejado por la casa. El suelo estaba lleno de libros y papeles, no se podía pasar sin pisar algo. Era un regalo de Andrés. Mercury no hacía esas chiquilladas. Mercury le habría pegado fuego a todo de verdad. A Andrés no le había bastado con vaciar los estantes de libros, había arrancado páginas, había pisado y arrugado los libros adrede. Había esparcido papeles por toda la casa, por la cocina y el baño, había libros deshojados en la ducha, páginas en el lavabo y debajo de los muebles. Había papeles por todas partes, páginas enteras y páginas rasgadas, estrujadas y hechas pelotas. Las había hecho volar por los aires, había páginas encima de las mesas y del sofá y la nevera. Se había entregado a ello con la rabia de los analfabetos, que con los libros se quedan desconcertados. La letra impresa estaba en las últimas, pronto todo sería digital, pero todavía impresionaba a unos cuantos clientes de la librería, a clientes nuevos pero también a algunos de toda la vida, impresionaba a los presos que apenas sabían leer y me pedían consejo en la biblioteca de la cárcel, impresionaba a Mercury y sobre todo impresionaba a Andrés. Con lo fácil que era destruir los libros. Los habían inventado precisamente para eso, para encerrar el pensamiento, para darle un cuerpo que pudiera pisarse.

En el piso había un olor dulzón y desagradable. En el comedor no se notaba tanto, porque la puerta del balcón se había quedado abierta, pero cuando me moví un poco empecé a oír y ver moscas, y siguiendo el olor fui a parar al dormitorio.

Me tapé la nariz. Andrés había escrito con mierda en las paredes. Las letras se habían secado, pero las moscas todavía se posaban. Había escrito una palabra en cada pared, con trazo grueso y letras muy grandes, MIERDA en una pared, TRAIDOR en otra, TE MATAREMO en la de más allá. Me parecía estar viéndolo. Había abierto un libro, lo había puesto en el suelo, se había bajado los pantalones y se había cagado encima. Se había restregado el culo contra las páginas arrancadas, estaban por el suelo, llenas de moscas. Había cogido el libro como una paleta de pintor y se había puesto a escribir en las paredes con los dedos, con la palma. Las puertas del armario estaban abiertas. Se había meado encima de la ropa. Me asfixiaba.

Un poco menos vistosa, con la letra más pequeña y descompuesta, al lado del armario, había escrito OMICIDA. Primero no me fijé. Se le habría ocurrido en el último momento, por eso no se veía demasiado, no le quedaba mierda suficiente para escribirla en grande y bien: HOMICIDA. Estaba como una cabra. Ni había echado un vistazo gravera abajo para ver cómo había acabado el negro. Asesinaba por racismo y me llamaba homicida a mí, se libraba de la palabra, homicida tú, yo no, nosotros no. Como una regadera. En la cárcel fardaba de haber quemado una chabola con unos inmigrantes

dentro. Debía de creerse que yo no contaba lo que había hecho por cobardía. Quería darme una lección, escribirme con mierda en la pared lo que suponía que me escondía a mí mismo. Homicida, decía el psicópata con el cerebro y las ganas de sangre de un mosquito, como el mismo Dios creando a un hombre con mierda en vez de con arcilla.

Claro que no me habían esperado, si me consideraban un asesino. Les daba miedo. Se habían asustado pensando que volvería con un par de pistolas.

Aún corría por Barcelona o por donde fuera el terrorista que el día antes había matado a una docena de turistas a embestidas de furgoneta y había herido a cien más. Había aplastado a un niño de tres años con su padre y a una belga que se paseaba con sus hijos, a dos chicos italianos y a una jubilada argentina, a un estadounidense que había ido a Barcelona a celebrar su aniversario de bodas con su mujer, a dos portuguesas, a un niño australiano... Las Naciones Unidas de la Muerte Inesperada, la Ruleta Rusa Mundial de visita al centro de Barcelona. Ese sí que era un asesino y no yo, ese mataba al azar con una conciencia tan grande que se anulaba a sí misma, que no necesitaba una víctima concreta. Vengan, visiten el matadero móvil. ¿Qué tenía que ver yo con una cosa así? El conductor ni oyó los golpes en la chapa y el parachoques, ni oyó los huesos que abollaban la furgoneta, que iban dándole la forma de un meteorito, de un toro haciendo eses, embistiendo a uno y a otro, pasando por encima de los muertos y los heridos, buscándolos para rematarlos. Cuando se quedó satisfecho, dejó la furgoneta delante del Liceo y huyó por las calles llenas de turistas del Raval o el Barri Gòtic, quizás hasta el mismo Eixample, y al cabo de tantas horas y con tantos policías aún no habían dado con él. Eso sí que era un asesino de verdad, un tío con la conciencia excedida, por encima de sí mismo. No tenía nada que ver conmigo, yo había matado a Sara y me había sentado en la habitación de al lado a escuchar el más mínimo ruido, a esperar que se muriera.

No he vuelto a acercarme al piso donde vivía con Sara. No he vuelto a pisar ni la calle ni el barrio. Es como si estuviera en otro planeta. Era un piso de alquiler. Alguien lo vació, lo limpió y volvió a alquilarlo. Yo había dejado las paredes del dormitorio tan cubiertas de sangre como cubiertas de mierda estaban las de mi casa de ahora.

La peste era insoportable, tenía que moverme, las moscas se me posaban en los brazos y en los labios. Los puntos de las íes de OMICIDA se movían como un idioma hecho de suciedad. Parecía que estuvieran vivos. Como si toda la vida hubiera hablado en un idioma muerto que no era el mío, una máscara, como si me dirigiera a todo el mundo y a mí mismo sin saber qué decía. Creía que era catalán, pero estaba hablando otro idioma. En catalán estaban las palabras de la pared, incluso con su mierda y su ortografía defectuosa, pero no las mías. Por eso Èlia me había echado cuando había tratado de contárselo. Mi idioma solo lo entendía yo mismo, si es que lo entendía. Solo era coherente para mí, y cuando leía o veía la tele o hablaba con alguien entendía el idioma a mi manera, y cuando Sara o Èlia hablaban me parecía que las entendía, pero solo me lo parecía, las entendía mal, tan mal como ellas me interpretaban a mí. ¿El asesinato fue un malentendido? ¿No comprendí lo que decía Sara? ¿Me había pasado lo mismo con Sulaiman? Aquellas letras huérfanas de hache tenían la misma ortografía incompetente que Sulaiman. ¿La nota clavada en la pata de cerdo con su caligrafía extraña también era un mensaje que no había entendido? ¿Qué había querido decirme

con la nota? Estaba escrita en catalán, pero el sentido de las palabras no era el que yo creía. A lo mejor me pasaba lo mismo con todo el mundo.

Me fui al comedor. Los libros del suelo y las páginas esparcidas por todo el piso eran una reordenación del sentido de mi biblioteca, de las páginas de cada libro. Hacía días que yo mismo estaba revolviendo mi vida, que había arrancado y desperdigado las páginas de mi diccionario, ahora las tenía en la mano como si fueran un juego de cartas que barajaba antes de repartirlas. Las cartas eran las mismas, igual que las palabras eran las mismas aunque cambiaran de sentido, las escribieras como las escribieras. Tenía una carta por cada experiencia, por cada recuerdo, por cada año vivido, también por cada una de mis circunstancias, las cartas de mi tarot, las posibilidades de encontrar otro trabajo, mi asesinato, los diez años con Sara, la carta de mi paso por la cárcel, la carta de la mudanza que me esperaba, la de los días extraños en Riudellots y las últimas noches en el hotel, una carta era Sara, otra era Èlia, tenía las cartas de mi padre muerto y mi madre quizás todavía en la residencia, las cartas de Andrés y Mercury, de la recepcionista, las barajaba antes de echarlas.

Tenía el cuchillo en un cajón del comedor. Pensaba llevármelo, era un compañero insobornable. La noche en que lo utilicé, cuando aún lo tenía caliente ya intuí que sería importante conservarlo. Lo cambié por otro igual, lo lavé y lo metí en la bolsa para cuando se me llevaran a la cárcel. Cuando fueron a buscarme, me lo llevé con la muda, el cepillo de dientes, la toalla y la documentación, con una cuchara, un tenedor y una cucharilla para disimular. Nadie lo echó en falta, no hizo falta una gran investigación para resolver mi crimen, el otro cuchillo hizo su papel. Los cubiertos no entraron en la cárcel, se quedaron ocho años esperándome en un almacén y cuando salí me los devolvieron.

Andrés y Mercury habían vaciado algunos cajones para encontrar la llave de la puerta o para acabar de desordenarlo todo, pero no habían abierto ese mueble. Tenía que ver el cuchillo para que me devolviera a la realidad, para que se contrapusiera a las palabras del dormitorio, quizás me serviría para rascar la pared, limpiarla, borrar las palabras. Me lo llevaría me fuera adonde me fuera. Me protegería de Andrés y Mercury.

Cuando vi el vacío que había dejado en el cajón, no me lo podía creer y al mismo tiempo era como si lo hubiera sabido. Revolví su contenido, miré en el cajón de debajo, en el de encima, me pregunté si había llegado a tenerlo, si había llegado a existir aquel cuchillo, si yo había hecho una cosa tan increíble como matar a alguien. ¡Pues claro que lo había hecho! ¡Pues claro que había existido! ¿Y se lo habían llevado esos dos? ¿Lo habían cogido para protegerse de mí si volvía? ¡En la cocina había otros más grandes! ¿Lo habían encontrado por casualidad y habían acabado llevándoselo? ¿Por qué? ¿Y habían vuelto a cerrar el cajón?

Entonces me acordé de que le había enseñado el cuchillo a mi vecino, sin decirle qué implicaba. Aquel chaval era muy turbio, era tan raro y retorcido que podría haber ido a buscarlo. Solo tenía que saltar por el balcón.

El timbre del teléfono me sacó de esos pensamientos. En la pantalla salió el número de Mercury. Dudé unos segundos antes de descolgar.

—Estás en casa —dijo Mercury—. Te he llamado sin parar. Voy a decírtelo en

pocas palabras. Olvídate de nosotros y nosotros nos olvidaremos de ti.

—Desde ahora y para siempre —respondí, y colgamos los dos.

Me quedé con el teléfono en la mano. Esperé también unos segundos. Marqué el número de Èlia.

—No cuelgues —dije.

Debía de haberla despertado. Debía de imaginarse que estaba soñando. Al final contestó:

—Creía que nunca volvería a saber nada de ti.

—No cuelgues. Tengo que darte explicaciones. No podía seguir contigo sin que lo supieras. Quizás te lo conté por egoísmo, pero habría sido más egoísta escondértelo. Si no me hubieras llamado no habrías vuelto a tener noticias mías, pero tú misma me llamaste. No cuelgues. Puedo ofrecerte pasar página. Lo que hice queda muy lejos. Soy otra persona. Diez años son una eternidad. He pagado por lo que hice. Si no, te lo habría escondido. No te habrías enterado. Tú decides si tengo derecho a una vida normal. Si tengo derecho a más años como el que hemos pasado juntos. Me conoces mejor que nadie. No soy una persona peligrosa. Piensa en mí como en un soldado que estuvo en una guerra. Los hay en todos los países, en todas las épocas. Tú me conoces bien. Te he dado tiempo para que me conocieras. Tengo derecho a olvidar lo que hice. Te prometo que lo olvidaremos.

Lo pensó un poco antes de contestar.

—¿Sabes qué he estado haciendo estas semanas? Buscarte. Cuando te fuiste, entré en tu casa.

—¿Aquí en el piso?

—Tengo una inmobiliaria, sé entrar en un piso vacío. Me pasé diez días en tu casa esperando a que volvieras. Había una llamada marcada en tu teléfono y la devolví. Me salió un tío que me dijo que estabas en Riudellots. Y me fui para allá. Llegué la tarde del día que te habías ido. Te estuve buscando por todas partes. Todavía no sé qué pasó.

—Lo siento.

—A lo mejor tendría que colgar.

—Me echaste de casa. Tenía que aclararme conmigo mismo.

—¿Por qué Riudellots?

—Fui a parar a Riudellots como podía haber ido a parar a cualquier sitio. Quería irme. Me llamaste y por eso en el último momento no cogí el avión. Salí del aeropuerto y me instalé en el primer hotel que vi.

—Pasé una noche en ese hotel. Seguramente en la misma habitación que tú.

—He dejado el trabajo.

—Lo sé perfectamente.

—Aún no he decidido lo que voy a hacer. Déjame que te lo explique. Voy a verte ahora.

Me esperaba en el balcón, fumando. La vi nada más bajar del taxi, una mujer madura y sola que tomaba el fresco en el balcón una noche de verano, por encima de las voces de una terraza con gente, esa placidez de la noche de agosto que lo aligera todo, lo adelgaza y lo desnuda, que narcotiza a las personas. La noche antes todos estábamos

pendientes de la televisión, todo el mundo se había encerrado en casa, todo el mundo tenía miedo, y al cabo de veinticuatro horas, con el terrorista corriendo por la calle y la amenaza de más atentados, después de un día de sol, nadie quería perderse el aire fresco de la noche y su perfume de asfalto.

Abrió antes de que llamara al portero automático. Entré en el portal y mientras subía en el ascensor ya sabía que me la encontraría en la puerta esperándome.

Detrás de ella vi la misma botella de vino que le había llevado hacía tres semanas.

—Pasa —dijo.

10

Me pusieron este nombre, Èlia, por una bisabuela de los tiempos del anarquismo, cuando estaban de moda nombres como Lliberta, Aurora o Espàrtac. Lo decidió mi abuelo, que fue mi padrino. El nombre también implicaba un bando, una marca de la Guerra Civil, cuando colectivizaron la cofradía de pescadores. En realidad, el nombre de mi bisabuela era Hèlia, el femenino de Hèlios, el sol, pero cuando nací, Franco todavía vivía y por lo tanto tuve que perder la hache. Así que el nombre no evitó del todo a las santas, pero no desentonaba en las casas del barrio de mar, allí todo el mundo tenía un motivo, fosilizado como el oficio y la vida marginal de los pescadores, que se pasaban el día en casa durmiendo y al caer la noche desaparecían en el mar.

Los pescadores eran como unos fantasmas a los que la gente conocía por sus mujeres y sus hijas, hombres que con suerte se dejaban ver por la calle los días en que hacía mal tiempo y no pasaba nadie, hombres con un territorio, unos horarios y un sistema de vida raros hasta para mí, que convivía con ellos. A veces pienso que me pusieron Èlia como un acto de resistencia, una señal de autoafirmación en unos momentos en que el oficio ya iba muy a la baja, la reafirmación de un idioma particular como el que tenían los payeses, otro oficio terminal, con sus casas en apariencia tan sólidas, de paredes tan gruesas comparadas con las casetas de los pescadores, pero que también acabaron vendidas una a una y derribadas. Me pusieron Èlia para que el nombre brillara en el mar cuando mi padre hablara de mí con sus compañeros de traína.

Fui la primera hija, la mayor si hubiera podido haber más, la que tenía que cruzar el puente que todo el mundo veía venir. Me pusieron Èlia para que iluminase el desembarco forzado de una familia de pescadores, como tantas que hubo que fueron dejando la pesca. Los Noè. Hasta el apellido lo teníamos marinero. Yo era Èlia la de los Noè, que perdió a su padre de recién nacida y se quedó con la herencia de media barca de traína vieja y anticuada como todos los conocimientos de mar que habían llegado hasta mí pasando de generación en generación, toda aquella enciclopedia familiar sobre el tiempo y las nubes, los vientos y las señas y los peces, los aparejos, las corrientes, las historias y anécdotas marinas. A mis padres les tocaba la parte final de una decadencia que había empezado con los primeros motores de barca, unos motores que según me contaba el abuelo al principio los pescadores sacaban de coches destartalados.

El día después de perder a su hijo, el abuelo se encontró conmigo en el regazo y los últimos años de vida los dedicó a llenarme la cabeza de las reliquias de su mundo, el mundo de los sardinales, a tratar de meter sus recuerdos y los de sus abuelos en la cabecita de una niña educada en el respeto a los mayores, ávida como todos los niños de realidades que fácilmente contaminaba con fantasías. Día a día, en paseos de tarde por el muelle, cogiéndome la mano, yendo a ver las barcas, visitando la traína que en parte

había sido nuestra, un poco camuflados, como haciendo contrabando, el abuelo Salvador iba pasando las reliquias de su mundo al único museo que las admitiría, una niña receptiva de cuatro, nueve, doce, catorce años. Trastos. Ahora me parece una parodia de las habaneras que se pusieron de moda en aquella época. *Con setenta años a las espaldas, la pipa siempre a flor de labio, contemplando la noche serena, a la orilla del mar se pasea un abuelo con su nieta*. No digo que no me hayan servido todas esas historias sobre los peligros del viento y los vuelcos de la barca, sobre salvamentos, delfines y ballenas que él había oído de sus padres y abuelos. El abuelo Salvador podía hablar tanto de una Atlántida delante de Blanes como de las corrientes marinas que permitían capturas tan abundantes que no cabían en las cajas, capturas que daban de comer a Badalona y Barcelona con el pescado azul barato, la sardina. En tiempos de miseria, los pobres de Badalona encendían hogueras en la arena de la playa para esperar las traínas, pasaban tanta hambre que preparaban el fuego para poder comerse el pescado en cuanto llegara.

¿Qué habría pasado si yo hubiera nacido chico o si no se hubiera muerto mi padre? No era que su mundo estuviera acabándose, era que ya se había acabado. No debía de ser fácil mantener la casa del barrio de mar, una casa vieja, pequeña y fría, con las ventanas comidas por la sal, que no cerraban, con humedades y pedazos de yeso y pintura que saltaban de la pared, pero muy bien situada y por lo tanto muy codiciada, en primera línea de mar. El abuelo Salvador no quiso venderla hasta que yo cumplí los dieciséis. También debía de formar parte de lo que quería pasarme, una infancia delante del mar, como la que habían tenido todos mis antepasados, hasta mis padres. Pero a los dieciséis años yo ya era demasiado mayor para convivir con aquella miseria y vendió la casa, de la misma forma que después de la muerte de mi padre había vendido su parte de la barca por el precio que habían querido pagarle. Con setenta años a las espaldas y muerto de vergüenza por dentro, no superó la mudanza a Barcelona. Se fue al otro barrio tres meses después de que nos instaláramos en el piso del Poble Nou. Recibimos los ahorros de la venta de la casa para que mamá, que era la única que trabajaba, y la abuela y yo pudiéramos trampear cuatro años más, los años que duraron mis estudios.

Como todos los huérfanos, crecí con la tristeza de no poder demostrarle a mi padre que había valido la pena traerme a este mundo y no poder ofrecerle un poco de orgullo por su hija cuando las cosas empezaron a irme bien. Qué lástima no poder consolarlo, no poder compartir con él un desembarco muy por encima de lo que prometía la niña de una familia que no tenía nada más que el piso comprado con el dinero de la casa de Badalona. Pasado el diluvio, los Noè pudieron salvar el zoo, pero por el camino perdieron a todos los hombres.

Hubo unos años en los que pasaban milagros así. Desembarqué con miedo, pero al final me las apañé. Fui consciente de ello una noche al salir de trabajar, mientras veía en el cine el desembarco de *Salvar al soldado Ryan*. Cuando llegó el momento me arriesgué, fui decidida como el abuelo cuando al vender la casa, no me dejé atrapar por la miseria, convencí a mi madre para hipotecar el piso y comprar otro del mismo edificio que nos ofrecían a un precio regalado los herederos de una vecina muerta. Era entonces o nunca y vi claro el negocio, quizás porque era joven. Lo revendimos al cabo de dos años y medio. Con los beneficios, lo que tenía ahorrado de un trabajo de oficinista y algo de

crédito pude montar la agencia.

La propiedad inmobiliaria era la tierra, la solidez, justo lo contrario del mar. Debía de ser el negocio más impensable para una familia que siempre había tenido sus ahorros metidos en las barcas. Pero ya solo quedábamos mamá y yo, tampoco había mucho que perder.

—Será como el abrigo que os protegerá del frío, confiad en mí —les decía después a los clientes—. El mayor esfuerzo inversor que vais a hacer en la vida. Sed ambiciosos, ya que os decidís, hacedlo bien, es el momento.

Lo decía con toda la conciencia de estar haciendo un negocio, pero también con la honestidad de que, en el fondo, esa era mi historia. Abrí en 2001, pillé los mejores años de la burbuja, acompañaba a grupos de compradores de un piso a otro con la alegría y la despreocupación de una guía turística, con la intrascendencia y la diversión de una tómbola, un calador de abundancia como los que contaba el abuelo. En la corriente marina que duró de 1998 a 2005, en siete años mágicos, el precio de los pisos se cuadriplicó, y hasta 2007 no empezaron a bajar. Fue época de las grúas y las revistas gratuitas de propaganda inmobiliaria en las salas de espera, en los vagones del metro y en el suelo de la calle, de agencias como la mía en todas las esquinas, de compradores haciendo cola en las listas de espera. Mi nombre brillaba encima de un escaparate lleno de fotografías de pisos y planos de obra nueva en venta todavía sin construir. El nombre, Finques Èlia, añadía magia a la multiplicación de los panes y los pisos, porque los peces habían quedado muy atrás. Acabé teniendo una empresa con un local en propiedad, tres empleados en nómina y medio millón de euros en el banco.

El abuelo Salvador me educó en la prudencia, el único remedio contra el mar inconstante. Los pescadores aseguraban la solidez de las barcas, tenían que calafatearlas a la menor señal porque se jugaban la vida, y en la agencia siempre he tenido presente esa cautela, casi como una obligación conmigo misma o un emblema familiar. Veía las propiedades de la misma forma que en casa veían el mar o las caladas de pescado, inestables, inseguras, esquivas, veía agua en lugar de cemento, y ni todos los políticos, ni todos los periódicos y teles, ni toda la euforia del *milagro español* me convencieron de que la oleada de los primeros años del milenio subiría indefinidamente y nunca bajaría. No es nada fácil luchar contra la ilusión. Todo el mundo sabía que era imposible, pero los beneficios no dejaban de aumentar y ¿cómo no íbamos a querer convencernos del milagro, si todo el progreso se basaba en ese convencimiento? ¿Cómo podíamos detener la mentira si vivíamos de ella? Si la respirábamos, si la cuestión era elegir entre mentira y miseria. Si hasta el nombre tenía relación con el negocio inmobiliario: estafa piramidal. España todavía dependía de la construcción, los precios de las propiedades y los alquileres eran los que mantenían el orden, regulaban el país y lo definían. Dicho de otra forma, manaban los bancos, pero al menos mandaba alguien. La vida de todo el mundo dependía de su relación con el banco. Y el banco no tenía contemplaciones, no es que contase con la protección del Estado, es que era el Estado en sí. Y entre el banco y la casa estábamos nosotros, los agentes inmobiliarios, los mediadores, los comisionistas. No es que la ambición de acumular fortuna provocase la pobreza. La ambición solo fue el instrumento, lo mismo que el dinero. Para que haya poder no tiene que haber dinero

sino gente sometida, domesticada, superada por la situación. Las leyes se encargaban día a día de comprobar hasta qué punto podía someterse a la gente. Por eso los gobiernos aprovecharon la crisis para bajar el gasto social y abandonar a los trabajadores a su suerte, no por falta de recursos, sino por voluntad de controlar, de conseguir poder. La corrupción es la gran máquina de controlar. Yo me salvé porque mi prudencia era de otro planeta, del mundo del mar. Era una defensa ancestral que me había transmitido el abuelo. Era demasiado profunda para poder dominarla.

Mi prudencia se envolvía en la intención moral de no participar más de lo necesario de un negocio tan fácil, o de participar precisamente por prudencia, por autoprotección. Había una guerra, pero no la había empezado yo. Al contrario de lo que veía hacer a la competencia, no invertí en promociones de obra nueva y me limité a las comisiones, mi impuesto particular, y solo participaba en inversiones a prueba de bombas que se daban de higos a brevas. Los bancos podían tensar la cuerda todo lo que quisieran, al final tenían el dinero de los ciudadanos secuestrados, y cuando llegó el hundimiento los utilizaron de rehenes, y a sus clientes, de escudos humanos. Los mismos gobiernos salvaron a los bancos para protegerse y demostrar que no eran nada. Yo me salvé porque aún era una Noè. Podíamos probar suerte, pero éramos demasiado prudentes para arriesgarnos del todo. El Noè no aparecía en el cartel de la agencia, pero lo llevaba en la sangre, se escondía detrás del resplandor deslumbrante del nombre de pila.

Los pescadores salían al mar todas las noches como los payeses salían al campo todas las madrugadas. Pescaban sardinas como los payeses desenterraban patatas y, si los payeses tenían miedo de una granizada, el abuelo Salvador sufría siempre por los delfines, estaba obsesionado, decía que eran unos animales tan inteligentes que se comunicaban entre sí, se coordinaban para reventar las redes, destrozar la sardina y después huir. Durante unos años, todas las barcas llevaban una escopeta a bordo para matarlos, me contaba el abuelo, y ni así. El pescado fue infinito hasta que se sobreexplotó el mar y la captura cayó en relación inversamente proporcional al crecimiento del precio del gasóleo. El mundo iba hacia otro lado, mi abuelo lo vio, mi padre lo vio, llegaban barcazas del sur cada vez más grandes a hacer la competencia, y la muerte de mi padre, voluntaria o no, nos salvó de ser de los últimos en abandonar el barco. Incluso después, cuando en septiembre me llevaba a mamá a pasar unos días de vacaciones a algún pueblo de la costa, si por la noche veía salir las traínas, cuando las luces de las barcas punteaban el horizonte, me imaginaba a los pescadores embarcados y su vida al margen y les decía en voz baja: Saltad a tierra, que esto se ha acabado.

Tenía la vida más que solucionada, me sobraban el dinero para comprar pescado y el juicio para elegirlo, el conocimiento y la cocina heredados de la abuela y de mamá. De pequeña, ir a la pescadería con ellas era como ir a ver un jardín, para los ojos de una niña los peces eran como pétalos sobre un lecho de piedras preciosas, rosas de salmonete, margaritas de brótola, violetas de sardina, magnolias de merluza, espárragos en la piel del rape, era un bosque de olores submarinos, era un mundo diferente, ya entonces aprendía que hay mundos diferentes. Podía pensar de qué forma debían de imaginarnos a nosotros los peces, cómo debían de ver a mi padre desde debajo del mar, su persona deformada por el agua, su enemigo. Yo era una niña y aprendía de los tratos

de mamá y la abuela con la pescadera todo un sistema de perspicacias y sobreentendidos. Según el tiempo que había hecho sabíamos el pescado que nos encontraríamos, el peso y el precio, era como ir a la Bolsa, durante años las acompañé todas las tardes a buscar el género cuando llegaba a la pescadería, con un conocimiento que se perdía, la merluza, la caballa, la brótola, el pagel, el rape, el salmonete, la sepia, yo misma perdí la costumbre cuando mamá estuvo ya muy mayor para salir a comprar ella.

Solo la retomé con Albert Jordi. Me gustaba cocinar para él, comprarle y prepararle el pescado, servirle mi conocimiento de un mundo tan desconocido para él como sus libros para mí, y, ya que el mundo de la inmobiliaria le interesaba tan poco como a mí, todos los viernes, al salir de la agencia, me iba a la mejor pescadería y le compraba lo mejor que encontrara. Esa era mi aportación. Cenábamos siempre en casa, no soporto el pescado de restaurante, no me fío, por caro y reputado que sea el sitio. Te ofrecen pescado salvaje. Pescado salvaje, dice la carta. ¿Qué me están contando? ¿Que no van a darme un pescado presidiario? Un animal tan libre y discreto, tan misterioso que ni habla con la mirada, tan impenetrable como las personas. No soporto los restaurantes de pescado, no soporto tener que estar pendiente de un descuido que estropee el plato, los peces son mariposas, infinitamente delicados, me da repelús el olor a pescado congelado que empieza a pudrirse en el lecho de hielo de la pescadería de un supermercado, no soporto los supermercados que venden pescado, te llega el olor nada más entrar por la puerta, te dan ganas de vomitar. A veces el suelo está mojado del agua del pescado, no sé cómo puede la gente llegar a comprar y a comerse esas porquerías. Antes solo pasaba en el interior, donde no entendían. El abuelo Salvador se reía. No te alejes de la costa, decía, porque cuanto más te vas tierra adentro más podrido está el pescado, y es normal. Pero ahora en primera línea de mar pueden venderte o servirte un pescado de Asia o de cualquier lago africano, doradas de piscifactoría, pescado domesticado, con sobrepeso y sabor a pienso, un pescado harinoso con color de pollo hervido, porque los tienen encerrados en jaulas, no se pueden mover, son de gelatina, hinchados a medicamentos, a sedantes, porque los drogan como a las gallinas de supermercado para que no acaben de estresarse, los alimentan con antibióticos, con comida para perros, notas la carne flácida de no haber nadado, esa carne que se deshace en la boca como si fuera yeso, carne de farmacia, no lo soporto, con el pescado han hecho como con los pollos y los cerdos y los terneros, del pollo y del pescado solo queda la sombra, parece que te comas la existencia anémica que han tenido, no puede ser bueno de ninguna de las maneras. Lo pagaremos con cánceres y enfermedades genéticas que todavía no se han manifestado. Perdí la costumbre de comer pescado a diario como hacíamos en casa, lo que tolero en la carne no lo tolero en el pescado. Mientras vivimos en Badalona teníamos para comer y para cenar, éramos una familia de pescadores, mi padre se había muerto pero todavía nos reservaban lo mejor de cada barca, vivíamos con la misma continuidad y el mismo arraigamiento en unas casas, de hecho mucho más juntas, más pared con pared que las de los payeses que vivían pegados al campo. Nuestro campo también llegaba a la puerta de casa y se extendía hasta el final del depósito de gasóleo.

—Tú pescas clientes —me dijo una vez un profesor que estuvo unos meses interesado no sé si en mí o en el piso que buscaba, y que quiso deslumbrarme, sin darse

cuenta, él que era lingüista, de que el nombre que tanta gracia le hacía también me protegía de sus fuegos artificiales—. Èlia no deja de ser Lucía o Iluminada, ya sabes, que santa Lucía te conserve la vista, tienes un nombre ideal para los negocios...

En 2008 llegó la crisis, la gente dejó de comprar y los precios cayeron en picado. Finques Èlia aguantó. Perdí dinero en unas cuantas operaciones, la sequía de clientes fue tremenda, en la oficina pasamos años enteros mirándonos unos a otros, pero la empresa tenía dinero y no despedí a nadie. Ya pasará, me decía, relájate, espera. Y el turismo lo salvó todo, en Barcelona suplió la caída del cliente de aquí hasta que el cliente de aquí volvió. En los últimos años repuntaba la inversión en pisos y por lo tanto la especulación. En lugar de jugar a la Bolsa, los inversores pequeños metían el dinero directamente en el mercado inmobiliario, sacaban un buen rendimiento del alquiler de pisos, que no dejaba de subir. Nosotros hacíamos de intermediarios, teníamos nuestras comisiones, nuestro impuesto, adelgazábamos un poco el beneficio de los ricos, los parasitábamos.

Con la crisis el negocio se ensombreció más de lo que nadie se habría imaginado, y las alegrías de los años de la burbuja las pagamos con lágrimas y desahucios. Treinta y seis desahucios al día teníamos entonces solo en Cataluña, de familias que no podían pagar el alquiler o la hipoteca, uno o dos por hora. No se hablaba mucho del tema, pero para nosotros era un runrún muy presente, porque lo teníamos muy cerca y porque era necesario para el negocio. No era solo el turismo. Venían multinacionales a Barcelona, se traían a sus trabajadores, necesitaban pisos y los inquilinos de aquí no podían competir. Era el precio que había que pagar para que no se hundieran el negocio de la construcción, los bancos y el país propiamente dicho. Y mi negocio no tenía nada que ver con las hogueras que hacían los pobres en la playa a la espera de que llegasen los sardinales para comer pescado barato, cuando no directamente regalado por los pescadores, era todo lo contrario, nosotros llevábamos a los clientes a los bancos y todo se había vuelto tan sombrío que pasé dolores de barriga y noches sin dormir porque también jugaba con la comida, había clientes que venían expresamente a la agencia a contarme lo que les pasaba, como una venganza, me decían que tenían la pistola del banco en la cabeza, me pedían consejo, marcha atrás, pedían ayuda y ya no era cosa mía, las inmobiliarias no podíamos hacer nada ni queriendo, para nosotros mismos fue una sorpresa. Nos encontrábamos con jaleos que no eran culpa nuestra, con escenas tan desesperadas que acabé contratando a un hombre en la agencia, Àlex, que venía de una inmobiliaria arruinada como tantas otras. Yo que había querido llevar el negocio solo entre mujeres. Me pasé más de una noche y más de dos en blanco, llena de remordimientos por mi forma de ganarme la vida, pero ¿quién puede decir que no está implicado en ningún mal? ¿Cuántas vidas mataban mis abuelos en cada calada? ¿Cuántas especies enteras ayudaron a extinguir? Pasar por el mundo tiene un precio. ¿Quién iba a decirme que me sentiría culpable por no haberme arruinado? Nadie puede alimentarse al margen. Todo el mundo estaba pringado. Nadie lo habría hecho de otra forma. Tenía a tres personas contratadas, habría sido ridículo dedicarse a la beneficencia en los momentos de los fondos buitre. ¿Arriar velas cuando había llegado el mal tiempo? Siempre había un empeoramiento, te portaras como te portaras, y el abuelo Salvador me

había contado que algunas veces los delfines desaparecían misteriosamente: era cuando rondaba el tursón, que los mataba y despedazaba de mala manera, y después los encontraban flotando en trocitos.

Salí de Riudellots a última hora de la tarde, en casa me duché y me metí en la cama directamente. Al día siguiente ya estaba en la agencia como todos los días, a las nueve, que era la hora a la que abríamos. Todo había funcionado sin problemas en mi ausencia. Tenían mi teléfono, pero no les había hecho falta llamarme porque el negocio iba sobre ruedas, agosto era un mes de visitas, los extranjeros esperaban a que pasaran las vacaciones para comprar. Si querían tener el piso para el verano, lo habían alquilado o comprado antes.

Nadie se enteró de la semana y media que había pasado en casa de Albert Jordi, y tampoco creo que nadie adivinara por qué momento tan delicado pasaba. Nunca había llevado a Albert Jordi al trabajo. Se había presentado alguna vez por su cuenta, pero yo no había comentado nada. Sabía que nuestra historia podía acabarse, lo que nunca me habría imaginado era de qué forma.

Había pasado lo del incidente del ruso, pero las dos oficinistas nunca llegaron a saberlo, a no ser que se lo dijera Àlex. Entre tus empleados y tú hay unas barreras que ellos no tienen respecto a ti. Los dos días que pasé en Riudellots rompí una norma, ser igual de estricta conmigo misma que con mis empleados. Era un error, no se puede falsear la realidad de quien manda, pero, por cómo me habían educado en casa, donde siempre habíamos sido más o menos subordinados, me habría muerto de vergüenza al decir que me cogía un día libre. Me había inventado que una amiga había tenido un accidente de coche. Mientras estaba a Riudellots, los de la oficina creían que estaba en el Hospital Clínic.

Llegué de Riudellots tocada, por lo de aquella señora de las gallinas que había visto a Albert Jordi donde después habían encontrado a un negro muerto. No podía ser casualidad y por lo tanto podía haber, debía de haber otros muertos entre su mujer y el negro, muertos mientras yo estaba con él, muertos todos los meses, todas las semanas, muertos un día antes de vernos, muertos mientras le compraba el pescado, muertos maquinándose en su cabeza mientras hablaba y reía conmigo, mientras cenábamos o hacíamos el amor, muertos que acababan de morir mientras me abrazaba. ¡Un hombre frío, un asesino en serie!

No. El mundo no funcionaba así. El mundo tenía lógica. Claro que ¿quién dice que fuera la mía? ¿Y si se había levantado de repente la tapa que me escondía el mundo? ¿Y si por primera vez abría los ojos? Ahora lo veía delante de mí, un mundo de lobos del que todo el mundo estaba al tanto, aunque nadie dijera nada, como antes de la crisis. Un mundo que se dejaba llevar por la ilusión, como yo me había dejado llevar con Albert Jordi. Cuántas ventas hacía basadas en la ilusión, cuántos clientes había atendido con los ojos hipnotizados, familias enteras, los unos aguantando la ilusión de los otros, multiplicándola, arquitecturas de ilusión en las que yo misma participaba, de lo poderosa como es la ilusión, vigas, cemento, rascacielos de ilusión, y después resultaba que los delfines risueños eran unos sanguinarios.

Volví de Riudellots dispuesta a recuperar mi vida, mi pequeño negocio, dispuesta a

dar la espalda al año pasado con Albert Jordi. Y justo al día siguiente fue lo del atentado de la Rambla. Salíamos a las seis de la oficina y no me enteré de nada hasta que llegué a casa y puse la radio mientras me preparaba algo de merendar. Hacía una hora que el terrorista se había metido con una furgoneta por mitad de la Rambla llena de gente. Encendí el televisor. No quería imaginarme el momento, el hervidero de la Rambla en agosto deshecho de golpe, la gente desorientada. Teníamos un piso a la venta en la calle Sant Pau, podíamos haberlo estado enseñando esa misma tarde, podíamos haber bajado del metro en Liceu y encontrarnos debajo de la furgoneta cualquiera de los que estábamos en la oficina. Qué suerte estar entera, haber escapado de la Rambla como había escapado de Albert Jordi. Qué alivio no tener que estar en ese mismo momento llamando a los hospitales.

Apagué el televisor y me puse una película en el ordenador. De vez en cuando paraba la imagen e iba a ver qué novedades había, si el atentado tenía réplicas. No hubo ninguna, solo el ataque suicida de unos chicos en Cambrils del que no me enteré hasta el día siguiente, unos chavales moros de Ripoll sin una triste escopeta.

A la mañana siguiente, viernes, volví a la oficina preparada para un día de limpieza, para recuperar mi vida, mi pequeño negocio, a mi gente, y que el atentado mismo sirviese de barrera entre el antes y el después de Albert Jordi, porque todo el mundo estaría afectado.

Las chicas de la oficina habían dormido poco, tenían ojeras.

—En agosto no habría que trabajar —comentó Lluïsa.

Por mucho que desdramatizaran, no fue un día normal. Las visitas programadas se fueron anulando una a una a lo largo de la mañana, y no se acercó nadie a hacer ninguna gestión. Tendría que pasar el fin de semana para que se calmara el ambiente. Todavía había un terrorista huido, el conductor de la furgoneta. Teníamos la radio puesta. Iban haciendo recuentos de muertos y hospitalizados. El terrorista podía estar en cualquier parte, allí donde fueras, en Riudellots o quizás directamente al otro lado de la pared de la oficina. La gente no salía de casa, los negocios se habían parado. Los turistas todavía se sentían más vulnerables. Por eso habían hecho el atentado en el pico de la temporada alta. Ya veríamos cómo afectaba en los próximos meses al turismo y al mercado inmobiliario.

Àlex se iba a la playa los fines de semana. Tenía la cara y los brazos morenos, un atractivo no inmediato, no exactamente erótico, más bien una pared de contención, un muro como su ingenuidad juvenil. Hacía cinco años que nos veíamos a diario en el trabajo, me recordaba a cada momento la vida familiar que había tenido de niña, hacía mucho tiempo, y no la añoraba en absoluto. Su mujer era auxiliar de dentista y tenían dos hijos pequeños. Pasaba solo esos días de agosto en Barcelona, su mujer y los niños se instalaban en el apartamento que tenían sus suegros en Castelldefels, demasiado pequeño para que cupiera también él. Una vida familiar previsible hasta el límite. A principios de mes me había invitado a cenar. A las otras chicas de la oficina no. A mí. No a todas, sino solo a su jefa.

—Hace dos semanas no pude cenar contigo. ¿Puedo invitarte yo hoy?

Era el único que podía haber notado en mí una conducta extraña. Las chicas me

veían tan maquinal como yo a ellas. Àlex aceptó, pero después se sintió inseguro y me miró por el rabillo del ojo toda la mañana. Me convenía mucho poner un límite a lo que me pasaba, salir de aquel mundo turbio. Àlex era un planeta completamente distinto, un mundo convencional que no tenía nada que ver con Albert Jordi. Me lo imaginé de amante para borrar a Albert Jordi. Buscarme unas ocupaciones, darle lo que quería, añadirme a su mecánica de hombre solo en Barcelona las semanas que faltaban para que volviera su mujer, ayudarlo en su matrimonio, escondernos de las dos compañeras en la oficina, ganar complicidades, quizás llegar a sufrir por sus dudas y sus hijos y, después del verano, vivir el otoño y el enfriamiento de nuestra historia. Ya habría cumplido su función. Quizás habría reproches y yo misma tendría que buscarle otro trabajo. Àlex era un buen profesional y yo tenía contactos. Quizás podríamos reconvertir nuestra relación, como la mayoría, en una especie de amistad con zonas reservadas.

Albert Jordi era una novedad constante. La misma confesión había rehecho nuestra historia. Las tres semanas que hacía que no lo veía me parecían tres años, de tanta intensidad como me provocaba. Confiaba en no verlo nunca más, pero me había guardado su cuchillo, como una prueba.

Barcelona estaba trastornada por el atentado del día antes, con un terrorista que no se sabía dónde se había metido. Cualquier rutina en la que encauzarme me ayudaría. Me habría gustado invitar a Àlex a casa y prepararle la cena, pero no había ido nunca y no quería confundirlo. Solo buscaba compañía, alguien con quien hablar sin dar demasiadas explicaciones. No podía recurrir a mis amigas. No había sabido nada de ellas en todo el mes de agosto, estaban de vacaciones. Cada verano me quedaba al margen, porque de las cuatro era la única que trabajaba. Habría podido llamarlas, pero no tenía necesidad de contar lo que me estaba pasando, al menos hasta que yo misma acabara de entenderlo. Era más neutro invitar a Àlex a un restaurante. Era un viernes de agosto, pero con el atentado del día antes no costó encontrar mesa. Los turistas habían perdido el apetito. Quedamos tres horas después de salir del trabajo, en un restaurante de cocina china al que había ido alguna vez con mis amigas, un local lujoso y oscuro, en el primer piso de un hotel del Eixample.

No tenía ganas de estar sola en casa y llegué un poco pronto. Me tomé un vaso de huangjiu mientras esperaba y lo vi entrar un poco entonada, feliz de que se presentara alegre, previsible, con una sonrisa joven y blanca, perfectamente alejado de lo que me estaba pasando.

—¿Cómo está tu amiga? —preguntó, dejando la sonrisa de lado, tan falsa como mi propia mentira.

—No lo sé —dije, y quise seguir engañándolo, porque mentir era una forma de dominio sobre mí misma y sobre él, una manera de controlar la situación—. La dejé con sus padres, pero no han vuelto a llamarme. Se lo habrá dicho ella. Yo tampoco quiero molestar, no creo que con el atentado sea buen momento para agobiar mucho y menos aún para acercarse a los hospitales. Tiene que haber muchos nervios. Está en buenas manos. No puedo hacer nada más.

—Lo siento —dijo Àlex.

—Tengo una relación un poco complicada con esta amiga. Sus padres me llamaron

desde Canadá, ¿sabes?, estaban de vacaciones, no estaban al tanto de que hacía dos años que no tenía noticias de ella, o si lo sabían se hicieron los suecos. Cuando llegué al hospital todavía seguía en el quirófano. No sé cómo fue el accidente. Cuando se despertó no tenía ni idea de qué le había pasado, no se lo creía. No me extraña: vives tan tranquila, coges el coche, tienes un accidente y te despiertas en el hospital al lado de una amiga que hace años que no ves, que te coge la mano y se pone a contarte que has tenido un accidente, que no te asustes... Como si pudieras no asustarte. Si por el mismo precio podría estar muerta. Se recuperará, no tuve que darle ninguna noticia terrible, imagínate que se queda inválida, solo me habría faltado eso. No sabía nada de ella desde hacía años. No tenía ni idea de que podía ser la primera persona que fuera a verla después de sus padres. Los accidentes tienen un punto infantil, irresponsable, como si de repente tuvieras que enfrentarte con tu egoísmo. ¿Te creías que eras alguien? ¿Te creías que tu vida valía algo? Tanto tú como yo ayer podíamos habernos encontrado con la furgoneta de la Rambla. ¿Qué dice tu familia? ¿Y los niños? ¿Están asustados?

—Son demasiado pequeños. No les hemos dicho nada.

—Suerte de las mentiras.

Se quedó pensativo un momento.

—¿Lo dices por la cena?

—¿Lo has ocultado en casa?

Se quedó mudo. Tenía quince años menos que yo y era normal que se notara.

—Perdona —dije—. No estoy muy fina. El otro día, aquel ruso; después, lo del accidente de mi amiga; ahora, este atentado de la Rambla. Es un agosto desgraciado. Te agradezco que cenes conmigo. Los padres de mi amiga me dejaron tocada. No habían dormido, venían del aeropuerto, todavía llevaban las maletas. Estaban al lado de un lago, me han dicho, con gente mayor de su edad, imagínate, con patos y ardillas y salmones, y los llaman desde el hospital de Barcelona. Doce horas de vuelo sin poder saber ni cómo iba la operación... Fue muy desagradable. Me hacen salir de la habitación y en vez de darme las gracias se ponen a hacer preguntas como si fuera culpa mía. Como si yo fuera responsable de ella. Pero ¿qué hacía nuestra hija en Manlleu a las cinco de la madrugada? Yo ni se lo había preguntado, no tenía ni idea de dónde había sido el accidente ni qué había pasado, y ellos ya antes de entrar en el hospital, quizás por el camino, les habían pedido información a la policía o a los propios médicos. No sabían que su hija tuviera carnet de conducir. ¿Y qué? Yo tampoco lo sabía.

Hacía cinco años que trabajábamos juntos y aquella cena era una licencia que me tomaba con mi subordinado. De paso me proveía de información suya. Lo miraba desde arriba, lo utilizaba para no estar sola, para pasar el rato. Era lo que había hecho todo un año conmigo Albert Jordi, supongo, y de forma mucho más radical. Había degustado las mentiras con la misma sensación de poder que tenía yo en aquel momento. Debía de prepararlas con la misma facilidad que yo, que no me jugaba nada, mientras la camarera china nos servía los platos, atenta a los ojos receptivos de Àlex. No me bastaba con no contar lo que me pasaba, era mucho más gratificante transportar la energía que me hacía sufrir, transformar toda aquella mierda llena de sombras (¿qué había pasado en Riudellots?; ¿dónde coño estaba Albert Jordi?, ¿había dado por terminada nuestra

relación?; ¿era verdad lo que decía la señora de Riudellots?), transformar mi situación en una mentira entretenida, irla montando como un arquitecto levanta los planos de una casa, entrar yo misma, descubrir habitaciones, memorizar detalles, hacerla mía, quedarme allí. Y así fui contestando a las preguntas que me hacía para demostrar interés, y así tuvo la sensación de que me ayudaba. Eso debía de vivir también Albert Jordi conmigo, más intensamente. No me hacía falta contar lo que me había pasado, al contrario, me sentía más fuerte evitándolo. Se lo había dicho a la recepcionista, pero más valía cerrar mi relación con Albert Jordi igual que mi madre había encerrado en un nicho su relación con mi padre. Cuanto más rascara en la historia, más peligro correría de hacer descubrimientos que la ensuciaran aún más. No me hacía falta saber qué lo había empujado a confesarse.

Dominé la conversación hasta el final de la cena. Llegó el momento del postre y Àlex vio que se le acababa el tiempo.

—Antes de irnos, deja que te diga una cosa. Ahora has ayudado a tu amiga, o examiga, pero hace cinco años me salvaste la vida a mí. No tenía dónde caerme muerto. De no haber sido por ti... No sé dónde estaría, ni yo ni mis hijos, de verdad. Siento decírtelo. Lo siento mucho, pero no tengo más remedio... Èlia, tengo que decirte algo. Estoy muy jodido. Siento mucho molestarte. Vamos muy agobiados con el piso. Los niños se han hecho mayores, hemos decidido irnos a vivir fuera y quería preguntarte si podríamos poner el piso a la venta de una forma conveniente.

—Siempre hemos vendido al máximo precio. Es nuestro negocio.

—Pero esta vez tendríamos que subir más, no sé si me explico, es mi casa. Es un buen momento. Ahora estamos con lo del atentado, pero dentro de unos días ya nadie se acordará de eso. Quería comentártelo a principios de mes, pero pasó lo del ruso. Los pisos están subiendo y pienso en esos clientes que tú sabes.

No me lo podía creer. Se había pasado la cena esperando el momento. Me estaba hablando de una familia de clientes, un caso que pasa muy de vez en cuando en todos los negocios, personas con graves problemas de comprensión de la realidad, cegados por la ilusión y el autoengaño. Si no los coges tú los cogerá otro, y entonces tu papel es modular el negocio y poner a prueba tu moral. Hay una relación de poder hipnótico, son tu presa, tu parte de la estafa.

—Ahora no, Àlex, haz el favor. No hemos quedado para hablar de negocios. Aún estoy tocada por lo del accidente. Quiero distraerme, no me apetece pensar en negocios y menos aún en cómo embaucar a una familia.

Se acabó la copa de vino para que yo viera que se lo tomaba, como para prepararse él y prepararme a mí para lo que venía.

—Hace días que busco el momento de comentártelo. He esperado a hoy porque últimamente te veo rara y distraída. Pero todos los días he cruzado los dedos por poder pedírtelo. Es un milagro que todavía sigan buscando. En manos de otra inmobiliaria lo tendrán mucho peor.

—¿Tú sabes la situación que está pasando esa gente?

—¿Tú sabes cuál es mi situación? Èlia, ¿tú sabes quién es esa gente? A lo mejor están forrados. A lo mejor tienen una docena de pisos y solo van detrás de una buena

oferta. Yo puedo explicarte qué tengo en casa. Los niños duermen en una habitación sin ventanas. Pronto ya no cabrán físicamente. Se están haciendo mayores. Son como una bomba de relojería. Mis suegros tienen que ayudarnos todos los meses. Con mis padres no puedo contar. Y eso solo es una parte. Si seguimos así, acabaré separándome de Laura. De hecho, la cuestión es que no puedo separarme. Ha empezado a tener problemas con el dentista y no me extraña.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Trescientos. Trescientos cincuenta.

—¿Trescientos mil por vuestro piso? ¿Es broma?

—Es lo que costó, Èlia. No pido más. Podemos convencerlos. Confían en nosotros.

—Es muy exagerado.

Entonces me cogió la mano. Lo miré a los ojos. Sonrió como si estuviera por encima de mí. Retiré la mano.

—¿Qué haces? —dije.

Se quedó desconcertado. Se sirvió otra copa, pero ahora le temblaba la mano.

—Vamos a hacer como si no hubieras dicho nada.

El joven inexperto, el chico que no ha sacado la nariz de su casa, que ha pasado de la madre biológica a la madre pareja, el joven padre que tiene hijos para poder convertirse él mismo en hijo. El hombre que quiere hacerte partícipe de su mezquindad. Te abre las puertas a su miseria y quiere que se lo agradezcas.

—Te equivocas de medio a medio, Àlex. He quedado contigo porque me caes bien y he tenido un problema con una amiga que hacía años que no veía, y porque a principios de mes me habías propuesto quedar. No porque lo necesitara.

Se calló unos segundos y después dijo, con un hilo de voz:

—No puedo hablar porque me juego el trabajo.

—Si eso fuera verdad, no lo dirías. Hazme caso y olvídate del asunto.

—No. Déjame hablar. A lo mejor no te das cuenta. Me estás negando la única oportunidad que he tenido en estos últimos diez años de mierda. Estoy en la puta miseria. Para ti todo es muy fácil. Vine arrastrándome como un perro y fuiste generosa conmigo, me salvaste la vida, vale, pero hace cinco años que no te fallo para nada. Te he ayudado, conmigo has hecho buenos negocios y, muy bien, tengo que darte las gracias todos los días porque menuda suerte tuve contigo. Pero me parece que ya he pagado, ¿no? Y ahora te pido un favor y me niegas a mí lo que tú te has permitido mil veces. Perdona, estoy en la oficina, me siento a la mesa de al lado, te oigo hablar por teléfono, he llevado mil ventas, he cerrado docenas de tratos, ¿te crees que soy idiota? Y ahora me lo niegas a mí. Por una gente a la que no conocemos de nada. Yo también sé hacer negocios. Déjamelo a mí. No hace falta ni que intervengas. Vamos a hacerlo así. Tú te quedas al margen y me dejas a mi aire, es mi piso, es mi vida.

No contesté. Era responsabilidad mía no permitir lo que no me habría permitido a mí misma.

—No me lo puedo creer —dijo—. De verdad. Es que no me lo puedo creer. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo que te quite el negocio un puto trabajador? ¿Qué coño pasa? ¿Lo quieres todo para ti? ¿Te da miedo que acabe haciéndote la competencia? Venga, va, Èlia,

piensa en los demás, por una vez. Nos hace falta vender el piso. Tendrías que entenderlo, hostia, precisamente tú.

Cogí la chaqueta y aparté la silla para levantarme. Pero, si no dejaba bien zanjada la cuestión, se convertiría en un problema de verdad. No era el Àlex que conocía. Pegó un puñetazo al lado del plato, los cuchillos hicieron ruido. En la mesa de al lado se callaron. ¿De dónde salía aquella rabia? De repente me di cuenta de que la discreción, la amabilidad de los años que hacía que lo conocía eran resentimiento y cobardía. No era la rabia de que no lo ayudara en ese momento, era la rabia de haberme necesitado hacía cinco años, cuando su vida iba directamente hacia el abismo. Y quizás llevaba algo de razón: ¿por qué lo había ayudado entonces, si ahora no lo hacía? Pero es que ahora no tenía nada que ver. Me pedía estafar a unos clientes. Podíamos hacerlo, era legal. Pero yo no me veía capaz. No iba hacerlo. Y me conocía lo bastante bien para no engañarse. Sabía que no se saldría con la suya. Sabía de sobra que yo no actuaba así. Había habido otras oportunidades, por mucho que dijera, y nunca me lo había permitido a mí misma. Entonces, ¿por qué me lo planteaba? Para vengarse. Vengarse de haber recibido mi ayuda. Obligarme a que me planteara despedirlo.

¿Y si Albert Jordi había hecho lo mismo? También lo había ayudado, también lo había conocido desorientado y solo, lo había acogido, había cocinado para él, lo había escuchado, lo había entendido, me había convertido en su familia. ¿Su confesión también había sido venganza?

—Perdona —dijo entonces—. Lo siento. Me he pasado. Tienes razón. Estaría mal. Perdona. Tengo problemas en casa. Mi mujer se deja la piel en la consulta. Echa más horas que yo y cobra menos de la mitad. Apenas la veo. Se pasa el día con la mano dentro de la boca de los clientes, la mano con un guante de plástico, siempre el mismo, no puedo ni imaginarme cuándo se lo cambia, son guantes tan finos que parecen preservativos. Se pasa el día con la nariz a un centímetro de esas bocas enfermas. Cuando se me acerca no puedo dejar de pensarlo. Noto el olor a cloro y eugenol de la consulta, el olor a las bocas sucias que toquetea... Cuando me lo cuenta me quedo hecho polvo. Una muela picada es una fosa séptica, va acumulando inmundicia de meses o años de comida, se hace un depósito de podredumbre y el depósito fermenta, está lleno de trozos de carne y de fruta y verdura y de microbios vivos y muertos. Cuando el dentista rompe la muela de repente sale toda la inmundicia como una explosión de gas. Este invierno estuvo a punto de dejarlo. Una abuela la mordió. Estaba poniéndole el extractor de saliva y la vieja, una vieja que ya podría estar enterrada, con las muelas negras, gastadas y flojas, la mordió. Era la segunda vez que iba al dentista y fue como siempre. Hasta que, cuando Laura ya le había puesto la inyección de anestesia en la encía y estaba colocándole el extractor de saliva, la vieja la coge del brazo y le clava los dientes en la mano que tenía dentro de la boca, le pilló dos dedos, todavía parece que tenga dos anillos. La señora estaba anestesiada, podía haberle arrancado los dedos, suerte que tenía los dientes gastados y blandos, suerte que era una vieja, pero la mordió todo lo fuerte que pudo, y aún no sabemos por qué. Una vieja que podía ser su abuela. ¿Por qué? Laura, con los dedos chorreando sangre debajo del grifo, cuando se dio cuenta de lo que había pasado le preguntó: Pero ¿por qué? ¿Yo qué le he hecho? Y la señora se

pone un pañuelo en la boca, se levanta y dice que se va. Así, tal cual. No podía ni hablar, con la anestesia, y el dentista allí clavado sin decir nada, con los ojos como platos, y Laura llorando y preguntando por qué le había pegado un mordisco. La vieja se fue insultándola como podía, con la boca dormida, pasó por la sala de espera y por la recepcionista haciendo un gesto con el dedo, amenazándola, diciendo que iba a poner una memunfia, con la mejilla roja arrugada e hinchada, una memumfia, y Laura volvió a casa hecha un mar de lágrimas, que no quería volver nunca más a la consulta. Cobra ochocientos euros, con contratos de seis meses. Y cuando piensas en esa vieja piensas por qué lo hizo, y por más vueltas que le des no lo hizo por nada. Ni por rabia ni porque Laura o el dentista se hubieran portado mal. Lo hizo por morder. Está todo hecho una mierda. No sé cómo nos complicamos y tuvimos no un hijo, no, sino dos. Estábamos muy locos. Fui un irresponsable, y cuando lo eres una vez... Tú no la has cagado como yo, es normal que no lo entiendas. A veces me parece que estoy soñando.

—Todos pasamos malos momentos. Mira a mi amiga.

—Al menos tu amiga tiene un accidente y tú te presentas, y después van sus padres. No puedes ni imaginarte la tensión que he vivido esperando proponerte la venta. Total, para que me digas que no.

—No puedo, Àlex. Y tú tampoco. Cuando lo pienses fríamente verás que no tienes derecho a hacer una cosa así.

—Pues claro que tengo derecho. Tengo dos hijos, ¿tan difícil es de entender?

—Saldréis adelante, estoy segura. No estoy pasando por mi mejor momento, Àlex, no sé cómo acabará lo de mi amiga. A lo mejor no va tan bien como hasta ahora. Falta una operación. Puede quedar inválida. Perdona. No quería decírtelo. Me da miedo solo de pensarlo. Lo tuyo es una mala época, pero mi amiga puede acabar en una silla de ruedas para siempre. Hacía años que no sabía nada de ella y ahora es como si yo fuera una persona muy importante en su vida. Los reproches de sus padres no eran para tranquilizarse y en ningún momento me ha dicho que avisara a nadie más. Todo son desgracias. Pero veo ilusión en la gente, fíjate en la política, todo el mundo dice que vamos a ser independientes y en cambio este agosto yo voy de mal en peor, primero el ruso, ahora mi amiga... Me gustaría saber qué parte de responsabilidad tengo.

Dejamos la mitad de los fideos. Nos fuimos cada uno a su casa sin ni siquiera un abrazo de despedida.

Y entonces, cuando ya estaba durmiendo, sonó el móvil. Creí que era Àlex y me preparé para excusarme con la mentira de mi amiga, pero en la oscuridad de la habitación vi el nombre de Albert Jordi en la pantalla.

Iba a verme. Lo dijo así: Voy a verte ahora. Y solo fui capaz de contestar que muy bien y colgué, me dejé caer hacia atrás en la cama. Estaba tan cansada y tan aturdida por la impresión de volverlo a oír que volví a dormirme un segundo, volví a entrar en el sueño y a salir, sin perder la conciencia, como si la conciencia me pesara y me arrastrara hacia abajo, hacia las puntas de las raíces de los árboles, hacia las puntas de las raíces de los corales, donde no pudieran atraparme las dudas, donde todo fuera completamente físico. Yo sola con la verdad de mi padre y la de Albert Jordi, las verdades que ya no eran una abstracción, no eran una posibilidad ni un engaño, sino una realidad vivida, entera,

vivir con la realidad, sumergida en su océano, en contacto con ella, aunque fueran los dedos de los pies, no hacía falta el cuerpo entero, daba igual, pero necesitaba el peso de Albert Jordi, su autenticidad.

Los peces hablan entre sí, tienen sociedades secretas, no les hacen falta los gestos de los hombres, se ponen uno delante de otro y se hablan, se hacen señales con los contornos. De la misma forma, los que se acercan al mal hablan entre sí en un código que los demás no entienden. El pez hace burbujas y suelta el aire, son las burbujas de un embarazo, suben y salen a la superficie y allí se comunican, forman parte del cielo. No hay nada que esconder. Todo está limpio como el aire del cielo, luminoso, fuera de la tierra. Es luz. Va por el universo, cubre la tierra, enmarca de bondad el universo. Todo lo que había entre los peces y el cielo, o sea, el mundo de los hombres, era una mentira que nos habíamos montado nosotros. Albert Jordi era una mentira. Las burbujas plateadas de los peces, si explotaban, eran todo lo contrario de la bolsa podrida dentro del diente picado de una vieja, aire limpio, puro, protegido dentro de la burbuja, y, si al subir se rompía como una jarra de cristal, luego se recomponía en la gran jarra del cielo, el todo. ¡Cuánta limpieza!

El misterio de mi padre ya no sería un misterio. Iría por el mundo como si estuviera incontaminada, sin que los problemas de los demás tuvieran nada que ver conmigo. Iría por el mundo como un pez, resbalando, imposible saber qué piensa, imposible atraparlo, huiría de la maldad, la miraría desde otro mundo, sin tener nada que ver y dando así al mundo la alegría de un mundo sin mal, por fin, un mundo maduro que deja atrás los tormentos, menudas ganas de amargarse la vida si tampoco vas a poder resolverlo, preocuparse era malévolo de por sí, ya estaba bien de suciedad, por favor, yo que podía elegir, que no tenía problemas con ninguna amiga, ni problemas de dinero, ni problemas de conciencia, era responsabilidad mía salir de la suciedad. Yo en mi mundo y vuestros problemas son vuestros, y en mi mundo los delfines son buenos, no son esos monstruos que pintaba el abuelo.

Corrí a ducharme y vestirme otra vez. Salí al balcón y encendí un cigarrillo, de un paquete que ni recordaba de dónde había salido.

Tocaba ser fuerte, como cuando había hipotecado mi casa para comprar otro piso. Igual que en su día me había arriesgado y había puesto en peligro todo lo que teníamos, aquella noche avanzaría en solitario en una u otra dirección. ¿Había algo que no fuera una apuesta? ¿Qué me escondía cada uno de los días del año que había pasado con Albert Jordi? Un gran secreto es una gran pantalla, y los demás secretos se esconden detrás. ¿El hecho de que se me hubiera confesado cambiaba algo? ¿Lo completaba como persona o lo camuflaba? ¿Podía saberse? ¿Podía saberlo él mismo?

Eran las dos de la madrugada y pasaban hombres por la calle, gente que llegaba de trabajar o que sacaba al perro, con las sombras finas de la luz artificial. Había pisos con el televisor encendido, con luz parpadeante que salía por las ventanas. Pasaban pocos coches, Sants estaba vacío por las vacaciones de verano. De vez en cuando, a lo lejos, se oía un grito, una moto o un claxon. La luz de luna de las farolas era más potente que la del día. También los ruidos, a esa hora, tenían más intensidad.

Había un perro solo olisqueando una esquina. Echó a andar hacia un árbol y me

quedé esperando a que saliera su dueño, pero el perro siguió solo. Olisqueaba, levantaba la cabeza y andaba inquieto mirando a un lado y a otro, desconfiando de la poca gente que pasaba. Un perro perdido. Por la mañana se lo encontrarían y se lo llevarían a la perrera. Bajó al asfalto, un coche hizo sonar el claxon y el perro pegó un salto. Nos miramos un momento. Pensé en coger un trozo de carne de la nevera, bajar, atraerlo, cogerlo del collar y subirlo a casa. Quizás llevaría un número en el collar. Pero ¿y si no? Entonces me tocaría llamar a la perrera. ¿Lo haría? ¿Para que lo sacrificaran? ¿O me quedaría con él? Con la mirada que me había dirigido, ¿me pedía auxilio o me hacía chantaje emocional? ¿No eran las dos cosas a la vez? ¿Y si mordía?

El perro se marchó calle abajo. Encendí otro cigarrillo. Estaba a punto de llegar. Ya casi lo sentía presionando el aire. La misma presión hizo que me levantara y entrara. Como una revelación, fui corriendo al dormitorio. El día antes había deshecho la maleta, había lavado la ropa.

El cuchillo se había quedado en la maleta. Me di prisa. Era su cuchillo, guardado aparte, enseñado a su vecino. No podía no pensar en para qué había servido ese cuchillo, dónde había entrado. Había llegado hasta el secreto de la persona. Más allá ya no había nada. Había hecho igual que una mano que se hunde en un agujero y palpa y vuelve a salir solo con el tacto. Ha tocado algo, no sabe el qué. El cuchillo fue la mano de Albert Jordi dentro de su mujer. La agujereó, le abrió la puerta a la vida. Lo agarré y lo noté caliente, conservaba recuerdos de lo que había tocado. Empuñé el mango de madera, la hoja estaba afilada, podía defenderme, lo necesitaba. Me dijo que había matado a su mujer en la cama. Escondí el cuchillo entre el somier y el colchón. En la parte de la almohada, con un dedo del mango sobresaliendo, por si tenía que cogerlo. Ya podía imaginármelo sin asustarme.

Volví a salir al balcón. Me senté y encendí otro cigarrillo. Entonces me acordé de la botella de vino que me había llevado la última vez que lo había visto. Entré otra vez. La tenía en un armario. ¿Por qué no la había tirado? ¿Contaba con volver a verlo? La dejé encima de la mesa y salí al balcón. Ya no podía tardar mucho. No me equivocaba, oía que el taxi se acercaba como si yo misma lo hiciera existir, como si lo empujara o lo imantara para acercarlo, como si lo condujera yo misma, me imaginaba en qué punto de qué calle estaba en cada momento, cómo avanzaba en dirección a mi casa. Y justo en el instante en que lo esperaba vi las luces y después el taxi de color amarillo y negro, y lo vi encender el intermitente y frenar y pegarse a la acera. Entonces Albert Jordi pagó el trayecto. Ahora ponía la mano en el tirador, ahora abría la puerta, salía del coche y levantaba la cabeza y nos encontrábamos con la mirada. Igual que un momento antes con el perro. Apagué el cigarrillo. Cogí aire. Me levanté. Llamó al interfono. Abrí la puerta de abajo.

11

Todavía tenía encima de la mesa la botella de vino que le había llevado la noche en que me había echado, como si hubiera estado esperándome. La botella negra en aquel comedor ordenado, en su piso limpio, sin mucha más decoración que algunas fotos de familiares y barcas de pescadores, aunque en realidad siempre era la misma, la de su padre, enmarcada y colgada en la pared, y el póster de una película de los años cincuenta en el pasillo.

—Vamos a abrir la botella —dijo, y fue a buscar dos copas a la cocina.

Podía ser que llevara la misma ropa que la noche de la confesión, un vestido fresco, o me lo estaba imaginando. Intentaba recordarlo. Descorchó el vino y no parecía que pasara nada especial, era como si me hubiera ido a dar una vuelta, una excursión de veinte días para calmarme y aclarar las ideas, normal en muchas parejas.

Si desbaratas el orden de un hormiguero, ese orden se reconstruye solo.

Se aprende mucho de los insectos, cuando eres pequeño son una escuela secreta con academias por todas partes. Las moscas, por ejemplo, son muy didácticas para experimentar con la crueldad y la lástima. Yo las atrapaba al vuelo o las despegaba de una telaraña si aún estaban vivas. Con una mano arrancaba la telaraña para castigar a la sádica de la araña y con la otra cogía a la mosca y la encerraba en el puño. La dejaba vibrar, las cosquillas eran agradables. Después iba aflojando el puño y le dejaba un túnel estrecho para que se arrastrase por el agujero e intentase salir. Pasaba muy justa, se esforzaba con las patas y yo notaba en la piel la trompa, las alas y los pelos, era una lección de entomología, hasta que estaba a punto de liberarse. Entonces apretaba el puño y no la dejaba acabar de pasar. La miraba de cerca, los ojos, la trompa y las patas de delante que la mosca se frotaba cuando estaba libre, como si tuviera manos. Me quedaba mirando a la mosca y la mosca me miraba a mí. De vez en cuando hacía vibrar las alas. Hablábamos mirándonos. La mosca hacía vibrar las alas. La cogía por las patas de delante con la otra mano y abría el puño. Entonces, haciendo pinza con las uñas, le arrancaba las alas. No daba señales de sufrir, no perdía la fuerza, los insectos son como maquinitas, pero ya no podía volar. Ya la tenía. La dejaba en la mesa. Era mi perrillo por educar, yo te daré de comer, yo te mimaré... La arrinconaba contra un libro o una botella para que no pudiera pasar y le ponía el dedo encima para acariciarla. Sin las alas era como un escarabajo. Con la uña le seccionaba las patas una a una, hasta cinco, las patitas quedaban encima de la mesa como pelos. Entonces dejaba que la mosca corriera con una sola pata y arrastrara el cuerpo por la mesa hasta que por fin la chafaba con la punta del dedo para que dejara de sufrir. Le hacía un entierro de categoría. La cuestión era ir de la crueldad a la lástima como una ducha escocesa, como pasar por una puerta a la habitación de al lado, de la broma al funeral, de la crueldad a la lástima, a un entierro

con lágrimas dulces, las lágrimas de un niño que empieza a asomarse a la conciencia, la conciencia que empieza a enseñar el plumero. Las lágrimas me salían de dentro, pero cuando llegaban fuera ya habían perdido el calor, ya no eran de niño, ya empezaba a verme a mí mismo, a entenderme, a reflejarme en ellas, a sentirme orgulloso de mi lástima desproporcionada por una mosca a la que había salvado de una telaraña, había salvado de la agonía a una mosca asquerosa que si veía una mierda se plantaba encima. Pero meterla en una caja de cerillas con su cama de patitas y enterrarla en un agujero del parterre de un árbol hacía que la lástima fuera tan gratuita y generosa como la vida, hasta tal punto un tesoro que ya en aquel momento quería salvarlo, llevármelo en un cofre al mundo adulto hacia el que iba cubierto de lágrimas, lleno de desproporción. El contacto entre la crueldad y la lástima hacía saltar chispas, lo volvía intenso, luminoso, la crueldad y la lástima se alimentaban mutuamente, se aceleraban solas como una música, y al final me juraba que no volvería a hacerlo, a sabiendas de que volvería a pasar, de que volvería a poner en contacto los dos polos, porque era verdad que no quería que se repitiera, pero no quería que se repitiera precisamente porque sabía que se repetiría, igual que sabía que se repetiría precisamente porque no quería volver a hacerlo.

Había pasado los últimos días, y sobre todo las últimas horas, dando vueltas sin ton ni son a mi alrededor, con los brazos y los ojos separados, la cabeza y el pelo como satélites, igual que aquella mosca con las patas desperdigadas por la mesa, en un universo de desorden y suciedad que había acabado por ensuciar mi exterior, por destruir mi casa y cubrirla de mierda.

El vino salía por el cuello de la botella y adoptaba la forma de la copa —gracias, Èlia —, las piezas volvían a encajar, estaba volviendo a mí mismo, recuperaba el cuerpo.

—¿Por dónde quieres empezar? —dijo, como si me invitara a instalarme a mi aire en su casa otra vez, a dejar la parte de mí que había quedado por confesar, a quitármela de encima, déjala ahí, como una bolsa o un paraguas, déjala donde quieras.

Bebíamos sin decir nada, yo esperaba el momento de empezar. El vino me exploraba las venas, pasaba de un miembro a otro, rellenaba, reconquistaba el cuerpo, me enviaba noticias. No iba a bastar con una botella.

¿Podía confesar que estaba orgulloso de mí mismo? ¿Podía convertirme ahora en carcoma o en bomba de relojería? Èlia había sido muy generosa conmigo durante un año entero, me había acogido al salir de la cárcel, había confiado en mí. Esa confianza era lo que me había llevado a confesar, lo que me había empujado, había preparado el cuarto del crío. Cuando me confesé, el año entero con Èlia quedó en nada. Me echó de casa. Todo aquel reconocernos, todo aquel profundizar en nosotros... ¿Echarme no fue una traición? Y ahora, ¿por qué me recogía? Habría tenido que mandarme a la mierda y colgarme el teléfono, pero me readmitía. ¿No era para estar orgulloso? Pero ¿qué sacaba ella de mí? No me habría invitado a volver a entrar en su casa, y menos a esas horas, si no quisiera algo de mí. Habría tenido que llamar a la policía y en cambio me llenaba la copa. ¿Qué buscaba?

Buscaba el control, buscaba abrirme y explorarme y llevarse mi información.

No podía echárselo en cara. La semana anterior yo había hecho lo mismo con

Mercury y Andrés, los había llamado sabiendo lo mierdas que eran. Después de ver cómo me habían dejado el piso, después de haber quedado de acuerdo por teléfono, de haber negociado separarnos, ¿quién me aseguraba que nunca volvería a saber de ellos?

Me los encuentro por la calle.

—Cuánto tiempo, Mercury.

Hace cinco o diez años que tengo noticias de ellos. Esperaba que Mercury hubiera envejecido más, parece que incluso haya rejuvenecido desde el día en que los dejé encerrados en casa. Tienen buen aspecto. Andrés ha crecido, parece más maduro, robusto, con la carne más reposada. Se mueve con calma, ha perdido la improvisación y los nervios, se ha vuelto seguro de sí mismo y sonríe, tiene el cuerpo musculado de ir al gimnasio. Ahora es él, de los dos, el que manda. Controla la agresividad y eso lo hace más peligroso. Mercury lo ha educado bien, hacen buena pareja, solo por la forma de andar ya se ve que se entienden, se quieren y nada los agobia. Andrés cuida a Mercury ahora que la vejez está a punto de echársele encima y acabar con él. Mercury ha salvado a su hermano.

Los secuestros han funcionado mejor sin mí. Están orgullosos. Se les nota en la cara. Debo de ser el único que lo sabe y lo aprovechan para dejarlo claro, aunque sin mencionarlo directamente. Se las apañaron ellos solitos. Puede que hubiera complicaciones y fuera una aventura con final feliz, a pesar de la sangre y los muertos y el peligro de que los pillaran, o quizás fue todo como una seda. De cualquier forma, valió la pena y aquí los tengo, orgullosos, encantados de restregarme por la cara los beneficios que me he perdido. Es mediodía, van a comer a un restaurante, me invitan.

¿Los sigo? ¿Acepto? Ya hace muchos años de todo y no me echan nada en cara, al contrario. ¿Me voy con ellos porque fue una suerte que nos separásemos? ¿O me apunto porque Mercury ronda los ochenta y Andrés aún es joven y no puede haber cambiado tanto, y me voy a comer con ellos, vuelvo con ellos igual que hace cinco o diez años, cuando yo mismo los llamé para que fueran a verme a Riudellots? Son mi pasado. ¿Qué hago con eso? ¿Huyo de mí mismo?

¿Por qué me servía vino Èlia?

—¿Por dónde quieres empezar? —repitió.

—No se trata de empezar, sino de acabar. Antes me has dicho que me seguiste.

—Sí, te seguí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Te seguí.

—¿Para saber qué hacía? ¿Por qué quieres los detalles?

—Eres tú el que quiere contármelo.

—La maté.

Era imposible entenderlo. Volvimos a quedarnos mudos. Quizás tendría que haber dejado claro mi error al contárselo. Como la llamada de Mercury, dejar claro que había sido un error volver a vernos. Pretender explicar un asesinato, menuda burrada.

En cinco minutos nos acabamos la botella. Ella seguía fumando.

—¿Quieres que me vaya? —dije—. De verdad.

¿Cuánto se tarda en digerir una información que no se entiende? ¿Cuánto se tarda

en olvidarla? Cuando podrías entenderla, ya no te acuerdas. Solo el olvido es asimilación. ¿Corrí demasiado al confesárselo o esperé demasiado? ¿Habría tenido que callarme?

No le había dicho nada. Maté a mi mujer. Eso es no decir nada.

Una vez me quedé a dormir en ese piso y me desperté en la cocina, de madrugada.

—¿Qué pasa? —dije.

Estaba delante de la nevera. Igual que me despierto todas las mañanas, sin sobresaltos, pero de pie en mitad de la cocina, con Èlia delante.

—Tranquilo —me dijo, y me cogió la mano—, no pasa nada. Me he despertado y no estabas, he oído ruido y he venido a la cocina. Estabas aquí a oscuras. He encendido la luz y te has despertado. Nada más. Vámonos a la cama.

Pero hay mil veces que no dominas tu persona y por lo tanto más vale prevenir y dar la información cuando estás en pleno dominio de ti mismo. Un día podía encontrarme confesando mi asesinato dormido, o borracho, o deprimido... Un día esos dos desgraciados podían contárselo a Èlia. Era mejor confesar controlándolo.

O quizás no. Un secreto es un motor. Y cuando uno esconde otro la potencia se duplica: yo mantenía el mío bajo presión, solo había enseñado la patita, lo daba, enseñando la superficie lo hacía más mío.

Èlia fue a buscar otra botella de vino a la cocina. Quizás volvería con un cuchillo para defenderse y me echaría otra vez. Quizás le daba miedo volver a pedirme que me fuera, después de haberme dejado volver. Todo yo era un campo de minas. Por ella y por mí mismo. ¿Y si volvía a decirme que me largara? Cortas alas, patas, y aplastas. Cada pata arrancada es resultado de la arrancada antes, martirizar a la mosca era el resultado de haberla salvado.

Volvió con el vino. Me llenó la copa. No nos emborracharíamos ni con todo el alcohol del mundo.

—¿Por qué la mataste?

—Fue un suicidio, mi suicidio.

—¿Cómo que tu suicidio? ¿De qué me estás hablando?

—Fue un suicidio, la persona que lo hizo está muerta.

—Tú no estás muerto. Te tengo aquí delante.

La miraba a los ojos y no sé si veía a Èlia o a Sara, a una Sara viva o a una Èlia muerta, y en medio a todas las mujeres del mundo.

¿Se veía capaz de salvarme? ¿Quería pensar que los asesinos matamos con buenas intenciones? No funciona así, matarla no estuvo bien, pero no era tan fácil, no hacerlo tampoco habría estado bien.

—Antes de decírmelo, ¿no se te ocurrió que me asustarías?

—Por eso esperé. Ahora tú decides lo que quieres saber. No hace falta que lo pidas ahora. Me has dejado venir tú.

—Quizás porque me das miedo.

—¿Me has hecho venir para controlarme?

—¿Me estás utilizando para juzgarte?

Eran las tres de la madrugada. Las terrazas de la calle se habían callado y oíamos

acercarse el camión de la basura. No tardamos en tenerlo debajo, con los relámpagos azules de las luces giratorias y el rumor sucio de su función. Estábamos más despiertos que si fuera de día, se me había pasado completamente el cansancio, la llamada de Mercury me había quitado del cuerpo el miedo y el nerviosismo que había ido cargando en los dos días que había pasado encerrado en el hotel. Me había quitado de encima a aquellos dos chalados, no volvería a verlos, y Èlia aceptaba dar marcha atrás. ¿Qué más podía pedir? Regresaba al mundo ordenado, al dominio del cuerpo. Como si acabara de salir de una enfermedad, de repente veía lo mal que había llegado a estar. Me había perdido, me había hecho falta ordenarme. De ahí la necesidad de confesarme. Estaba bien. Limpiaría el piso, me buscaría otro trabajo, quizás en la librería me cogieran otra vez.

—Tengo miedo de mí misma —dijo—. Me da miedo que todo sea una mentira tuya.

—¿Mentira? Podemos ir a ver al abogado que me defendió y ver los archivos, pero ¿por qué iba a engañarte?

—Por lo mismo por lo que quizás mataste a tu mujer. Porque estás loco.

—Si de todos modos estoy loco, ¿qué cambia?

—Que a lo mejor, si te lo has inventado, para mí serías más peligroso.

Íbamos por la tercera botella.

—Enséñame la tumba —dijo.

Tenía que haber una tumba, claro. Hacía nueve años que Sara se pudría en una tumba, dentro de una caja en algún cementerio, a no ser que la hubieran incinerado. Pero no la incineraron. Las incineraciones no habían llegado a su familia y sus padres no lo habían decidido por ella. De hecho, no habían llegado ni a mí. No sé cómo puedes elegir entre los gusanos o el fuego. De todas formas, no evitas el fuego. Si moralmente es mejor que ardas, ya se encargará el infierno de asarte.

Me acordé de mis suegros y de mi cuñada. En ellos sí que pensé después del asesinato, incluso antes. Estaban tan vivos como yo en aquel momento, cada uno con su porción de Sara, como yo, de la Sara muerta. Si un día nos encontráramos todos los que la habíamos conocido, podríamos volver a montarla como un rompecabezas. Pero la persona que mejor la conocía, la que compartió con ella sus últimos diez años, más incluso, la que la completó, la que la terminó, la que la hizo más que sus propios padres, la persona que conocía los detalles, la que tenía derechos sobre ella que incluían el asesinato, era precisamente yo. La parte principal, su parte libre, ya no existía. ¿Y a quién le importaba alguien que no existía? ¿Qué sentido tenía preocuparse de ella a esas alturas? Valían más los animales camino de los mataderos de Riudellots que todos los muertos humanos juntos: al menos los animales dejan el cuerpo. Sara ni era donante ni legó su cuerpo a la ciencia. ¡Nadie iría a verme a escondidas para darme las gracias!

Yo sí que hice ciencia con su asesinato. Sin mí no existiría ni el recuerdo de aquel asesinato. Yo fui el cuchillo y el pegamento de Sara. No podían separarla de mí. Cuando se la imaginaban la veían conmigo, y cuando hacían todo lo posible para no pensar en ella, en cómo iba desangrándose con el cuchillo clavado en el cuello, más que a Sara, que estaba muerta, me veían a mí con el cuchillo en la mano, a mí que estaba vivo, más vivo

que si no la hubiera matado. Pensaban más en mí que en ella. Personas que ni me conocían ni me habían visto nunca me llevaban dentro de la cabeza como a un perro peligroso. Iba de polizón dentro de los familiares y los amigos de Sara, para ellos era un peligro, una tentación. ¿Por qué lo hizo él y yo no?, se preguntaban. ¿Podría llegar a ser como él? ¿Estoy seguro? ¿Qué falla en mí? ¿Qué diferencia hay entre él y yo? ¿Qué es exactamente esa sombra que veo en el fondo de mí? ¿Por qué me interesa? ¿Estoy seguro? Tuve que matar a Sara para tener una familia de verdad con ellos. En el fondo del todo estábamos juntos, comíamos y cenábamos, nos veíamos todo el día, nos acostábamos juntos. ¡Ellos, las personas que la querían, ellos eran mi Sara! ¡A través de ellos me había fusionado con ella! Parecía que la cosa iba a durar unos meses, pero seguía, lo notaba, no se acabaría nunca. Por eso les daba tanto miedo como ellos a mí. ¿Qué sabían ellos de mí que no supiera yo? ¿Qué sabía yo de ellos que no quisieran saber? ¿Y qué sabía yo de Sara que ellos nunca sabrían, qué había quedado de ella solo para mí? ¿Qué había heredado de Sara? ¿Qué sabía Èlia de mí y qué sabría a partir de entonces?

En un primer momento, los familiares de Sara pensaron en matarme. Contratar a un sicario, mandarlo a la cárcel en la que me habían encerrado. Pagar por adelantado. Puede que lo hicieran. Yo lo habría hecho. Ten este dinero, nosotros nos olvidamos del tema, pero dentro de unos años, cuando salga, lo esperas en una esquina y lo liquidas. Se quedaron descansados, tenían derecho a la venganza, no hay otra cura. Pagaron por adelantado y fue como si ya me hubieran matado. Por eso sigo vivo. Un sicario sabe cómo van estos negocios. Su trabajo no era matar, sino cobrar. Como el mío fue matar y no fue... No fue tener un motivo. ¿Por qué la mataste?, me preguntaba Èlia. ¿Por qué la maté? La pregunta no era esa. ¿Qué importancia tenía el porqué? ¿O me quería ayudar a justificarme? ¿Buscaba formas de acercarse a mí? ¿Para no dejarme solo? ¿Para no sentirse sola ella?

¿Por qué la maté? Porque por una vez quería ser completamente yo, enfrentarme a la soledad.

Podía haber matado a un desconocido, pensaron los familiares de Sara, en lugar de entenderme. ¿Por qué precisamente a ella?

En la cárcel le di mil vueltas, pero no pensé en su cadáver. ¿Dónde debieron de enterrar a Sara? Ahora veía a los familiares acompañando el ataúd, ese desfile raro en el que quien acompaña no son los vivos al muerto, sino el muerto a los vivos, porque dentro del ataúd no hay nada que acompañar.

El ataúd de Sara encerraba de todo. Encerraba un cadáver. Encerraba a una viva. Encerraba a alguien muerto como todo el mundo antes de hora. Encerraba la lástima y la rabia, encerraba el amor, encerraba el perdón, encerraba los recuerdos de las conversaciones de su familia conmigo. Encerraba el sentido de los cambios radicales de vida. Encerraba un sentido más profundo de sí mismos, encerraba descubrimientos, pasaportes, cumbres y pozos por explorar. Volvieron a casa con trozos de ella en los bolsillos. Se la habían encontrado todos esos años, por todas partes, y seguían encontrándosela hecha pedazos, debajo de la cama, dentro de los cajones, encima de los armarios, detrás de los árboles. Habían encontrado la forma de hablar de ella o de evitar

hablar de ella, y también la forma de hablar o no hablar de mí. No la maté solo a ella, también maté la forma de vivir de sus familiares y amigos, igual que maté a la persona que era yo, y por eso es verdad que fue un suicidio, personal y colectivo. Y también fue una transfusión de sangre, el nacimiento de un grupo.

—Un día te llevaré —dije.

—No me has entendido. No quiero darte tiempo a buscar la tumba de otra Sara.

—Es que no sé ni dónde está.

Era absurdo pensar que el asesino sabría dónde estaba la tumba. Si matas, matas, no te vas a ver al muerto y a dejarle un ramo de flores. Pero recordé el entierro de un abuelo suyo, en Cardedeu. Allí vi a toda su familia. Hacía treinta años, sus padres, ya casados y con ella adolescente, se habían mudado a Barcelona para llevar la tienda de unos familiares. ¿Dónde enterrarías a tu hija desamparada, muerta demasiado pronto para tener en el cementerio a alguien que la espere, si no con sus abuelos, tíos, amigos de la familia? O la incinerabas y te la llevabas a casa o esparcías las cenizas donde nació o la metías en el armario de los suyos, allí donde Sara había vivido su infancia, en esa fantasía de prolongar unos años más la vida al otro lado.

—Pero no me cuesta demasiado imaginarme el sitio.

—Con sus padres.

—Sus padres viven, si no les ha pasado nada. Pero deben de haberla enterrado donde esperan acabar ellos. Una vez la acompañé a un entierro, supongo que aún sabría encontrar el nicho, era un cementerio pequeño.

Entonces yo mismo sentí la necesidad de llevar allí a Èlia, por mí, para hacer el traspaso de poderes, el puente de una a otra, así las dos sabrían por mí qué había hecho. Nos levantamos de la mesa y nos sentamos en el sofá, llevábamos botella y media de vino cada uno en el cuerpo, sudábamos y estábamos reventados, pero habíamos encontrado la forma de concretarnos, de movernos, y al cabo de un par de horas nos duchamos para coger el Volvo e ir al cementerio de Cardedeu a ver el nombre grabado en la lápida, tenía todo el sentido del mundo, y ya no bebimos más, nos sentamos en el sofá a mirar el reloj y esperar a que se hiciera de día, porque el cementerio abría a las nueve.

Cuando llegamos acababan de abrir. Pasamos por una portalada de chapa entre dos columnas de piedra. Unos operarios que preparaban una escalera para el siguiente entierro nos saludaron. ¿Tan distinto era su trabajo de lo que había hecho yo?

El cementerio era como lo recordaba, pequeño y compacto, construido como una ciudad de los muertos parecida al Pueblo Español de Barcelona, casas de piedra, un pueblo para los muertos edificado un siglo antes sobre la espalda de una colina a las afueras de Cardedeu. Habían utilizado piedra y eso le daba cierta organicidad de un Gaudí gris y frío, desencantado, un puente grave hacia los muertos. Los pinos se combinaban con las cruces como en un bosque.

Los panteones y los nichos tenían escaleras, porches y bancos. Un aspersor regaba la hierba al pie de un pino. Había nichos y panteones con esculturas y algunos de esos panteones estaban protegidos por una valla de hierro, rodeada a su vez por la pared de piedra que amurallaba el cementerio. La muerte parecía el espíritu de una muñeca rusa,

los cadáveres estaban encerrados en los ataúdes, los ataúdes, encerrados detrás de la lápida de un nicho o debajo de la losa de un panteón, el panteón estaba rodeado de una valla, y la valla, rodeada de los muros del cementerio...

Era temprano para que hubiera un entierro. El cementerio estaba vacío, el sol aún no quemaba, pero ya empezaba a pesar, y al poco rato los nichos serían hornos. Las piñas pequeñas y secas de los pinos se abrían con el calor y crepitaban. Lo que quedara de Sara también debía de rechinar allí dentro, después de nueve veranos de horno y nueve inviernos de nevera, secándose y helándose. Cada estación debía de tener sus ruidos y sus insectos de temporada.

Conocía aquel cementerio mejor de lo que esperaba. Los bloques de nichos de arriba del todo acababan en forma triangular, como casas con tejado, y tenían porches de piedra con bancos acogedores. Los nichos imitaban las ventanas de un edificio de apartamentos. Aún quedaban unos cuantos por ocupar. Pensé en mi madre. ¿Cuántos años hacía que tenía noticias suyas? Ni debía de saber que había salido de la cárcel. ¿Me daba por muerto? ¿Se había muerto ella y no me lo habían comunicado? Me gustaba esa indefinición, no saber de alguien si estaba vivo o muerto es lo máximo que podemos acercarnos a la idea de existir.

Le puse la mano en la espalda a Èlia y la guie hacia los nichos con flores. Si no estaba enterrada allí, no sabía qué pasaría. Èlia me había hecho ir al cementerio para que le demostrara que no la engañaba: si no había muerta, tendría que decidir qué hacía conmigo. A lo mejor buscaba esa excusa. Me quería como asesino. Pero no me querría como hombre capaz de creerse asesino. Tenía todo el derecho a valorar la verdad por encima de cualquier otra cosa, también de la vida. La verdad está viva, pero la vida no es verdad a la fuerza.

Recordaba dónde estaba el nicho, al final de una hilera superior. Enseguida vi que estaba, Sara Mundó Sánchez, justo en el nicho de al lado. Tenía un ramo de flores rojas, con un color más vivo que los demás que había aquí y allá, la mayoría secos, un ramo dejado por su padre o por su madre o por su hermana o por los tres no hacía mucho, quizás hacía horas. La madre lleva el ramo al cementerio para dar de comer a su hija, pensé. Flores rojas en una tumba. Renovarlas como una vela siempre encendida, como un relevo de gente que va a rezar... De una generación a otra, siempre alguien pendiente... Flores... Tumbas floridas, jardineras de huesos, jardines de tumbas, bosques de tumbas, casas, ciudades, tumbas como rascacielos siempre floridas, tumbas de flores con cementerios dentro, tumbas como jaulas de flores, esqueletos floridos, huesos con pétalos, una floración espesa de colores que crece, que revienta los ataúdes y los nichos, que se desborda, se extiende por el cementerio, cruza los campos, llena las calles, las autopistas, llega a Barcelona, llena de flores el mar...

Quería salir cuanto antes de ese cementerio seco y caluroso. Las flores eran recientes. ¿Qué pasaría si me encontraba con un familiar de Sara? Me reconocerían. Me daban más miedo que Mercury y Andrés. No era miedo a sus padres ancianos o a su hermana, podían insultarme y no lo harían, se irían indignados, desarmados, incapaces de digerirlo, vencidos otra vez, no sufría por ellos, sino por lo que representaba para mí mismo todo aquel lío que me había llevado hasta allí, a ver el nombre de Sara grabado en

un nicho, con flores todavía no marchitas en un jarrón plateado y funcional. Unas flores rojas todavía no marchitas pero tampoco recién cortadas, unas flores que se renovaban con periodicidad.

Su nombre estaba solo en la lápida, puesto lo bastante arriba para que cupieran otros debajo. En los demás nichos había dos, tres, cuatro nombres, todos con la misma letra burocrática. Tenía a sus familiares al lado, a sus abuelos y quizás a otros parientes, pero Sara había inaugurado nicho. De momento estaba sola, esperando a sus padres. Debían de haberlo comprado pensando en acabar allí ellos después. Quizás ser padre queda más acabado si puedes enterrar a tus hijos. Entonces tienes una comprensión total de la existencia. Dolorosa, claro. Yo te he recibido en el mundo, yo te despido. Vuelve por donde viniste. De allí te saqué, allí te devuelvo.

Busqué algún otro nicho con un solo nombre. Solo encontré uno, quizás un marido que esperaba a su mujer, quizás un soltero, no se podía saber. Pero me daba la impresión de sentir su necesidad de compañía. Todos los cadáveres que nos rodeaban estaban esperando. ¿Qué importaba cómo hubieran muerto? Todos estaban igual de furiosos. ¿Y a quién esperaba el cadáver de Sara, sino a mí?

Miré alrededor para ver si encontraba una lápida con el nombre de su padre o su madre. No estaban. Seguían vivos. Iban a verla de vez en cuando. ¿El día del aniversario de su muerte, de mi asesinato? Sara Mundó Sánchez. ¿Cómo podían seguir tan rojas las flores con aquel calor? 1973-2008. La entrada y la salida. La duración de su entierro. Toda la vida puesta en aquel guion de restar.

Las piñas crepitaban como si los pinos fueran a partirse y los pájaros se fundieran en las ramas, caían gotas.

¿Podía haber crecido Sara una vez muerta, haber abonado con el cuerpo el árbol de su existencia, hacerlo más grande? ¿Se habían descubierto secretos tras su muerte? ¿Habían encontrado en un cajón una contraseña, tenía en su ordenador una correspondencia secreta? ¿Un diario en el que escribía que me quería o que quería tener hijos? No debían de haber dejado que se fuera con las manos vacías, la salvajada de su muerte había tenido que insuflar la vida de Sara en lo que vivían los demás. Cuántas horas de intensidad tuvieron los que se quedaron. Qué intensidad cuando llegó la noticia y qué banquete se montó la noche en que se supo, padres y hermana juntos, una bomba de vida que encendió los rincones más fríos y más oscuros de sí mismos... ¿Quién podía haber llegado a esperar una aventura como esa, un asesinato en la familia? Las llamadas, las reconstrucciones mentales, las decisiones, las consecuencias de aquel día para cada uno de ellos... Una desgracia tan sombría que no hay palabras... Porque si al menos hubiera sido un accidente... Si el destino hubiera jugado limpio... Pero si el destino recurre a un intermediario humano, que no se enfrentaba a él, que se vende a él... Que se suma, que colabora, que lo quiere... Al cabo de nueve años, seguían dando vueltas a todo, aún llevaban flores a la muerta, unas flores todavía vivas que no tenían los demás parientes, ni ninguno de los muertos de una forma más esperada, menos transgresora, unas flores que no tenían ni los niños, unas flores que no se marchitaban y se renovaban todavía diez años después porque en el jarrón estaba la sangre de Sara, unas flores que me celebraban a mí. ¿Cómo se había renovado la vida de sus familiares? ¿Cuánta vida

había dado su muerte? Mala vida, catástrofe... Para mí también lo había sido, yo también había convivido todos aquellos años con su muerte, con el duelo por lo que había sido capaz de hacer, por lo que todavía era capaz de hacer. La vida es un monstruo hambriento. Mercury, Andrés y sobre todo Èlia eran la herencia que me había dejado Sara.

Ningún otro visitante aparte de nosotros. Los grillos cantaban, renegaban, insultaban. Volví a pasar el brazo por la espalda de Èlia. Enseguida me lo pasó ella también por la cintura, me sonrió y me dijo que muy bien.

—Muy bien. Vámonos a casa.

En silencio, deshicimos el camino hasta su piso. En la autopista iba pensando si nos enterraríamos juntos. El aire acondicionado del coche y cualquier canción en los altavoces, nuestra tumba con ruedas. La autopista estaba vacía a las once de la mañana, todo el mundo iba en dirección a la playa, nosotros hacia Barcelona con los coches de matrícula extranjera. En la radio seguían las noticias sobre el atentado, todavía buscaban al terrorista, un chaval de veinte años que podía estar en cualquier lado, un chaval escondido dentro de su caja, un chaval con el ataúd puesto, el repartidor de ataúdes de la Rambla. Estuviera donde estuviera, era un cementerio, porque el final que le esperaba si lo encontraban estaba muy claro, el mismo que a sus compañeros muertos.

Llegamos a Barcelona, aparcamos y subimos al piso. No habíamos dormido y entramos en la habitación. Demasiados días sin sexo, quizás, porque la aventura y el cansancio no nos habían bloqueado, al contrario, y enseguida nos abrazamos con toda la fuerza del pacto que hacíamos. No había placer carnal porque éramos como dos tallas de madera, pero el mecanismo era el mayor placer, y que fuéramos de madera, rígidos, maquinales, previsibles. Eyaculé como si disparase balas de madera y nos dormimos enseguida.

Dormir es compartir. Una vez que has dormido con alguien, has puesto tu indefensión en manos de otro. Hacía más de un año que dormíamos juntos, a veces en su casa, a veces en la mía. No sé si soñé, pero la rapidez con la que me dormí tenía que ver con el consuelo de Èlia. A saber qué pasado tenía ella, qué confesiones no me había hecho ni me haría nunca, porque después de la mía ya todo parecía frívolo.

Me despertó el llanto. Primero creí que era un sueño.

Miré la hora en el despertador de la mesilla de noche, eran las seis de la tarde. Èlia lloraba sentada en la silla de al lado de la cama. Tenía en las manos un cuchillo como el que había matado a Sara. Tenía que ser el mismo. Lo había cogido de mi casa.

—¿Qué hago con esto? —me preguntó, con la cara empapada.

¿Qué quería qué le contestara? ¿Tíralo, Èlia, claro, vamos a tirarlo?

—¿Por qué lo tenías todavía? —dijo.

Por lo mismo que tengo el pie, el brazo o la cabeza. No puedes eliminarte a ti mismo. Ni puedes ni quieres.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Es un cuchillo.

—Eres un peligro público. Estoy a punto de gritar. Quiero abrir la ventana y ponerme a gritar. No me veo capaz ni de llegar a la puerta. No me he movido por miedo

a despertarte. Estoy muy asustada, Albert Jordi, estoy paralizada, mírame las manos, tiemblo. ¿Por qué me lo dijiste? ¿Por qué me contaste lo que habías hecho? ¿Querías prepararme? ¿Quieres hacerme lo mismo que a ella? ¿También la avisaste? ¿También hubo otra antes? Estoy muy asustada, no dejo de temblar, no sé nada, no entiendo nada, yo no soy nada, aquí, me he despertado y lo he visto claro, me siento muerta, en tu mundo estoy muerta, ahora lo entiendo, no tengo ninguna posibilidad de sobrevivir y no sé qué hacer, tengo miedo, deja que me vaya, por favor, me he equivocado, no volverás a saber nada de mí, como si no hubiera existido...

Me dejé caer en la cama para que no me viera peligroso, me relajé, bajé la mirada, negué con la cabeza y le pedí perdón. Estaba tan tensa que podía saltar sobre la cama y rebanarme el pescuezo. El cuchillo era grande y estaba afilado, un cuchillo de sierra, una venganza impecable, diente por diente, Sara sirviéndose del brazo de Èlia. Podía tener esa idea, hacer justicia y protegerse. Quizás antes ya había querido matarme. Quizás lo había pensado hacía unos meses, se le había ocurrido. Quizás había estado a punto de aprovechar que yo estaba durmiendo. O quizás quería pillarme despierto. Aunque no sea por venganza, sino por justicia o por defenderse, ¿quién no quiere matar a alguien? Pensarlo no está penado, tampoco fantasear. Por eso fui cauto y cerré los ojos y esperé a ver qué hacía. La oía llorar. Al cabo de un rato, dije en voz baja, con mucha dulzura:

—Si quieres me levanto, me visto, me voy hacia la puerta despacito y no vuelves a verme nunca más. Nunca más en la vida. Como si no nos hubiéramos conocido.

—¿Y cómo quieres que no lo quiera? ¿De verdad te puedes creer que podría no quererlo? Nunca he querido nada con tanta fuerza. Muy bien. Sí. Vete, por favor. Pero despacito, y no te me acerques porque te clavo el cuchillo. Vete ahora mismo, despacito pero ahora mismo, sin decir nada, y ni te me acerques, ni me mires porque te lo clavo en el cuello, ¿vale? Te lo clavo en el cuello. Vete ahora mismo, con calma y sin darte la vuelta, y no aparezcas más por aquí, vete, por favor, ahora mismo.

¿Cómo podía tener el cuchillo? Tenía que haber rebuscado por los cajones de mi casa. Se lo había encontrado guardado, había sacado conclusiones... Era muy tentador levantarse y desaparecer con la misma ligereza con la que había entrado en su piso. Volver a huir, dar un portazo.

—Tengo que vestirme —dije.

—Vístete sin hablar.

También era tentador quedarse. Ella no podía ni aguantar el cuchillo, no tenía mi experiencia. Cuesta creerse que alguien vaya a matarte. La muerte no existe. Cuesta creer en la muerte. ¿Cómo puedes pensar que alguien vaya a provocártela? No está en manos de nadie. Un cuchillo, una pistola, un trozo de cristal, una botella de lejía o una piedra parece que te provoquen como un niño pequeño que quisiera ganarte a puñetazo limpio. Tienes un escudo de incredulidad delante de un cuchillo o una pistola, la misma incredulidad que sientes cuando eres tú el que tiene ese cuchillo o esa pistola en la mano. Tu muerte y la de los demás son más de la otra vida que de esta. Empieza aquí, pero se acaba allí, en el mundo que no existe. Empieza aquí y no se acaba.

Ya estaba vestido y ella seguía llorando. Me calcé. Quizás no volvería a verla nunca más. Su llanto me indignaba. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué me había hecho ir a su casa? La

había acompañado a ver la tumba de Sara, ¿qué más quería? ¿Qué había pasado mientras dormíamos? ¿Por qué hasta ese momento no me había hablado del cuchillo? ¿Por qué lo tenía? Era mío.

—Ese cuchillo... —empecé.

No había nada que decir, no se podía decir nada. Todo era intranscendente. Podía deshacerme de Èlia de un manotazo. Nunca la había visto así, como una mujer seca, nada voluptuosa, envejecida, llorica, victimista, aprovechada. Me había tomado el pelo, me había utilizado, y yo convencido de que era yo el que se servía de ella, y yo agradeciéndole que hubiera estado pendiente de mí... Y allí la tenía, llorando sin saber qué hacer, intentando decidirse a echárseme encima y degollarme.

No le resultaría nada fácil, pero, si lo conseguía, con mis antecedentes no debía preocuparse por el juicio. Me habría matado en legítima defensa. Mientras me desangrara ya no sería ella la que reencarnase a Sara, sino que me reencarnaría a mí todavía no muerto, y yo me pondría en la piel de Sara.

—He hecho todo lo que he podido por ti —dijo—. Por creerte, por confiar en ti. Me llevé este cuchillo para obligarme a creer que todo esto era posible. Para defenderme. Por eso me lo llevé. Y me fui a Riudellots. Y allí me enteré... Es que no puedo hablar, porque cuando lo diga ya se habrá acabado todo. Mira el cuchillo. ¿Qué pasó con aquel negro en el volcán?

—¿Qué negro?

Que se agobiara por lo que le había pasado a Sara lo entendía, pero ¿y a un negro desconocido? ¿En Riudellots? ¿La noche de la Crosa, el negro que había saltado al vacío?

—Me entiendes, ¿no?

Le enseñé la palma de las manos, despacito, y sonreí. Ella levantó el cuchillo mojado de lágrimas.

—Me voy —dije.

—Espera.

Las lágrimas se deslizaban sobre la sangre de Sara. Si hubieran sido de lástima habría ido a lamerlas, me habría cortado la lengua, se habría acabado la confesión. Pero eran lágrimas de pánico. No podía acercarme sin peligro y la puerta estaba cerrada. No podía correr a abrirla sin arriesgarme a que se me echara encima y me rebanara el pescuezo. Rebanar un pescuezo es muy fácil. Se abre solo. Como una carta. Me levanté despacito.

Al final, lo dijo:

—Quiero que me prometas que nunca más sabré nada de ti.

La reté:

—Denúnciame. Invéntatelo. Tendrás una orden de alejamiento en un abrir y cerrar de ojos.

Se lo tomó como la amenaza que era. Cortó el llanto y no se movió.

Fui acercándome a la puerta despacito. Me hacía gracia a mí mismo, como un domador que, al salir de la jaula porque el león se pone peligro, piensa: Ya volveré para ajustar cuentas. Cogí el pomo. Me volví y la miré. Ya estaba. Podía huir. No tenía más que salir y cerrar la puerta a mi espalda. Allí ya no podría alcanzarme con el cuchillo.

—Lástima —dije, y salí de la habitación.

Cerré la puerta a mi espalda. Crucé el comedor. Crucé el pasillo. Cuando llegué al recibidor, me la imaginé todavía en la butaca, aguzando el oído, esperando a oír la puerta del rellano. La abrí, pero no me fui. Volví a cerrarla desde el recibidor.

Todo era silencio. Los dos aguzábamos el oído. Seguramente ya se había levantado para comprobar por la ventana que estuviera en la calle. Estaba preocupada. ¿Me había ido o no? He oído la puerta del rellano, pero no sale. ¿Estará en la escalera? ¿Habrá salido? ¿Qué hago? Tengo el cuchillo. ¿Por qué no sale a la calle? ¿Seguirá en casa? ¿Le ha dado tiempo de llegar a la cocina? ¿Qué hago? ¿Me voy a esperarlo detrás de la puerta? ¿Me quedo a mirar si sale del edificio? ¿Qué hago?

La tenía atrapada como una mosca sin alas. Me fui hacia la cocina. Abrí el cajón de los cuchillos y cogí el más grande.

Le quedaba una oportunidad, que era una apuesta. Gritar por la ventana, llamar a la policía con el móvil.

—¿Albert Jordi?

No quería creerse que siguiera en el piso. Por eso no gritaba. No quería creérselo. No contesté.

—Albert Jordi, ¿estás aquí?

Sin hacer ruido, cogí una silla del comedor, me la llevé hasta la puerta y me senté a esperar, con el cuchillo en el regazo. ¿Estaría tecleando con el móvil? En silencio, volví al comedor. Tenía el móvil allá, cargándose. ¿Estaría haciendo señales con las sábanas por la ventana? ¿Estaría haciendo gestos a la gente de la calle porque no se atrevía a gritar, porque si gritaba yo entraría en el dormitorio? ¿No quería creérselo y seguía sin hacer nada? ¿O estaba esperando para decidirse a abrir la puerta?

—Albert Jordi, ¿estás aquí?

—Estoy aquí.

—¿Qué haces?

—Me he sentado detrás de la puerta.

Pero en realidad sabía perfectamente qué hacía. Estaba esperando, ni más ni menos que como esperé con Sara, en la habitación de al lado. Era muy parecido. Para mí ya se desangraba. Un segundo asesinato, quién me lo iba a decir. Volver a clavar el cuchillo en mi herida moral, mi libertad, mi individualidad, todo mi ser completo, cómo me había faltado esos años, qué desorientado había vivido, la misma desorientación de antes de matar a Sara, diez años de desorientación, toda una vida, por eso habría tardado un año en decírselo, por eso aquellos días de huida, de intentar huir de mí mismo.

Todos queremos llegar a nuestros límites, todos tenemos que explorar nuestro valor, aunque no queramos. ¿Sería muy distinta esa segunda vez? La primera no había sido fácil y esa tampoco lo sería.

Èlia tenía mi cuchillo y yo tenía uno suyo. Tenía que acercarme sin que me hiriera. Hacía media hora que estábamos uno a cada lado de la puerta. Si se acercaba a la ventana para gritar, yo entraría de golpe. Podría defenderse, pero yo tenía más fuerza. Las mujeres saben la fuerza de los hombres. No luchan mucho, nos dejan a nuestro aire. Si antes apenas había podido sostener el cuchillo...

—Èlia —dije—. Quiero entrar.

—¿Para qué?

Tenía ganas de reír.

—¿No te parece una aventura? —pregunté—. Nunca te habías encontrado con una historia así. Todo lo que me has contado de tu padre, ¿ahora no lo entiendes mejor? Lo que compartes con él.

—No sé qué quieres, Albert Jordi, no entiendo qué te pasa. No eres tú.

—Yo creo que me entiendes a la perfección. Estás con el cuchillo en la mano por si entro. Y además sabes qué tengo yo. Sabes exactamente qué cuchillo tengo, lo compraste tú misma. El tuyo y el mío son bastante parecidos. ¿Qué hacemos? ¿Abro y a ver quién gana? ¿No te parece que, pase lo que pase, todo habrá valido la pena? ¿Es comparable con una compraventa en la inmobiliaria? Ni de lejos, ¿eh? Y tan larga, además. ¿Cuánto hace que nos conocemos? Un año, ¿no? ¿Cuánto hace que te has despertado? ¿Cuánto hacía que me mirabas sentada al lado de la cama? Si hubieras sido más valiente... Enseguida se hará de noche. Si te separas de la puerta, entraré. ¿Estás de pie o sentada en la cama? Ya no te oigo llorar. Te explicaría por qué la maté o por qué quiero matarte, pero ¿para qué? No lo entenderías. No se puede comunicar, es demasiado esencial, de hecho no pasa hasta que pasa, es tan potente que solo existe en sí mismo, no se puede explicar. Es como si no pasara. Intenta explicar una luz, no se puede, porque los ojos no hablan. Pues no son los ojos, soy todo yo el que tendría que hablar, las manos, los brazos, todo yo entero. Podrías tener la versión de Sara, pero no está aquí... Ya lo has visto. No puede hablar. Yo creo que me entiendes, si confías en mí. Hemos estado juntos un año, he esperado todo un año a que estuvieras preparada. No te gusta, lo entiendo. Tú querrías que lo dejásemos, tú no querrías tener que matarme, tú no le harías daño a nadie, lo entiendo, eh, la sangre no te interesa, te interesan el cine, las amigas, vender pisos, amar... Hipócrita. A todo el mundo le interesa, matar. O algún sucedáneo. Todo el mundo querría estar entero y de una pieza como yo. ¿Por qué te crees que he aguantado un año contigo? Claro que me preguntaba si podría llegar más allá. ¿Por qué no te lo conté al cabo de dos meses o al cabo de dos días? Igual que aguanté diez años con Sara... Estaba dejando madurar la relación, dejándome madurar a mí mismo, era la preparación, el tiempo para aclararme yo mismo, ahora lo veo claro... Es mi sacrificio, ¿me entiendes? Igual que para ti sería un sacrificio matarme, o herirme, no sé qué prefieres, pero da lo mismo, no lo harás de buena gana, si lo haces.

—¿Quieres que lo hablemos? Abrimos otra botella de vino... Tratas de explicármelo. Ya sabes que te escucho.

—Muy bien. Dejas el cuchillo encima de la cama. Abres la puerta despacio, con las manos bien a la vista para que yo las vea.

Se quedó muda. Miré el reloj. Me relajé y me di dos horas. Puse el cronómetro. A ella se le harían más largas, infinitamente más largas, estaba tensa, seguro que seguía llorando en silencio y temblando, al cabo de dos horas estaría tan cansada que no podría ni levantar el cuchillo.

El cronómetro marcó las dos horas. Me levanté y abrí la puerta de repente. Estaba acurrucada en la cama, con el cuchillo en una mano. La otra la tenía sobre la cara

empapada.

Me acerqué despacito, no soy un salvaje como esos dos desgraciados. Le di la oportunidad de defenderse. He leído sobre psicópatas, les gusta sentirse superiores, les gusta violar a las mujeres, a las niñas, son racistas, narcisistas, inmorales, están enfermos. Yo sufro por mí y me habría gustado que Èlia se defendiera, que saltara de la cama hacia la ventana para gritar. Me daba pena que estuviera de acuerdo. Ya me había pasado con Sara. No quiero pensar que el mundo sea como yo. Me entristece mucho. Si todo el mundo es como yo, si todo el mundo es yo, quiere decir que estoy solo. La agarré del pelo, con la cabeza contra la almohada, y todo se llenó de sangre. La tuve agarrada hasta que no le quedó fuerza. La acompañé un rato y luego hice lo mismo que diez años antes, salí de la habitación, cerré la puerta y me senté otra vez en la silla a esperar que se acabara todo.

12

El lunes por la tarde, televisiones y radios cortaron la programación para informar de que la policía había encontrado y matado al terrorista.

Se fue sabiendo lo que había pasado. Después de bajar por la Rambla atropellando y matando, la furgoneta quedó encallada por los propios cuerpos de las víctimas. El terrorista tuvo que abandonarla y huir a pie entre la gente. Había tanta conmoción que pudo escapar sin problemas. Toda Barcelona estaba en estado de shock. El terrorista llegó andando al Camp Nou. Allí, en un aparcamiento, apuñaló a un chico, le cogió las llaves de un Ford Focus, cargó al muerto en el coche y condujo hacia la salida de Barcelona. Se saltó un control policial, atropelló a dos policías y huyó mientras le disparaban por la espalda. Acabó abandonando el Ford Focus al cabo de unos kilómetros, en el aparcamiento de un supermercado. La policía se lo encontró luego, con el chico de treinta años muerto dentro, todavía con el cuchillo clavado.

Los siguientes días, las televisiones y las radios no dejaron de hablar del terrorista. La policía hizo circular fotografías. Había miedo a más atentados. ¿Cómo podía esconderse sin ayuda? La policía recibió muchas llamadas de gente que creía haber visto al terrorista, pero no tuvieron más noticias suyas hasta al cabo de cuatro días más. El lunes, una mujer avisó de que había descubierto a un chico como el de las fotos rondando por unas viñas.

Lo encontraron escondido en un campo, detrás de una gasolinera. Un momento antes había intentado robar otro coche con la conductora dentro. Según las noticias, cuando el terrorista vio a los policías echó a correr hacia ellos gritando «¡Alá es grande! ¡Alá es grande!», y se levantó la camisa para enseñar que llevaba un cinturón de explosivos. Era igual de falso que los de sus compañeros muertos en Cambrils.

Había una fotografía del terrorista muerto. No salió en los periódicos, pero enseguida corrió por internet. Yo la recibí por el grupo de WhatsApp de mis amigas. La había reenviado Clara. Al cabo de unos minutos, ella misma la borró del chat, pero me dio tiempo de verla. La foto encuadraba hasta la mitad del pecho de Younes, el terrorista. El cinturón de explosivos falso, si lo llevaba, quedaba fuera. El cadáver aún estaba caliente. Younes, de veintidós años, yacía muerto de cara al cielo sobre un cojín de agujas de pino. Tenía agujas secas pegadas a la oreja y la mejilla, como si hubiera caído boca abajo y le hubieran dado la vuelta para verle la cara o hacerle la foto. Tenía una herida en el mentón, un rasguño de la caída, con sangre en los cuatro pelillos de la barbita musulmana. Llevaba la camisa abierta, con el pecho al descubierto y una camiseta imperio. Los moros jóvenes son los únicos que en verano siguen llevando la camiseta imperio debajo de la camisa. Son los únicos que van con esas camisas grises de cuadros pequeños de señor mayor. El cuello de la camisa tenía un agujero de bala que

debía de corresponder al agujero que se le veía en la clavícula. ¿Quién habría hecho la foto? ¿Por qué la había distribuido? Había mucha rabia, en aquellos días, había miedo y todo el mundo quería ver a la bestia muerta. Younes tenía un ojo muy abierto y el otro medio cerrado, parecía que lo estuviera guiñando. El ojo abierto tenía la ceja muy levantada y brillaba tanto que, seguramente, al ampliar la imagen habría podido verse reflejada la persona que lo estaba retratando. Era la fotografía de la muerte. Younes con la cara entumecida, hinchada y embadurnada de sangre. Le salía sangre de la nariz, negra y roja, como un bigote y un antifaz de sangre debajo de los ojos, una gran mariposa estampada en la cara. Tenía los labios hinchados y desfigurados, todavía con el erotismo de sus veintidós años. Los dientes, en medio, eran fuertes, a punto de comerse el mundo. ¡Si por ellos hubiera sido! El pelo era negro y grueso, bien cortado. No parecía la foto de un asesino muerto de hambre y de miedo después de cuatro días de huida, sino la foto de un chico que está de vacaciones y viene de bañarse en la piscina, que ha saltado del trampolín, ha hecho una pirueta en el aire y ha salido del agua sonriendo para que lo miren unas chicas en bikini. Tiene unos ojos bonitos, uno hinchado y abierto y brillante, el otro entrecerrado, solo una rendija. Un reguero de sangre aún no seca del todo le sube por un lado de la nariz. La sangre forma un charco debajo del ojo abierto, como si se lo hubiera maquillado. El reguero sigue por el contorno del ojo, le cruza el puente de la nariz y va a morir en la ceja del ojo entrecerrado. Al ver la foto, no me entraron ganas de pensar en los familiares de los muertos ni en los amigos del chico apuñalado y abandonado en el Ford Focus, ni en la absurdidad de todo aquello, solo en el atractivo de aquella cara cubierta de sangre.

La tarde misma del atentado recibí un mensaje de Clara en el móvil: «¿Todo bien?». Era la pregunta que se mandaba todo el mundo aquel día, el mismo miedo circulaba de unos teléfonos a otros.

«Todo bien. ¡Gracias! ¿Y tú? ¿Cómo estáis? ¿Y Ruth? ¿Y Iolanda?»

Al cabo de unas horas habían vuelto a meterme en el grupo de WhatsApp. En ese chat fue donde el lunes vi la foto del terrorista muerto.

Volvíamos a ser las mismas de siempre. Las cuatro patas de la mesa. Me recibieron sin preguntas sobre mi desaparición. No hubo reproches encubiertos. Nos conocíamos de cuando teníamos treinta años, entonces la pandilla era de unas ocho o diez amigas, antiguas compañeras de estudios y chicas recogidas por el camino. El tiempo fue pasando factura hasta que solo quedamos nosotras, las cuatro sin pareja. No entendía cómo me había permitido abandonar el grupo. Pues claro que me habían ido mal las cosas. ¿Por qué me había separado de ellas?

Me animaron a quedar con ellas en cuanto se enteraron de que volvía a estar sola. Otra vez las cuatro, la secta, el matrimonio doble. Esa vez era yo la que había envejecido. Estaban morenas, tenían buena cara después de las vacaciones, habían viajado, tenían ganas de volver a verse, de empezar a trabajar y celebrar que se acababa el verano, había ilusión por el momento político que vivíamos y mi reincorporación restablecía y reafirmaba la solidez del grupo. El día que quedamos volví a casa bebida. Me tumbé en la cama y me puse a llorar de agradecimiento.

A estas alturas todavía no saben qué me pasó el año largo en que desaparecí ni por

qué, de repente, volví. Claro que se lo imaginan, y no deben de imaginarse poco, porque no preguntan. Ese silencio cuando estoy con ellas me separa de lo que viví y me protege. Vamos haciéndonos viejas y seguimos viéndonos como antes, ya se puede decir que llevamos más de media vida haciéndonos compañía.

La recuperación de mis amigas estuvo ligada desde el primer mensaje al momento histórico que se vivía en Cataluña, a los días que llevaron a la calle el clímax de su despertar nacional. Fueras independentista o unionista, aquellos meses juntaron a la gente, salieron a la luz motivos profundos para estar juntos, se destaparon y airearon subterfugios, se esfumaron inhibiciones y disimulos. En los meses siguientes todo el mundo vivió en primera persona la política: quiénes éramos, de dónde veníamos y adónde íbamos. Todo el mundo tuvo que decidir de qué bando estaba. Quizás no todo el mundo llegó a conclusiones definitivas, pero al menos tuvo que darle vueltas. Nos sentimos vinculados a la historia, como pasa en los momentos convulsos. Hubo manifestaciones y nuevas angustias en nuestra vida, y, al cabo de unos meses, una época de represión que nos juntó aún más, como pasa en las familias en los tiempos difíciles. En la inmobiliaria, el trabajo cayó en picado, las compraventas se pararon, los clientes estaban a la expectativa. Durante unos meses, el horario de oficina se hizo largo y aburrido. Lo compensaba con las noticias de la radio, que teníamos encendida a todas horas, y las llamadas y los chats con las amigas. Albert Jordi era un fantasma, una presencia cada vez más escondida detrás de las montañas.

No sé cómo habría salido adelante sin mis amigas. Se me notaban tanto el cansancio y las pocas horas de sueño, el desasosiego y la obsesión por lo que acababa de vivir, que un día, por teléfono, Clara me dijo que me veía cambiada, cansada y delgada. Que había esperado unas semanas para decírmelo, pero que me veía agobiada, que me pasaba algo, que la preocupaba y que tenía que reaccionar, y acabó aconsejándome un psiquiatra.

—Estamos nerviosas por la política, nos pasa a todas —dijo—. Es un señor mayor, amigo de la familia, una visita no te hará ningún daño.

Nunca había ido a un psiquiatra. Tampoco le di más importancia, lo hice más por ella que por mí. No tenía ningunas ganas de hablar de Albert Jordi. Si yo no lo entendía, ¿cómo iba a entenderlo un desconocido, por mucho que hubiera estudiado?

Debía de tener más de setenta años y estaba sentado detrás de una mesa con un teclado y una pantalla minimalista y un montón de retratos enmarcados de su familia, mujer, hijos y nietos, expuestos delante de los clientes como anuncios de los testigos de Jehová. Tenía diplomas viejos colgados de la pared y mientras yo hablaba tomaba notas en un folio blanco. Le conté los nervios y los problemas para dormir que tenía, lo de la fotografía del terrorista, los porrazos a los votantes el día del referéndum que se había celebrado pocas semanas antes, le conté el incidente que había tenido a mediados de agosto con un cliente ruso, incluso le conté la muerte de mi padre.

—De momento voy a recetarte unos tranquilizantes y si sigues viniendo podemos hacer un seguimiento y situarte. Has vivido una experiencia traumática, pero puede que no sea una sola, sino algo repartido que no podemos identificar. Tendremos que ir viéndolo.

Yo ya sabía que los tiros no iban por ahí, pero seguí visitándole una vez al mes. Las

pastillas me iban muy bien para dormir y las opiniones sobre mi persona de aquel señor mayor y un poco presuntuoso me parecían interesantes. Está bien saber cómo te ve «la ciencia». Me hablaba despacio, quizás para infundir calma, quizás porque era mayor o quizás para hacer tiempo. ¿Qué podía saber? Tenía una gran experiencia psiquiátrica, pero no era adivino. Era yo la que lo estudiaba a él. Se convirtió en una rutina, iba a ver a aquel hombre una vez al mes como si visitara a mi padre. Pensaba: Por cada impresión que sacas de mí, yo te saco cuatro. Hablábamos del día a día y de política, me dejaba preguntar y yo jugaba a provocar sus preguntas. Los últimos diez minutos lo escuchaba como si fuera un vendedor de pisos que quisiera colocarme un edificio de obra nueva. Se lo inventaba todo, como si tratara de pescar en un mar oscuro y estéril.

Eran los días difíciles del otoño catalán de 2017. En la manifestación contra el atentado de la Rambla, al rey de España lo abuchearon. Las sospechas que levantó el atentado cuando se supo que el hombre que estaba detrás de todo era confidente de la policía española quedaron en poca cosa con lo que vino después. La historia se aceleró y nos arrastró a todos. Nos enfrentamos a los miedos y nos implicamos cívicamente. Los grupos de WhatsApp echaban humo, incluido el nuestro. Hubo más manifestaciones. Después de agosto, la policía española estaba por todas partes, entraba y salía de los edificios oficiales catalanes para registrarlos, entraba en imprentas y almacenes privados en busca de papeletas electorales y urnas, registraba coches... Salimos a la calle a defender al gobierno catalán y por fin llegó el día de un referéndum de autodeterminación que el Estado no quería y trataba de impedir. Hasta que aparecieron las urnas, nadie tuvo la seguridad de que podría celebrarse. Con la magia de una organización secreta se consiguió sacarlo adelante, despistando a la policía española, introduciendo las urnas para votar por Francia y distribuyéndolas por toda Cataluña. Burlaron a la policía y sus servicios de seguridad, que no fueron capaces de interceptarlas. El mismo día del referéndum, cuando ya era demasiado tarde, lo que parecía imposible ya estaba pasando y la gente votaba en escuelas y ayuntamientos, el Estado mandó pelotones policiales a los colegios electorales con porras, gases y fusiles de balas de goma. Empezó entonces la represión furiosa contra el independentismo, apalearon a los votantes, encarcelaron a activistas y políticos, obligaron a disolver el Parlamento, convocaron elecciones y, después, impidieron la investidura del candidato con más apoyos, que había tenido que exiliarse con otros miembros del gobierno destituido.

Mis amigas y yo nos involucramos en la resistencia, como hicieron en mayor o menor medida la mayor parte de mis conocidos. No era ninguna broma, el Estado podía cogerte y mandarte a Madrid acusado de terrorismo, como pasó con algún activista. En esa incertidumbre había intención, y aun así participábamos en las protestas, fuimos a mil manifestaciones, seguimos con inquietud las concentraciones silenciosas y los cortes de carretera, nos pusimos lazos amarillos en la ropa para pedir la liberación de unos presos a los que ni siquiera habían juzgado, colgamos carteles. Antes del referéndum ibas a las manis como a una celebración, ahora ibas como último recurso. Mis amigas y yo nos sentimos más unidas que nunca, igual que las familias. De repente, la historia heredada se encarnaba en nosotros, con sus derrotas, sus exilios, su represión, en

nosotros, que no salíamos en los libros, la parte enterrada de nuestra catalanidad que antes ni conocíamos.

En una de esas manifestaciones, en Barcelona, fue cuando volví a ver a Teresa. Yo iba con Clara y Ruth, y disimulé y después me inventé una historia para explicar quién era esa desconocida. Ni se me habría ocurrido, a esas alturas, hablar de Albert Jordi. Sabían que volvía a estar sin pareja, pero seguían sin preguntar, y ese respeto era como un dique de contención que me separaba de él. Nunca lo han sabido, pero nada me unía tanto a ellas como aquel silencio compartido.

No había vuelto a saber nada de Teresa, que había acabado en la despensa del pasado compartido con Albert Jordi. Entre los manifestantes con banderas independentistas, la identifiqué por la avioneta que llevaba tatuada en la nuca. ¿De dónde la tienes vista...?, pensé. Era ella. En ese momento la manifestación pasaba por debajo del monumento a Colón. Teresa iba con su bandera independentista, entre un grupito de gente de Girona, sus paisanos. Le toqué la espala e hice que se diera la vuelta.

—¡Èlia! —dijo, pero nos quedamos mudas.

Hasta pasados unos segundos no pude abrir la boca.

—No he sabido nada de él —dije.

—Mejor —contestó, sonriente, como si lleváramos media hora de conversación—. Yo tampoco. Vine un día a Barcelona a buscarlo, si te digo la verdad. Tenía su dirección en la ficha del hotel. Quería estar segura de que no tenía nada que ver con lo del negro muerto. Es absurdo: ¡si hubiera pensado que estaba implicado, no habría ido a verlo a su casa! No sé por qué lo hice. Quería ayudarlo. Me preocupaba. Vine y no lo encontré. Me volví a Riudellots. Mejor. Ya había cumplido.

La manifestación seguía adelante y no quería perder a mis amigas. Intercambiamos los teléfonos y quedamos en que iría a verla un día a Riudellots. Dijo que me invitaba a dar una vuelta en avioneta. No me pareció mala idea. A veces a mis amigas y a mí nos costaba decidir adónde ir, y quizás sería un buen sitio que visitar juntas otro día. La verdad es que cuando había ido a buscar a Albert Jordi no había visto gran cosa.

—¡Gracias! —grité, ya separándome de ella—. ¡Nunca he volado en avioneta!

Había otra cosa. Tenía una deuda con aquel lugar. Quería pasear por allí como por una tierra reconquistada, hacer el exorcismo de Albert Jordi, y mejor aún desde el cielo, separarme de él. El psiquiatra todavía no me había descubierto las ganas que tenía de volver a verlo.

Lo sacó a relucir al cabo de cinco visitas. En cuanto me senté delante de él, se echó hacia delante en la silla, pasó la cabeza entre los marcos de fotografías familiares y me dijo:

—¿Por qué vienes a verme?

Yo diría que llevaba meses preparándome. Había dejado que me acercara como se hace con un animal, para que cogiera confianza, hasta que, cuando me tuvo lo bastante cerca, me preguntó directamente qué hacía allí.

—Ya no tienes problemas de sueño, llevas una vida estable y sin preocupaciones, vas al gimnasio, has engordado, te veo buena cara, el negocio te va bien, tienes vida social... Tu visita es como un oasis, comparada con lo que veo a diario. Mantenemos

conversaciones interesantes, pero no sé qué haces aquí todavía.

Me eché hacia atrás y empecé a hablar. Las palabras me salían solas. Se lo conté todo. Fue tan fácil... Podía hablar de Albert Jordi y eso quería decir que lo controlaba. Le resumí el año que había pasado con él y me concentré en las tres semanas de agosto posteriores a su confesión. No me interrumpió en ningún momento. Ese día no apuntó nada. Como si lo hubiera calculado, acabé justo una hora después, lo que duraban las visitas.

—Gracias, Èlia —me dijo, con una sonrisa, como si hubiera estado compartiendo conmigo el peso que acababa de quitarme de encima—. Me parece que más o menos hemos delimitado un problema. Hasta aquí estábamos conociéndonos. Déjame pensar. Ya no tengo la memoria de un jovencito.

Nos quedamos en silencio los dos. Parecía que estuviéramos solos en todo el edificio. Era al atardecer, pero no se oían ni los coches de abajo. Pensé en el paciente de la siguiente visita. Era un médico respetuoso con los horarios, no te hacía esperar nunca, así que no solía encontrarme a nadie en la sala de espera. Antes de que la secretaria me avisara para entrar, veía salir al paciente de la visita anterior, lo oía despedirse del médico y me preguntaba qué laberintos interiores lo habrían llevado hasta allí. Me entraban ganas de preguntar por esa gente, algunos tenían muy mala cara, pero era una fantasía que no podía permitirme con un señor mayor que, además, de una forma u otra, iba a juzgarme. Su estrategia había sido tratarme hasta que su juicio no me diera miedo. Que no me hubiera interrumpido mientras hablaba también formaba parte de este juicio, lo mismo que el silencio largo de aquel momento. No era un hombre que malgastara las palabras.

—Parece que quieras disculparlo —dijo, al final—. Espera un segundo.

Se volvió hacia la pantalla y tecleó un momento. Era la primera vez que utilizaba el ordenador delante de mí. Levantó la vista y la impresora que tenía en otra mesa expulsó un papel. Se levantó y me lo dio. Eran unos versos.

—Me gustaría que leyeras una cosa. Yo aprovecho para ir un momento al baño.

Nunca me había hablado de poesía. Los libros que tenía en los estantes de la consulta eran de temas psiquiátricos, volúmenes técnicos sobre medicamentos, me había parecido. No me hizo gracia que de repente me saliera con un poema, acababa de contarle que Albert Jordi se dedicaba a los libros. Me dio el papel y salió. Dejó la puerta entreabierta y oí que se disculpaba con un paciente de la sala de espera y le decía que enseguida lo haría pasar.

La mente que medita en las angustias
de un crimen se parece
al escorpión a quien circunda el fuego,
cuyo anillo, inflamándose, decrece.
Cautivo entre las llamas
y por dolores mil atormentado,
lo enloquece la ira
y un solo alivio a su tormento mira,
el ponzoñoso dardo que guardaba
para sus enemigos, y que nunca

dio en vano su veneno. Él da un instante
de dolor, y liberta
para siempre de todos los dolores.
Y al fin, desesperado,
lo clava en su cabeza.
Así mueren aquellos de alma oscura,
o viven a manera de escorpiones
circundados de fuego:
tal se agita y tortura
de su remordimiento presa el alma
a quien rechaza el mundo;
y a quien del cielo aleja su destino:
¡tinieblas en la altura,
la desesperación abajo de ellas,
fuego al redor, y por adentro muerte!

—¿Qué te ha parecido? —dijo al volver—. Es Byron, tiene un par de siglos.

—Optimista.

—Romántico. Correcto. Antes de irte, me gustaría que me hablaras de la última noche que lo viste. Dejaste que fuera a tu casa. ¿Por qué?

—Me lo pidió por teléfono y no supe decirle que no. Pensé que sería peor que se presentase un día sin avisar. Tomé precauciones y estuve a punto de dejarlo entrar en casa, pero al final no fui capaz.

—Por suerte.

—Eso no puedo saberlo. Me faltó valor.

—Para no dejarlo entrar también hace falta. Cuéntame lo que pasó.

—Ya te lo he dicho. Le abrí abajo, pero cuando lo tuve en el rellano no le abrí la puerta.

—¿Cómo reaccionó?

—No se lo creía. Hablé con él a través de la puerta. Le pregunté qué había pasado en Riudellots. No contestó. Me dijo: Èlia... Entonces contesté: Vete. No te voy a abrir. Ya puedes largarte, porque no te voy a dejar entrar. Pero insistió. Me lo pidió por favor, por favor, y le dije que otro día le dejaría pasar, que no me encontraba muy bien. Después ya no dije nada más. Me preguntaba y yo no contestaba. Empezó a llamar a la puerta flojito, pero sin parar. Flojito para que los vecinos no lo oyeran. También intentó forzarla. Entonces le dije que si no se iba llamaría a la policía. Volvió a decir que por favor e intentó abrir otra vez, pero con toda su fuerza y por lo tanto haciendo ruido, aunque enseguida paró, pegó una patada a la puerta y dijo que muy bien, que ganaba yo, pero que ganaba por ese día, y se marchó. Lo oí gritar en el ascensor, salí a la ventana para ver cómo se iba, pero ¿sabes qué hizo? Delante de casa hay un pub. Cruzó la calle y entró. Y al cabo de media hora, como ya me había imaginado, volvió a llamarme por teléfono. Me dijo que me invitaba a un whisky, lo que tomábamos siempre, que bajara, por favor, que bajara porque quería ver que estaba bien, que no me pasaba nada, imagínate. Iba borracho. Bloqueé su número en el móvil para que no pudiera molestarme más, pero esperé despierta a que cerraran el pub, porque tenía miedo de cuando saliera. No sé si

volvió a llamar. Lo vi salir del pub haciendo eses, debió de ir a buscar un taxi. Me dio mucha pena, de verdad, pero soy demasiado cobarde. Por suerte, tengo una inmobiliaria, para mí cambiar de piso no sería nada del otro jueves.

—Muy bien, Èlia. Me parece que por hoy ya hemos trabajado bastante. No voy a preguntarte si has tenido tentaciones de llamarlo, pero vamos a hacer una cosa. Te doy mi teléfono privado. Si alguna vez, por lo que sea, porque te lo encuentras por casualidad, porque tienes un mal día o porque tienes uno muy bueno, si alguna vez, cuando sea, se te pasa por la cabeza llamarlo o ponerte en contacto con él por cualquier sistema, a la hora que sea, quiero que me prometas que primero me llamarás a mí. Asentí y saqué el móvil para guardar el número, pero vi que me lo apuntaba en el folio del poema.

—Llévate este papel —dijo—. No habla de él, sino de ti.

Lo cogí y nos dimos la mano.

—Me parece que no voy a volver —le dije.

—Me parece una buena idea.

En el ascensor, me apunté su número en el móvil y después, en la calle, tiré el folio a la primera papelera que encontré.

Tenía ganas de volver a ver a Teresa, pero se me adelantó ella. A principios de mayo me llamó para invitarme a acompañarla a una exhibición de vuelo en Tarragona. Podía recogerme de camino. Como tú no vienes..., me dijo. Pasó por casa e hicimos las dos horas de autopista para ir a ver los aviones. La política seguía en primera línea, la represión del Estado contra el catalanismo no tenía fondo y nos pasamos el viaje hablando de eso, quizás para evitar hablar de Albert Jordi, que era, en realidad, la persona que nos unía.

Era sábado por la tarde y Tarragona estaba colapsada. Nos costó aparcar. La exhibición se hacía en el mar y al final encontramos un rincón en un mirador que llaman el Balcón del Mediterráneo.

El espectáculo empezó con un desfile de avionetas acrobáticas, pequeñas como la de Teresa, coordinadas con música. Impresionaba ver los restos romanos de Tarragona debajo de unas acrobacias aéreas. El circo romano amplificaba el ruido de los aviones como un altavoz de piedra. Después hubo una exhibición de paracaidismo. Los paracaídas llevaban pintada una gran bandera española. Parecía una invasión militar y no creo que fuera paranoia, sino lo que el Estado buscaba entonces, meternos miedo. En los meses previos al referéndum, el ejército había hecho maniobras por Cataluña como una amenaza. Nos hacían la guerra psicológica. Después del referéndum, la policía colgó un par de helicópteros en el cielo de Barcelona que se pasaron semanas advirtiéndonos con su ruido. Eso mismo veía en aquel momento: el ejército español exhibiendo a sus paracaidistas y sus aviones para que quedase clara la amenaza.

—¿Esos aviones no te impresionan? —le pregunté a Teresa.

—Me he pasado media vida allí arriba.

Recordé las veces que, en la cama, al oír el helicóptero, mezclaba en mi interior la amenaza subterránea contra los catalanes con el miedo a Albert Jordi.

Entonces se presentó un pelotón de siete grandes aviones que volaban sincronizados

a la misma velocidad, como si fueran uno solo. Juntos formaban una gran ala delta, soltaban humo como si dibujaran un pentagrama blanco en el cielo, un heptagrama. Giraban, formaban círculos concéntricos, sin deshacer ni un milímetro la figura compacta que esculpían juntos. Se cosían un vestido de gasa con la cola de humo que dejaban, como una crisálida con una larva metálica.

Todo el mundo estaba mudo, atento a los grandes mosquitos mecánicos, coordinados y vertiginosos. Cuando se acercaban, no tenías tiempo de verlos pasar. Luego volaron juntos formando la letra lambda. Cruzaban las nubes. Después dos aviones se despegaron del escuadrón e hicieron piruetas por su cuenta allí alrededor, como parásitos enfurecidos contra una bestia. Se pusieron rectos con el morro hacia arriba y salieron disparados hacia el cielo como flechas que después cayeron por su propio peso y dejaron una cascada de gas blanco como una cola de caballo. Yo no abría la boca, los pilotos de los aviones se jugaban la vida, tenía que cerrar los ojos, tenía miedo de que chocaran entre sí.

Teresa me cogió del brazo.

—Es la Patrulla Águila —dijo—. No te preocupes, mujer, es el ejército.

Dejaban la estela de humo de los cohetes de la verbena de San Juan. Volaban rectos, giraban sobre sí mismos, volaban boca abajo, rayaban la pizarra, dibujaban tirabuzones. Soltaron humo de colores y pintaron en el cielo la bandera española. Se me pasó por la cabeza que eran aviones de guerra, bombarderos de ciudades y asesinos de niños. Se me pasó por la cabeza el día del referéndum, el porrazo de la policía que le astilló un hueso a Ruth.

—Son los que vendrán a bombardearnos —dije.

—¿Qué dices? Son aviones de entrenamiento, no pueden llevar misiles.

De repente la formación se abrió y la estela que dejaban se separó como hojas de palma. Dos aviones volaban disparados uno en dirección a otro. La gente cerraba los ojos y gritaba, pero estaba todo controlado, pasaban tan cerca que era como si se atravesaran. Los dos pilotos debían de mirarse a los ojos, confiando el uno en el otro, en que nadie se desviaría ni un milímetro. Era un milagro que no chocaran. Caían en picado como si se tirasen de cabeza al mar. Un par de ellos trenzaron las estelas. Dos más dibujaron un corazón en el cielo.

Cuando se marcharon apareció una avioneta sola. El sol la hacía brillar y parecía un cuchillo que abría el cielo ya a punto para el crepúsculo. Escuadrones de cuchillos degollaban las nubes. La avioneta llegó muy arriba, paró el motor y se dejó caer de morro. Bajaba en barrena a taladrar el mar, era un cuchillo rabioso lanzado desde el cielo para clavarlo en el suelo, un cuchillo con el piloto dentro. Hombres como cuchillos que buscaban el cuello de su pareja. Todavía tenía mi cuchillo en un cajón que no me atrevía a abrir. Había pensado más de una vez en tirar la cómoda entera. Hacía demasiado tiempo que lo tenía en el cajón como una bestia viva y en aquel momento me planteé acompañar a Teresa a Riudellots, pasar por Barcelona a recoger el cuchillo, ella me ayudaría, buscaríamos un campo y lo enterraríamos. Haríamos el hoyo con el mismo cuchillo, apuñalaríamos la tierra, rascaríamos por turnos, para desenterrar a los muertos, Sara, el chico negro, apuñalaríamos la tierra para recuperar a los muertos, como una

puñalada inversa, quería sentir la punta al clavarse en la tierra como la reja de un arado, sentirla pasar entre la arena y la piedra, verla correr sola por el campo, clavada pero también invertida, saliendo de debajo de la tierra como la aleta de un tiburón que cruzara los campos, y apuñalar y apuñalar hasta mellarlo, desportillar para siempre aquel cuchillo, desfigurar el acero, deformarlo, inutilizarlo, gastarlo y gastarlo hasta que solo quedara el mango.

Entonces salió la pregunta.

—¿Has sabido algo de él?

—Nada —contesté—. A veces aún lo veo en sueños, pero nada más. Una vez, sin pretenderlo, pasé al lado de la librería en la que trabajaba. Tuve la tentación de acercarme, pero no me decidí. Para mí su calle ya no existe. No sé si por eso soy una cobarde. Me da igual. Puede que se lo inventara todo. Me da igual.

—Tener miedo no es nada malo.

Levanté la cabeza.

—Mira los pilotos, cómo se la juegan —dije.

—Son juegos de manos. No se la juegan, está todo controlado. Podrían hacerlo con los ojos cerrados, de noche.

—¿Tú vuelas de noche alguna vez?

—Muy pocas.

Me la imaginé abriendo la tripa negra del cielo, como una cremallera.

Había un enjambre de aviones. Yo con cuarenta y dos años todavía fermentando, todavía perdida. Si pudiera excavar para salir de esta cárcel y entrar en un mundo sin monstruos... Pero de esta cárcel no se sale.

Cuando tienes una pesadilla, aceptas lo que pasa, sufres pero aguantas. Pocas veces te planteas el suicidio, y si lo haces no es con el miedo de cuando estás despierta. En el sueño te ves desde fuera, siempre sabes que estás soñando. Si no, sería la vida. Pero, aunque en el sueño llegues a suicidarte, aunque al final te mueras, si no te despiertas sigues soñando. Ni dentro del sueño puedes vivir la muerte.

Había un despliegue del misterio, otra vida en todas las muertes, las muertes en la cama y las muertes en el hospital, y una grieta en las muertes violentas, una luz siempre en el momento de apagarse, una última refulgencia. Mi padre ahogado, Sara degollada, el negro despeñado, cada muerte abrupta, imprevista, interrumpida, no agotada, aún incubaba la vida, como el conejo debajo del ala del ave que lo arranca del suelo y lo levanta. Tratar de convertir a Albert Jordi en un sueño, pasarlo por un embudo hacia otra realidad, llevarlo a las puertas de otro mundo... ¿Para qué pensar en él? ¿Para qué convertirlo en palabras?

Una avioneta pasó por delante de nosotras, rozándonos, y el piloto sonrió, pasó muy cerca, era él, se fue hacia el horizonte, lejos, hasta que el puntito se perdió. Noté la palma de la mano de Teresa en el hombro, lo había visto tan bien como yo.

Al cabo de poco, el puntito negro del final del cielo creció y se volvió una mosca, un abejorro, hacía cenefas en el cielo y volvía a ser la misma avioneta, con él dentro, y se acercó más que la primera vez, la gente se asustó, todo el mundo se agachó, hubo gritos, gente por el suelo, algunos empezaron a correr asustados, la mayoría no tuvo tiempo, la

avioneta giró bruscamente, yo había vuelto a mirarlo a los ojos y entonces Teresa se me abrazó temblando y vi que, al volver a alejarse, Albert Jordi sacaba el brazo por la ventanilla y nos saludaba. Dio otra vuelta a nuestro alrededor, fue bajando, cada vez más cerca, tan cerca que se nos llevó.

La cabina de la avioneta era toda blanca y nosotras dos íbamos sentadas detrás del piloto. Me pareció como si me vaciaran el vientre, la avioneta bajaba en picado, cayó como una montaña rusa hasta que se clavó en el agua, entramos en el mar, volamos entre las rocas de debajo del agua, a ras de los precipicios, vimos fosas y cuevas, sobrevolamos el desierto de arena, vi a mi padre, íbamos disparados como un submarino atómico, un torpedo mar adentro que llegó a la otra costa, Mallorca, Argelia, Córcega, no lo sé, sin salir del agua taladró la tierra y pasó como un topo mecánico. Bajo tierra había galerías. Volvimos a salir al agua. Vi que no estábamos solos, había más avionetas que entraban y salían del mar, que cosían el agua como delfines metálicos, salían a caballo de los peces, llevaban pulpos pegados a las alas, entraban en el agua, volvían a salir... Albert Jordi se había convertido en sirena.

—¿Has visto? —dijo.

Teresa soltó un grito y se me abrazó muerta de miedo. Temblaba tanto que me hacía daño. Volví a mirar por la ventanilla los peces, las algas, la arena de debajo. Estaba empapada por el llanto de Teresa. Me había equivocado, la cola de sirena era una cola de escorpión, una cola negra, anillada y peluda que sobresalía por encima del respaldo del asiento y acababa en un garfio venenoso.

El escorpión se volvió y dijo:

—Èlia mía. ¿Me abrazarás como a ella?

Manejaba los controles del avión con las ocho patas negras de araña y cogía el volante con unas grandes pinzas de cangrejo.

Noté cosquillas en los pies y en torno a los tobillos.

Miré y vi que el color blanco de la cabina no era de pintura, era como una telaraña blanca que lo cubría todo, paredes y asientos, que empañaba el borde de los cristales de las ventanas y soltaba el mismo polvillo que se desprendía del techo y blanqueaba la tierra y nos blanqueaba el pelo. Eran huevos de escorpión y habían empezado a eclosionar. Mis pies y los de Teresa ya llevaban unos calcetines hechos de esas bestias recién nacidas, inquietas y blandas como bebés microscópicos que gateaban por nuestra piel y empezaban a pellizcarnos. Nos hacían cosquillas porque todavía tenían el cuerpo de gelatina, pero iban extendiéndose por todas partes, nos subían por las piernas y nos bajaban desde el pelo, enseguida se volvió insoportable, se nos metían por debajo de la camisa, por las orejas y por las bragas, Teresa tenía la cara blanca de los miles de escorpiones recién nacidos, inocentes, que se nos pegaban.

El avión entero había adoptado la forma de un escorpión metálico, el humo blanco que soltábamos estaba hecho de huevos de escorpión. Pasaban ejércitos de aviones, miles de escorpiones que dejaban caer aquella nieve que cubría la tierra.

Después de la exhibición de Tarragona, acepté el paseo que Teresa me había invitado a dar en su avioneta. Volamos un día de agosto, justo un año después de habernos conocido. Pude hacerme una idea de aquel pedazo de mundo a pocos

kilómetros de Girona que había pisado en uno de los peores momentos de mi vida, ahora pequeño como un mapa, con la llanura de campos, el cráter bajo del volcán de la Crosa como una célula con el contorno de verdín, el anillo de bosque que rodeaba los campos amarillos de dentro. Teresa iba diciéndome el nombre de los pueblecitos de alrededor del cráter, Riudellots, Vilobí, Sant Dalmai, Aiguaviva... El metal de la avioneta era tan fino como la camiseta que llevaba. La impresión física de estar rodeada solo de aire era muy pura, muy primitiva en el mejor sentido de la palabra, pero Teresa vio que volar no me entusiasmaba y al cabo de poco volvimos a tierra.

Después, fui a verla muchos fines de semana, cada vez más a menudo y siempre a escondidas de mis amigas. Pasaba a recogerla por el hotel cuando acababa su turno. Paseábamos por los campos hasta que empezaba a oscurecer y después cenábamos en algún restaurante de por allí. Hacia las doce, ella se iba a Girona, donde vivía con sus padres, y yo me volvía a casa.

Solíamos dejar el coche en Vilobí. Cruzábamos a pie un puente sobre el Onyar y recorríamos los caminos de tierra entre los campos, unos caminos que tenían el tamaño justo para que pasara un tractor. Qué bonita era la llanura escondida detrás del aeropuerto, a resguardo de la autopista y las vías del tren, aquel mundo de campos verdes entre montañas azules, hinchados aquí y allá, turgentes y llenos de vida. Con cada paseo iba borrando a Albert Jordi, remataba con Teresa el trabajo hecho con el psiquiatra.

—No entiendo que aquella noche te plantearas siquiera abrirle a Albert Jordi —me dijo una vez.

—Pues tú lo seguiste a Barcelona —contesté.

Era una tarde de diciembre. Hacía un sol de plata y todo era metálico. Pasado el telón azul de las montañas, se veían los Pirineos, blancos al fondo, un poco borrados. La carretera flotaba sobre los campos y los coches volaban a ras de suelo. De vez en cuando circulaba un tractor, grande como un escarabajo. Los palos de madera clavados en los campos se ataban entre sí con el cable negro que sostenían. A nuestra espalda, una línea de chopos sin hojas seguía el cauce del Onyar. Se veía al fondo una cisterna cilíndrica posada sobre cuatro patas largas y delgadas que era como un chopo más. También entre los árboles, el campanario de Vilobí parecía un tronco carcomido por las ventanas. Era una torre orgánica, sin ángulos. Delante de nosotras, a lo lejos, la Crosa cerraba la llanura con un murete de árboles oscuros, tan bajo que no parecía en absoluto un volcán. A su pie estaba Sant Dalmai, con su campanario anguloso y coronado con un capirote. A nuestra izquierda, en la distancia, en una montaña del otro lado de la carretera, un pequeño conjunto de casas se agrupaba debajo de otro campanario. Cuando tocaban las campanas, los cuartos y las horas rebotaban tranquilamente sobre los colchones de los campos.

—Tuve suerte de no encontrarlo —dijo Teresa—. Los días después pasé una vergüenza tremenda por haber ido.

Había bandadas de pájaros que volaban como hormigueros, manchas negras que se movían por el cielo ensanchándose, encogiéndose, hojas levantadas por el viento que de vez en cuando se volvían y mostraban su reverso blanco.

—A lo mejor fuiste a Barcelona a protegerme a mí.

—No. Quería protegerlo a él.

Andábamos entre los campos labrados. Un gran tractor arrastraba la mano de hierro arañando, cuarteando, abriendo y revolviendo la tierra, que, rota la primera capa, salía negra y volcánica, húmeda. Los campos labrados se convertían en mares de arcilla oscura, llenos de terrones deshechos y rotos que flotaban.

Dispersas aquí y allá, había casas de payés a los cuatro vientos, con cipreses como soldados montando guardia. También había granjas de vacas, con silos que parecían campanarios invertidos, granjas con una gran cubierta baja pintada de verde. Las vacas con manchas mugían a veces y hacían ruido con el metal de los abrevaderos, vivían tranquilas y protegidas, al aire libre.

De vez en cuando, se oía el roce grave de un avión que aterrizaba o levantaba el vuelo. En el patio de una casa de payés vi un manzano sin una sola hoja, pero con las manzanas todavía en las ramas, como pájaros. Andábamos en silencio. Pasamos entre campos de maíz seco, con las cañas muertas, las hojas blancas acartonadas crepitaban misteriosamente, quizás por algún pájaro que se escondía debajo.

—Podríamos coger el coche e ir a buscarlo —dijo Teresa—. A lo mejor nos lo encontramos en el mismo piso. Podríamos tratar de localizarlo. ¿Quieres que metamos su nombre en internet? ¿Lo has hecho?

—Tantas veces como tú.

Sonrió.

—Vale. Vamos a olvidarnos.

Pegada al camino había una valla de madera y detrás de ella cuatro caballos. Se nos acercaron despacio, uno a uno, intrigados y con las orejas hacia delante. Eran jóvenes y relucientes, musculados. Tenían en su interior la fuerza de los árboles sin hojas. Los caballos llevaban árboles dentro y los árboles tenían dentro caballos.

Acaricié al caballo negro y me oí decir:

—Me voy a venir a vivir aquí.

Pasé años esperando a que saliera a la venta la mejor casa, la mejor de todas, que es donde vivo ahora. Invertí el dinero que tenía y dejé la agencia en manos de Àlex para que la llevase él y de paso resolviera sus problemas.

Llegamos a un pedazo de camino asfaltado. Pasaba una mujer empujando a una vieja sentada en una silla de ruedas, quizás su madre.

—Tuve una amiga que murió en un accidente de avión —dijo Teresa—. Fue duro, pero con la edad coges distancia. Los viejos que viven muchos años llega un día que están más allá de la muerte y la ven tan lejos como los más jóvenes.

NOTA DEL EDITOR

«Encara no saps si sóc bo».[1]
Per la bona gent, Manel
«Ja se'ns veu tan petits, només som la remor
de vells orgulls ferits, de mans suades i de por.
Assumim els perills, n'aguantem els embats,
i avancem pels camins de les guineus i els senglars».[2]
Temptacions de Collserola, Manel

Un saludo, una sonrisa, una conversación banal; la semilla de una relación, de la entrada de una persona en nuestra vida. Puede ser por las concurridas calles de una ciudad, o porque os ha tocado sentaros juntos en clase, o en una reunión de trabajo, o una amiga te lo presenta durante unas vacaciones en la playa, puede ser bajo las luces intermitentes y la música demasiado fuerte de una discoteca o a través de píxeles en una aplicación de citas. Un saludo, una sonrisa, una conversación banal y quién sabe si después una copa, y el saludo se convierte en sonrisa, la sonrisa en risas, la conversación banal deriva en otra más profunda, y aparecen palabras más íntimas, y caricias... y nace una relación, la primera pelea, la primera reconciliación, y os mudáis juntos, y quizás, más adelante, empecéis una familia. Pero ¿de verdad conocemos a la persona que tenemos al lado? ¿Acaso intuimos los pensamientos más inconfesables de nuestros seres queridos? ¿Se pudre algún recuerdo execrable en callejones vedados de un pasado anterior a ese saludo? ¿Existe un reverso, un negativo, una realidad subterránea, imperceptible en esas fotografías repletas de rostros que sonríen en una boda, que se muestran tiernos en un bautizo y desolados en un entierro? ¿No estarán tapando las leyes, el protocolo, las mentiras, las frases hechas, los trajes elegantes, los silencios y los lugares comunes a un animal sanguinario que se sacude en el interior de la persona que tienes a tu lado? ¿Quién duerme o se hace el dormido en tu cama, respirando acompasadamente? ¿Cómo era antes de ti? ¿De dónde viene? ¿Qué se esconde en las tinieblas que preceden al génesis de vuestra vida en común, a ese saludo, a esa sonrisa, a esa conversación banal?

Algunas historias se atreven a navegar en esas aciagas lagunas, a indagar en esas sombras siniestras para buscar la mirada del monstruo —el diablo— desde el fondo de la lúgubre cueva —el infierno— que todos llevamos dentro. Una canción de Manel, *Temptacions de Collserola*, narra cómo los rumores de la aparición del diablo en la sierra barcelonesa atrae a muchas personas dispuestas a vender sus almas perdidas por muy poco; escudriñan bosques y colinas mientras le dan vueltas a la propuesta que tienen preparada para el demonio porque «hay límites que no cruzaremos siguiendo las leyes de este mundo». En *El maestro y Margarita* Satán irrumpe en el Moscú soviético para divertirse con unas almas tan dispuestas a dejarse corromper que parece que nacieran ya con un embrión de corrupción que solo necesita el momento propicio para desarrollarse, como el vello facial o el apetito sexual. Como si el mal siempre hubiese estado allí, aguardando en la oscuridad, nutriéndose del ruido, el odio y el rencor, hasta que la

persona se reconoce en ese ser interior y recibe el abrazo del diablo como la liberación de sus instintos.

PERSECUCIÓN cayó en mis manos cuando ya había dejado atrás la abogacía y me encontraba haciendo prácticas en una editorial. El primer párrafo me noqueó. Por aquel entonces de Toni Sala solo había leído *Los chicos*, que me había fascinado tanto como incomodado. PERSECUCIÓN elevaba a otro nivel los temas, las obsesiones, los engranajes y sobre todo esa incomodidad que provoca *Los chicos*. A pesar de su crudeza no podía dejar de leerlo, sentía que hablaba de facetas del ser humano que pocas veces nos atrevemos a afrontar. Es por esto que cuando vemos las noticias tachamos al asesino «que siempre saludaba» de enfermo o directamente de monstruo, tratando de arrebatarle la humanidad, de separarlo de nuestra especie; si nos disociamos de ese ser, si le negamos la habilidad de razonar o amar, nos podremos convencer de que nada compartimos con él, que no hay en nuestro interior nada de lo que hay en su interior. Palabras que contienen como presas nuestros miedos. Emmanuel Carrère se atrevió a mirar al mal a la cara para escribir *El adversario* y quedó sumido en una depresión.

Vuelvo a ver la reseña que hice de PERSECUCIÓN, en mi canal de YouTube en septiembre de 2019 y me veo apasionado, todavía conmocionado, admitiendo la incapacidad de expresar la paliza que había recibido con la lectura de esta novela, afirmando que había sido uno de los mejores libros que había leído en mi vida, y deseando que alguna editorial se atreviera a traducirlo al español. Me veo sin imaginar siquiera que sería yo mismo el encargado de hacerlo realidad en un proyecto editorial propio. Cuando supe que lo podría publicar me puse a saltar como un loco por la editorial. Trabajar junto a Toni Sala y Carlos Mayor tanto en esta traducción como en la de *Los chicos* ha sido una experiencia inolvidable que me ha llevado a admirar todavía más la literatura de Sala. Y este honor se lo debo a la confianza que depositaron en mí tanto el autor como su editora en catalán, Eugènia Broggi.

En *Los chicos* Toni Sala nos presenta, recorriendo la onda expansiva de un trágico accidente en el que mueren dos jóvenes hermanos en las afueras de Vidreres, la gravedad invencible de la muerte y la maldad. Este eje temático será el nexo de unión de una trilogía de la que *Los chicos* es la primera pieza y PERSECUCIÓN la segunda. Si *Los chicos* empieza con un accidente de coche, PERSECUCIÓN lo hace con la confesión de Albert Jordi de haber asesinado a su mujer. En esta novela el autor vuelve a acercarnos al abismo temático del mal y la muerte adoptando una narración coral a cuatro voces, pero esta vez lo hace en primera persona y a través del flujo de consciencia que se despliega alrededor de una serie de personajes que se ven arrastrados por la huida de Albert Jordi. Cada uno tiene una razón distinta para buscarlo. Èlia lo necesita para intentar comprender al hombre con el que ha compartido su vida en el último año, para reafirmar su visión del mundo y de las personas antes de la confesión. La codicia es lo que mueve a Mercury a querer encontrarlo, mientras que Teresa se ve atraída hacia él por su necesidad de cuidar a los demás. Son personas que buscan al diablo por los caminos extraviados, por los polígonos industriales, los apartamentos vacíos y las áreas de descanso de las autopistas. Con el alma en la mano y el rostro impertérrito siguen huellas y rumores en busca del único que les puede llevar más allá de sus límites.

Seguimos también los pasos de Albert Jordi, ese asesino racional que huye más de sí mismo que de sus perseguidores. Como en la persecución de *Hielo*, de Anna Kavan, o en la de *Ánima*, de Wajdi Mouawad, la atracción y el odio se confunden en el perseguidor. En cambio, el perseguido es un misterio, una sombra resbaladiza, un pozo sin fondo. La narración se mueve entre la realidad y la consciencia hasta el punto de que el mundo interior del narrador, su imaginación perturbada, deforma la realidad, manipula al lector, lo sumerge en inquietantes pesadillas y monólogos desbocados, lo arranca despiadadamente de la realidad.

Si los protagonistas derrotados, hastiados y marginados de *Los chicos* se movían en el escenario devastado de la crisis económica en Cataluña, el espacio y el momento elegidos para PERSECUCIÓN no podrían ser más idóneos para la huida de Albert Jordi. El verano de 2017 tuvieron lugar los fatídicos atentados terroristas en Barcelona y Cambrils, así como el auge del movimiento independentista. La convulsa sociedad catalana en ebullición, la Generalitat enfrentada al Estado español, las manifestaciones sucediéndose en las calles; todo el mundo estaba tenso, se intuía que algo iba a ocurrir en cualquier momento. En sus novelas, Sala va de lo particular a lo universal, de la historia de sus personajes y la historia social reciente de Cataluña a temas tan eternos como esa obsesión por comprender, descifrar e incluso *humanizar* la maldad y la muerte.

Sala realiza en PERSECUCIÓN una anatomía del mal que atrapa e incomoda al lector. Un viaje que duele y atrae por partes iguales. La lectura te acuchilla una y otra vez, pero no puedes parar de leer, no puedes dejar de ir a por el libro y seguir leyendo, como quien comete un crimen con la plena consciencia de estar haciendo algo malo pero sin percibirlo como una decisión, sino como el único camino posible. Es imposible salir indemne del laberinto psicológico de esta novela en cuya entrada el lector debería hallar la advertencia tatuada en el reverso de ese primer saludo impecable, de esa sonrisa brillante, de esa conversación banal, las mismas palabras que coronan la puerta de las catacumbas de París: «Arrête! C'est ici l'empire de la mort».

Jan Arimany

1 «Todavía no sabes si soy bueno».

2 «Ya se nos ve tan pequeños, solo somos el murmullo de viejos orgullos heridos, de manos sudadas y de miedo. Asumimos los peligros, resistimos sus embates y avanzamos por los caminos de los zorros y los jabalíes».